UN JARDÍN AL NORTE

BORIS IZAGUIRRE

Lectulandia

La apasionante novela sobre Rosalinda Fox, el personaje real que inspiró a María Dueñas para escribir El tiempo entre costuras. Una vida de novela.

Inglaterra (condado de Kent), albores del siglo XX, los padres de la pequeña Rosalinda se separan y ella es enviada a un internado, Saint Mary Rose. Desde ese momento solo verá a su madre en los pocos días de vacaciones. Su padre se ha instalado en la India, oficialmente como agregado comercial, aunque en realidad ejerce como espía. Cuando, en la adolescencia, Rosalinda se reencuentra con su progenitor, se enamora del halo de exotismo que este desprende y le acompaña de vuelta al país asiático, donde se iniciará en el espionaje de la mano del superior de su padre, Mr. Higgs. En la India contraerá matrimonio con un hombre mayor que ella, Mr. Peter Fox, que la deslumbra pero que la abandona al poco cuando su salud flaquea.

De vuelta al Viejo Continente, es enviada a Alemania para recabar información sobre el nacionalsocialismo de Hitler. Allí, un hombre, también bastante mayor que ella, y en este caso español, Juan Luis Beigbeder, la vuelve a enamorar por su inteligencia, cultura y modales. Siempre en la encrucijada entre el amor y la obligación hacia su país, Rosalinda se traslada a Tánger, centro internacional de intrigas políticas y económicas de la época, donde el espionaje y la pasión hacia Juan Luis Beigbeder lucharán por ser lo más importante en su vida en los confusos y dramáticos días de la guerra civil española y en los anteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Lectulandia

Boris Izaguirre

Un jardín al norte

ePub r1.0
Big Bang 04.01.15

Título original: *Un jardín al norte*
Boris Izaguirre, 2014
Portada: *The Rivals* (1928). From an original Paiting by Roy Putt. Historic Car Art

Editor digital: Big Bang
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Margarita, al norte del sur

«If our love song, could fly over mountains, could laugh at the oceans, sail through the heartaches, just like the films, there is no reason to feel all the hard times».

Absolute Beginners, David Bowie

PRIMERA PARTE

LAS APARIENCIAS

CAPÍTULO 1

ABRIL, 1915

Es más que probable que el haber nacido en abril de 1915 me haya preparado para vivir en una era de continua inestabilidad. El 15 de abril de 1915 mi país, el Reino Unido, y buena parte del continente europeo se despertaban otro día más sumidos en la Gran Guerra, provocada por el asesinato de un archiduque, la invasión de un país llamado Bélgica y la creación de una Triple Entente, donde la Gran Bretaña era aliada de Francia y Rusia.

Todo eso había empezado meses antes de mi nacimiento. Claramente, no podía entender a qué mundo me incorporaba, ni el día de mi nacimiento ni los siguientes años en que mi primera infancia sucedía al mismo tiempo que una guerra. Pero algunos de mis primeros recuerdos, aun sin tener olor de metralla ni la horripilante visión de seres mutilados, sí tienen sensación de zozobra, palabras que no se escuchan bien o de significados novedosos: racionamiento, patrulla aérea, trincheras. Nombres de países que mis padres pronunciaban con dificultad: el Imperio otomano y sus capitales y países, que terminarían fracturados como naciones o con sus ciudades rebautizadas. Sabores que a ellos les resultaban tan extraños como hilarantes, en algunas ocasiones, o tristes, en casi todas:

frutas exóticas con semillas entre la pulpa, por ejemplo, o leches de apariencia fresca y rancio sabor.

La guerra para esa niña pelirroja, de inmensos ojos verdes y labios rosados que era yo, fue una prueba para los sentidos. A los malos sabores y a los pequeños ruidos de frases entrecortadas, sollozos mal disimulados, habría que agregar el tacto de esas lanas duras, como si estuvieran cubiertas de cartón, con las que estaban hechos los jerséis casi sólidos que mamá intentaba deslizar a través de mi pequeñísima figura. Y el olor las mañanas de domingo de los huevos con tocineta en la casa del vicario de la parroquia, mientras muchos de sus feligreses se asomaban a la verja de su jardín para aspirarlo y recordar un sabor cada vez más escaso. O la visión triste de una olla muy descascarillada donde mi padre aplastaba con un tenedor lo que sería mi papilla para después, sin lavar el utensilio, poner a hervir una salchicha y media junto a dos patatas muy sucias para él y mi madre. Desafortunadamente, aun sin poder comprobar que lo recordara de esa infancia, ese triste plato, patata hervida y aplastada y salchichas, me ha acompañado muchas veces a lo largo de mi vida, tanto en tiempos de guerra como de paz.

Mi padre, el coronel Ronald Knowles Fox, se incorporó a la lucha sin necesidad de trasladarse más allá de un Londres sitiado: su habilidad para escribir y redactar telegramas le hizo imprescindible en una remota oficina de comunicaciones del ejército que la fuerza aérea acabó convirtiendo en un centro de operaciones. Mi madre, de quien heredé el nombre, Rosalind, decidió quedarse en Twickenhamshire, al norte de Kent, un perfecto pueblo inglés, tan perfecto, tan idílico, que muchas veces mi madre se refugiaba en la casa del vicario para orar pidiendo que a nuestros soldados la fe los guiara y protegiera. Y que ninguna fuerza del mal perturbara la belleza de nuestro

pueblo. En varias de esas noches, mientras mi padre se quedaba a dormir en la ciudad, mi madre no tenía más remedio que llevarme con ella a la casa del señor Rogers. En efecto, rezaban, muy vagamente tengo ese recuerdo, sobre todo porque la comida que servían después sí que puedo recordarla como muchísimo mejor que la de nuestra casa. Era muy niña, demasiado, pero ahora que al fin he podido comprender lo que pasaba en esas noches de oración tengo plena conciencia de que, en el recuerdo, escucho jadeos. Gemidos, suspiros, respiraciones, que como niña era incapaz de asumir, de entender. Es en el recuerdo, repito, cuando los escucho. Y de inmediato aparecen los rostros de mi madre y el señor Rogers, besándose y diciéndose cosas, mi madre deshaciéndose de un abrazo del señor Rogers para venir, siempre jadeante, hacia mí, a ver si dormía. Es imposible que con mi edad de entonces pueda constatar si tenía los ojos abiertos y si mi mirada la castigaba o censuraba con su pura inocencia. Es más posible que las dos estuviéramos envueltas, atrapadas, enredadas en una situación, un amor tan sedicioso y violento como la propia guerra.

En el recuerdo tampoco puedo definir si mi mirada de niña inocente pero alerta la humillaba o la aterraba. O si en mi cabeza existían sensores, neuronas que certificaban que ya a esa tempranísima edad había adquirido y ejecutado el magnífico don de interpretar y fingir que dormía plácidamente cuando ella se acercaba a comprobarlo, antes de retomar su quehacer de gemidos junto al señor Rogers.

Cuando terminó la guerra, el señor Rogers abandonó la vicaría, o seguramente una orden superior lo envió hacia otro pueblo. Mi madre jamás se sobrepuso y nunca encontró cómo disimularlo. Tengo entendido que la memoria empieza a construirse hacia los seis o siete años, sobre todo después de que se aprende a leer, y existe un cierto pozo de reflexión para lo que se experimenta. Pero estoy segura de que haber

sido esa rara mezcla de cómplice accesoria y testigo involuntaria del *affaire* de mi madre con el vicario produjo entre nosotras una mutua falta de confianza, jamás reconocida. Así como de mi padre durante la guerra podría tener el recuerdo de verlo entrar inesperadamente un domingo por la mañana, cargado de cosas absurdas (cometas medio rotas que él mismo reparaba, juguetes que parecían prestados, trajes recosidos), de mi madre solo puedo extraer un gesto de distancia, recelo, casi un anhelo de que me apartara de ella, desde esas noches «de oración» con el señor Rogers.

La guerra, con o sin recuerdos, destruye muchas cosas. Sin que nadie pudiera evitarlo, me convirtió en un elemento incómodo para mi madre y a mi padre lo transformó en héroe sin realmente serlo. Solo tenía la apariencia de héroe, joven, alto, valiente, optimista. Y mientras mi madre se refugiaba en su silencio y distancia, también mantenía una apariencia de mujer noble, que luchaba contra la soledad, alimentando como podía a su hija, sujetándome de la mano mientras cruzábamos la calle hacia la plaza, la iglesia y la pequeña casa de detrás, donde vivía el señor Rogers. Y yo también mantenía una apariencia. La seguía, sujeta a uno de sus dedos sin de verdad estarlo, esperando su señal para cruzar junto a los otros peatones, como si las dos fuéramos una pareja más de madre e hija. Y no dos mujeres que sabían guardar un secreto debajo de sus apariencias. Dos mujeres que sabían decirse cosas a través del engaño. Mi madre fingiendo llevar adelante a su familia, ocultando que eran sus favores al señor Rogers los que conseguían comida y algo de dinero. Y yo, la hija que todo lo observaba, fingiendo que miraba por la ventana de la casa del señor Rogers hacia el campo cubierto de lluvia, esperando la aparición del arco iris, cuyo principio o final estaba siempre muy lejos de nosotros.

Rosalind era un nombre típicamente inglés, y más aún de una parte del mundo como Kent, donde hay rosas prácticamente todo el año. Cuando no son flores, somos nosotras, las así llamadas, las que debemos asumir algo intrínseco al nombre y estar siempre frescas, rozagantes. Debo confesar que para mí nunca fue un problema. Cuando volvió la paz y mi padre empezó a ascender primero en el ejército y luego en los departamentos de comunicación de varios ministerios, entendí muy rápidamente que mi aspecto, el tono de mi piel, el brillo de mi pelo, la limpieza de mis manos, oídos y dientes iban a servirme perfectamente para defenderme o bien ante una nueva guerra o bien ante cualquier alud a punto de caer mientras creemos estar en una colina rodeada de paz y tranquilidad.

¿Cómo es mi aspecto? ¿Es una máscara o una armadura? Precisamente intentando comprender las diferencias entre la máscara y la armadura he pasado más de la mitad de mi vida. He cambiado de culturas. De familias y de países. De creencias y de convicciones. Quizá me haya enamorado siguiendo razones que otros hubieran preferido abandonar, pero es mi aspecto, sinceramente, lo que me ha dado todo. Y también me lo ha quitado. Y, no siempre en perfecto estado de reparación, me lo ha devuelto.

Entonces, ¿cómo es? ¿Agraciado? ¿Seductor? No, no creo que pueda calificarme de seductora, aunque a veces algunos de los que han querido hacerme daño me han descrito, y muy públicamente, como vampiresa. Tampoco creo que sea una gran belleza. Una bonita piel, buena calidad y óptimo color. Vainilla, pero sin ese amarillo que a veces se incrusta en ese color. Los ojos de mi padre, lo he escrito antes, profundamente verdes. Labios de un ingenuo rosa, a lo mejor lo único naturalmente ingenuo de toda mi personalidad. Y magníficos dientes, algo muy raro en una inglesa de mi generación. «Cuando no tengas nada que

decir, Rosalind, simplemente sonríe. Nadie en todo el Reino Unido, y seguro que en el continente, tiene tus dientes. Deberíamos hacer una vajilla con su porcelana». Lo decía mi padre cuando todavía se llamaba Ronald Knowles Fox. Porque luego cambió de nombre, junto a otras cosas. Pero así como yo también cambié mi nombre, también heredé su facilidad para los halagos y las frases adornadas para decir nada.

Estoy convencida de que el aspecto no tiene nada que ver con el físico, ni con los rasgos ni con los elementos que conforman un rostro. El aspecto, que también podemos llamar *apariencia* para no repetir tanto la palabra, es como un privilegio, un don que muy pocos tienen y creo que podría definirlo como algo extra, un instrumento que te permite sobre todo hacerles creer a los demás, a todos los que te miran, que eres algo distinto, generalmente mejor, de lo que realmente eres.

Existen sutiles diferencias entre el aspecto y la apariencia. Y buscando esos matices, también ha discurrido mi vida. El aspecto puede ser limpio. O sucio. Pero la apariencia puede ser muchas otras cosas más. Tantas que, por ejemplo, una apariencia puede sobreimponerse a un aspecto. ¿Difícil de entender? Sí, es probable. Debí dedicarme a impartir conferencias por todo el mundo determinando dónde termina el aspecto y empieza la apariencia. Habría ganado millones y expuesto mi existencia a menos peligros. Pero, sencillamente, no fue así. Mi aspecto y mi apariencia han sido como manos derecha e izquierda en mi andadura. Como el bien y el mal, llevándome de un sitio a otro. Como la naturaleza y el hombre, creando y deshaciendo a su antojo. Como la lluvia y el sol. O la hierba y el asfalto.

El aspecto es una trampa. O, mejor, una fantasía, pero una fantasía con la que naces y que tienes que aprender a

emplear. Con esto claro, mi aspecto es el de una persona muchísimo más privilegiada, afortunada, adinerada de lo que realmente soy y de lo que jamás conseguiré ser. Pero que ha tenido una vida plagada de aventuras. Y eso, la vida, es lo único cierto en todo mi aspecto.

CAPÍTULO 2

EL TELEGRAMA

Por eso, para zanjar de una vez mi extraña relación con mi progenitora, de una manera aséptica y veraz quisiera reconocer que nunca ha sido fácil digerir su indisposición a manifestar algún tipo de afecto, cariño u orgullo hacia mí. Tampoco es fácil expresarlo o intentar entenderlo. Después de muchos años preferí creer que no sentía que fuera su hija. Cada día, cada año, nos distanciábamos más y más en gestos y en parecidos. Las veces en que salíamos a pasear juntas, siempre obligadas o por mi padre o por el abuelo Knowles Fox, que era muy orondo y dispuesto a disfrutar cada ápice de su popularidad en la comarca, la gente me detenía en la calle para comentar mis ojos o mis dientes y, sin saber lo que estaban haciendo, le preguntaban a mi madre de quién era hija. «De su padre», la recuerdo responder desde que tengo uso de razón, y cuando lo analizaba, un poco más adulta, no podía evitar martirizarme creyendo que mi auténtica madre no era ella, sino alguna amiga de mi padre. O que directamente no era hija de ninguno de ellos, sino del vicario que se atiborraba de huevos y tocineta mientras el resto teníamos que abrigarnos con malas lanas y comer patatas sucias.

Día tras día mi aspecto distaba mucho del de mi madre. Mientras yo me convertía en una niña, más que agraciada, mona, educada, observadora, mi madre se volvía más gris, casi invisible. Como si algo dentro de ella se empeñara en consumirla. Todo lo contrario sucedía con mi padre.

Él también fue bendecido con el don del aspecto. Ronald, o Rons, como siempre lo llamé, parecía un valiente senderista, capaz de alcanzar las alturas más elevadas en montañas que aún no existen. Mi padre era un mago del aspecto. En cualquier minuto, en cualquier situación podía parecer mucho más alto que un árbol de tronco muy fuerte y legendario, mucho más pelirrojo que cualquier escocés, mucho más amable que el mejor vendedor, mucho más divertido que el mejor actor en gira y mucho más valiente que cualquier gigante que uniera continentes y océanos con sus enormes manos o saltara entre sus orillas con sus poderosas piernas. Y, desde luego, sin jamás perder esa impecable sonrisa, fuerte y amplia, como si en vez de tratarse de dientes se tratara de un camino, un pavimento de blanquísima porcelana.

Al principio, no entendía cómo un hombre tan guapo se había casado y se había reproducido con una mujer tan mustia como mi madre, hasta que acepté que muchos hombres y muchas mujeres dispares se hacen pareja en la creencia de que así se protegen de sí mismos y se salvan de un destino adverso. Mi madre habrá pasado noches en vela intentando resolver el enigma de por qué el hombre más apuesto, viril y con el mejor futuro de toda la comarca se había fijado en ella. Gracias a que jamás encontró una respuesta contundente, prefirió que el amor se abriera camino en su conciencia, y en ese estado, de asombro, de realidad flotante, se encontró a sí misma casándose con él. El matrimonio con mi padre, Rons Knowles Fox, fue único, indivisible. Más que amor, los unía esa sensación de que era

un milagro lo que los sostenía. Quizá mi padre tuvo varios amoríos y quizá por tantas malas noches de sentirse una más en su lista de conquistas mi madre se hizo más amiga del señor Rogers. Pero el señor Rogers nunca fue amor, sino supervivencia. Cuando el desabastecimiento y la soledad apretaban, iba allí a encontrar alimentos más o menos sanos a cambio de un puñado de jadeos. No era fácil, eso lo entendí muchísimos años después. Porque el verdadero amor era mi padre. Ese hombre espectacular que se había apiadado de ella y la había convertido en una mujer, una madre, una esposa.

Por otro lado, mi padre adoraba genuinamente de mi madre su disposición, su embobamiento con él. Muchos le advertían a mi madre, todo hay que decirlo, que aunque ella no fuera la más guapa, sí que tenía una buena dote gracias a las buenas inversiones de su padre, el querido señor Horacio, un abuelo que no llegué a conocer y que supo hacerse una cierta fortuna. Llevaba una tienda de comestibles muy popular porque mi abuelo materno tenía don de palabra, aunque nadie entendiera una palabra de lo que decía. Seguramente también por esa combinación supo crearse un patrimonio de buenas tierras que mis padres, sobre todo mi padre, siempre quisieron convertir en una especie de urbanización para granjeros ricos, mientras el país hacía todo lo posible por reparar las profundas heridas de la Gran Guerra.

Así como ha sido guapo, ingenioso en las conversaciones, buen bebedor, galante con las mujeres, inmejorable compañero y cómplice con su hija, paciente con los sufrimientos de su esposa, Rons Fox jamás tuvo buen instinto u ojo para los negocios. Todos lo sabían menos él. Fracaso tras fracaso, pérdida tras pérdida de dinero, mi padre siempre encontraba un nuevo negocio que ofrecer al mundo en aras de enriquecerse y mejorar nuestra precaria

situación familiar. Muchas noches era requerida delante de sus invitados para saludar, repartiendo un aparentemente educado beso, pero que era repugnante a mis ojos, porque sentía que me usaban de alguna forma para marear aún más a sus invitados, de los que esperaban sacar dinero. Tenía ya cuatro años, y pese a la incomodidad que me provocaban esos besos de cortesía, intentaba quedarme rezagada para observar a mi padre proponer sus ideas para la creación de una aldea dentro de nuestra aldea, una especie de urbanización utópica, como lo llamaba él, «una tierra de prosperidad dentro de una era de incomodidades», para conseguir sacar algún beneficio de las pequeñas fincas que mi abuelo materno había dejado en herencia a mi madre.

Veía a mi padre como un visionario con los ojos demasiado vidriosos por el efecto del abundante whisky. Mi madre se percataba de mi presencia y me ordenaba, no siempre de manera agradable, regresar a mi habitación. Desde allí escuchaba las promesas de ganancias infinitas con la gestión de ganado y recolecta de cosechas en esas tierras heredadas, al norte de una parte del mundo donde el sol jamás fue garantía y la lluvia y otras inclemencias el auténtico pan nuestro de cada día.

Cuando los invitados se marchaban, aún seguía despierta, y entonces llegaba el turno de los reproches de mi madre. «No sabes convencerlos. Es una idea estúpida. No existen las utopías, no llegaremos a ninguna parte. Esas tierras no sirven para nada».

A esas cenas de abundante alcohol las seguían mañanas de agotadora resaca, extraños silencios, mortificantes reclamaciones de mi madre hacia mí y hacia mi padre. Y a esas resacas las seguían llamadas o cartas de aquellos potenciales clientes, la mayoría de las veces para declinar la oferta a involucrarse en la creación de esa utópica tierra de prosperidad y sol artificial. Los que aceptaban, que los

había, eran conminados a enviar un adelanto del monto necesario para la edificación de esa utopía. Cuando llegaban esos pagarés, los días eran muy intensos, papá compraba cosas y mamá se lo recriminaba. Papá y yo salíamos al jardín con mis nuevos vestidos y juguetes y unos días después estos desaparecían y ellos dos, papá y mamá, discutían continuamente. Él se marchaba y, al cabo de unas horas, ella también.

Esos buenos emprendedores, que tanto habían confiado en la palabra de mi padre, decidieron ajusticiarlo por estafa. El dinero que habían adelantado jamás se convirtió en pared, suelo o techo de ninguna edificación en esas tierras al norte de Twickenhamshire. Una buena mañana, curiosamente clara, con un sol maravillosamente brillante y cálido, unos oficiales de la Casa Real acudieron a nuestra residencia. Nada más anunciarse, todos hicimos el mismo esfuerzo: aparentar serenidad y, sobre todo, que éramos una familia normal, incluso la más normal de todo el Reino Unido.

Por dentro, los tres temíamos lo peor. Venían a llevarse preso al incansable Rons Knowles Fox. Venían a arrojar a mi madre todavía más a los brazos del señor Rogers, dondequiera que entonces estuviese. Y a convertirme a mí en una muchacha pelirroja criada de orfanato en orfanato.

Por un rato eterno, mis padres y yo afectamos una conducta relajada, educada, pueblerina en exceso, hablando y actuando como si fuéramos la familia de la Cenicienta cuando llegan los emisarios reales a probar el pie de las hermanastras. Seguramente, representábamos de manera muy mediocre nuestro papel y los verdaderos emisarios se cansaron y mostraron el documento que los traía hasta casa. No era una citación judicial, sino un telegrama de parte de la Casa Real, en el que lo invitaban a presentarse en la

Oficina de Relaciones Extranjeras al servicio de su majestad el rey Jorge.

CAPÍTULO 3

AL SERVICIO DE…

El hombre que siguió a esos oficiales, esa mañana de finales de 1920, en un antiguo coche de caballos en dirección a la estación de tren era un hombre que intentaba controlar su nerviosismo. Presentarse ante cualquier oficial en aquellos años requería de una política de higiene que ahora ha caído en desuso, pero que, sobre todo en el mundo militar, era muy vigilada. Las prisas de esos oficiales no le permitieron a mi padre consumar un buen afeitado. Mi madre se equivocó de casaca y le colocó una de cacería dominguera; las botas no eran las adecuadas, el sombrero de otro color, y al final el coche de caballos reapareció ante nuestra puerta para que papá descendiera a toda prisa y al menos consiguiera que el abrigo y los zapatos estuvieran de acuerdo.

El coronel Ronald Knowles Fox regresó dos días después, con un traje nuevo, de ciudad, gris marengo, de una lana muy distinta de aquellas que mamá intentaba convertir en jersey, y con nuevo sombrero. Ah, y las botas del atuendo de ida cogidas en la mano. Reía, fumó un puro sin estrenar, desistió del té con que lo recibió mi madre y se puso un buen vaso de whisky al que exigió agregarle un chorro de limón. Sí, de limón. Mi madre lo miró espantada, seguramente no habría limones en la cocina, pero al parecer

habían preparado un poco de merengue de la susodicha fruta y, *voilà*, apareció el limón, y mi padre, con una sonrisa espléndida, lo apretó encima del líquido ambarino y mi madre no pudo evitar un grito de asombro.

—Nos marchamos a la India, Rosalind. —Se refería a mi madre, a mí no me miraba, concentrado en ver cómo el limón se negaba a incorporarse al whisky—. En pago a mis servicios con los sistemas telegráficos durante la guerra, me invitan a incorporarme al servicio diplomático.

—¿Embajador? ¿Servicios telegráficos? —titubeó mi madre—. ¿A la India? Tan lejos…

—Es un poco pronto para ser embajador, Ros. —Porque mi padre también recortaba el nombre de mi madre. Todavía en esa época se referían uno al otro como Ros y Rons—. Y nada es lejos —continuó hablándole—. El mundo ha cambiado, para eso hemos sobrevivido a la guerra.

Volvió a exprimir otra mitad de limón sobre su whisky.

—¿Por qué haces eso, Rons? Es desagradable. Estás arruinando el whisky —comentó mi madre sin poder reprimirse.

—Me han dicho que en algunas partes de la India toman el whisky con un poco de limón para evitar que entren bichos raros en la copa y se ahoguen en el alcohol antes de que la bebas. Con el limón se crea una especie de protección medicinal.

Parecía estar inventándoselo todo. El cargo, el puesto, el viaje. Me miró, lejos; yo estaba casi dentro de la cocina, observando cómo terminaba de beber su whisky con limón.

—Calcuta, dulce Rosalind —me dijo—. Calcuta de momento será mi destino, pero en muy breve tiempo será nuestro nuevo hogar.

—Pero ¿se han vuelto locos? —estalló mi madre—. ¿Haciendo qué? ¿Tu hija y tu esposa también? Yo no tengo

deseos de ir al trópico. Hay enfermedades, mosquitos enormes que pican a los niños y les taladran la cabeza.

Mi padre vino caminando hacia mí y me tomó en brazos.

—De momento la pequeña Rosalind deberá quedarse interna en una escuela. Pero estudiando todo lo que pueda sobre ese maravilloso trozo de mundo y fantasía que es la India.

—Papá —le dije, mirando y navegando dentro de su intensa mirada—. ¿Cómo es la India?

—Es un sitio extenso, casi un continente. —Hizo una pausa, se acarició los cabellos de la sien—. Serán muchos cambios, en las costumbres, la comida y la bebida, mi querida Rosalind. Por eso tendrás que esperar un poco. Hasta que tu madre y yo no estemos espectacularmente aclimatados. —Me acercó hacia él y muy cuidadosamente me dijo al oído—: Deberás esperar una señal que te indicará que he vuelto para buscarte.

—*Espectacularmente aclimatados* —interrumpió mi madre—. ¿Qué demonios significa eso?

—No lo sé. Algo nuevo, algo estupendo, algo por lo que merece vivir esta aventura, Rosalind.

—¿Qué hay de malo en nuestra vida en Twickenhamshire? —expulsó otra vez mi madre.

Mi padre se terminó de beber el brebaje, conmigo aún en sus brazos, y me acercó a él. Olía a alcohol, al perfume de una nueva fragancia adquirida en la ciudad, un poco de habano y otro poco de dulce de limón. Me besó, como él solo sabía hacerlo, sus labios y bigote acariciaban suavemente mi frente y un poquito de mi mejilla derecha.

—Todo, mis queridas Ros y Rosalind. Hay todo de malo en nuestra normal, aburrida, mediocre, pequeña vida en Twickenhamshire y todo lo efervescente, nuevo, magnífico y maravilloso por descubrir en la exótica, lejana y perturbadora India.

Me llevaba en brazos, bailándome con ellos sobre el aire mientras hablaba, y yo, llevada por toda su energía, no pude evitar repetir:

—Lejana y perturbadora India… Lejana y perturbadora India…

Fue lejana y perturbadora seis largos años de mi vida. El aclimatamiento de mis padres fue mucho más duro de lo que imaginaban. Sobre todo por parte de mi madre, que aprovechaba cualquier excusa para regresar a Twickenhamshire como si Calcuta fuera un condado vecino. A mí me enviaron a la escuela católica femenina Saint Mary Rose, también vecina a Londres, pero de la que muy pocas veces me aventuré a salir. Prefería muchísimo más aventurarme, aunque fuera mentalmente, en la lejana y perturbadora India que regresar a Twickenhamshire.

No fui una alumna de calificaciones brillantes, pero sí una niña con, desde luego, apariencia de santa. Todas las tareas femeninas se me daban bien, menos cocinar, aunque conseguí crearme una cierta fama de buena catadora. Sabía cuándo una tarta iba a quedar bien esponjosa o su galleta bien armada. Cuándo la masa de los pasteles de carne había aprehendido el sabor de la carne guisada en su interior. O, en el caso de las pequeñas tartaletas de pescado o vegetales, cuándo esos alimentos se acompasaban bien y no resultaban amargos.

También era una buena lectora, podía pasar días cogida a un libro, casi siempre de aventuras asiáticas. ¡Oh, señor Salgari!, cuántas buenas horas le debo de dicha e imaginación; animales, lugares, piratas, gente mala, pero de corazón solidario sobre los que luego le preguntaba a mi padre en larguísimas cartas que él tardaba en contestar, ¿las había conocido en Calcuta? Y también poesía inglesa, desde luego, para de alguna manera enderezar mi pasión por la aventura con cierta melancolía húmeda, nostálgica, tan

propia de mis islas. Y libros de botánica. Si alguna vez conseguía ir a la India y vivir al fin con mi padre, quería sorprenderlo sabiéndolo todo de las palmeras, los extensos y verdísimos helechos del trópico, las venas escondidas en cada hoja de árboles frutales, como el del mango, o el porqué del tono lila del ruibarbo.

Mi madre evitó acudir a verme en el internado de Saint Mary Rose. Si no estaba cruzando océanos, tenía dolor de cabeza o debía trasladarse a revisar no sé qué de una estrategia de cooperación en comunidades vecinas o pequeños trabajos en las caridades de no sé cuál iglesia. Muchas veces lloré por su deliberada ausencia, muchas veces grité por considerarlo injusto, muchas veces me golpeé e hice daño por sentirlo sin explicaciones, tan cruelmente arbitrario. Y en alguna de esas ocasiones pensé que entre nosotros crecía una muralla divisoria. No nos llevábamos bien, no sabíamos perdonarnos. Y sobre todo, no sabíamos aceptar que el aspecto físico de una causaba dolor y angustia en la otra. Mientras más florecía yo como Rosalind, más mustia se sentía ella, más pequeña, más torpe y vulgar. Las monjas no dejaban de decírmelo: «Rosalind, serás una mujer muy agraciada, dulce y atractiva, aunque tienes que aprender a no mirarte tanto en el espejo. No es bueno. Solo puede traerte problemas. Y confusiones».

En ese orden me lo advertían: «Problemas y confusiones». Por supuesto, era muy difícil hacerles caso, sobre todo durante la temporada de actividades físicas, que me encantaban. No tenía mucha flexibilidad, con lo cual no era muy buena en la gimnasia artística, que además me aburría muchísimo y casi todos los ejercicios me hacían bostezar de una manera nada bonita. Tampoco era excelsa en el *lacrosse*, que era el favorito de muchas de mis amigas del colegio, aunque me estaba todavía un poquito vedado por mi edad. Es un deporte intenso, una especie de *hockey*

pensado para el sexo femenino, que se juega sobre hierba, pero que prefiere para su práctica a chicas más «desarrolladas». Al final, mi deporte favorito terminó siendo la equitación. Una vez más, el aspecto le ganaba a la realidad. Me veía, y me veo, imponente sobre un caballo, como si hubiera nacido amazona, solo que sin los medios para poder practicarlo cómodamente y hacer de ello una fuente importante de ingresos. Las hermanas en el Saint Mary Rose animaban mi predisposición y falta de miedo ante el animal. Por supuesto que a mi favorito, un fuerte aunque no precisamente elegante ejemplar de color bronce y un lunar blanco bastante asimétrico en la frente, lo llamé India, y a su rara belleza y caprichosa velocidad le debo alguna que otra medalla infantil, pero sobre todo le debo la disciplina para cuidarlo, lavarlo, hablarle y contarle mis visiones sobre la vida de mi padre en el país con el que compartía nombre.

Así pasaron seis años. Debo reconocer que mi madre sí vino, aunque una sola vez en todos esos años, a visitarme. Se sintió indispuesta nada más llegar y se marchó evitando besarme porque temía que me contagiara de lo que fuera que le había hecho enfermar tan súbitamente. Mi única familia en todos esos años fue India. Mucha gente se apiadaba de mi soledad, sobre todo en las fatídicas fiestas de Navidad, y conseguí hacer un buen grupo de amigas y familias supletorias. Tantas que a veces confundía regalos de unos con otros. Pero pronto entendí que esa vida social, igual que mi aspecto, eran lo más importante en mi vida. De alguna manera incluso más importantes que mis padres. Quizá me explique mejor escribiendo que a mi vida social preferí llamarla *madre* y a mi aspecto personal *padre* y así dejaba bastante claro lo que significaban. Eran mi guía, mi orientación. Mi brújula en esa especie de feliz romance social que era mi existencia.

Entonces llegó el 15 de abril de 1927, al fin doce años. En mi cabeza era como el inicio de una nueva etapa. Creo que fue un cumpleaños sencillo, en el internado, con mis diez mejores amigas de entonces. Helen, Mary Ann, Beatrice, Moira…, aunque no me gusta indagar sobre las personas por las que siento genuino afecto, creo que todas teníamos circunstancias familiares similares. Padres ausentes, infancias enteras entregadas al cuidado de otros. Era una fórmula, una manera de criar hijos entonces. Como si estar alejada de tus padres colaborara en crearte una auténtica personalidad.

El día de mis doce años, deseé estar perfectamente arreglada desde la mañana hasta el segundo antes de quedarme dormida. Tenía unos tirabuzones estupendos y una sonrisa hospitalaria, pero que marcaba cierta distancia. La combinación hacía que muchas personas me llamaran adulta, «una niña muy adulta», algo que me llenaba de orgullo. Y precisamente con esa sonrisa adulta y orgullosa me encontré avanzando al día siguiente hacia el despacho de la madre superiora, sujetando con firmeza el pomo de la puerta para abrirla después de oír la indicación de la madre y encontrarme al entrar con ese olor de fragancia cítrica ya maderada, de bigote siempre recién afeitado, de labios fuertes y cariñosos, de dientes que por un momento me parecieron algo manchados de tabaco y también del raro aliento de limón, menta dentífrica y whisky de mi padre.

—Rosalind, estás mucho más bella de lo que la madre superiora ha querido indicarme. Y alta. Y fuerte.

—Es una de nuestras mejores amazonas, señor Fox —informó la madre superiora.

Me sorprendió que mi padre hubiera eliminado el Knowles. Lo observé para constatar si él se daba cuenta de mi extrañeza, pero mi padre seguía como si nada.

Lo que dijo a continuación era mucho más importante.

—Creo que ha llegado el momento de que vengas conmigo a la India.

Me sentí observada por más de los cuatro ojos presentes. Gente invisible, gente que solo existía en mi imaginación. Muy observada. Pero no quería traicionar mi apariencia, educada, serena.

—Madre, dado que pareciera que está de acuerdo en que me marche y siga a mi padre a la India, ¿tendría algún problema en ser testigo de mi deseo de pasar a llamarme Rosalind Fox?

Hubo un silencio, la madre superiora miraba a mi padre esperando su reacción, pero él solo tuvo una, abrazarme y levantarme por el aire.

—Oh, Rosalind Fox, vas a adorar todos los corceles que montarás en el Country Club de Calcuta.

No sabía qué decirle, quería que me besara, que me sostuviera en sus brazos y ver desde esa altura todo lo que acumulaba la madre superiora en su escritorio. Perderme en el verde de sus ojos.

—¿Un Country Club, papá?

—Rosalind, es mucho más, muchísimo más grande que cualquiera que hayas visto. Todo es el doble de grande en la India. Son las praderas más bellas que verás jamás. ¡Vas a venir a vivir conmigo en la India, por eso estoy aquí!

Miré hacia la madre superiora. Así de educada era, como si necesitara cerciorarme de que existía su consentimiento.

—Serás muy extrañada por tus amigas y tus profesoras, querida Rosalind, pero tu padre ha conseguido que te traslades a un colegio muy parecido al nuestro en Calcuta.

Cambiando rápidamente de tema, me apresuré a decir:

—Dicen que aquel país es muy húmedo. Por el calor tropical.

Mi padre, como la madre superiora, se unieron en una carcajada.

—Su tutora, la hermana Raquel, nos cuenta asombrada sus conocimientos de geografía. Se sabe casi todos los mapas de las tierras del Imperio, Embajador Fox.

Era la primera vez que escuchaba esa palabra antecediendo al nombre de mi padre. Embajador, ¿era embajador? Por un momento sospeché que no sería del todo así, en primer lugar porque utilizaba un nuevo nombre, del que no daba ninguna explicación, y asumió mi propio cambio de nombre con una naturalidad increíble. A partir de ese momento empecé a entender que llamarte *Fox* tenía mucho de zorro. Y al igual que ese animal, eras capaz de escabullirte en las situaciones más complicadas.

—Tendremos que recoger algunas cosas, cerrar negociaciones, trabajar un poco, mi adorada Rosalind, antes de marchar —dijo a continuación el «embajador Ronald Fox».

—Tengo que decírselo a mis amigas. Madre, no puedo marcharme sin despedirme. Sería muy descortés.

Mi padre sonrió encantado con mi elección de palabras y mi buena educación.

—Lo haremos juntos. Esta hija maravillosa es la verdadera embajadora —dijo cogiéndome del brazo y saliendo del despacho hacia el pasillo principal.

Era la hora del receso antes de la comida, y noté cómo muchas de las hermanas se sonrojaban al verlo, pero no de vergüenza, sino más bien de algo cercano al gusto, el goce, la excitación que generaba su presencia. Vestido con un traje cruzado, de un paño casi blanco, con su sombrero color gris perla bordeado por una cinta del mismo gris, pero más oscuro, zapatos pespunteados, pero de un curioso tono, o quizá hasta de dos tonos, como seguramente se calzaban los embajadores de países coloniales, pensé de inmediato. El pelo le sobresalía bajo el sombrero, tan brillante como sedoso. La sonrisa, la mirada, el orgullo de llevarme sujeta

muy cerca de un costado de su torso, atlético, cada músculo se marcaba debajo de la piel, como el lomo de India, mi caballo. Me apretaba con sus dedos fuertes. Descubrí en ellos una sortija que no recordaba, como si tuviera piedras de colores, algo azul y algo rojo que entonces no sabía que se trataba de zafiros y rubíes. Y unas delicadas pulseras de oro que le resbalaban por la muñeca, con pequeñísimas inscripciones en un idioma que no era inglés. En la otra muñeca, dos importantes brazaletes de oros diferentes. Nunca había visto un hombre así de enjoyado, tan solo en los grabados de la enciclopedia cuando buscaba aborígenes de los sitios que mencionaba Salgari en sus novelas. O de hombres más oscuros que daban machetazos a las palmeras que brotaban sin parar en esa India a la que ahora me llevaría mi enjoyado, exótico, maravilloso padre. A mí también me pasaría lo mismo, me convertiría en odalisca, en bayadera de algún templo protegido por infinidad de palmeras. La India nos haría similares y más unidos. Mi padre se había vuelto uno de ellos, o sencillamente se había apropiado de cosas, de esas culturas, de esos lugares, para venir a buscarme y llevarme, adentrarme en esas tierras maravillosas que ahora no estarían solo en los libros, sino que podría conocer, oler, mirar y seguramente algún día contárselo también a mis hijos.

—¿Es tu padre? ¿Es actor de cine? —me preguntó, toda sofocada, Christine Foster, una de mis amigas más rápidas, es decir, con más ansias de ser de verdad adulta. Siempre que podía me decía que los besos eran muy importantes. Le encantaba el cine, como a mí, solo que ella sabía muchos más nombres de actores y actrices. Tenía dos años más que yo, también hay que decirlo.

—No. Es solo mi papá, antes era coronel y ahora es embajador.

—¡Oh, Dios mío, embajador! Debe de ser algo agotador —dijo ella, y de inmediato imitó el gesto de alguna actriz, llevándose las manos a la cabeza y fingiendo un extremo cansancio. Nos reímos.

Mi padre volvió cerca de nosotras. Y, muy elegante, lo presenté al grupo de amigas. Como si ya estuviera en la embajada en la India y tuviera que practicar saludos entre maharajás y duquesas, por ejemplo. El Embajador Fox recogía la mano de cada una de ellas y repetía amablemente su nombre. Christine, Beatrice, Caroline, Moira, Frances, Elizabeth. Conseguí observar cómo dejaban escapar una mirada, más bien un repaso muy precoz, a mi padre. Y contenían brevemente la respiración. Estaban encantadas, fascinadas de conocer a un hombre así. Y todas miraban sus pulseras, sus dedos, la manera en que sujetaba el sombrero con una mano mientras con la otra las saludaba. Christine empezó a reír nerviosa, se había enamorado completamente de papá y no podía controlarse. Entonces nos reunimos en corro, siempre lo hacíamos a esa hora antes de la comida para criticar a otras compañeras o quedar para hacer los deberes juntas, pero esta vez fue todo una mezcla; querían hablar de mi padre y solo podían decir palabras a media voz. «Es más guapo que un actor de cine». «Su piel es más suave que el paño de su traje». «Dios mío, las pulseras, dicen que las llevan los aborígenes de zonas donde jamás ha llegado la civilización». «El olor, dinos qué perfume es, queremos que nuestro padre lleve uno igual». «O un novio, que alguna vez tengamos un novio como él…». Me reí, miraban con pésimo disimulo hacia mi padre, que esperaba pacientemente a que terminara esta excitación que había creado. Y le dediqué una inmensa sonrisa. Él hizo lo mismo. Hablábamos el mismo lenguaje.

Lamentablemente, no todo iban a ser buenas noticias. India, de momento, no podría viajar con nosotros. Pese a que

llegué hasta su establo con normalidad, más como si fuera a prepararlo para dar una vuelta rutinaria, no pude controlarme cuando estuvimos frente a frente. India me miró como si supiera mejor que yo misma que no volveríamos a vernos jamás. Y su mirada desató en mí un llanto incontrolable. Mis amigas, que un instante antes habían estado riendo y celebrando la belleza de mi padre, se pusieron tan nerviosas que agitaron aún más a India. Fue una escena de descontrol. India no me dejaba acercarme a él, porque en su sensibilidad especial yo lo estaba traicionando, lo estaba abandonando por un país que llevaba su nombre, pero no su nobleza, su amor incondicional hacia mí. Mientras los gritos de las niñas lo desorientaban o quizá lo adentraban más y más en el dolor que le estaba creando, India perdió el control y empezó a golpear contra las paredes del establo tanto con sus patas como con su bella y enloquecida cabeza. Sus ojos me taladraban, llenos de furia, de dolor, de amor roto, y controlaban mis movimientos. No podía dejar de mirarlos, quedando completamente rendida ante lo que él deseara hacer conmigo. Tenía toda la razón, lo estaba abandonando, a mi familia, mi casa, mi único primer amor. Sentí todo su aliento de amor convertido en odio de corazón traicionado, y me resigné a esperar que su potente hocico golpeara mi cabeza, pero los brazos de mi padre me sujetaron con toda su fuerza y me alejaron de él.

Esa fue mi despedida del Saint Mary Rose.

La siguiente parada fueron un par de habitaciones en el club de funcionarios de la Oficina de Exteriores de la Corona inglesa. Un grupo de apartamentos en el tercer piso de un inmenso edificio en Pall Mall. Dios mío, fue la primera vez que vi Londres de la mano de mi padre. El final de una tarde de primavera, la claridad se extendía hacia la noche, las nubes se dispersaban y el gris del cielo se volvía más y más

claro hasta que un poco de azul empezaba a teñirse de noche y la luna conseguía iluminar las hojas de cada árbol y arbusto en los parques y lagos que rodeaban esas casas. Es una hora que siempre he asociado a Londres, el paso de la tarde hacia la noche. Y esa tarde noche, mucha gente se quitaba el sombrero al paso de mi padre. Y muchos lo llamaban embajador mientras él saludaba y me guiñaba un ojo. Como si entendiera que yo era la primera en poner en duda ese título.

Cuando al fin entramos en el edificio, dos señores uniformados retiraron su abrigo y su sombrero, y me sonrieron galantemente mientras hacían lo mismo con mi nueva chaqueta y mi nuevo tocado.

—Embajador Fox, le esperan en el comedor. Se trata de sir Dwight, se excusa de la hora, pero le anima a que se una a él para una cena más bien fría. Nuestra cocinera no gusta de preparar nada más allá de las ocho de la tarde.

Mi padre me guiñó un ojo otra vez.

—Rosalind, querida hija mía, ¿te molestaría vestir tu uniforme de equitación?

—Para nada, señor embajador. —Acepté el juego y asumí esa petición tan absurda.

—Infórmele a sir Dwight que los señores Fox bajarán a acompañarle a cenar una deliciosa selección de carnes frías en breve.

Nunca me había puesto todo mi uniforme de equitación con tanta premura. Ir vestida de esa manera… a una cena en un club de caballeros, siendo una niña-mujer de doce años, me pareció en ese momento la idea más excitante, por alocada, divertida, fuera de toda lógica. Y más aún si provenía de mi padre. Creo que estuve lista en menos de cinco minutos y con el pelo bien peinado hacia atrás para que entrara en el sombrero reglamentario, pero sabiendo que cenaríamos en un recinto cerrado, terminé llevándolo

cogido en mis manos. Las botas estaban recién lustradas, los *jodhpurs* (ese genial invento británico para vestir a los jinetes) me quedaban francamente bien, si se tiene en cuenta que era una niña todavía con mis remanencias de grasita infantil. Una vez vestida entendí lo que buscaba mi padre: asombrar, enseñar a su hija, de la que estaba bastante orgulloso, con un atuendo que nadie podía imaginar, ni a esa hora ni en ese club ni mucho menos acompañando a su padre, por más «embajador» que fuera. Me sentía única, distinta a todo y sin poder reconocerlo con todas sus letras, completamente fascinada por las ideas de mi padre, por su manera de arrastrarme a todas sus ocurrencias y convertirme, más que en una hija, en una cómplice.

CAPÍTULO 4

LA CENA FRÍA

Aparecimos ante el mismo camarero de las habitaciones y un señor mucho más alto, serio e imponente, el mayordomo del club, Mr. Higgs, como nos fue presentado. Apenas me vio al lado de mi padre con mi uniforme de equitación, movió levemente sus labios y, como mi padre, también me guiñó un ojo, de una forma bastante imperceptible, que provocó una risita nerviosa de mi parte. Mr. Higgs acababa de entrar en mi vida.

—Señor Fox, las reglas del club no permiten a menores en las salas sociales después del té.

—Sir Dwight no hablará conmigo si no es delante de mi hija, Mr. Higgs —respondió mi padre.

—Una de las personas más excéntricas de nuestro entorno, el invalorable sir Dwight —matizó Mr. Higgs, con una manera de redondear las sílabas de cada palabra que me hizo infinita gracia, no podía esperar a estar a solas en mi cama para empezar a imitarlo. Quería hablar así el resto de mi vida—. Se ve en su porte que la señorita Fox debe de ser una magnífica amazona, señor Fox, si me permite el atrevimiento.

Mi padre se volvió hacia mí encantado. Estábamos disfrutando este extraño ritual, ese no dejarnos avanzar

tranquilamente hacia el comedor.

—Pero las amazonas deben vigilar mucho sus comidas —prosiguió Mr. Higgs—. A buen seguro, señorita Fox, ya habrá cenado. Frugalmente, espero.

—Tan solo una manzana, Mr. Higgs. Mi padre y yo estamos preparando las maletas para viajar hacia Calcuta —dije, procurando imitarlo, pero sin que se notara mucho.

—¡Dios santo! —exclamó Mr. Higgs con un poquito de entusiasmo infantil que me hizo pensar que estaba devolviéndome la jugarreta por mi imitación de su forma de hablar—. Magníficos corceles en esa parte del mundo, señorita Fox. Pero también muchas novedades. Mosquitos, principalmente. Algunos con alas y otros bípedos, ¡como muchos de nosotros! —exclamó, y cerró sus delicados labios y en realidad toda su cara en una expresión pétrea, como si hubiera hablado de más.

—Tenemos excelentes mosquiteras en la embajada, Mr. Higgs —zanjó mi padre, y de inmediato le extendió otra de sus mejores sonrisas.

Mr. Higgs se agachó hasta estar a la altura de mis ojos. Mirándome profundamente con los suyos, de un verde transparente, como si siempre estuvieran a punto de derramar alguna lágrima. Quería volver a guiñarme un ojo, pero claramente lo consideraba exagerado, y en vez de eso, se concentró en abrochar mejor el último botón de mi casaca para que quedara perfecta. Sus dedos, largos y limpísimos, actuaban con una precisión que no parecía humana. Plas, plas, y todo, el aspecto, la casaca, mi pelo, mejoraba inmediatamente. Mr. Higgs volvió a su habitual postura erguida y se dirigió al camarero.

—Joven Albert, ¿no es cierto que la señora Boils ha dejado listas algunas bandejas de desayuno, con huevos, algo de mermelada, poca tocineta y suficiente avena?

—En efecto, Mr. Higgs —respondió sucintamente el joven Albert.

—La señorita Fox tomará una de esas bandejas mientras encontramos algo de carne, vino y escocés para los señores —ordenó mientras se apartaba para que papá y yo avanzáramos por el pasillo hacia el comedor.

Me atrapó el olor de la moqueta de lana escocesa, el óleo reseco de los inmensos retratos de antiguos miembros notables del club, el cuero a veces verde, marrón rojizo o amarillo de los butacones debajo de esos cuadros, las enormes ventanas sobre las que resbalaba el agua de la lluvia y las luces de los coches que aún deambulaban por la ciudad. Mr. Higgs se colocó delante de nosotros, guiándonos hacia el comedor. Se detuvo ante una puerta, como de un castillo, altísima, pesada, toda la madera grabada con algo que confundí con letras o rostros. La abrió con una sola mano, la derecha, y la puerta, cuan larga y pesada era, quedó completamente plegada a un lado, y él perfectamente al frente. Volvimos a mirarnos y contuve una sonrisa, porque él no mostraba ninguna, pero algo me hacía pensar que también la estaba conteniendo. Entonces, antes de que con esa prodigiosa mano derecha cerrara la puerta, aproveché y le hice una reverencia. Y antes de que la puerta se cerrara, volvió a guiñarme un ojo.

—Querido señor Fox, qué maravilloso encuentro en Londres, lástima este clima, pero no se puede negar que tanta agua en nuestras islas permite florecer maravillas como esta preciosa criatura, Rosalind —dijo casi sin respirar sir Dwight. Era rechoncho, calvo, aunque lo ocultaba cubriendo la frente con lo que le quedaba de pelo, gafas muy pequeñas para unos ojos que parecían saltar por encima del metal, dientes diminutos, nariz prodigiosa, o sea, grande, gorda. Debajo de su chaqueta, que no se podía apreciar bien si era un esmoquin o una especie de

guardapolvos, llevaba un chaleco dorado. Entendí a qué se refería Mr. Higgs cuando llamó excéntrico a sir Dwight.

—Tenemos mucho trabajo que encomendarle en este viaje a Calcuta, querido señor Fox —prosiguió Dwight.

Nos sentamos en una mesa redonda hecha de pequeños trozos de piedras de colores. Nunca había visto algo así, y al igual que me había sucedido con Mr. Higgs, su acento, su portentosa mano derecha, quería que esa mesa me acompañara el resto de mi vida.

—Demuestra tener buen gusto su hija, señor Fox. Esta mesa veneciana es una de las antigüedades más valiosas del club. Oh, señorita Fox, se ve que las hermanas del Saint Mary Rose con su legendaria austeridad la han educado para tener un ojo especialmente dirigido hacia lo más caro —advirtió Dwight, y mi padre soltó una carcajada.

—Quizá Rosalind sea aún muy niña para entender lo que acaba de decirle, sir Dwight.

—No —dije rápidamente—. Lo he entendido perfectamente. —Y preferí quedarme callada, porque sí sabía de lo que estaban hablando, pero no tenía entonces las palabras suficientes para explicarlo.

Afortunadamente, Mr. Higgs y el joven Albert reaparecieron con la bandeja prometida y la carne helada y rojiza para los mayores. Así como aparecieron, dispusieron sobre la mesa manteles, servilletas, las viandas y se alejaron. Me quedé con ganas de chismorrear más con Mr. Higgs, pensé que, si veía algún error en el servicio, podía aprovecharlo para retenerlo. Pero no había ninguno. La avena sí era humeante (¡entonces sí había cocina donde calentar!), y muy poco apetecible. Pero recordé una de las frases de la hermana Mary cuando limpiábamos juntas a India en las mañanas del domingo y le dábamos de comer barriles de avena: «Si les gusta a los caballos, debe de ser buenísima para los músculos, el pelo, los ojos. Y la piel».

Muy diligentemente, tomé la cuchara y empecé a degustar el menjunje. Mr. Higgs habría hecho de las suyas y consiguió colar un último guiño para mí: perfectamente diluida en la espesura del potaje, había bastante mermelada de naranjas amargas.

—Esta niña va a ser un triunfo en Calcuta, querido Fox. Imagino que habrá tomado las precauciones debidas.

—Estará a cargo de las mismas monjas del Saint Mary Rose, en un colegio hermanado en Calcuta. Y tendrá dos caballos a su cuidado.

—¡Dos! —exclamé, y de inmediato me di cuenta de que en todo ese tiempo no había preguntado de dónde salía el dinero para sostener aquello. El club, la estancia en Londres, mi propio colegio, el viaje a Calcuta. Dos caballos en la India. ¿Habíamos heredado? ¿De dónde venía todo ese dinero? ¿Podría ser que en la India mi padre hubiera hecho una fortuna inagotable?

—Querido Fox, he pensado que deberíamos hablar de ampliar sus deberes en nuestra representación de Calcuta —propuso Dwight, sus dientes eran cada vez más pequeños—. Me gustaría que estudiara cuidadosamente el contenido de esta cajita.

Y entonces colocó sobre la mesa una caja, no una cajita, de una madera oscura, tan alta como compacta. Mi padre la acercó a su lado de la mesa y puso una mano encima.

—Una pieza tan delicada, querido Dwight, espero que no se estropee en el equipaje de un caballero tan rudo como yo.

—Oh, qué tonto he sido al no reparar en ello —dijo Dwight con esos dientes que no paraban de empequeñecer—. Quizá podría viajar hasta Calcuta en el más delicado equipaje de la señorita Fox.

Mi padre cortó una rebanada de su carne, se la llevó hacia la boca y la acompañó con un largo trago del vino aún más rojo que la carne. De repente, me entró un hambre

inusitada. No solo terminé toda la avena, sino que me arrojé sobre los huevos y la poquísima tocineta como si en el Saint Mary Rose nos mataran de hambre. Pero la verdadera causa de esa hambre era saber qué guardaba la cajita. Si iba a ser yo quien la transportase, tenía todo el derecho a saberlo, pero no era mi costumbre, mi educación, preguntar antes de que los mayores se dirigieran a mí.

Mi padre debió de notar la ansiedad en mi apetito. Levantó su mano de la caja y la abrió. Sentí un olor a especias, quizá pimienta. Estornudé y tuve la sensación de que Mr. Higgs aparecía de la nada y me ofrecía un pañuelo para que no manchara la servilleta. Y así como apareció, volvió a desaparecer.

—Son unos maravillosos poemas hindúes anónimos que he encontrado olvidados en una tienda de amigos en South Kensington —informó Dwight—. No pude evitar adquirirlos pensando en nuestra encantadora amiga, Lady Amanda, ávida lectora de todas las cosas misteriosas y flagrantes de la India.

Tuve que eructar. Nada se alteró en el salón. Pero esa aparente normalidad, pese a ser una niña de doce años, no sé cómo explicarlo bien…, me hizo sospechar. Sí, sospechar que esos poemas eran más que poemas.

Por supuesto, no pude dormir esa noche. Escuchaba los suaves ronquidos de mi padre, pero tenía clarísimo que se despertaría ante cualquier movimiento. La cajita reposaba en la mesilla entre nuestras camas, más cerca de papá que de mí. En caso de que consiguiera abrirla y desplegara los rollitos de papel, necesitaría luz para leerlos bien. Podía esperar al alba, una hora que mis padres aprovechaban para entrar en el último sueño. Por eso, esperé, los ojos muy abiertos, mientras el inagotable ruido de la noche en Londres me facilitaba la vigilia. No es que hubiera coches, peatones parlanchines, tenderos madrugadores, pero la

ciudad no dejaba de emitir ruidos. Pájaros que sobrevolaban la oscuridad, sirenas de barcos que cruzaban el Támesis antes de que la luna durmiera; serenos que recorrían las premisas de los privilegiados. Algún animal nocturno, como los zorros que me apellidan, que destrozaba los jardines del vecino Saint James. Los patos y las ocas de los reyes que se deslizaban sonámbulos sobre las aguas de los lagos del parque.

Todo eso me acompañaba mientras seguía pensando. ¿Quién pagaba todo eso? ¿Qué hacía en realidad un embajador? ¿Por qué Calcuta? ¿Cómo sería Calcuta? ¿Cómo serían esos caballos que me esperaban? ¿Cómo serían los mosquitos con alas y cómo serían los que eran bípedos, como nosotros, tal cual había advertido Mr. Higgs? ¿Dónde dormía Mr. Higgs? ¿Por qué tenía la sensación de que lo volvería a ver si en breve zarpábamos hacia la India?

Pero la verdadera causa de mi insomnio era la cajita con los poemas. ¿Por qué Lady Amanda me sonaba tan mal? ¿Por qué sentía que la conocería rodeada de otras personas, olorosa a talcos, vestida de rosado, rodeada de flores y frutas exóticas en Calcuta? ¿Era la amante de mi padre? ¿Qué era una amante? «Oh, Rosalind, no te engañes —me decía a mí misma, entregándome al insomnio—. Aunque tengas doce años, sabes muchas cosas. Has oído esa palabra muchas veces, incluso entre tus propios padres. Mamá tenía un amante, que nos alimentó durante la guerra, solo que eras tan niña que apenas puedes recordar. Y en el internado muchas de tus amigas, Beatrice, Frances, Imogen, usaban la palabra cuando recibían un regalo envuelto en papel caro y de color exótico (morado, rosa, azul con lazo blanco) y exclamaban: “¡El regalo de la amante de mi padre!”».

Papá hizo un ruido extraño. El sol empezaba a dibujar la promesa de un día sin lluvia en la ciudad. Inmediatamente, pero sin pausa alguna, la calle se entregó a una actividad

frenética. Señoras con altísimos sombreros y abrigos larguísimos, carruajes, automóviles, señores vestidos con trajes de día a rayas o gris perla, que consultaban pesadísimos relojes atados a su cintura. Jovencísimos chicos que corrían repartiendo periódicos y varios más, vestidos con uniformes blancos, distribuyendo botellines de leche en todas las casas.

Papá seguía roncando y fui hacia la caja, delicadamente la abrí y extraje uno de los rollitos. «Pergaminos, Rosalind, se llaman pergaminos», me dije a mí misma empleando el acento de Mr. Higgs. Y lo extendí sobre mi cama.

CAPÍTULO 5

VERDADES A MEDIAS

Eran dibujitos acompañados de palabras escritas en un idioma desconocido. Como primitivo, que mezclaba caracteres con figuras. Por ejemplo, había una mujer, vestida con un traje rojo con una cola más o menos larga y con los brazos a veces en alto, otras a un lado de la cintura y otras con las manos unidas como si estuviera aplaudiendo o siguiendo una melodía. Me encantó al mismo tiempo que me dio miedo esa figurita. Como si en algún momento pudiera materializarse. Y ser o bien Lady Amanda o yo misma en el futuro.

Intenté enrollar el pergamino igual a como lo había extraído, y al devolverlo a la cajita y ver el resto de sus compañeros comprendí, muy asustada, que había un orden estricto en la forma en que estaban dispuestos. Como si fueran un abecedario. Y cada rollito representara una letra. «Rosalind tiene una inteligencia que no es propia de su edad», había dicho en más de una ocasión la madre superiora. «Tiene mucha habilidad para la gramática y el álgebra. Llegará muy lejos organizando cosas», también había dicho. Era cierto, me encantaban las clases donde había que organizar objetos, números, letras e ideas.

Si los rollitos configuraban un alfabeto, tenía que ver muy bien dónde estaba la huella del vacío provocado por extraer uno de ellos. Pero estaban muy juntos, el Embajador Fox roncaba cada vez menos, y no deseaba arriesgarme a que despertara y me encontrara husmeando en la cajita. En efecto, los rollitos eran casi veintitrés, letra más o menos. No había manera de encontrar ese espacio donde faltaba una. No sé por qué recordé los dientes menguantes de sir Dwight y los asocié a los pergaminos. ¡Oh, por Dios!, ¡si había alguna frase construida en esos rollitos, el que supiera leerla sabría que una de las letras estaba mal colocada! Entendería que alguien los había husmeado y desorganizado. El mensaje, la frase, cualquiera que fuera, quedaría deshecho. Estropeado. Introduje como pude el rollito extraído, pero apenas cerré la caja, empecé a pensar qué debía hacer, callarme o contárselo a mi padre. O a Mr. Higgs.

El Embajador Fox despertó, vivaz, ágil, el pelo totalmente alborotado y pegado a una parte de su cara. La que quedaba libre permitía disfrutar su blanquísima sonrisa. Vino hacia mí para cargarme. No hice nada por separarme de él, no podía dejar de pensar en los rollitos de la caja, pero tampoco quería acabar con ese instante, el calor de papá, la tranquilidad de estar abrazada a él, sin decirnos nada, la mañana que circulaba y la noche en vela que se desvanecía, y ese breve instante deseando hacerse eterno entre nosotros.

Pero el día fue todo lo contrario. Mr. Higgs esperaba en la entrada del club, su eficiente brazo derecho sostenía abierta la puerta del enorme automóvil que nos trasladaría hasta la sede de la Colonial Office, el ministerio encargado de todos los asuntos británicos en sus territorios foráneos o excolonias. Pese a la corta distancia que lo separaba el club donde dormimos, fue uno de los viajes más impresionantes

que he vivido, la ciudad, los edificios del Parlamento, el color miel de la piedra con que fueron construidos que deslumbraba ante cada ráfaga del sol de esa mañana. La torre del Big Ben y las gigantescas manecillas que me hipnotizaban, pasando de las ocho horas a las ocho horas y dos minutos. Papá, en cambio, miraba hacia el río y los barcos que flotaban en perfecto orden. Cuando el coche nos dejó en las puertas del edificio, sentí un asombro indescriptible. Por el tamaño, la sombra que proyectaba sobre la acera, sobre nosotros mismos. ¡Nos iban a recibir en una fortaleza! Otro caballero, pretendiendo la insuperable elegancia de Mr. Higgs, nos guiaba a través de los arcos monumentales y de allí a una serie de pasillos y pequeñas salitas donde nos quedaríamos esperando, en absoluto silencio. Era y no era el momento para confesar que había abierto la cajita. Y que tomé el pergamino y no supe volver a ponerlo en su sitio.

El Embajador Fox intentaba sacarme alguna expresión, pero era incapaz de decir nada, prefería prolongar ante él mi asombro todo lo posible. Al final surgió un señor muy delgado, con un bigote grande, espeso y blanco, y un bastón en cuya empuñadura alcancé a ver algo parecido a un escarabajo dorado. Le entregó un rollo de papel atado con una cinta y lacrado con cera.

—Señor Fox, sus credenciales, que deberá mostrar a los virreyes en su visita a la ciudad de Calcuta a finales del mes de mayo, que es la fecha fijada para ello —dijo muy solemne, inclinó la cabeza hacia mi padre y después hacia mí, y desapareció.

Pero si apenas era 17 de abril, ¿íbamos a tardar todo ese tiempo en llegar a Calcuta?

Sin más, volvimos al coche. Y volvió a hacer el mismo recorrido, pero en sentido contrario, y mi padre ordenó que nos apeáramos en una calle muy concurrida. Creo que era el

ascenso de Embankment hacia Charing Cross y el Strand, es probable que me equivocara, después de todo hasta esa mañana yo era una niña internada en un colegio de monjas, pero siempre recordaré ese paseo como si fuera un viaje, secreto, personal en el cual dejaba de ser la pequeña amazona del internado de Saint Mary Rose y me iba convirtiendo en más o menos la mujer que soy hoy día. El Strand era una avalancha de gente que se movía entre diminutos restaurantes para tomar vino en vaso y grandes trozos de un jamón rosado y un queso amarillento; señoras con sombreros, abrigos, saludos desde todas direcciones a mi padre y a mí. Luego avanzamos hacia la parte de atrás de la ópera, el mercado de Covent Garden y su apabullante bullicio, y los colores, olores, de todas las comidas y animales allí expuestos. Me transformé en Rosalind Fox. No solo en nombre, sino en espíritu, el de una persona que no se asusta ante la aventura, lo inesperado. Pero aun así seguía sin encontrar el momento de decirle a mi padre la verdad sobre los pergaminos.

—Así será Calcuta, Rosalind —dijo el Embajador Fox durante ese ascenso—. Mucho más desordenada, mucho más exuberante también. Pero esta misma emoción, esta misma adrenalina. De ciudad, de aventura, de exigencia. De apariencias y verdades a medias.

—Verdades a medias —murmuré, y mi padre volvió a tomar mis dedos y seguimos recorriendo los edificios de almacenes a un lado de la calle, los puestos de frutas, verduras, carnes y pescados a otro.

Sobre el empedrado desigual de las calles, gente, coches, algunos de caballos. Movimiento. Siempre movimiento. Mi padre se detuvo en un puesto para comprarnos un paquete de manzanas, nueces y peras.

—Parece poco, pero es la mejor alimentación posible, querida Rosalind.

Con ese sabor de manzanas, peras y nueces terminamos en Jermyn Street. Mi padre necesitaba hacerse una última prueba y recoger unos trajes a medida en esa calle. Fue la primera vez en mi vida que entré en una sastrería, y así como supe que Mr. Higgs sería para siempre, lo mismo me sucedió con ese ambiente. Las telas, casi siempre oscuras, los forros, casi siempre de una seda muy ligera. Los botones, las enormes tijeras para cortar los patrones. Los espejos discretamente ubicados para que los señores no se sintieran demasiado coquetos. El propio sastre, Mr. Howard, orondo, serio, indiferente a los niños, nada conversador. «Por eso muchos venimos al señor Howard, querida Rosalind; porque no habla», me dijo papá en uno de los descansos entre el traje claro para lucir en Calcuta y los dos azul oscuro y gris marengo para vestir durante la travesía. Yo compartía algo con el señor Howard, también callaba, prefería no revelarle a mi padre mi secreto.

Agotados por las pruebas, y sobre todo por la paciencia requerida para ellas, salimos hacia la calle y papá decidió subir hacia Piccadilly; fue ahí donde sentí que Londres estaría en mi alma para siempre. Rodeando Piccadilly Circus tuve mi primera visión de Regent Street, aún más opulenta y señorial que la propia Piccadilly. Mi padre me apretaba la mano, sentía mi misma emoción. Ese ajetreo, esa cordialidad exacta y hasta un poco rígida de tantas personas, como si imitaran el afectuoso saludo de los vecinos de una comarca, pero revestido de una distancia rara, a veces agradable, otras ligeramente hostil. La forma de andar de muchos, siempre rápida, como si estuvieran llegando tarde a algo. Las bicicletas por todas partes, algunas con una sola persona y otras hasta con familias enteras y con niñas de mi misma edad pedaleando y saludándonos. El griterío de los vendedores de periódicos. «Una nueva amiga para el príncipe de Gales», proclamaban, y mi padre evitaba que

viera quién era esa nueva amiga. ¿Por qué? ¿Acaso sería mi madre? Apenas podía ver un poco de pelo muy rizado y probablemente tan rojo como el mío en una de las fotos.

Subimos a un tranvía, pero inexplicablemente papá cambió de idea nada más entrar, y al descender tan precipitadamente, me apretó más fuerte la mano. Entendí que algo pasaba. Que había visto algo dentro del transporte. O a alguien. Y el simple hecho de unir en mi cabeza algo y alguien me hizo pensar que los pergaminos estaban en el medio.

Apreté más fuerte la mano de mi padre. Y él respondió apretando la mía con la misma fuerza. Aceleró el paso y me di cuenta de que aunque resoplara tenía que seguir su ritmo. Ese algo o alguien que viajaba dentro del tranvía seguro que también habría decidido bajar a la calle para seguirnos. No sé cómo pensé que cuando golpeaba a India en un costado para que corriera más rápido, ella jamás se giraba a intentar ver de qué huíamos. Igual tenía que hacer yo entonces. No girar, seguir, tan solo seguir.

Estábamos de nuevo en dirección a Trafalgar. Asumí que el Embajador Fox regresaría al club, pero papá volvió a cambiar de dirección, apretándome otra vez la mano y enfilando hacia la señorial plaza de Saint James. Un recorrido completamente desordenado, sin sentido. Claramente, aunque no los viera, debían de estar siguiéndonos. En la plaza hay varias entradas, se supone que los vecinos pueden hacer uso de ella, pero mi padre evitó todas esas salidas como si en cada una se agazaparan cómplices de los perseguidores invisibles. Me levantó en sus brazos y corrió todo lo rápido que pudo a través de la parte donde circulaban los coches. Vi cómo una hilera de sudor corría por su nuca. Había visto hileras similares hacer el mismo recorrido en la nuca de India, pero significaban esfuerzo, mayor velocidad. En esta que bajaba por la blanca

piel del Embajador Fox entendí que lo que había era miedo. Y por eso pasé mis manos sobre ella, sobre la hilera de sudor, para quitársela y así también quitarle el miedo.

Entonces entramos en una pequeña calle y a través de esa pequeña calle fuimos a otra, aún más pequeña, un insólito laberinto en pleno centro de Londres que él parecía conocer muy bien. Me armé de valor y miré hacia atrás a pesar de que el Embajador Fox intentara impedirlo. Y vi a un hombre delgado, con la tez de un tono que jamás había visto, la cabeza cubierta por un turbante adornado por una figura que, juraría, había visto en los pergaminos.

Papá entró apresuradamente en una tienda de sombreros y un cliente lo reconoció.

—Embajador Fox, lo acabo de ver en la sastrería de Howard. Parece estar muy ocupado en crearse un atuendo muy especial.

—Necesitaría un par de sombreros de copa alta.

—¿Se siguen llevando en las carreras en la India? —inquirió el caballero. Me pareció un diálogo curioso. Como si, en vez de hablar de vestuario y sombreros, estuvieran pidiéndose ayuda.

Pero no tuve tiempo de interesarme por esto, porque al mirar hacia la calle, estaba ese hombre, apostado justamente en la acera de enfrente, ahora francamente amenazador. Y la figura que adornaba su turbante era, efectivamente, la de esa mujer vestida de rojo, unas veces con los brazos en alto, otras cruzados a un lado de la cintura, que venía dibujada en los pergaminos. En el turbante, la figura tenía las manos unidas como si estuviera aplaudiendo. Aplaudiendo que nos encontrábamos en su punto de mira.

Mi padre vino hacia mí y me retiró de la ventana, y el cliente que hacía preguntas también se incorporó para llevarme hacia una salita contigua. Otros clientes en la

sombrerería nos miraban extrañados. Mi padre recogió dos grandes paquetes, imagino que con sus sombreros dentro, que se unieron a los que ya cargaba de la sastrería, y entramos en la salita, el otro señor abrió una puerta y atravesamos un estrecho pasaje hasta otra puerta que daba a la calle. Salimos mi padre y yo a un paso muy apresurado, y otra vez vuelta a recorrer otro dédalo de calles. ¡Por más poderes que tuviera la figurita en el turbante, no sabría cómo salir de ese pequeño laberinto! Y cuando al final conseguimos salir nosotros, me di cuenta de que estábamos en Pall Mall y avanzábamos muy rápidamente, casi corriendo, hacia el club.

Alcancé a ver cómo Mr. Higgs salía a la puerta. Serio, altísimo, con su traje de día y una flor en la solapa. Verlo cada vez más cerca me daba una absoluta seguridad. Necesitaba llegar cuanto antes hasta él.

—¡Mr. Higgs! —empecé a gritar—. ¡Mr. Higgs…!

Y él me oyó, porque avanzó, pero sin mirarme a mí, sino a lo que venía a mis espaldas. Mi padre soltó todos sus paquetes y a mí, empujándome para que corriera todo lo rápido posible hasta llegar a la puerta del club. Mientras corría me asustó que el hombre que nos seguía atacara a mi padre. Pero Mr. Higgs prácticamente saltó, como si fuera un atleta olímpico, por encima de nosotros y detuvo con un golpe al hombre del turbante. El propio turbante voló por los aires, la mujer de los brazos que aplaudían, dejándose llevar por las alturas, aplaudiendo la habilidad de Mr. Higgs.

Mr. Higgs fue más allá. Levantó a nuestro perseguidor y le habló, más bien lo amonestó en un idioma que no podía comprender, pero que supe de inmediato que se trataba de un dialecto de la India. Mr. Higgs lo empujó con fuerza, casi sacándolo de la calzada, dando por terminado el enfrentamiento. El hombre recuperó el equilibrio y me

pareció que me miraba, pero mi padre ya había conseguido empujarme dentro del club.

Me quedé recuperando el aire en el *hall* de entrada. Vi que nuestras maletas, las cajas y envoltorios que conformaban nuestras pertenencias estaban todas allí. Apareció el joven Albert con otro uniforme, o en realidad vestido con ropa de calle, muy nervioso. Todos estaban muy nerviosos, porque también vi a sir Dwight bastante pálido, sus manos temblaban. Mi padre y Mr. Higgs aparecieron más calmados, aunque con la respiración entrecortada por el esfuerzo. Según contaron atropelladamente, el siniestro personaje había decidido acatar las amonestaciones de Mr. Higgs, pero no tardaría en volver, probablemente acompañado.

—No quiero que esto vuelva a pasar —se desahogó mi padre—. Rosalind no tiene nada que ver en esto.

Me sentí mal, como si me bajara toda la tensión súbitamente. Ante la puerta se detuvo un camión, no sé si de ganado o de reparto de leche, y antes de caer desmayada vi cómo todo el grupo de caballeros se subía a él, incorporando nuestros equipajes y a mí misma, ya medio inconsciente en los brazos de Mr. Higgs.

Recuperé la visión aún sostenida por él. Corríamos dentro de un espacio que parecía una estación de tren. Nunca olvidaré abrir los ojos y ver encima de mí el techo de la estación con su perfecta sucesión de cuadrados y óvalos, como si recuperar la conciencia fuera adentrarse en un dibujo geométrico que intenta señalarte algo. Me dolía la garganta, no podía respirar bien y le di varios golpecitos a Mr. Higgs con mis puños para que detuviera la carrera. En vez de parar, me colocó de frente y apretó con sus dedos algo en mi espalda que expulsó todo el aire que tenía bloqueado. Nunca he tosido tanto, al tiempo que todo mi cuerpo se sacudía por la carrera.

Pero ¿por qué corríamos tanto? ¿Y hacia dónde?

—Querida señorita Fox, no sería buena idea que empezara a sentir miedo ahora —dijo Mr. Higgs resoplando, pero con ese acento intacto.

—Muy bien. Le prometo, Mr. Higgs, que jamás sentiré miedo. Pero ¿puede decirme hacia dónde vamos?

—Absolutamente, señorita Fox. Intentamos despistar a nuestros enemigos.

Miré hacia los lados y descubrí que Mr. Higgs sostenía una de mis bolsas en su otra mano. La llevaba de una manera un tanto absurda, si se quiere, teniendo en cuenta que con la otra me sujetaba a mí, mientras avanzábamos a través de un nuevo enjambre de pasillos en la estación de tren. Era mi pequeña maleta del Saint Mary Rose. Y, no sé muy bien cómo, entendí que dentro estaba la cajita con los pergaminos. Y que, si nos perseguían, era por esa cajita.

—Señorita Fox —dijo entonces Mr. Higgs, jadeando cada vez más—. Existen varios trenes para Southampton. No todo el mundo lo sabe y no todos salen por el mismo andén. Su padre y el señor Dwight viajarán en uno, y usted y yo en otro.

—¿Y la cajita? —Solté de pronto.

Mr. Higgs estuvo a punto de detener el paso, pero habríamos caído por la velocidad que llevábamos. Al estar colocada frente a él podía ver lo que pasaba a sus espaldas, y el señor del turbante volvía a estar muy cerca de nosotros, y no solo, sino acompañado de otros dos aún más siniestros. Le di un pequeño golpe en la rodilla a Mr. Higgs, del tipo de los que empleaba en el costado de India, mi caballo, para que acelerara. Mr. Higgs lo entendió perfectamente pese a que me dio un pellizco bastante fuerte en respuesta. Pero sirvió: si India galopaba por las praderas vecinas al Saint Mary Rose, Mr. Higgs adquiría una velocidad fascinante a través de los pasillos de la estación de tren. La gente se

apartaba con rostros atemorizados y los tres Siniestros con turbante no siempre conseguían acoplarse a nuestra remontada, ni evitar a la gente que chillaba o caía al suelo al tropezarse con ellos. Los pasillos se hacían más estrechos y a veces se creaban encrucijadas sin ningún tipo de señalización. Por los gritos de los peatones que caían víctimas del correr de los Siniestros, nos percatábamos de que se aproximaban. Había que tomar una decisión, equivocarse podría ser fatal para nosotros y la cajita.

—¿En qué dirección queda Southampton, Mr. Higgs? —pregunté.

—Sur, señorita Fox. Se llama Southampton —respondió ligeramente soberbio Mr. Higgs.

—Entonces vayamos al norte, porque es la dirección en que habrá llegado el tren.

—Los andenes. Los andenes —empezó a decir Mr. Higgs, mirando hacia todos los lados mientras los gritos de los que caían ante la avalancha de los Siniestros crecían a través de los pasillos.

Es curioso cómo las estaciones tienen su propio método de orientación. Como si disfrutaran perturbando al viajero y obligándolo a perderse quizá para que no pueda coger el tren que desea.

Mr. Higgs se impacientaba, podía sentir cómo su pulso se aceleraba. Y de pronto, no sé cómo, vi una pequeña señal, con una flechita, en la que ponía: «Norte».

Había que bajar unas escaleras que desembocaban en un oscuro pasillo y de nuevo dos opciones, derecha o izquierda. Mr. Higgs empezó descendiendo hasta que volví a darle en las rodillas, porque vi aparecer una de las piernas de uno de los Siniestros. Saltó como si fuera mi India venciendo un obstáculo en el bosque, y cuando alcanzamos el rellano, me arriesgué y señalé hacia la izquierda. Corrimos, bueno, corrió Mr. Higgs mientras yo me pegaba a su sudoroso cuerpo todo

lo que podía, y volvimos a subir otras escaleras para toparnos con el tren azul y rojo, cada vagón pintado de uno de los dos colores, y varias señoras muy sobradas de peso que intentaban empujar fardos tan pesados como ellas dentro de los vagones. Mr. Higgs corrió hacia la siguiente puerta, menos concurrida, y en el trayecto leí en las ventanas: «Londres-Southampton, regional».

—Señorita Fox, por lo que más quiera, no vuelva a darme en las rodillas —suplicó Mr. Higgs, y de un salto consiguió introducirnos en el vagón, depositarme en el suelo, entregarme mi bolsa del Saint Mary Rose y empujarme muy levemente, con su máxima cortesía, en el pasillo del vagón restaurante. Las puertas se cerraron, el tren se puso en marcha y con mucha parsimonia, como si fuéramos padre e hija, los dos esperamos a que nos sentaran en una de las mesas mientras veíamos a dos de los tres Siniestros golpearse el pecho y gritar blasfemias mientras el tren se alejaba.

—La señorita Fox necesitará un buen almuerzo —ordenó Mr. Higgs a un joven camarero que, inevitablemente, quedó maravillado por su acento y pronunciación—. Viajará esta noche en el barco hacia Calcuta, usted comprenderá…

—Estamos sirviendo el té, señor, son ya casi las cinco. Y además es el tren regional, mucho me temo que han confundido los andenes.

—¿Cuántas paradas hace el tren regional, estimado señor? —pregunté, imitando descaradamente la manera de hablar de Mr. Higgs.

—Depende de dónde quiera ir y de dónde lo haya tomado, señorita —dijo el joven.

—Necesitamos unos buenos sándwiches y estar refugiados en este coche un buen rato, amigo —ordenó Mr. Higgs con una voz y un acento desconocidos—. Si no quieres que el tren lo detenga la Policía en los próximos diez

minutos y se arme aquí un jaleo que te dejará en la calle y sin empleo, asegúrate de que a uno de los dos tés que vas a traernos le agreguen un «poquito bastante» de escocés, será el que yo beberé, y que sea muy rápido. —Al mismo tiempo, enseñó un papel al joven, que cambió de cara y se alejó, obviamente, a traer la insólita comanda.

Mr. Higgs recuperó su impecable compostura y buscó un sitio libre en la abarrotada cafetería del tren. Comprendí de nuevo que mientras más abarrotada estuviera más fácil sería evitar encontrarnos a solas con el Siniestro que había logrado subir a bordo. Mr. Higgs optó por que nos sentáramos al lado de dos viejecitas medio adormiladas que viajaban tan juntas que parecía que estuvieran atadas la una a la otra.

Aproveché ese momento de sosiego para observar bien a Mr. Higgs. Parecía mayor por sus modales, su manera de plantarse, la autoridad que se le escapaba por cada poro. La profundidad de su mirada desde el verde transparente de sus ojos. Pero su fuerza física, la manera de mirar sobre todo a las mujeres, y también a los hombres, indicaba que era más joven porque se sabía, se reconocía, irresistible. Eso, no sé cómo, lo entendí de inmediato, aunque solo tuviera doce años. La gente irresistible es, simplemente, irresistible. Como mi padre, solo que Mr. Higgs parecía ser todavía más irresistiblemente irresistible que mi padre. El corte de pelo, muy apurado a los lados, le daba un aspecto más aventurero. No llevaba alianza. Desprendía un fuerte olor a pino, producto de varios aceites para su impecable afeitado, así como para mantener vivos los colores de su tupido bigote, que, sin ser rojo como mi cabello, sí tenía destellos anaranjados. Había mucho colorido en su rostro, como si alguien lo pintara y mejorara cada noche, como si fuera una obra de arte viva. ¿Quién firmaba esa obra de arte? ¿Una novia, una esposa, una hermana? O solamente él mismo

tendría los instrumentos para ir creándose ese rostro, esa virilidad, esa fortaleza. Y esa necesidad de ser una creación podía deberse a que venía escapando de algo. De alguien que no eran los Siniestros que ahora nos perseguían, sino algo mucho más poderoso e intangible, como quizá un viejo amor.

El poco tiempo de que disponía para hacer esta observación iba más rápido que el propio tren. Pero deseaba prolongarlo, porque me sentía infinitamente cómoda. Me entretenía, me hacía sentir como lo que realmente era, una niña imaginándome cosas, analizando lo que a primera vista parecía sin importancia. Y fue entonces cuando me di cuenta de que quien se encargaría de ir pintando segundo a segundo, momento a momento a Mr. Higgs sería yo misma. Y eso haría de él, el retrato por siempre inacabado, alguien completamente esencial para mi día a día.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Mr. Higgs? —decidí seguir hablándole en su mismo acento y forma.

—*By all means*, señorita Fox, si responde antes a la mía. ¿Sintió curiosidad por saber qué hay en la cajita que tan primorosamente viaja en su bolsa del colegio?

Me hizo reír, más que sonrojarme o cualquier otra cosa, lancé una carcajada que era un desahogo y cuyo estruendo hizo que muchos nos observaran. Terminé asintiendo.

—Muy interesante, señorita Fox. Y al ver los pergaminos, habrá sentido mayor curiosidad por saber qué guardan.

Volví a asentir.

—Interesante, señorita Fox. Lógicamente, no ha conseguido recuperar el orden en que venían los pergaminos al extraer ese que sació su curiosidad.

—No. Ni tampoco consiguió saciar mi curiosidad, Mr. Higgs. Ni mucho menos estas disparatadas persecuciones por Londres y la estación de tren. Ahora es mi turno de

preguntas. Usted no es mayordomo del club de caballeros del Pall Mall, ¿verdad?

—Muy sagaz, señorita Fox.

No iba a preguntarle si mi padre era embajador, porque por alguna razón pensé que hacerlo me haría quedar como la niña que ya no hacía falta recuperar. Empezaba a sentirme muy a gusto en ese nuevo mundo de medias verdades, huidas, acentos especiales para personas que eran todas especiales.

—Intentaré ponérselo lo más fácil posible, señorita Fox. Su padre, usted y yo estamos juntos en una misión.

CAPÍTULO 6

LA MISIÓN

Nunca un tren, regional o no, avanzó más lento, o existieron más regiones que gustaban de ser visitadas por ese destartalado, rumiante, agónico ferrocarril. Si el barco a Calcuta tenía que zarpar antes del anochecer, como creía haber escuchado decir a mi padre o a Mr. Higgs, desde luego no llegaríamos a ese ritmo. Lógicamente, el barco a Calcuta zarparía cuando nosotros llegásemos. Lo que era difícil de precisar era el si llegaríamos. Pero entendí que este tipo de problemas estaban perfectamente calculados dentro de los tiempos de una misión como la nuestra. Si no zarpábamos en el primer barco, lo haríamos en otro. Lo importante era salvar obstáculos, todo lo demás iría acomodándose sobre la marcha.

Dentro del tren, lo importante era estar atentos a la reaparición del Siniestro. También viajaba con nosotros. Y el peligro de que nos abordara y degollara y asesinara seguía tan presente como el lento movimiento del tren regional.

Las dos viejecitas, amarradas entre sí por sus brazos, dormían tan plácidamente que por un momento me asustó que pudieran estar más bien en otro viaje hacia el más allá. Mr. Higgs, siempre atento a esa especie de comunicación

extrasensorial entre nosotros, extrajo un pequeño mapa dibujado por él mismo.

—La siguiente parada, en aproximadamente diez minutos (que es el intervalo en que se detiene este maldito tren), será la de Gering Gardens. Saliendo hacia la calle principal podemos llegar a la estación de Frightsbury, por donde pasa el tren rápido a Southampton. No habría ningún problema en hacer estos incómodos transbordos si no tuviéramos a un perseguidor detrás de nosotros.

—¿Cómo es que no ha entrado aquí ya y nos ha liquidado? —Me gustó emplear esa palabra, demostraba que no sentía ningún miedo por lo que estaba sucediendo. Y es que en verdad no lo sentía.

—Con la misma lentitud que avanza esta locomotora, avanzan algunas trabas racistas en nuestro país, señorita Fox. No puedo decirle que me enorgullezca de ellas. Los súbditos de cualquier parte del que fuera nuestro vasto Imperio tienen todo el derecho a ser tratados como ciudadanos de primera. Pero, lamentablemente, no es así.

—¿No pueden entrar en esta parte del tren?

—Lamentable e injustamente, no, señorita Fox.

Miré a nuestro alrededor. Éramos todos, siempre bajo ese extraño mundo de apariencias que se empeñaba en rodearme y protegerme, ingleses. El mismo tono de piel, aunque en diferentes edades, los mismos labios débiles y fruncidos, algo más animados, pero igual de serios según fuera la edad del observado. Los mismos sándwiches de un pan casi húmedo sostenidos por los mismos dedos avariciosos, la misma conversación sobre el clima y la lentitud del tren, sostenida en apenas audibles e inteligibles murmullos.

—¿Por qué nos siguen esos tres Siniestros? —aventuré—. Tiene que ser por algo más que la cajita.

—Tienen que hacer fracasar nuestra misión.

El tren empezó sus larguísimas maniobras de parada. Una de las viejecitas empezó a desentumecerse. Mr. Higgs se acercó a su oído y colocó uno de sus dedos sobre el débil y arrugado antebrazo de la señora.

—Querida amiga —empezó Mr. Higgs, hablando con mucha parsimonia y cuidado casi maternal—, ¿no estaría considerando apearse en Gering Gardens?

—Mi hermana y yo vivimos en Gering Gardens…

—¡Oh, por Dios!, ¿cómo no haberlo imaginado, señoras? Acabamos de parar, pero el tren está marchando de una manera inusualmente veloz esta tarde. Seguramente necesitarán ayuda con el equipaje y todo eso.

—Por favor, mi hermana tiene un sueño muy pesado. Si fuera usted tan gentil…

—Absolutamente, debemos hacer detener el tren todo el tiempo necesario para su descenso.

—Lorraine —decía la viejecita con impaciencia—, Lorraine, hemos llegado y el tren tiene que seguir su trayecto… ¡Lorraine!

Pero Lorraine nada. Miré hacia el andén y, como si fuera un muñeco que actuara solo, allí estaba el Siniestro, esperando nuestra bajada. ¿Estaría al tanto de nuestro intento de llegar hasta la otra estación y abordar el tren más rápido al puerto?

—Señorita Fox —escuché a Mr. Higgs y giré para observar cómo se había colocado a Lorraine al hombro y llevaba de la otra mano a la otra viejecita con varias de sus maletas al mismo tiempo. Señaló con uno de sus dedos la maleta con la cajita. La cogí y me sujeté al brazo libre de la otra anciana. Mr. Higgs negoció con el revisor más tiempo, mientras las ancianitas conseguían, una poner un pie delante de otro, y la otra despertarse encima del hombro de Mr. Higgs.

Descendimos el curioso grupo, entre muestras de apoyo por parte de otros ciudadanos del andén. Mantuve mi vista

puesta en el Siniestro. En efecto, las tácitas leyes racistas le impedían aproximarse al extraño grupo de ingleses que conformábamos. La estrategia de Mr. Higgs era brillante. Aun así, apenas traspasamos las puertas del andén hacia la salida de la estación, el Siniestro avanzaba todo lo cerca que las buenas maneras permitían sin levantar sospechas.

—Laurie…, Laurie, me mareo, ¿por qué me lleva cargada este simpático desconocido? —Lorraine acababa de despertarse.

Mr. Higgs, muy galante y lentamente, la depositó en el suelo. Y Laurie explicó a su hermana todo lo sucedido.

—Deben acompañarnos, por favor, llevarse un trozo de tarta, o dormir en nuestra casa, donde tenemos cuartos de sobra —exigió Lorraine, con un tono y energía que me hicieron sospechar que a lo mejor era otro miembro de la misión disfrazado de ancianita.

—Cuánta gente hoy en la estación, hermana —suspiró Lorraine.

En efecto, estaba repleta de viandantes vestidos con lo que parecían ser sus mejores galas. Detrás de nosotros, aparte del Siniestro, venía toda una comitiva y en el medio una mujer muy alta, muy seriamente ataviada, levantando una mano al pasar delante de todos los que se arremolinaban a saludarla.

—La princesa Royal. ¡Dios mío, hermana Lorraine…, la única hija del rey! —exclamó Laurie—. ¡La hija de los reyes de Inglaterra!

La princesa María, en efecto, sabía mucho de ella porque la madre superiora siempre anhelaba que se dignara a visitar el Saint Mary Rose. «La princesa Royal no para de inaugurar hospitales y sería tan absolutamente magnífico que viniera a uno de nuestros recitales de poesía». Pero la agenda de la princesa nunca encontró hueco para el Saint Mary.

Y fue por eso que yo también tuve una brillante idea. Me separé ligeramente del grupo que formaban Mr. Higgs y las dos ancianitas, y con muchísima gracia y educación retrocedí hacia la comitiva de la princesa. El Siniestro me miró contrariado, se daba perfecta cuenta de lo que intentaba hacer. Sujetaba con serenidad mi maleta con la cajita y una vez más esa magia de la apariencia pareció cubrirme como si fuera un manto protector y estuve delante de la princesa Royal con pasmosa facilidad.

—Qué maravilla de joven persona —empezó a hablar la princesa, con una dicción que sinceramente superaba a Mr. Higgs—. Tan pelirroja y con dientes tan hermosos. Asumo que eres una niña británica, querida…

—Rosalind Fox, señora. —Qué maravilla, pensé para mis adentros, era la primera vez que usaba mi nuevo nombre y encima delante de la hija de un rey—. De Twickenhamshire, y además conozco una poesía para usted que aprendí en el Saint Mary Rose.

—¡Oh, qué adorable gente! Pero ¿han abierto una nueva escuela en Gering Gardens? —inquirió la princesa.

—No, señora. Mi escuela es la Saint Mary Rose y allí esperan que algún día vaya a honrarlas con su visita, cuando su agenda lo permita. —Y antes de que alguien me detuviera, me lancé con mi poesía. Completamente inventada, totalmente personal, valientemente creativa:

Y cuando el viento al fin decida proseguir
todas las velas asombrarán al mismo mar.
Mientras cada sirena, cada rincón, les dirá id…
id… id…
hacia el país donde cada palabra dice amar.

El efecto fue inmediato, un aplauso espontáneo de todos los presentes y un beso en mi frente de la mismísima princesa Royal.

—Si me permite, señora, me acompañan unas queridas amigas de mi familia y el distinguido señor Mr. Higgs.

Él ya estaba allí, vigilando también los movimientos del Siniestro, que mascullaba palabras nada audibles, y seguro que nada agradables, relegado a una tercera o cuarta fila de espectadores.

—Qué encantadoras señoras —expresó la princesa—. Qué maravillosos vecinos en Gering Gardens… —Miró hacia Mr. Higgs y claramente le agradó lo que vio—. Qué halagada me siento de contar con su compañía, Mr. Higgs, en un día como este.

Lógicamente, Mr. Higgs, las ancianitas y yo no nos separamos de su entorno y pasamos a ser parte de su extensa comitiva, alcanzando la calle principal y la diminuta casa de las hermanitas, que se quedaron allí ofreciendo sus tartas de manzanas y arándanos que prometimos recoger a la vuelta de nuestro viaje. Llegamos, divinamente escoltados por inmaculados oficiales de la guardia real, hasta la estación vecina. El Siniestro no dejó de pisarnos los talones, pero era cada vez más engorroso alcanzarnos. El tren más rápido hacia Southampton llegó puntual. Mr. Higgs y yo subimos mientras los oficiales nos despedían con gestos que imitaban a los de la princesa al tiempo que el Siniestro avanzaba por el andén insultándonos en su lengua. Que ya no podíamos escuchar.

Una hora y media más tarde, al descender del tren, sentí la brisa marina. El ruido de las gaviotas y sobre todo el ritmo más lento al andar, saludarse, hablar, que llevaban los habitantes del puerto. Mr. Higgs caminaba muy pegado a mí, protegiéndome, y también a la maleta que en ese momento era mucho más importante que yo misma.

No vimos ningún Siniestro. Todo lo contrario, justo cuando la estación terminaba en la calle y se sentía todo el ajetreo del puerto, vi a mi padre, con otro traje, otro sombrero, parado exactamente debajo del cartel de la oficina de telégrafos, como indicando su ocupación o quizá enviando una señal definitiva a otros que nos estuvieran esperando.

—Me han llegado noticias de tu encuentro con la princesa Royal, hija mía. ¡Qué bien lo has hecho! El capitán del Karmandia nos espera mañana en su mesa para saber todo lo que hiciste, mi querida Rosalind Fox. —Me alzó en brazos, tomó la maleta y me dio un beso en los labios—. Mi espía favorita.

CAPÍTULO 7

KARMANDIA

Sí, fue la primera vez que me llamaban *espía*. Y de los propios labios de mi padre. Me emocionó, lo reconozco, porque pensé que se trataba de una recompensa a todo lo que había temido, en total silencio y con un absoluto control de mis emociones. Con tan solo doce años. No sé realmente si existían espías en las cortes de Versalles, de Madrid o de Windsor en siglos anteriores, pero a veces estoy convencida de que lo fui en una vida anterior y en una de esas épocas. Ah, la reencarnación muchas veces sirve para explicarnos las cosas imposibles de nuestro propio presente, como, por ejemplo, mi absurda, velocísima precocidad.

De momento, mi padre me había bautizado como su «espía favorita» delante de la oficina de telégrafos del puerto, unas horas antes de que abordáramos juntos, y vestidos como si fuéramos a una fiesta de Año Nuevo en el hotel Savoy, el imponente Karmandia, que zarparía al alba hacia Calcuta.

Curiosamente, para ser la primera vez que dejaba tierras británicas, no sentía ningún tipo de nostalgia o aprensión, cualquiera que sea el sentimiento que sufren los que abandonan su país hacia un destino cargado de incertidumbres. Debe de ser parte de mi rareza como

persona, como ser humano, no me asusta el futuro, no me asustan los viajes sin propósito definido. No me asusta abandonar, desde que me vi subiendo la rampa para abordar el Karmandia. Bueno, debo reconocer que sí me preocupó lo que le sucedería a la maleta con la cajita de pergaminos por la que habíamos arriesgado la vida Mr. Higgs y yo.

Me había dejado bastante desconcertada la tranquilidad con la que mi padre la tomó de mis pequeñas manos y la puso a su lado en la puerta de la oficina de telégrafos. Como si nada, como si fuera una maleta más. Cuando subíamos hacia el Karmandia, no la llevaba. No llevaba equipaje alguno más que mi compañía. Parecíamos gente muy importante o muy rica que entra y sale de los transatlánticos o palacios sin otra cosa que su encanto y poderosas sonrisas.

Toda la tripulación esperaba a este tipo de invitados, perdón, pasajeros, en la cubierta. Todos los oficiales saludaban a mi padre con distintos términos: señor, coronel, oficial, caballero, embajador, secretario primero. Creo que uno de ellos llegó a llamarlo duque y, la verdad, recuerdo que no me alarmaba tanto que mi padre pudiera ser tantas cosas en ese momento como me asombraba la cantidad de personas que conformaban la tripulación. Y, también debo reconocerlo, que fueran todos casi tan guapos como mi padre o incluso más.

En ese interminable besamanos, fui la princesa, sin duda alguna. «Qué maravilla de criatura, la encantadora señorita Fox», empezó diciéndome el capitán, Mr. Gordon Hart, a quien también llamaban Reverendo, porque lo había sido y no en una vida anterior, sino durante los años previos a la guerra.

—Mi padre me ha comentado que tendremos el honor de ser invitados a su mesa, capitán Hart —solté con la voz y

entonación de Mr. Higgs. El capitán lanzó una risotada y unió sus manos en un aplauso.

—La señorita Fox es la auténtica embajadora, querido amigo mío —expresó, tomando a mi padre por los hombros y agitándolo como si fuera una bandera—. Por supuesto que no puedo esperar a que me cuente todas sus impresiones sobre la princesa. —Se inclinó hasta estar exactamente al nivel de mis ojos, era uno de esos hombres que saben hacer sentir a una mujer como si fuera el único ser viviente—. ¿Cómo es? ¿A qué huele?

—A seda y rosas, capitán —respondí mirándolo muy fijamente. No se imaginaba el capitán Hart que esa niña de doce años también sabía, bueno, intuía, cómo hacer creer a una persona que es el único ser vivo en un radio de cien kilómetros.

—Oh —dijo recuperando su estatura—. No puedo esperar hasta que llegue mañana, estimados señores Fox. Si no fuera porque zarpar requiere de tantos protocolos hoy día, mandaba instalar una mesa y un bar bien provistos en mi camarote para agasajarlos.

—Siempre es bueno esperar para disfrutar más —atajó mi padre, y el besamanos concluyó.

El resto de la tripulación seguía en fila hasta incluir al personal de servicio. Me maravilló la cantidad de criados que se alineaban como si también fueran soldados, sus uniformes tan almidonados y tiesos como las casacas de los altos mandos. Sus gestos igual de severos y dulces al mismo tiempo. Y al final de toda la fila, estaba Mr. Higgs, de nuevo ataviado con su uniforme de mayordomo.

¿Y por qué estaba así vestido?, pensé antes de que mis ojos delataran mi sorpresa. Mr. Higgs me regaló su impecable guiño y extendió su mano para tomar la mía.

—Encantado de volver a estar a su servicio, señorita Fox —dijo con esa voz profunda y la pronunciación tan correcta

que el resto de la larga fila se giró para mirarnos. Tuve un ligero temblor en las piernas, pasó por mi cabeza que cualquier cosa que hiciera pondría en peligro la presencia de Mr. Higgs en esa fila, en la que, evidentemente, se había colado. El uniforme otra vez era un disfraz que le facilitaba cumplir su parte de la misión.

—Para mí también es una bendición saberlo bien y estar de nuevo juntos, Mr. Higgs —respondí, inclinando levemente la cabeza y guiñándole un ojo muy muy imperceptiblemente, antes de seguir a mi padre hacia nuestro camarote.

No era muy grande, tampoco lujoso, nuestras maletas ocupaban mucho del espacio del dormitorio. En un pequeño salón de entrada estaba aquella donde viajaba la cajita. Abierta y vacía, me dio un vuelco el corazón. Mi padre lo percibió y eso hizo que me hablara, al fin, con cierta claridad.

—Has sido muy valiente, Rosalind, y yo un loco truhan. No voy a culpar a tu madre por haberme convertido en lo que voy a detallarte ahora, ni tampoco a los dioses. Es la vida que he escogido tener. Y si hay alguien a quien culpar, digamos que fue la guerra. Ahora no lo puedes entender, ni yo mismo tengo una experiencia muy profunda en la guerra. Recuerda que pasé todos los años que duró el conflicto trabajando desde un despacho en el centro de Londres. Sin embargo, eso es lo curioso: aunque no estés en el frente de batalla, vives la guerra a través de pequeños pero intensos detalles.

—Como si fuera una película que está pasando en tiempo real —le dije, y mi padre se quedó mirándome un largo rato, como atesorando y analizando mi inteligencia.

—En efecto, una película que no existe, pero que sin embargo vives. La guerra siempre te alcanza, y aunque no te aniquile, te deja herido. Los sufrimientos de la guerra, la

supervivencia, superar el horror de la muerte, las mutilaciones, el hambre, lo que lees en la prensa, lo que escuchas en la radio te convierten en una persona diferente. Tan distinta a quien una vez fuiste que pierdes el respeto por muchas cosas.

Se quedó callado, quizá para mejorar su discurso, a lo mejor era demasiado desgarrador para su hija.

—No te calles, papá, continúa —le dije, deseando que entendiera que lo estaba comprendiendo todo.

—Hay días, Rosalind, que considero que no es tan buena idea ser un superviviente. No puedo evitar pensar que acabaré solo, como todo el que sobrevive, que al final termina sin ser aceptado por los otros, porque todos saben de lo que fue capaz para egoístamente permanecer. Esto, esto no creo que lo entiendas, pero no quiero seguir dando vueltas. En la guerra, te vuelvo a repetir, no estuve en el frente, sino en Londres, leyendo telegramas escritos en clave. No estaba solo en esa tarea, formaba parte de un grupo, pero aunque jamás me den una medalla por ello, fui el primero en darme cuenta de que un montón de telegramas, entre una carnicería alemana y otra inglesa, eran en realidad mensajes cifrados de las fuerzas aérea y naval germana para invadir Inglaterra. Junto con varios compañeros, entre ellos Mr. Higgs, conseguí descifrarlos y cambiamos…, sí, hija mía, cambiamos el curso de la historia.

—Entonces, ¡eres un héroe, papá! —exclamé, con los ojos llenos de lágrimas y un fuerte deseo de refugiarme en sus brazos.

Él los extendió, me acogió, pero su voz seguía narrando esa heroica experiencia con un tinte de amargura.

—El premio a esa labor ha sido el cargo de secretario de Negocios Agrícolas en la India. Sé perfectamente que a ti no he conseguido colarte ese falso título de embajador. Sin embargo, un encargado de negocios en una embajada es un

buen puesto, sobre todo para un espía porque es bastante discreto. Y al mismo tiempo es justamente el cargo en el que todos sospechan que se oculta el espía.

—Qué difícil, papá, no lo entiendo, creo.

—Un espía siempre deja caer que puede serlo. Es esencial, la ambigüedad y la sospecha son nuestras mejores armas. Pero es una lección que entenderás más adelante —dijo. Se separó de mí y se tomó un largo vaso de whisky. Sin limón esta vez.

—En la cajita había algo que descifrar, ¿verdad? —pregunté.

—Sí. En la India existen varios grupos nativos que quieren sabotear todo elemento de nuestra presencia. Sabotear nuestras fábricas, envenenar algunos de los productos que importamos. En esa cajita probablemente vengan los sitios, locales y hasta productos que van a ser contaminados deliberadamente.

—¡Dios mío! —Solté—. ¡Todo eso lo llevaba en mis manos!

Mi padre apuró el líquido con una velocidad asombrosa, sus ojos empezaban a ponerse vidriosos, como lo recordaba en aquellas cenas junto a mi madre.

—Es horrible que te haya expuesto a tantos peligros. Es imperdonable, pero todos estábamos convencidos de que sería la única manera de esquivar los escollos. Espero, Rosalind, que sepas entenderlo. Y sepas perdonarme.

Y su mirada y su expresión cambiaron repentinamente. He luchado muchos años por olvidar ese cambio, porque mi padre pasó de ser una persona coherente a convertirse delante de mis ojos en un espectro. Una persona que mezclaba en su bebida, ese whisky con o sin limón, una venenosa combinación de asco, tristeza, desamparo, fracaso. Me giré, quería salir de allí, regresar a la tierra, escupirle en la cara a Mr. Higgs porque lo sentía el principal

responsable de toda esa situación que ya no me resultaba divertida.

—Rosalind, no me dejes, no tengo nada más en la vida. Has sido tan valiente, sobre todo tan inteligente. Cualquiera que sea el resultado de esta aventura, estoy seguro de que terminarás recordándola como algo importante. Como algo que posiblemente te hará mucho mejor persona que tu madre. O que tu padre.

No podía oírlo más, era superior a mis fuerzas, a mi ya demostrada capacidad de autocontrol. Salí del camarote. El pasillo era un largo corredor totalmente cubierto de madera y una moqueta verde esmeralda. Algo en ese espacio me resultó tan fantasmal como bello en ese momento, y escuché los sollozos de mi padre.

—Rosalind, tienes que ser mejor que yo —suspiraba.

Decidí regresar a su lado. A veces me arrepiento de haberlo hecho, porque al volver iniciaba el progresivo deterioro de la figura de mi padre ante mis ojos. Pero volví, y precisamente sus ojos ya no existían en la bruma creada por sus lágrimas, el alcohol y la inmensa culpa que lo transformaba en alguien mucho más pequeño; más que un padre, un hermano menor desorientado en una ciudad poblada de seres indiferentes.

Al día siguiente, me desperté cuando ya estábamos en el mar. No muy lejos, porque al asomarme a la claraboya pude ver los acantilados de la isla de Wight, menos conocidos que los de Dover, pero quizá igual de imponentes y casi marmóreos. Sentí que me despedían como si fueran la sonrisa de mi padre. Blancos, orgullosos, defendiendo el verde de la tierra y la esencia de sus habitantes. Escuché en mi interior a mi padre sollozar y medio decir esa frase: «Rosalind, tienes que ser mejor que yo». Y entonces la repetí, como si fuera una plegaria, un rezo para esta nueva

etapa. «Rosalind, tienes que ser mejor que él. Mejor que todos».

Me incorporé y de inmediato empecé a sentirme mal. Inestable. Me apoyé en lo primero que encontré, el brazo dormido de mi padre que sobresalía de la litera. El avance del barco entraba por las plantas de mis pies descalzos. Y subía por todo mi cuerpo estremeciéndolo y alojándose en la parte de atrás de mi cabeza, como si la quilla que cortaba el agua en la proa estuviera dentro de mí.

Era una sensación insoportable. Seguí avanzando y conseguí vestirme y adecentarme como pude, la poquísima agua del grifo se bamboleaba de tal manera que el primer vómito sucedió allí mismo. Estaba horrorizada de que pudiera salpicar algo de mi vestuario, porque volver a vestirme sería imposible, la zozobra del barco y de mi estómago y cerebro lo hacían completamente imposible. Así que al mareo había que agregarle mi propio malabarismo para que nada me manchara.

Dios mío, es en momentos así cuando uno seriamente duda de su existencia. Duda, y al tiempo desea confirmar que sí, que sí existe, y que un leve gesto de sus manos calmará esas aguas. Pero ese leve gesto tardaría mucho, muchísimo en llegar. Quizá Dios se escondía detrás del whisky que dejaba a mi padre tan noqueado que, aun si el barco se volteara, tardaría en darse cuenta.

Lo envidiaba, pero una vez más me autoconvencí de que yo iba a poder con ello. No estaba para nada de acuerdo con las palabras de mi padre, de que los supervivientes terminan solos por ser supervivientes. No, los supervivientes terminan siendo admirados porque se sobreponen. Y yo tenía cosas que hacer. Llegar a Calcuta. Ayudar a mi padre y a Mr. Higgs en su misión de sabotear la labor de los saboteadores. Eso, lo reconozco, me hizo sonreír: considerar que a un saboteador lo sabotea otro saboteador. ¡Tremendo juego de

palabras para una niña de doce años mareada en un barco con rumbo a la India!

¿Por qué no paraba? ¿No sería mejor idea esperar a que el agua se aquietara? Hay muchas tardes en que el mar parece un espejo, sin olas, seguro que muchos de los pasajeros entenderían que no siguiéramos navegando hasta que ese espejo surgiera. Pero no era así. Íbamos dejando atrás mi país y nos adentrábamos en ese infinito mar solitario, despiadado, gris pizarra que cubre el llamado canal de la Mancha.

Tenía que recuperarme. No solo tenía Calcuta en mi futuro, sino la cena con el capitán Hart. ¿Cómo iba a ausentarme aduciendo un poco de malestar por el estado de la mar? ¿Una valiente espía precoz como yo? ¿Cómo iba a dejar a mi padre resacoso, malhumorado, culpabilizado, solo, en un momento así? Conseguí asirme a una escalera que subía a una plataforma y pensé, pobre de mí, que estar al aire fresco me haría mucho mejor que permanecer encerrada en los oscilantes pasillos enmaderados.

¡Ay, señor, que no estás cuando más te necesitamos! Nunca una idea tuvo peor resultado. Una vez alcanzada la plataforma, cada escalón convertido en un Himalaya mientras la espuma de las olas golpeaba el casco del barco mojándome el pelo e invadiendo mi visión, encontré una fila de viajeros en idéntica situación a la mía, víctimas de una muy mala idea. Todos eran verdes, pero no el verde esmeralda de las moquetas del interior del barco. Un verde atemorizante. Podría tratarse de seres de otro planeta que esperaban mi incorporación para abrirme el cerebro y llevarse toda mi precocidad hacia su mundo extraplanetario. Podrían ser Siniestros que se hubieran colado en el barco esperando a que mi estupidez me guiara hacia ellos para extraer toda la información que mi padre me había confesado.

No, eran pasajeros vomitando igual que yo. La vida tiene momentos tan cruelmente ridículos. Ese fue uno de ellos: una docena o más de personas, unidas por una mala idea, vomitando bilis mientras el mar se divertía convirtiendo las olas en bofetadas inclementes.

CAPÍTULO 8

LA CENA CON EL CAPITÁN HART

Después de estar alineada con los «pasajeros verdes» en la plataforma lateral del Karmandia, un grupo de marineros consiguió devolvernos a nuestros camarotes, no sin antes advertirnos que habíamos escogido la parte más peligrosa de toda la embarcación para «homenajear» al mar con nuestros vómitos.

—Pero no quiero volver al camarote. Estoy invitada a la mesa del capitán para cenar esta noche —advertí como pude, cubriéndome la boca con mis manos color alga.

—Señorita Fox, la cena ha quedado suspendida hasta que alcancemos Gibraltar —explicó el marinero, y ya no pude oír más. Hay veces, lo confieso, en que es mucho mejor desvanecerse y no querer saber dónde despertarás.

Desperté en mi camarote, sobre mi litera, con la mano de mi padre, tan blanca como sus dientes y los acantilados, intentando calmarme. Pero aun acostada, el bamboleo y esa quilla empeñada en separar las oscuras aguas del canal sostenían su indescifrable e inquebrantable ritmo.

—¿Por dónde llegaremos a Gibraltar? —Alcancé a preguntar.

—Bajando por el canal, hija mía —respondió el Embajador Fox. Y fue la palabra empleada, *bajar*, la que provocó una

nueva tanda de vómitos y me recordó esa realidad a la que siempre me enfrento cuando veo un mapa: uno no viaja jamás en línea recta a través del mar, sino que en algún momento baja o asciende. Mi sensación, tanto en ese viaje como en todos, es que siempre experimentamos una caída. Y en esa caída, los países que están en tierra firme, como Bélgica, Francia y España, se mantienen impávidos observando cómo tú caes y caes y caes hasta que Dios o algo se apiada de tu vacío y te recoge en Gibraltar.

Cuando al fin llegamos, el sol fue, más que una caricia, la sensación de que esa mano del Señor realmente se compadecía y dejaba que sus dedos pasearan por mi frente, poniendo a recaudo la quilla del barco y maquillando el verde para devolverme mi piel natural. De nuevo la fila india de personalidades, el capitán Hart, los miembros de su tripulación, todo el personal de servicio, visiblemente desmejorados algunos de ellos. Mr. Higgs, impecable, y mi padre, con muy buen aspecto, pero con los ojos vidriosos. Mi ropa me quedaba mucho más holgada. Estaría completamente ridícula en mi único traje de gala, mi uniforme de equitación, totalmente desproporcionado.

—Capitán Hart, ¿se puede comprar ropa adecuada en Gibraltar? —pregunté, procurando poner mi mano delante de mis labios para cerciorarme de que ya no era verde y porque se había convertido en costumbre adquirida por el mal de la Mancha.

—Se puede comprar de todo en Gibraltar, señorita Fox. Pero no creo que sea buena idea que usted ande sola por una tierra tan…

—Yo puedo acompañarla —se escuchó la voz rotunda y bien modulada de Mr. Higgs.

—De ninguna manera —intervino mi padre—. Rosalind aún no está del todo recuperada. Ha pagado, y con creces, el

que sea su primer viaje. Iremos juntos, Mr. Higgs, y encontraremos algo digno de su elegancia.

Me quedé un poco molesta, porque era claramente injusto que, si antes no les había importado involucrarme en una situación que hasta ellos mismos reconocieron como peligrosísima, ahora no me dejaran desembarcar. Por alguna razón comprendí que, pese a mis habilidades, seguía siendo una niña. Lo que no supe calibrar en ese momento es que en muchas otras ocasiones, con diferentes edades, los hombres iban a asumir esa misma actitud, un paternalismo exacerbado o simplemente mal entendido, para atajar o detener mis impulsos.

Todo esto formaba parte de mi autocontrol, el no rebelarme, el no desobedecer, quiero decir. Era, una vez más, el milagro de la apariencia, saber ocultar detrás de mi rostro, de mis manos, de mi físico, de mis ojos sobre todo, no solo lo que realmente estaba pensando, sino lo que de verdad deseaba para mí. Muy bien, no bajaría a Gibraltar. Muy bien, esperaría pacientemente el regreso del Embajador Fox y de Mr. Higgs con un rarísimo vestido, escogido por un par de hombres que, aunque sí sabían vestirse a sí mismos, no tendrían mucha idea de cómo convertir a su hija, a su espía favorita, en una princesa. Y muy bien, me quedaría observando ese extraño trozo de tierra inglesa dentro de España que llamamos Gibraltar.

En un principio me pareció inhóspita, como si fuera un lugar más propio para animales de montaña que para una niña llamada Rosalind. Pero con tanta agitación. Tanta. No tanta como Londres ni como imaginaba Calcuta, pero sí mucho movimiento. El español se mezclaba con un inglés de por sí muy extraño. ¡Cómo se quedarán cuando escuchen a Mr. Higgs! Y un incesante ir y venir de mercancías de distintos barcos fondeados en una bahía tan absurdamente pequeña.

Me quedé mirando hacia África. Siguiendo con mi teoría de que el mar siempre te hace caer, por allí debería continuar el trayecto de nuestro barco. Había neblina, que luego entendí que era la calima, esa extraña cortina de arena fina que crea una especie de protección al continente. Cuando el viento sopla más fuerte, se dispersa, y muchas veces penetra en los ojos como diminutos dardos y creemos que hace daño, pero en realidad —otra de mis teorías— prepara el ojo para contemplar África y el Atlas con más respeto. Y así lo vi por primera vez, irguiéndose delante de mí como si fuera un ser humano, un peregrino, un dios que se escondía tras la apariencia de una montaña. Y juraría que así detenida, atrapada, transportada, escuché cómo me decía:

—Un día vivirás aquí.

El traje que Mr. Higgs y mi padre compraron para mí era indescriptible. Es curioso cómo los hombres, por más elegantes y extraordinarios que se vistan, como era el caso de Mr. Higgs y de mi padre, no tienen idea de lo que puede sentarle bien a una mujer. Ni a una hija, y mucho menos a una esposa, novia o amante. De sus amantes quizá sepan algo más, aunque, lógicamente, nada de eso lo sabía entonces; la amante es toda ella una fantasía, o la idea de una fantasía, y es mucho más fácil vestir una fantasía que una realidad. Una frase que también me ha acompañado casi toda mi vida.

El hecho es que al verme sola en el camarote con esa desatinada colección de blusas que no casaban con ningún pantalón o falda, zapatos y sandalias que tampoco podían ser combinados, un ridículo sombrero de señora mayor y aterrorizada por el sol, sentí ganas de llorar. Pero pudo más la furia que me invadía. Si hubiera bajado con ellos, al menos tendría algo que ponerme para cenar con el capitán, pero toda esa retahíla de telas, colores, formas, ninguna

casaba. De pronto, tuve una idea sobre la que creo que debería escribir un libro: decidí poner toda la ropa en el suelo, en «orden de objeto». Todas las camisas y blusas juntas, una al lado de la otra. Igual los vestidos y las faldas. Y, de repente, noté que había dos juegos de pantalones. Una cosa muy extraña, porque tanto en el colegio como en las misas o visitas serias no estaba permitido vestirlos. Los dos pares eran mis *jodhpurs*, que estaba convencida de que me quedarían grandes tras el peso perdido mientras fui «pasajera verde», y unos con aroma oriental que habían traído Mr. Higgs y papá. Por más exóticos que lucieran, no podía aparecer con ellos en la mesa del capitán. Pero no los deseché, los guardé también convencida de que los vestiría alguna vez en Calcuta o cuando cumpliera la palabra de vivir en el Atlas.

Me puse los *jodhpurs*; en efecto, la cintura me bailaba y no hay nada más feo que unos pantalones de equitación que no quedan ceñidos. Pierden todo su sentido. No sé cómo, convertí una de las blusas estampadas en un cinturón, como si fuera un pañuelo que recuperaba la medida de mi cintura y detenía el baile del *jodhpur*. El efecto era muy bueno, con mis doce años ya tenía claro cómo dar un toque de color. Lo lógico sería ponerse una blusa blanca o cualquier cosa blanca, pero no la había, aunque vi entre las camisas alineadas una, con botones delante, de un rosa muy pálido. Esa sería. ¡Una amazona llamada Rosalind tiene que llevar algo rosa! Cuando me miré en el espejo del camarote, no me pareció que tenía delante a una niña que pretendía ser mujer, sino a una persona con un criterio muy definido de cómo quería vestirse.

Igual que en el club de Pall Mall, mi aparición en *jodhpur* y blusa causó sensación. Las señoras me miraban con una mezcla de admiración y solidaridad, admiración por un atuendo que a ellas les encantaría imitar, y solidaridad

porque sabían que estaban ante una niña que tenía criterio. Algo que, para bien o para mal, marca mucho, y todas las mujeres entendemos lo que significa ser una mujer marcada.

Los hombres lo tuvieron más difícil: se quedaban con la boca abierta y balbuceaban sobre el clima, algún crimen reciente en las afueras de Londres o el resultado del fútbol, el críquet o las carreras de caballos de esa mañana. Eso me interesaba y les preguntaba sobre los ejemplares, pero supe esperar a hacerlo más adelante, cuando ya estaba en la mesa recibiendo todo tipo de atenciones y supervisada por los ojos de mi orgulloso padre, el impecable Mr. Higgs y el capitán Hart.

—Algo me hace pensar que usted ha escogido toda su ropa, señorita Fox —dijo el capitán.

—Sí, lo he hecho. Mi padre sugirió que vistiera mi uniforme de equitación en el club de Pall Mall, donde nos vimos por primera vez —dejé escapar.

—¿Cómo? —repreguntó él, poniendo sus cubiertos a ambos lados del plato.

Yo, en cambio, seguí admirando la mesa, lo bien puesta que estaba, con mantel y sobremantel de dos tonos de verde (se ve que era el color insignia), los platos con la imagen del barco estampada en el centro y un filo dorado y verde, la cristalería brillante y tallada (los mayores tenían varias copas más que yo, obviamente) y los cubiertos de plata recién pulida. Todo ello, y yo misma, bajo la atenta supervisión de los ojos del capitán Hart, que seguía esperando una respuesta a su pregunta.

—En la antesala del comedor del club —empecé a responderle—, usted estaba sentado debajo de uno de esos cuadros inmensos de antepasados —continué con la misma naturalidad.

El capitán me miraba como pensando que yo estaba mucho más alerta de lo que le habían dicho. Me caía bien,

pero también venía a certificar que todo ese barco era una cueva de personas como mi padre, miembros de un ejército raro, invisible, que se hacían pasar por otras personas y me habían hecho su mascota.

No hubo respuesta, haciendo más obvio que sería afirmativa. Una media docena de camareros entró en el comedor al mismo paso, portando humeantes fuentes de fideos acompañados o bañados por ingredientes desconocidos, pero con potentes colores. Creo que cada fuente era de un color, y había rojo, verde, amarillo y hasta púrpura entre ellos. Era magnífico, un auténtico espectáculo, y todos aplaudimos al mismo tiempo que celebrábamos con *ooohs* y *aaahs* el aroma, los aromas, todos nuevos, todos desconocidos, aunque con mucha influencia del limón y del pomelo, que inundaban el lugar.

De inmediato, sentí una horrible sospecha cruzar mi espinazo. Sí, allí en el espinazo y no en mi cerebro. Soy muy fantasiosa, creo que de niña menos que ahora, que soy adulta, pero recuerdo esa sospecha punzándome en la espalda. La sospecha de que alguien podría transformar ese despliegue de comida en un perfecto envenenamiento a cualquiera de los presentes. Sentí algo parecido, pero mucho más ominoso, a lo que sentía frente a los platos que salían de la cocina del Saint Mary Rose. Esa curiosa habilidad de adivinar cuándo una tarta fina iba a quedar bien o qué ingredientes resaltarían más en un guiso o dentro de una tartaleta. Pero esta vez lo que sentía era que un poder sobrenatural me permitía saber que uno de los platos estaba envenenado. Y ya no era divertido.

Fue un momento muy extraño. Me daba pudor arruinar la cena con algo que también podría no ser cierto. Una falsa alarma. Pero ¿y si no lo era y uno de nosotros caía muerto allí mismo? ¿Cómo iba a pasar el resto de mi vida cargando

con la certeza de que lo había sabido y no supe advertirlo? Tenía que hacer algo.

—Capitán, no coma de su plato —le dije.

—¿Por qué no habría de comer?

—No lo sé, pero no coma, por favor. —Me temblaba la voz.

—Señorita Fox, todos los que viajamos en este barco llevamos ya mucho tiempo de travesía. Jamás hemos tenido un problema con la comida. ¿Y a quién habría de dárselo para que lo probara y muriera, arruinándonos nuestra primera noche? —bromeó.

Tenía toda la razón. El orden de servicio era curioso, observé mientras maquinaba una respuesta para defender mi petición. No empezaba por el capitán, sino por las damas en las mesas más lejanas; en el Saint Mary Rose, la madre superiora y sus hermanas de confianza eran las que primero comían, y según estuvieras en sus rezos y aprobaciones, podías comer inmediatamente después o quedarte esperando la última. Eso me hizo pensar. Tenía que evitar a toda costa que el capitán comiera esos fideos con colores. Pero los camareros continuaban sirviendo. El capitán observaba cómo iba buscando en mi cabeza una manera de detener el servicio. Me vio tan asustada que empezó a inquietarse de veras.

—Camarero —ordenó el capitán—. Pídale al señor Guerard que venga a la sala.

—Está preparando los espárragos para el segundo entrante, capitán.

—Da igual, es una orden. Y que traiga con él a Nora.

Todo el salón enmudeció. ¡Dios mío, pobre Nora!, ¡a ella le harían probar la comida! Vi cómo mi padre me miraba desde su asiento y a Mr. Higgs quedarse como si fuera una lanza al lado de una armadura vacía en algún museo. Me mantuve con mis brazos sobre la mesa y la mirada fija en la puerta de la cocina por donde emergió Guerard, un buen hombre de

más o menos la misma edad que mi padre, el capitán y Mr. Higgs, pero con un poco más de barriga. Y detrás de él, con un andar lento, como si supiera que iba a un cadalso, Nora, una perra que no era de raza, pero con un pelo tan rojizo como el mío. Sentí que el corazón se me encogía.

El capitán puso su plato de tallarines en el suelo y conminó a Nora a que se acercara. Se podían escuchar los latidos de muchos corazones presentes. Respiré humo de tabaco y me chocó que fuera el cocinero quien fumaba, apostado contra la puerta que daba paso a su lugar de trabajo. El capitán lo fulminó con una mirada.

—¿Ha ido todo bien, con normalidad, en su cocina esta tarde, Guerard?

—Sí, señor, estábamos los mismos de siempre —respondió, apretando la colilla de su cigarrillo con una presión que delataba sus nervios. Abrió un poco más las puertas que nos separaban de la cocina y entreví a varios hombres con mandiles y paños en la cabeza. El capitán no dijo nada y acercó aún más el plato al animal. Nora empezó a husmearlo y terminó por saborearlo. En menos de un minuto todo su cuerpo era como un fósil.

El alarido de espanto fue agudo, todas las mujeres presentes en el comedor gritaban despavoridas. Guerard dejó caer la colilla de sus labios y temblaba. Pero ¿habría sido él capaz de poner veneno en la comida de todos? No se movía de su sitio, miraba hacia Hart, pero seguía allí, apostado en la puerta, como esperando que el capitán o alguien del servicio lo apresara. Pero nadie lo hacía. Mr. Higgs atendía como podía a las personas que agitaban sus brazos y lanzaban exclamaciones sin sentido. Y yo escuché un ruido distinto a todos esos; era como si un grupo de ollas, muy grandes y pesadas, se cayera en la cocina mientras alguien intentaba huir. Me levanté y quise ir hacia allí. Pero mi padre me detuvo y fueron él, Mr. Higgs y el capitán. Tres

hombres fuertes para aprehender a un sospechoso que no tenía mucho sitio por donde escapar. Todo el tiempo que duró el forcejeo me mantuve en mi lugar en la mesa, para el asombro de los que permanecían conmigo. Mucho más que mujer marcada, me miraban como si fuera una niña bruja.

Mi padre, el capitán y Mr. Higgs regresaron con un hombre maniatado. No era inglés; muchos años más tarde entendería que tampoco podía decírsele hindú, pero supe ver en sus ojos un orgullo que me pareció familiar y eso hizo que mi espinazo volviera a retorcerse. Por más que estuviera detrás de un intento de asesinato, su mirada retadora me indicaba que tenía una explicación, una razón, un argumento para defender delante de muchos el porqué de sus actos. Pero la vida no iba a ofrecerle esa oportunidad. La única explicación permitida fue la del capitán, dando por concluida la cena. Y los camareros se llevaron a Nora y al sospechoso juntos.

En nuestro pequeño camarote, papá desplegó, con el debido recogimiento tras lo que acababa de suceder, un surtido de bocadillos evidentemente adquiridos en Gibraltar. Eran de chorizo y de tortilla, deliciosos, mi primer encuentro con la comida española, y aunque el hambre y el susto son compañeros terribles de la ansiedad (porque devoras en vez de comer), supe que esos sabores iban a gustarme toda la vida. Al festín se unieron el capitán y Mr. Higgs.

—Lo que ha demostrado en el comedor no es normal, señorita Fox, ni para una niña de su edad, ni para hombres como nosotros —empezó el capitán, vertiendo vino tinto en las copas talladas que había traído—. Por eso creo que merece, como recompensa, que se la trate como a una más de este grupo.

—No tanto, capitán, no tanto —intervino mi padre.

—Lo he hablado con Higgs, aquí presente, que ya me contó todo lo que pasó en el tren hasta Southampton. Tiene

mucha madera y cabeza para enfrentar situaciones como esta, señorita Fox.

—No quiero exponerla más —dijo tajante mi padre, y se creó un silencio.

Fue Mr. Higgs con su maravillosa voz y uso de la fonética quien rompió el pesado silencio.

—La señorita Fox pasará a estar bajo mi supervisión, ayudándome en todas las cosas para las que la considere capaz. —Aunque sus palabras y su dicción eran impecables como siempre, en su voz había un cambio, el tono de alguien con mucha más autoridad que el propio capitán.

—Lo primero será que se traslade a mis dependencias. Estará más cómoda y el señor Fox podrá dedicarse mejor a sus labores —continuó.

—¿Qué labores, papá? —No pude evitar preguntar.

—Se intensificará el descifrado de códigos después de lo que has evitado que sucediera en el comedor —me respondió.

—Entonces es más que lógico que aceptemos la oferta de Mr. Higgs —dije. El Embajador Fox me miró con pesar. Mi precocidad le producía una mezcla de orgullo y temor.

—Rosalind no puede involucrarse más, Mr. Higgs, se lo suplico.

—Muy bien, tomaré nota —respondió Mr. Higgs.

Era el líder, lo entendí inmediatamente. Era el jefe de la misión. Y era ese jefe, el máximo, el supremo, el que me estaba escogiendo a mí para estar a su lado. No pude evitar sentirme de nuevo mareada, pero de orgullo, de valentía. No podía decirle que no a su oferta.

—Soy yo la que quiere ir, papá —dije como pude, creo que equivocando alguna palabra de orden, por la excitación —. Imagínate que no hubiera dicho lo que pensaba en el comedor. Estaríamos en una situación completamente

diferente ahora mismo. Por eso quiero irme con Mr. Higgs y que tú puedas hacer bien tu trabajo.

Mi padre me miró con esos ojos vidriosos. Otra vez escuché esa plegaria suya. «Rosalind, tienes que ser mejor que yo». Yo no la dije en voz alta, sostuve su mirada, como si lo hiciera por última vez. Claramente algo de la fascinación que había puesto en nuestro entorno, esa especie de hechizo brutal, por su manera de vestir, sus pulseras, su pelo, sus dientes, se evaporó y, sí, para siempre.

CAPÍTULO 9

CALCUTA DE NOCHE

La vida con Mr. Higgs fue la mejor escuela que pude tener. El «cuadro» que no podía acabar no dejaba de enseñarme cosas para convertirme en esa Rosalind Fox, mejor que todos.

Sus *habitaciones*, como él las llamaba, eran muchas, lo que me hizo sospechar que el barco era de su propiedad y que Mr. Higgs poseía el dinero suficiente para crearse toda esa aventura. La misión no tenía otro propietario o líder que él mismo.

Se disfrazaba de mayordomo más por excentricidad que por estrategia. Sinceramente, le daba risa asumir ese rol. Aprendí a verlo como una manera de mostrar algo de su carácter. Un mayordomo siempre es el principal sospechoso en una novela policiaca. Y casi siempre es lo primero que ves cuando acudes a una casa señorial. También, generalmente, el mayordomo suele ser más educado y cultivado que sus jefes. Y tenerlo indica poder, dinero. Y también casi siempre asumimos que el mayordomo es una especie de espía. Alguien que conoce todos tus secretos, pero del que nunca sabes qué uso les dará.

Mr. Higgs era todas esas cosas que asociamos a un mayordomo. Servicial, exigente, preparado para asumir

cualquier responsabilidad, buena, mala, pequeña, aparatosa. Y eso lo aprendía con tan solo estar a su lado.

Tenía acceso a todos sus papeles. Y fue así como encontré una carta dirigida al Colonial Office, en la que solicitaba unos documentos que involucraran a la oficina gubernamental con su misión. Hablaba claramente de la situación detectada por sus operarios en la India, unos movimientos independentistas contrarios a que la inmensa nación siguiera bajo la protección británica. Recuerdo perfectamente una de las frases: «desde que se creara y forzosamente aceptáramos el nuevo orden mundial que la guerra nos dejó como herencia, el mundo está en permanente evolución. Pero unas veces esa evolución avanza hacia delante y otras, por extraño que parezca, lo hace hacia atrás. Se puede evolucionar en esa dirección, es precisamente lo que persigue la búsqueda de la independencia. Volver al estado primitivo, muy distinto al que ha desarrollado la colonia». Lo leí y me quedé de piedra. Mr. Higgs favorecía a la colonia. Rápidamente entendí que era un hombre privilegiado, pero también de pensamiento muy conservador.

Tenía que discutirlo con él, sobre todo para estar de acuerdo en continuar con la misión. Me apasiona la aventura y ser espía tiene mucho de eso, desde luego. Pero para ser la mejor tenía que fascinarme. Y para fascinarme tenía que estar completamente convencida de que la causa por la que luchaba lo merecía.

Para él fue muy fácil. Una simple frase, dicha con esa maravillosa voz y perfecta dicción, unía todos los puentes que la indecisión y el miedo se empeñaban en romper.

—Creo que es siempre una buena idea que cada individuo piense lo que quiere. Siempre y cuando no afecte el orden de las cosas y de los demás. Por eso no puedo estar de acuerdo con estos movimientos independentistas en la

India, mi querida y precoz Rosalind. Y por eso, Rosalind, soy el gestor y propiciador de nuestra misión. Como hombre y como inglés, no puedo permitir que hagan algo contra los intereses de mi país. Y mi lema es: «como ingleses no podemos hacer nada por cambiar el destino de las naciones que colonizamos. Pero como ingleses debemos intentarlo».

—Le agradezco que me llame por mi nombre de pila. Me horroriza cuando me llaman señorita Fox —dije imitándolo. Mr. Higgs me sonrió.

—Así será, señorita Fox —remarcó—. Imagino que a estas alturas supondrá que mi verdadero nombre no es Mr. Higgs.

—¿Y si lo dejáramos así, que yo sea la señorita Fox para usted y usted Mr. Higgs para mí?

—Es un buen trato. En una misma negociación he hecho de usted una espía con ideología conservadora y una eterna señorita.

Se levantó y fue hacia otra de sus habitaciones y me pidió que lo siguiera. Era un salón con una asombrosa biblioteca de anaqueles muy altos, protegidos por puertas de cristal. Me dejó sentarme en su butaca favorita y él se sentó en el chester verde intenso como sus ojos. Me ofreció un vaso de agua, bastante fría, por cierto, que yo agradecí mucho por el calor reinante. Encendió un puro y se sirvió un whisky. Y sobre él exprimió un limón. Y ese simple detalle me hizo comprender que esa era la bebida de Mr. Higgs, no la del Embajador Fox. La estocada final al toro sin fuerza en que este viaje había convertido a mi padre. O, quizá, más que una estocada fuera una pincelada fatal sobre ese otro «cuadro» que era mi padre. Un cuadro que sí terminaba. Y como todo lo que se termina, abandonas.

—¿Cómo son esos movimientos independentistas, Mr. Higgs? —Reorienté la conversación.

—Sobre todo se dan en el norte. Podrían dividir de tal manera la nación que terminara por crearse un nuevo país.

Sería algo muy doloroso para Inglaterra. La India, ya lo verá cuando lleguemos allí, es nuestra joya, la más importante, la más brillante en una Corona que ha perdido muchas. —Se levantó del chester y fue hasta su biblioteca mientras continuaba hablando, seleccionaba una serie de tomos, pesados, enciclopédicos, e iba colocándolos en la mesa que servía como escritorio—. La guerra ha disparado todas las batallas, señorita Fox. Recuerde siempre que cuando se gana una guerra, no terminan las batallas, sino que se multiplican. Por eso debemos hacer algo contra esos grupos. Y su padre y sus compañeros de telégrafos de la oficina en Londres me son muy útiles.

—Entonces esta operación es suya, no es del Gobierno, mucho menos de la Corona.

—En efecto.

Seguía sacando y colocando libros sobre la mesa y descubrí que no era un escritorio; este se encontraba en un extremo de la biblioteca, bajo la claraboya, y era precioso, redondo, de una madera con muchos pigmentos incrustados. Visto desde la butaca parecía un vientre, una especie de hermosa barriga inflada. La mesa que usaba era como un espacio sobre el cual poner, aparte de libros, grandes mapas.

—Hay un momento en la vida de toda persona que ha acumulado tanto como yo —Mr. Higgs disfrutaba cautivando mi atención con sus palabras, sus gestos y su entorno— en que necesitas devolver. Un poco, tan solo un poco. Quizá convenga que sepa un poco más de mí. Hace muchos años, al enviudar y perder a mi única hija, acepté luchar contra ese independentismo porque tenía una razón personal, señorita Fox. Miembros de un movimiento independentista asesinaron a mi esposa y a mi hija, en Londres, mientras yo ya me había establecido en la India.

Estaba muy callada, completamente absorta en sus palabras. Por eso tenía esa tristeza atrapada en sus ojos. Había perdido a sus seres queridos de la peor manera posible.

—No podía soportar cualquier pequeño recuerdo de mi paraíso arrebatado. Y tomé dos decisiones, muy duras ambas. No regresaría a Londres, no abandonaría la India. Me dediqué a conocerla más. Ir de una esquina a otra de su inmensa extensión. Y entonces recordé que alguna vez había visto en un mapa Calcuta y había pensado que era la ciudad más apartada de todas en la India, pese a ser una de sus capitales más importantes. A Calcuta llegó un espectro de mí mismo. Casi en los huesos, delirante, envenenado de mala ginebra y un poco de morfina, por qué no decirlo, tengo absoluta confianza en usted.

—Porque le recuerdo a su hija —me atreví a interrumpir.

—No. O sí. —Su habitual discurso perdió fluidez momentáneamente—. Sobre todo me da confianza que no me provoca dolor ni llanto el que me la recuerde tanto, señorita Fox. Es un buen signo. Una buena señal. Pero, permítame terminar de contarle sobre Calcuta. Fue amurallada el siglo pasado, seguramente porque al Imperio le costó Dios y su ayuda llegar hasta allí. Estaba rodeada de unas marismas infectas, un barro espantoso y maloliente, y después de la muralla, Europa y la Gran Bretaña consiguieron dividirla en dos grandes zonas: la europea, donde vivirás, y la India, que es también conocida como la Ciudad Negra.

—Es horrible. ¿Separan a los habitantes por color y nacionalidad?

—Hasta ahora ese sistema ha funcionado relativamente bien. No estoy de acuerdo, ya lo hablamos en el tren, pero es la única manera de establecer un orden.

—Injusto. Un orden injusto. En el Saint Mary Rose nos enseñan que todas las personas son iguales o semejantes a Dios, Mr. Higgs.

—Ah, la educación católica en un país protestante. Es cierto, pero tampoco del todo, señorita Fox, porque es imposible que seamos todos iguales. Las diferencias son importantes, al menos las individuales, las que caracterizan a las personas. Pero, por favor, no perdamos el hilo de la historia. Calcuta es muy rica en un material llamado yute, una especie de lino más rudo, pero con el que se visten esas personas que habitan la Ciudad Negra y prácticamente el resto de la India. Produciendo, vendiendo, distribuyendo esa fibra por todo el país, hice mi fortuna. El negocio creció tan deprisa que compré este barco y lo adapté a mis necesidades. Al poco tiempo de inaugurarlo, el negocio de exportación e importación del té, el yute y otras maravillas de la India con Gran Bretaña se incrementó. Mi fortuna me ha permitido hacer este viaje tantas tantas veces, señorita Fox.

—Y ahora la quiere emplear en evitar que los de la Ciudad Negra puedan vivir en la parte europea —dije, sin saber muy bien cómo iba a explicar mi propio razonamiento.

—Sí. En un principio, podría verse de esa forma, sin duda. —Mr. Higgs era un hombre hecho a sí mismo que admiraba la inteligencia por encima de todas las cosas y le gustaba hablar conmigo sin desmerecer la mía tan solo porque fuera una niña—. El verdadero peligro no son esos independentistas. Sino las potencias que puedan querer aprovecharse de ellos para quitarnos poder como Corona y como país, señorita Fox.

Eso sí que no lo entendía.

—Como ha visto en esa carta que escribí a la Colonial Office, después de la Gran Guerra, el mundo se ha hecho más grande. Y los intereses que antes controlaba nuestro

país ahora tienen en los Estados Unidos un importante y despiadado enemigo. Los Estados Unidos nos han arrebatado poder desde 1872, querida señorita Fox. Después de la guerra, quieren tener presencia en una amplia variedad de naciones. La India les interesa porque es una manera de arrebatarle a Gran Bretaña el lustre, definitivamente. Por eso creo que hay que detener el avance independentista, porque al final lo fomentan los Estados Unidos, sin que, claro, podamos demostrarlo.

—Aunque quizá en los telegramas cifrados sí se pueda trazar su origen hasta los americanos —dije.

—Muy bien pensado, señorita Fox. —Se acercó a darme una libra de oro—. Muy bien pensado. Y para eso necesitamos a su padre. A pesar de que hasta ahora no hayamos podido encontrar nada.

Mordí la libra, me habían dicho que el oro siempre hay que morderlo para confirmar su autenticidad. Mr. Higgs volvió a soltar una carcajada.

—Merece más y lo tendrá. Todo a su tiempo. Me molesta pensar que en este viaje estamos robándole su niñez en aras de permitirle ser parte de una aventura, un viaje a través del mundo para conseguir una quimera —dijo, por vez primera dejando que su voz no fuera tan grave ni su pronunciación tan correcta—. Estoy seguro de que algún día sabrá perdonarnos —continuó después de una pausa.

Y ese algún día se me antojó tan lejano que sentí una suerte de desamparo, como si me hundiera en el más hondo de los pozos. Empecé a llorar y Mr. Higgs se quedó francamente sorprendido.

—No imaginaba que pudiese llorar, señorita Fox.

—Me parece injusto que siempre tenga que estar sola —expulsé entre hipos y lágrimas. No era exactamente lo que quería decir, pero presentía que conversaciones como esa son finitas. Deberían durar más, toda una vida; cuando

suceden y terminan, sus protagonistas casi siempre acaban por separarse.

Mr. Higgs me abrazó.

—No estará sola, señorita Fox. No lo estás ahora, Rosalind —dijo muy tiernamente, por primera vez sin emplear el *usted* y el *señorita Fox*—. Nadie está solo, porque la soledad es la mejor compañía posible.

El barco hizo otra breve escala antes de cruzar el canal de Suez, una de las hazañas de la humanidad, un dolor de cabeza para mi país y una de las zonas más vulnerables del mundo durante la pasada guerra. Para mí, un calor muy denso, un ruido de coches y gente vestida con largas togas y turbantes.

Llevaríamos ya una semana de travesía, y me había acostumbrado a estar encerrada en los espaciosos camarotes de Mr. Higgs. Uno de ellos fue reacondicionado como mi habitación con una preciosa cama de palo rosa, tan exquisita como femenina. ¿De dónde vendría? ¿Podría ser la de su hija?

Era delicadísima, la cama, las sábanas en débiles tonos de rosa para combinar perfectamente. Y yo también combinaba. Rosalind en su cama de palo rosa, Rosalind en su mundo de rojos que no se atreven a serlo, Rosalind de nuevo rodeada de cosas prestadas. Extrañas herencias para una niña cada vez más extraña.

Me asomé a uno de los puentes del barco para ver ese nuevo destino extraordinario. Un puerto mucho más tranquilo que Gibraltar. La gente vestida de una forma más seria; mi padre, Mr. Higgs y el capitán reunidos en la orilla con unos caballeros que hablaban con muchos gestos y vestidos con largas togas blancas. A su lado, una máquina muy grande, como si fuera una especie de turbina. Varios mozos esperaban alrededor de ella para subirla al barco, y así fue apenas el capitán hizo un gesto. El mar era muy

claro, de un verde transparente, invitaba a nadar incluso tan cerca del puerto; de hecho, varios niños, algunos de mi edad, lo hacían, saltando desde el muelle al agua y nadando unos metros para salir y volver a tirarse una y otra vez. Sentí que podía estar allí tan solo con pedirlo, pero no lo hice. Al mismo tiempo que sabía que debía estar jugando con esos niños, temía porque mi forma de ser, mi *precocidad*, como la llamaban los mayores, podía perderse, evaporarse si me unía a esos niños de mi edad.

¿Un pensamiento estúpido? ¿Un pensamiento del que me he arrepentido más adelante? Sí. Sí, ambas cosas, pero en ese momento necesitaba pensar para poder seguir adelante en el viaje. Era una decisión que necesitaba tomar. Y eso fue para mí el canal de Suez.

La biblioteca de Mr. Higgs, con esos libros que seleccionó durante nuestra conversación para que los estudiara, se transformó en mi gran mapamundi. Apenas me despertaba y me arreglaba, recorría los tres camarotes que separaban mi habitación de ese universo ordenado y protegido de libros y conocimiento. Leí sobre Calcuta y sobre Nueva Delhi, la ciudad que poco a poco iba arrebatándole liderazgo a la antigua capital textil. Descubrí un libro de moda hindú de hacía seis años, seguramente adquirido por Mr. Higgs para regalar a la desaparecida señora Higgs, y durante días me dejé llevar por la profusión de trajes que podía vestir. Los saris, de tantos colores, con tantos adornos en el pelo, y las pulseras. Claro que muchas joyas no iban a dejarme, por más precoz y valiente que me viera mi particular grupo de aventureros, y fue allí donde por primera vez deseé ser mayor. No en espíritu, sino físicamente. No solo adquirir un poquito más de estatura, sino tener senos, caderas, las piernas más redondeadas arriba. Me reía imaginándome como una especie de mujer atractiva y hasta *femme fatale*

(que ya sabía lo que significaba porque lo había visto escrito en ese libro de modas), pero pelirroja e inglesa.

Cuando no estaba absorta viendo ropa y joyas e imaginándome que me vería algún día como Theda Bara o alguna de las condesas que aparecían retratadas en acuarelas divinas de los libros más «frívolos» de esa biblioteca, volvía a leer mis clásicos, que Mr. Higgs también había incorporado a aquella selección: Salgari, Defoe, Emily Brontë y su *Cumbres borrascosas*, que es una novela que siempre me ha sabido acompañar y que siempre leo en algún momento del año, y cada vez me identifico con un personaje distinto.

Leía, leía mucho, investigaba, quería saber más y más sobre la religión en la India. No hay una sola, sino una especie de matrimonio entre muchas ramas. Buda, por ejemplo, no está solo, en primer lugar porque hay muchos budas, son ocho y responden a distintas funciones. Y las deidades forman una especie de familia donde prevalecen Shiva y su entorno, que es muy poderoso. Siempre me ha gustado ver esta parte de la India con el candor de esa rara niña encerrada entre libros en la biblioteca del Karmandia. Fascinada ante las representaciones de Shiva, con sus tres pares de brazos, a veces sujetando cobras con sus extremidades en la parte superior, bailando o haciendo símbolos con las del plano medio, y rezando, meditando o sugiriendo paz con los brazos del plano inferior. Como pasaba mucho tiempo sola, ensayaba algunas de esas posturas y me maravillaba que consiguiera sostenerme en perfecto equilibrio y además ejercitando mis piernas y brazos. Sí, solita estaba descubriendo los principios del yoga. Y sin haber llegado aún a Calcuta.

Veía a mi padre, al principio de la tarde, después de comer. Un rancho que se había vuelto completamente inglés después del susto por el envenenamiento frustrado, con lo

cual era muy frugal: salchichas, huevos, un poco de pollo, espinacas hervidas y patatas, día tras día hasta que te acostumbrabas y la comida perdía sabor. En esas horas en que estábamos juntos, Ronald Fox prefería dedicarse al estudio de esos telegramas que interceptaban a través de aquella máquina que subió a bordo antes de dejar el canal de Suez. Insistía en que me enseñara, pero él seguía en sus trece de que ya había hecho demasiado atravesando la estación Victoria con aquella maleta y la cajita dentro. Recordé que supuestamente sería un regalo para esa Lady Amanda, de la que nunca más volvimos a hablar.

—No puedo ahora, Rosalind, en serio. Desde que dejamos Suez, el ritmo de telegramas se ha incrementado.

—¿Nos esperan muchos peligros en Calcuta? —le pregunté.

—Tanto como peligros, no lo sé. Pero es probable que coincidamos con una revolución, hija mía.

Sus palabras no parecían una advertencia. Había leído ya mucho sobre las revoluciones y levantamientos en Calcuta, precisamente por la existencia de esa profunda brecha entre la parte europea y la Ciudad Negra, y el auge de esos grupos independentistas que querían separar toda esa parte del país y convertirla en una nueva nación, al igual que pasaba con el norte.

Una de esas tardes me fui a dormir con una aprensión, me asustaba tener un mal sueño. Y lo tuve: Mr. Higgs y yo entrábamos en un castillo muy antiguo y oscuro, rodeado de extraños pájaros que sobrevolaban y nos conducían hacia un sitio sagrado. Los ocho budas y Shiva estaban tallados en las paredes y en el medio crecía un pasto de un verde tan brillante que tuve que proteger mis ojos. Y en el medio había una vaca que se esmeraba en ofrecerme una sonrisa. Mr. Higgs me prevenía de no acercarme a ella, pero yo me dejaba dirigir por esa sonrisa en un animal que jamás sonríe.

Y me acercaba y me acercaba hasta que una sirena, el ulular de una sirena, no una criatura mitológica, me despertó y comprobé que estaba dentro de la cama de palo rosa, pero por la claraboya entraba una luz blanca, como si la hija de Mr. Higgs fuera a descender del cielo para terminar de explicarme el sueño en una visita fantasmal.

Pero no, no era el cielo el que iluminaba la estancia, sino el faro de entrada en el larguísimo acceso al puerto de Calcuta. Poco a poco escuché las palabras en bengalí e inglés, órdenes desde los pequeños barcos que acompañaban al Karmandia para entrar y desembarcar. Mr. Higgs apareció en mi habitación y sonrió al verme completamente despierta y a punto de empezar a vestirme para conocer mi nueva ciudad. Salimos juntos a la cubierta y, pese a que había luz en las esquinas del largo muelle, mi bienvenida a Calcuta era oscura, como el principio de mi sueño.

—Suerte infinita tienen los que llegan a Calcuta por la noche —escuché decir a un viejo marinero que ayudaba a atar los cabos del Karmandia.

CAPÍTULO 10

EL PRIMER DÍA DE UNA NUEVA VIDA

Me gusta mucho usar la palabra *probable*. Todo es mucho más probable de lo que estamos dispuestos a reconocer. Es probable que el diseño de Calcuta, aunque existiera uno antes de que llegáramos los ingleses a colonizarla, haya terminado por sucumbir a los designios de arquitectos, ingenieros y paisajistas de mi nacionalidad. No podía constatarlo porque avanzaba por ella en completa oscuridad, toda vez que nuestro desembarco fue a las once de la noche. Una hora por lo demás curiosa para atracar en una ciudad, pero eso lo podía explicar Mr. Higgs, que seguramente diseñó esa llegada y ese ascenso del puerto a la ciudad para que yo conociera su casa bajo una atmósfera embrujada.

A eso me refería con lo de probable: es probable que esos paisajistas ingleses quisieran reproducir en Calcuta las mismas reglas urbanísticas de Londres, con el centro de la ciudad bien alejado del mar, así que nuestra llegada a la mansión se demoró, y por más agotados, sedientos, hartos de días y días de navegación que estuviéramos, nos teníamos que aguantar.

Pero la espera tuvo su recompensa. Las puertas doradas de la propiedad enseñaban un escudo de armas. Un escudo.

Completamente inventado, desde luego, o a lo mejor servía como distintivo de los productos que comercializaba Mr. Higgs. Tenía de todo, como si un diseñador hubiera tomado armas, letras, plumas, animales, lanzas, armaduras, soles y lunas de todos los escudos del Reino Unido y los hubiera ensamblado juntos en el de Mr. Higgs. Lo vi muy rápido, pero juraría que alcancé a ver águilas, cóndores y hasta una esfinge.

Desde que las puertas estuvieron abiertas y hasta que llegamos a una fuente, en funcionamiento e iluminada por muchísimas velas pequeñitas, estoy segura de que atravesamos más de dos millas. Probablemente me haya olvidado de narrar que veníamos en el coche de Mr. Higgs, un gigantesco invento americano, de color dorado y el interior decorado, creo, con cuero y sedas. No podía describirlo exactamente porque la oscuridad de la ciudad disfrutaba con hacerse más y más oscura.

Pero cuando descendí del vehículo vi todas esas velas alrededor de la fuente que marcaban un camino hacia la puerta principal, y después de ella, un pasillo y un salón que parecía albergar una colección de armaduras doradas y estatuas de las deidades de las que había estado leyendo los últimos días. Eso me impresionó, desde luego, pero mucho más me arrebataron las fragancias que parecían venir hacia mí como si fueran niñas del más allá dispuestas a guiarme ante este nuevo paraíso o misterioso universo al que acababa de integrarme. Nardos, vainilla, algo que probablemente sería té, naranjas, limones, otro tipo de nardos, jengibre, clavo y canela, todos llegando hasta mí en orden, no mezclados, como si no fueran olores propios de la cocina, sino seres, entes, brazos de Shiva, inclinándose ante mí, ofreciendo esta increíble bienvenida.

Dentro, el pasillo se convirtió en un *hall* de entrada propio de un palacio. Probablemente era un palacio. Techos

increíblemente altos; solo los había visto así cuando visité la abadía de Westminster con las monjas del colegio. Más que ventanas, eran vitrales robados de una catedral. No, no eran robados, sino duplicados, claro, como todo en la vida y mundo de Mr. Higgs: lo más imponente de Inglaterra reproducido en Calcuta. No por un rey ni un gobernante, sino por ese hombre hecho a sí mismo, y a quien la guerra había transformado en poderoso, llamado Mr. Higgs.

Uno a uno, igual que los olores, los sirvientes de la casa acudieron a presentarse. Saludaban a mi padre como a un viejo conocido. Y a mí…, todo curiosidad. Eran señoras de distintas edades, siempre blancas e imaginé que probablemente inglesas, uniformadas con esmero, delantales negros, rígidos de tanto algodón y fabricados en ese textil al que se debía toda esta fortuna. Parecían negros, pero cuando se acercaban eran azul marino. Tocó el turno a los caballeros, todos hindúes y vestidos con un extraordinario tono, que jamás hubiera imaginado resultaría tan exquisito, vibrante, soberano, en un hombre: rosa.

Mr. Higgs se percató de mi asombro.

—En la India el rosa es un color reservado a los hombres, señorita Fox. Y después de conocer a mis criadas, en especial a la inestimable señora Santi, quiero que conozca bien a los señores Yid, mi jardinero; Fiji, el preparador de los caballos, y Zahid, el tocador de cítara.

Una vez más, Mr. Higgs tenía el don de suavizar lo indomable. Porque, pese a saberme rodeada de un magnífico lujo, sentirme como bañada y acariciada por esa luz dorada en toda la Casa Palacio, dentro de mí y probablemente también en mi mirada se traslucía que estaba entrando prácticamente por mi propio pie en una cárcel de oro.

Probablemente esa fue una de las pocas veces que mi apariencia no pudo ocultar mi verdad. Sentía ganas de

gritar, de salir hacia la fuente y echar a correr hasta el Karmandia, volver a subirme a bordo y ni siquiera regresar a Inglaterra, sino lanzarme al agua en plena travesía a que me devorara cualquier tipo de monstruo marino. Era una repentina y abismal sensación de molestia, de desagrado, de sentirme completamente despojada de cualquier atisbo de individualidad.

No podía controlar esa mezcla de furia y dolor, de rabia y odio hacia todo reflejada en mis ojos, que me subía por la garganta y se deslizaba por mis venas. Todo lo que me rodeaba estaba a mi disposición, pero no me pertenecía. Y eso fue lo que me irritó. Darme cuenta, a mis doce años, que en mi vida serían más las cosas prestadas que las propias.

Prestada era la palabra que me definía; siempre estaba en los sitios, en mi propia vida, como si fuera prestada. Mi ropa era prestada, mi destino era prestado. Mi inteligencia también era prestada. Nada era mío, nunca llegaría a ser alguien con algo suyo, de su propiedad, sino que iba entrando y saliendo de habitaciones, trenes, barcos, internados, mansiones, con la misma estúpida sonrisa. Aceptando este carrusel en forma de destino o lo contrario como si no me importara, como si no me asustara dónde iba a dejarme.

Y sí me asustaba. Sí me daba cuenta de que Mr. Higgs colaboraría conmigo mientras yo le fuera de utilidad. O mi padre. Me daba cuenta de que mi padre, más que un cómplice y un guía en esta aventura, muy fácilmente podría convertirse en un lastre. Me daba cuenta de que había algo roto dentro de él que ni yo ni nadie podía enmendar. Si al principio del viaje lo había idealizado como a un Sandokán, ahora era un jarrón chino roto en mil pedazos y recompuesto cada mañana de muy mala forma. Me daba cuenta de que tampoco podía escapar de allí y regresar a Inglaterra, aunque fuera a nado, porque en mi país no tenía a nadie.

Las monjas del Saint Mary no me recibirían de nuevo, estaría quebrantando las normas del instituto. Y mi madre no aparecería. Llevaba años sin hacerlo, ¿cómo iba a pensar que por verme salir del agua, famélica, medio devorada por los tiburones y pidiéndole auxilio, ella iba a cambiar su actitud hacia mí? Yo no existía para ella y de eso también me daba cuenta. Pese a tener a todo un nuevo ejército de servicio para atenderme, a contar, al menos por ahora, con la amistad y cuidado de Mr. Higgs, a tener a mi padre al lado y a los hombres con los que jugaba a ser una heroína que descifra telegramas, estaba sola. Irremediablemente sola.

Me daba cuenta de que, por más que me diera cuenta —y me disculpo por la reiteración— de lo sola que estaba, no podía hacer nada para evitar seguir dependiendo del azar, que me acercaba a personas como Mr. Higgs y su casa cárcel. Y todo eso, mezclado con el cansancio del viaje, estaba a punto de desbordarse y saltar por mis ojos, mi garganta.

Con toda esa furia dentro, conseguí subir las escaleras, mirar a todo el mundo a mis pies mientras ascendía y llegar hasta mi habitación. Las cortinas estaban echadas y Santi preguntó si deseaba que las abrieran. No dije nada. Me recosté en un sofá pequeñito al lado de la puerta y allí me quedé dormida, completamente rendida hasta la mañana siguiente, cuando lo primero que vi fue una hilera de aves con plumas muy coloridas, como patos, que volaban muy deprisa y, de pronto, apareció una jirafa paseando como si nada, tan exótica en Calcuta como en Londres, y detrás de ella un elefante.

La casa de Mr. Higgs no tenía un jardín. Tampoco un bosque. Tenía kilómetros de verde. Un mundo, un planeta. Espacio, la máxima conquista y demostración de riqueza, espacio para ver, para perderse, para vivir encerrado sin necesidad de regresar a la civilización. Todos los animales

conocidos y por descubrir podían habitar, cómodamente, esa extensión. Todos, incluyendo a una niña confundida, adquirida, transportada, encarcelada como yo.

La Casa Palacio de Mr. Higgs formaba parte de un reducto salvaje en lo alto de una cima de Calcuta. Antes de que la ciudad se convirtiera en la capital de la India, este lugar era poco más que una selva, un grupo de campos con sus colinas rodantes que confluían en un importante pantano, con un arroyo lo suficientemente ancho para ser recorrido en bote, que según el propio Mr. Higgs desembocaba en el puerto de Calcuta. Era un paraíso, sí, cargado de temores. En la noche había pensado que la casa, los habitantes, los muebles, las lámparas, todo era como una copia de algo inglés, como si necesitaran reproducir la atmósfera inglesa para sentirse bien, sanos, vivos en la remota Calcuta. Y al mismo tiempo, esa urgencia por remedar me llevó a la conclusión que la casa también reflejaba todo lo que era Calcuta. Una ciudad construida sobre un lodazal, llena de atmósferas, charcos y cocodrilos, peligros y templos. Donde la naturaleza era real y amenazante y el resto, un recuerdo, una copia, una realidad prestada.

¿Cuánto tiempo iba a permanecer en esa cárcel? No tenía respuesta. ¿Cuánto tiempo tardaría en conocer toda Calcuta? No podía responderme. ¿Cuántas cosas iba a recordar para siempre? Tampoco tenía respuesta. Ese elefante, que cruzaba el jardín detrás de una jirafa. Esos olores para darme la bienvenida. Esa furia, que, aunque atenuada, sabía que se mantendría bajo mi piel hasta que algo consiguiera calmarla.

Desayuné, vigilada por Santi y otras tres damas cuyos nombres había olvidado durante el sueño. Un desayuno típicamente inglés, salchichas, y tocino y alubias anaranjados, pero servido junto a otros ingredientes, en su mayoría polvos y especias de fantásticos colores en una

mesa sin mantel. Lo nuevo me fascinaba, pero seguía sin conseguir que me abandonara esa rabia. Probé los polvos.

—Son especias que ayudan a controlar el hambre, liberar toxinas del cuerpo y proteger de malos invasores —advirtió Santi. Hablaba de una forma extraña, como si no fuera inglesa. Compartía con Mr. Higgs esa mirada que adivinaba más allá de la apariencia—. No soy inglesa, señorita Fox. Mis padres quizá lo fueron. Pero me he criado aquí, en la India.

Así podría terminar yo, convertida en mucama o institutriz al servicio de Mr. Higgs y las próximas señoritas Fox que fuera recogiendo en sus viajes. Pero no deseaba mostrarme antipática o violenta ante Santi. Me interesé por los nombres de esas especias, si debía tomarlas todas al mismo tiempo. No, no, cada una tenía su especial uso y algunas podía mezclarlas asombrosamente bien con platos de la comida tradicional inglesa, como las lentejas, el puré de patatas, el revuelto de huevos o experimentar con la abundante comida local.

—Pueden pasar muchos años, señorita Fox, hasta que se llega a comprender apenas un poquito de la India —sentenció Santi.

Me dio un vuelco en el estómago. No quería vivir esos años allí. No iban a conseguirlo. Encontraría alguna fórmula, alguna ventana mal cerrada, alguna puerta entreabierta, alguna rendija en alguna habitación abandonada. Lo conseguiría, escaparía de allí. Lo antes posible. Eso sí, llevándome un par de esas ricas salchichas servidas en el desayuno.

Salí al jardín. Era un país. Ese tamaño, esa inmensidad… jamás deja de asombrarme, cuando lo recuerdo, cuando me recuerdo tan pequeña, tan poca cosa, dejándome llevar por sus olores, las hierbas que cambiaban de forma, los rosales organizados por colores y a lo largo de metros y metros. Los árboles frutales, el limón. Ese mango, que sería una fruta sin

la que desde entonces no sabría vivir. Cuando caían, según estuviera plantado el árbol, en zona seca o cubierta por ese césped variopinto, sonaban como un golpe seco que en alguna noche me sobresaltó. Otras, como en esa mañana, aparecían manos que los recogían y colocaban en cestas, finamente cubiertas por paños del mismo color amarillo que el fruto. Ay, el mango. Sabemos tan poco de él en Occidente. Es una fuente inagotable de vitamina C, por ejemplo. Se puede comer maduro, pero también verde, que es como más me gusta: en finas lonchas, debajo de todo tipo de carnes o en pedacitos, confundido con otros vegetales salados. También puede hacerse jalea, tanto del amarillo como del verde, y su cocción es lentísima, hay que vigilarlo todo el tiempo, que el calor no lo convierta en engrudo, porque desprende filamentos que se apelmazan. El mango, esa primera visión de las filas de árboles con sus ramas tan cargadas de hojas y frutos. Reconozco que un poquito de mi molestia por ser una persona condenada a vivir de prestado desapareció, momentáneamente, ante ese descubrimiento.

Seguí paseando por ese universo, protector y atemorizante. Mr. Higgs había creado su particular arca de Noé. Los pavos reales avanzaban lentamente y confundían sus plumas con el colorido siempre en movimiento de cada centímetro de césped. Cebras (otro animal africano que Mr. Higgs consiguió integrar en su peculiar zoológico sin jaulas), en manada, y varios antílopes, siempre corriendo, algunos de ellos con cornamentas colosales. Lógicamente, todo un tren de servicio, de empleados, vigilaba mis pasos y los de los animales. En un momento dado, me pareció ver leones. Y también tigres, blancos, con los ojos inyectados de amarillo. No me asusté, dos fornidos cuidadores les acariciaban el lomo y comprendí que estarían amaestrados. Me apetecía hablar con ellos, con los señores y también con las bestias, pero supuse que no hablarían inglés. ¡Oh, tenía que

aprender algo de los idiomas de la India! ¡Saber decir *tigre, bengala, por favor*, en bengalí o en hindi! Salieron a mi encuentro ocas y patos de distintas formas, igual que los gallos, nunca vi tantas plumas con tantos y diferentes colores y dibujos. Uno de los gallos tenía todo el plumaje negro salpicado de puntitos blancos. Como si fuera un traje de noche. Los vigilaban otra media docena de empleados, hindúes, que inclinaban la cabeza a mi paso, como si fuera una princesa. Los saludé con la mano, casi imitando aquel gesto de la princesa Royal mientras las ocas y los patos me acompañaban.

Entonces vi por primera vez el establo. En medio de la pradera, una construcción blanca con un zócalo azul intenso y bastante alto para ser un zócalo. Recordé haber leído en uno de los libros que los pintaban de esa manera para espantar los insectos, que o bien por el color, o bien por el olor de la pintura desistían de reptar o volar cerca. Delante de la puerta había un guardés, atento, afable, que me dejó entrar. Era… increíble. Nunca, ni entonces ni en el resto de mi vida, he vuelto a ver algo semejante: más de doscientos caballos, alineados en cómodos boxes, protegidos por verjas de hierro que reproducían —todas ellas— ese escudo inventado de Mr. Higgs. Tenía un abrevadero en cada uno, montones de pienso y dispensarios para que consumieran cebada y los cereales con los que se alimentaban. Perfectamente organizados, en una especie de entrecalle que separaba cada box, estaban los utensilios para montar y todo lo necesario para la higiene de cada ejemplar. ¡Y cómo era cada ejemplar! Negros, unos con el pelo tan corto y brillante que parecían panteras. Otros como si fueran cuervos. Así como había distintos tonos de negro, los había también de marrón. Del color cuero al whisky, sin olvidar el ámbar ni la canela o el caramelo. Estaba emocionada,

extasiada hasta que Fiji me asustó surgiendo de uno de los boxes.

—Señorita Fox, discúlpeme si la he sobresaltado. Mr. Higgs ha reservado especialmente para usted uno de sus mejores corceles.

Me encantó que dijera *corcel*, seguramente porque era una palabra que habría empleado Mr. Higgs. Extendí mi mano para que me llevara a través de esa nueva arca de Noé exclusivamente equina, y tras unos cuantos *oohs* y *aahs* que no pude reprimir ante la cantidad de ejemplares y la exquisitez de cómo vivían, llegué al encuentro de Lady Amanda.

Sí. Sí, esa era la Lady Amanda de la que hablaban sir Dwight y mi padre en el comedor del club en Pall Mall. Esa era la destinataria de la cajita con los pergaminos. No era una mujer, ninguna amante de papá, sino esa maravilla de animal. Alta, tan distinguida, completamente rubia. Nunca he conocido piel más suave en una yegua, ni crin más cuidada y coqueta. Ni cuello más elegante y hocico más altivo, arbitrario y apasionante. Me enamoré, y me costó muchos años, todos los que vivimos y galopamos juntas, para que ella mínimamente me correspondiera. Pero en ese primer encuentro supimos que íbamos a ser inseparables. Me detuve ante ella, casi obligándola a que me mirara y, tras unos resoplidos, lo hizo. Sus ojos eran lagos. Y pensaban. Y comunicaban: «Eres como yo, otra mujer marcada», me decían. Si quería perderme, o mejor dicho, escaparme de la Casa Palacio, de mi vida prestada, solo tenía que mirar dentro de ellos.

—Mr. Higgs nos ha hablado mucho de sus dotes como amazona, señorita Fox.

—Estoy tan… maravillada por estos establos, Fiji.

—Fueron construidos para la difunta señora Higgs. Al parecer adoraba montar, y los caballos por encima de todas

las cosas. La madre de Lady Amanda iba a ser su caballo preferido. Lamentablemente no llegó a conocerla, pero con mucha alegría usted sí disfrutará montando a su preciosa hija.

—Se nota en los ojos de Lady Amanda que a ella también le alegra que nos podamos conocer.

Me quedé esperando que abriera la cancela y pudiéramos entrar en el recinto privado de Lady Amanda. Ella retrocedía dos pasos y soltó un bramido. Éramos muy parecidas, no nos gustaba que entraran sin avisar previamente. Puse mi mano derecha sobre uno de sus flancos y noté su molestia, pero cómo al mismo tiempo asumía que íbamos a tocarnos mucho. Ella se cuadró dejando muy claro que lo hacía para verme mejor. En efecto, Lady Amanda era un animal con la inteligencia y elegancia de una dama. ¡Cómo habría sido su madre! ¡Qué horror que la muerte impidiera a la señora Higgs conocerla!

—En el barco, Mr. Higgs habló de ellas, de su esposa y de su hija con mucha tristeza —le dije a Fiji.

—Las dos murieron asesinadas por personas que deseaban hacerle daño a Mr. Higgs. Gente de mi raza, señorita Fox, pero no de mi religión. Mr. Higgs no siente tristeza, siente culpa.

Me quedé muda. Entendía lo de las razas, pero no podía comprender por qué había enfrentamiento entre religiones. Pero sí capté que ese era el gran conflicto de la parte del mundo donde ahora vivía. Religiones enfrentadas. Países divididos o en peligro de división por esos enfrentamientos. Y luego razas. La India, al ser más grande que Inglaterra, tenía más habitantes y no todos eran de la misma raza. De alguna manera, conseguí racionalizar que la presencia de los ingleses y su control sobre este país complicaba aún más estos dos temas, las razas y las religiones. Desde luego, asumí que Fiji confiaba en mí y que no estaba chismeando,

sino haciendo lo posible por dejarme claro en qué país iba a vivir. Entendí la diferencia que estableció entre tristeza y culpa. Y entendí lo que eso significaba para Mr. Higgs. Y que al final de todo, mi vida en esa Casa Palacio seguiría estando expuesta a los mismos o mayores peligros que en Londres y en el Karmandia.

Lady Amanda volvió a cuadrarse frente a la puerta de su box, estaba lista para montar. ¡Esa primera galopada con Lady Amanda fue tan intensa! Entendemos que estamos disfrutando cuando todo se nos hace más corto. Los minutos se nos hacen segundos. Pero junto a Lady Amanda el disfrute era tan inmenso que todo lo bueno se alargaba, si era alto se hacía gigante. Si era infinito se hacía eterno, pero siempre el disfrute iba a más. Por eso no cansaba. Inspiraba, crecía. Los kilómetros se convertían en hectáreas, los minutos en horas, las horas en casi una tarde y Lady Amanda jamás se resintió ni aminoró velocidad. Íbamos, íbamos, íbamos… Ese césped cambiaba una y otra vez de color. Las cebras nos seguían, algunos de los ciervos también. La brisa caliente, el ritmo y la visión de ese espacio sin fin. ¿Por qué iba a querer irme de esta maravilla? Era todavía muy pronto para pensar en que las cosas más horrendas, como los conflictos entre razas y religiones en la India, suceden siempre bajo los cielos más bellos y en los sitios más adornados de naturaleza y armonía. ¡Todo el resto de mi vida he visto y experimentado horror rodeada de exuberancia y belleza! Quizá por eso, ese paseo con Lady Amanda fue la primera vez que empecé a comprender que la naturaleza no es que sea más sabia que nosotros, sino que le damos igual. Va a su aire, muchas veces la avergonzamos y por eso nos desprecia cada cierto tiempo, para que intentemos aprender de nuestros errores.

Pero, aunque llegara a esa conclusión durante ese largo y maravilloso trayecto, me hice otras preguntas. ¿Por qué iba

a pensar que la India y su esplendor, tan bien reflejados en las premisas de la Casa Palacio, no me pertenecía si sabía recorrerla sin miedo alguno? ¿Dónde iba a encontrar algo semejante en Inglaterra? No, no lo encontraría porque era imposible que alguien pudiera acumular tanta tierra.

Pero eso también me mortificaba. ¿Cómo se había forjado la riqueza para poseer tanto? Había muros, límites que demarcaban la propiedad. Y sentía —siempre esa ultrasensibilidad que me llenaba de voces interiores y certezas— que tras esos muros estaba la verdadera Calcuta. La de la Ciudad Negra. La de la profunda diferencia. ¿Cómo iba a ser feliz en el paraíso si acababa de entender que para disfrutarlo era necesario mantener vivo y encendido el infierno?

CAPÍTULO 11

EL PÁJARO OSCURO

Mr. Higgs apareció en el umbral de mi habitación. Tenía la cara cansada, no había sido una jornada en la que pudiera disfrazarse de mayordomo.

—Me ha comentado Fiji que ha galopado con Lady Amanda, señorita Fox.

—Hasta el último rincón de la finca, Mr. Higgs.

—Es una yegua muy especial, ya sé que Fiji se lo explicó. Puede montarla todo lo que quiera, señorita Fox. Y a cualquiera de los otros también.

—No creo que pueda montarlos a todos, Mr. Higgs. —Estaba verdaderamente cansado, el verde de sus ojos disminuido, su tamaño también—. ¿Ha pasado algo malo? —pregunté acercándole mi mano.

Él la tomó.

—No son buenas noticias. —Me miró con toda su fatiga—. No ha pasado nada aún… a nadie. Pero… —Se llevó las manos a su regazo, como si necesitara dejarlas quietas—. Señorita Fox, usted sabe muy bien lo que hacemos, lo que «traduce» su padre.

Empezó, muy quedamente, me acerqué más para que sintiera que tenía toda mi atención, incluso si pedía de nuevo que me incorporara a una «misión».

—Los telegramas indican que hay ruido de sables. Una revolución que afectará mucho a los intereses británicos. Pero al no haber forma de recabar pruebas, La Colonial Office no nos cree. No conseguimos llamar su atención. —Estaba muy agobiado, hablaba sin que sus frases parecieran tener mucho sentido, las entrecortaba más que espaciarlas, pero podía entenderlo—. Estamos tan lejos. En otro mundo, la India es otro mundo. Y eso es lo único que comprende nuestra amada y distante Inglaterra: que esto es otro mundo. Pero estamos intentando frenar algo que puede hacer mucho daño. —Sus ojos se movían de un sitio a otro.

Me acerqué un poco, intentando comprobar si su aliento olía a alcohol, porque su conducta era estrambótica. No era Mr. Higgs. No, no alcancé a percibir licor en su aliento. Era un momento de abandono el que tenía delante de mí. De desahogo, de soltar todo lo que le pasaba por la cabeza y le angustiaba.

—Pruebas, más pruebas, es lo que piden. Solo podemos darles nuestra palabra, nuestra fe, nuestra convicción sobre lo que observamos, lo que vivimos aquí todos los días, todas las semanas, todo el año. La gente, la gente oprimida de esta ciudad no puede soportar más. Y va a explotar, Rosalind. —Me llamó por mi nombre—. Va a explotar. Y cuando lo haga, será mucho más fuerte que nosotros. Nos aniquilarán, nos destruirán con todo su odio acumulado. La India quedará mutilada. Como pasó en el norte, pasará también aquí. Los musulmanes controlarán una parte y el resto no sabrá por dónde empezar a reconstruirse. E Inglaterra no podrá hacer nada para salvar la joya de su Corona.

Guardó silencio. Una eternidad. Se levantó y cerró la puerta sin decir nada más.

A la mañana siguiente, creía que en vez de doce años tenía treinta. Y que esa era la principal causa de mi

intranquilidad en la Casa Palacio. La veía como un encierro porque mi mente entendía las cosas a una velocidad extrema. No quería ser más niña. Cualquiera que fuera el tiempo que iba a pasar en Calcuta, no iba a desperdiciar un solo segundo en conseguir hacerme mujer. Galopar me serviría para tener una complexión fuerte y la mente entrenada para concentrarme y aprender, recordar todo con la eficacia de un instrumento militar, de un arma. Educarme, con los libros de Mr. Higgs, pero también con todas las personas que acudieran a esa casa. Conocer más de la India con Fiji, Santi y Zahid. Sabía que era imposible conocerla y entenderla toda, por su complejidad como nación y espacio geográfico. Pero muchas veces nos sucede lo mismo con las personas. No siempre alcanzamos a entenderlas. Por ejemplo, mi padre y mi madre seguían siendo un enigma para mí. De mi padre me asombraba que se hubiera desvanecido esa fascinación inicial cuando me sacó del colegio y me llevó a Londres. No creía que fuera porque me hubiera molestado que me involucrara en su trabajo, en su misión. Al contrario, le estaba agradecida, porque así conocí a Mr. Higgs. Y su Casa Palacio. Me intrigaba que fuéramos tan incapaces de decirnos las cosas, que no pudiéramos hablar como lo hacíamos Mr. Higgs y yo. Y sobre todo que no pudiera confiar en él, porque su presencia era siempre errática. Cuando estaba, era como si después de mí no existiera nada más en el mundo. Cuando desaparecía, en cambio, era un trasto o un muñeco de peluche al que se acaricia sin darse cuenta. Era nada. Cero. Nada.

Y entonces recordaba esas palabras de Mr. Higgs: «como ingleses no podemos hacer nada por cambiar el destino de las naciones que colonizamos. Pero como ingleses debemos intentarlo». Y pensaba que toda esa forma de vida, el lujo de Mr. Higgs y el ir y venir de mi padre, ambas cosas, estarían condenadas a desaparecer. Y conmigo dentro. O no.

Pero no podía dejarme vencer por nada. Al saberme mujer, superior a mi edad, a los problemas típicos de la gente de mi edad, me sentía más invencible. Iba a convertirme en una gran amazona. Y en una gran embajadora, como habían dicho en el barco. Pasara lo que pasara en Calcuta, mi destino lo tenía claro. Y nada iba a interferir para que no fuera como lo imaginaba. Ni siquiera yo misma, tan proclive a ir de un extremo a otro. «Ayer, solo quería huir. Hoy, solo quiero permanecer».

Esos días en que me sentía una mujer de treinta años tan solo fueron los previos a mi ingreso en el Saint Mary Rose de Calcuta, en septiembre de 1927. Era una copia exacta, piedra por piedra, de la casa y del *pensum* académico del Saint Mary Rose de Inglaterra. Solo que ubicado en el extremo norte de la Ciudad Europea de Calcuta. Mis clases las compartiría rodeada de niñas con aspecto de doce años, pero el mismo conflicto interior de saberse dieciocho años mayores.

El trayecto hacia el extremo norte de la Ciudad Europea era terrible, la constatación de que Calcuta era ese lugar en el mundo donde cohabitan el cielo y el infierno. Conducida por Zahid, que al ser el hijo menor del chófer principal de la casa, o sea, el de Mr. Higgs, redondeaba un salario conduciendo cuando no había conciertos o galas donde tocar la cítara. Entraba medio dormida al vehículo e iba desperezándome observando cómo cambiaba el paisaje mientras salíamos de casa y empezaba a surgir delante de nosotros el más tenebroso de los espectáculos: la degradación del ciudadano. Y cuando quedaba despojado de su ciudadanía, de eso que muchos asumimos como inherente al vivir en una ciudad, que nos permite caminar, ejecutar nuestras acciones, nuestros deberes, cuando eso desaparecía, el camino continuaba y la degradación también. Pasaba de dejar la Casa Palacio con su elefante, a

Lady Amanda más protegida que una reina, sus árboles de mango y tamarindo, para asimilar a hombres y mujeres, envueltos en fantásticas telas, anudadas de maneras que a veces solo podían ser entendidas por un marino de siete mares, hasta empezar a ver gente sin rasgos, pedigüeños sin brazos ni piernas, niños desorientados que estiraban sus manos y ciegos en grupo que enseñaban brazos carcomidos por la lepra.

Calcuta, la ciudad del castigo y la belleza, del rosa y el dorado y la ceguera y el horror. Cada mañana, mientras asistía al Saint Mary, el espectáculo se hacía más denso e hiriente. Después de incorporarnos a la calle debajo de la Casa Palacio, el automóvil enfilaba por la Zona Privilegiada, donde se alineaban las imponentes mansiones de ricos como Mr. Higgs, quizá menos poderosos, pero igualmente hombres hechos a sí mismos, escapados de Inglaterra o de Francia o Bélgica o Alemania y que habían extraído de esa India pobre pero obsequiosa los beneficios suficientes para vivir como auténticos virreyes. Puede que lo hicieran conscientes de que creaban una situación incómoda con sus habitantes, pero también cabía pensar que a lo mejor no todos conocían lo que sabía Mr. Higgs. O que a lo mejor no a todos les molestaba que los ingleses se hicieran tan ricos y los nativos estuvieran tan desamparados. Era mucho razonamiento, ya lo he escrito antes, para una niña que solo ansiaba ser mujer, pero la fuerza de esas imágenes, cada mañana, constantemente, no me dejaba pensar en otra cosa. Yo no era privilegiada, solo abusaba de mi apariencia de privilegiada y accidentalmente estaba en el lado privilegiado de la ciudad, pero no sabía por cuánto tiempo.

Quería detener el coche en cada uno de esos viajes y hablar con ellos. Explicarles cómo me hacía sufrir la degradación a la que estaban sometidos. ¿Cómo iba a explicarles algo para lo que carecía de solución? Por eso me

contenía las ganas. No ordenaba detener el coche, no me bajaba, no hacía nada. Como el resto de los habitantes en la Zona Privilegiada. Esas casas tenían muros altísimos y puertas pesadísimas que cuando se abrían, al tiempo que pasaba el automóvil, dejaban entrever jardines de ensueño, cuidados por otro Zahid, y a elegantes damas y caballeros que jugaban al polo, considerado un deporte nacional, en esos mismos jardines. Cuando el coche abandonaba esa rara serenidad de la Zona Privilegiada, como de inmediato bauticé el barrio donde vivíamos, había que atravesar un puente para incorporarse a Main Road, exactamente a una parte de Main Road (porque, como su nombre indica, abarcaba la ciudad entera), y allí la India y Calcuta se volvían una y eran como una Shiva gigantesca no ya de ocho pares de brazos, sino de cien. No ya de un solo par de ojos, sino de miles. No ya de un solo cuerpo, sino de millones.

Gente, gente, gente y sus dramas, pesares, miedos, deambulando, moviéndose, circulando en una coreografía que no tenía fin ni música. Avanzaban, cruzaban, elevaban los brazos al cielo, medio bailaban, caían, se levantaban. No se levantaban, morían, renacían, volvían a morir y yo lo veía intentando darle una explicación y no alcanzaba otra que no fuera «injusticia». Desorden, también, caos, sin embargo creía que nosotros los ingleses éramos capaces de otorgar ese orden, de reconducir ese caos. Pero era imposible. Como si el caos cada día no solo creciera, sino que se esmerara en ser aún más caótico. Y como si nosotros, los que veníamos del llamado *mundo civilizado*, terminábamos hipnotizados, maravillados ante ese fluir, esa danza macabra e hipnotizante del desorden total.

El primer año, ese caos nunca llegó a serme indiferente. Jamás adquirió normalidad, cotidianidad. Todo lo contrario, crecía, se expandía y dejaba clarísimo que algo hervía

detrás y que en cualquier minuto estallaría. Mr. Higgs seguía apareciendo en la puerta de mi dormitorio, los ojos cansados, la fatiga en cada poro de su piel y la misma lamentación: Inglaterra no quería escucharlos. Pero ellos seguían, mi padre, el capitán Hart, sir Dwight y Mr. Higgs, empeñados en alertar y pasar la información que encontraban en esos cables interceptados. No había pruebas. Pero yo las veía, de camino a mi escuela, descubriendo los templos esparcidos por la ciudad, aventurándome cada semana un poquito más. La Ciudad Oscura, como la llamaba yo; la Ciudad Negra, como la llamaban los habitantes de Calcuta, se convirtió en una muralla que vez tras vez me atraía más. Cruzarla, penetrarla, sentirla.

Una mañana de finales de ese 1927 tan decisivo para Rosalinda Fox, ocurrió algo grave en el Saint Mary Rose. Algo que transformó por completo ese ritual de atravesar Calcuta, ver la parte europea y atisbar las puertas secretas, oscuras, vigiladas por personas-sombra de la Ciudad Oscura. Corría paralela a la Ciudad Europea, como si fuera una serpiente que consigue estirar y estirar su lomo a lo largo de la especie de vaca plácida que era la Ciudad Europea, y su presencia se hacía sentir a través de esas puertas. Cuando se abrían, lo que se asomaba era como el ojo de un buitre enorme que habitaba en su interior. Cuando ese ojo, el número trescientos de los setecientos que debería tener ese abominable pajarraco, dictaba que lo que había visto le gustaba, salían las personas. Eran los auténticos «probables», ni humanos ni animales ni criaturas mitológicas, sino «probables». Personas que regresaban de la oscuridad, del fondo de los fondos. Probablemente eran pequeños buitres que expulsaba el Gran Buitre. Probablemente eran esqueletos que la lepra obligaba a echar a andar con máxima crueldad. Probablemente eran

fantasmas, probablemente eran otras vidas que no habían podido quedarse en el más allá. Probablemente eran personas sin suerte. Probablemente eran la razón por la que en Calcuta se cocía todos los días una inminente revolución. Los desposeídos de la India, los desposeídos de todo el planeta Tierra.

Uno de esos habitantes de la Ciudad Oscura entró en el patio de recreo del Saint Mary. Al principio, algunas de las niñas creímos que se trataba del tronco de un árbol. O una rama, seca, que había caído de entre los muchos mangos y tamarindos de ese jardín. Solo que sus ojos, amarillos como los de las serpientes, miraban con ansia de búsqueda. Cuando los gritos empezaron, eché a correr al lado de mi única amiga de entonces, Myra Weaver, cogidas de la mano, deseosas de llegar hasta la puerta de atrás de la oficina de la madre superiora, que estaba cerrada, y allí nos mantuvimos, gritando y pateando hasta que alguien consiguió abrirla y rescatarnos. Varios policías intentaban contener a aquel hombre, pero tenía una agilidad prodigiosa y trepaba por los árboles como si fuera una lagartija. Trepaba y corría por entre las ramas mientras las niñas corrían desesperadas bajo sus pies, sus garras, su olfato de buitre que no espera la carroña, sino que quiere carne viva. Entonces, sobrevoló, las negras telas de su ropa le servían de alas, y cayó encima de Georgina Wells. Y dejé escapar un grito estremecedor. Porque Georgina Wells era idéntica a mí. Pelirroja, blanquísima, igual de delgada; porque compartíamos los mismos entrenamientos y cuidados con nuestros caballos. La misma edad, la misma orfandad. Tan igual que mi grito era estremecedor porque entendía mejor que nadie que el Hombre Buitre se había fijado en ella y se la llevaba entre sus garras, creyendo que era yo.

CAPÍTULO 12

PATCHOULI & CASHMERE

Georgina Wells jamás fue encontrada. El Hombre Buitre se la llevó consigo a la Ciudad Oscura y allí…, allí…

Nunca más se volvió a hablar de ellos. Ni en el Saint Mary Rose de Calcuta ni en las casas monumentales de la Zona Privilegiada ni en la Casa Palacio de Mr. Higgs. Una de las más crueles lecciones de mi vida: cuando un grupo de personas decide que de algo no se habla, esa sentencia es acatada por todos, asumiendo que forma parte de la supervivencia.

Crecí, esa mañana, atroz y repentinamente, me hice definitivamente mayor. Pero, al contrario que mis primeros días en Calcuta, no quería marchar. Porque lo encontraba cobarde. Si era a mí a quien querían, no iba a escaparme. No iba a darles el gusto de que me tomaran por alguien que se asusta. Fui a casa de los padres de Georgina Wells, destrozados por el horror, y pedí hablar con ellos, pero no quisieron. Les envié una nota. «Por favor, no abandonen Calcuta, Georgina amaba esta ciudad, nuestro colegio y sobre todo a los caballos». No me respondieron jamás y no los culpé. Semanas después, leyendo el periódico local, encontré una pequeña nota que informaba del regreso a Inglaterra de los señores Wells. Nada más.

La vida era así en Calcuta. El peligro existía de tal manera que no se hablaba de él, más para no tentarlo que otra cosa. La apariencia se convertía en dictadura. La tiranía de «no pasa nada», pero sí pasaba. Y mucho. Los empleados de muchas casas que conocía eran interrogados y, si se equivocaban en algo, como en dejar caer que creían —en mayor o menor medida— que existían diferencias irreconciliables entre la Ciudad Europea a la que atendían y la Negra, donde vivían, eran despedidos. Y a veces denunciados a la Policía como posibles peligros para la estabilidad de la ciudad. Empezaron a suceder cosas.

Una tarde escuchábamos un programa familiar de la radio, una tertulia donde se leían poemas sobre la campiña británica, sonaban canciones populares de las islas y se hablaba sobre recetas inglesas que podrían influir en la comida *tradicional local* —como llamaban a la cocina hindú—, cuando algo interrumpió aquella programación bucólica e idílica. Una voz de hombre, sereno pero intenso, que empezó a hablar de hindúes a los que se impedía utilizar su propio idioma, practicar sus creencias en sus propias ciudades. En la Casa Palacio hicieron muchos aspavientos, me separaron de la radio, y se empeñaron en que me fuera a montar, siendo casi de noche. Y al hombre que había interrumpido en la radio también lo obligaban a abandonar los estudios. Alcanzó a decir su nombre. Mahatma. Mahatma Gandhi. Y rápidamente pusieron una canción sobre esa campiña inglesa que tanto les interesaba reiterar que añoraban.

En otra ocasión, el coche que me llevaba a través de la Zona Privilegiada tuvo que desviar su curso de una forma bastante violenta, súbita. Dos cadáveres obstaculizaban el camino. Una mujer blanca y un hombre hindú. Zahid me impidió ver, con una mano intentaba cubrirme los ojos y con la otra conducía. Pero los vi, me escabullí como pude, y los

vi, y a dos niños hindúes llorando cerca de ellos. Llegaba la Policía, en sus carros bicicleta, y detrás una ambulancia, un sacerdote que intentaba bendecirlos de alguna manera antes de que los policías impidieran al religioso terminar.

Zahid nunca más volvió a tomar ese camino hacia la Zona Privilegiada. Hice muchas preguntas y solo conseguí una respuesta: los hindúes no pueden ir con los ingleses. De hacerlo, terminarían como esa pareja, esa familia, deshecha, muerta en mitad del camino.

Intenté pedirle a Mr. Higgs que me dejara ir sola por el camino que prefería, uno mucho más corto y sencillo que el del chófer, pero me lo prohibió. Le vi francamente ofuscado.

—No quiere entender en qué se ha convertido Calcuta, señorita Fox.

—¡Claro que lo entiendo! Es un polvorín, eso que tanto lleva advirtiéndome que iba a suceder. Y claramente no hemos logrado detenerlo —exclamé, saltándome nuestra regla de tratarnos de usted y llamándonos señorita y míster—. Ni mi padre, ni el capitán Hart, ni los telegramas, ¡ni todo su dinero! —concluí.

Esperaba que me mirara con furia. O rencor. Pero no lo hizo, se fue hacia su sillón y allí se derrumbó. Dejé la habitación llorando. Por una vez no tenía una apariencia con la cual ocultar la realidad. Calcuta era un infierno. Georgina Wells se reía de nosotros allí dondequiera que la hubiese depositado el buitre negro. En el cielo. O en un infierno mejor que el nuestro.

Pero al día siguiente, de nuevo en el coche, de nuevo evitando la Ciudad Oscura, la apariencia recuperó su terreno perdido. Y volví a darme cuenta de que la necesitaba para seguir viviendo en Calcuta. Para seguir adelante con mi destino. Aparentar normalidad. Tranquilidad. Aceptación. No volví a llorar, a quejarme, a manifestar otra cosa que no fuera mi integración en esa ciudad, en la Casa Palacio, en los

desayunos y cenas con Mr. Higgs; las recepciones en la casa de los cónsules para celebrar la onomástica del rey, el té de mediados de mayo para todas las mujeres inglesas de la Ciudad Europea, o los conciertos de cítara en la Casa Palacio ejecutados por Zahid para deleite de las esposas y las señoras de esa comunidad. En esas ocasiones miraba a mi padre, siempre bien vestido, cada vez con más pulseras, generalmente bastante bebido, hablando muy cerca del oído a las señoras, haciéndolas reír y sin que nadie se diera cuenta, salvo yo, llevándolas hacia las partes más alejadas del jardín para desaparecer minutos y regresar después, cada uno andando por un lado. Si tenía el recuerdo de ser una niña que observaba lo que hacía mi madre con el vicario, ahora, mucho más mujer, entendía qué era mi padre: un hombre que satisfacía las necesidades de señoras desesperadas de aburrimiento. Mr. Higgs los veía desde la entrada de la casa, al principio de las escaleras, donde solía salir a enseñar su vasto imperio personal. Esa noche me buscó con la mirada. Pero yo no quise devolvérsela. Los dos pensábamos igual: no nos reprobábamos, pero algo se había roto, en nuestro encanto, en nuestro orden de cosas, en nuestra existencia. Calcuta era como un familiar que olvidas en una casa que abandonas de repente.

Mi refugio fueron los caballos. Lady Amanda y yo nos convertimos en una pareja requerida tanto para saltos y demostraciones como para cacerías y cabalgatas de fondo. Aquella yegua era mucho más que un animal, me esmeraba en hacerla una máquina. Me habría encantado que volara y que juntas saltáramos por encima de las murallas de la Ciudad Oscura y la liberáramos de todos sus pesares. Ganamos muchos trofeos. Algunos dormían junto a ella en las caballerizas, otros los ponía delante de mi cama. Mi nombre reluciente en todos ellos. «Rosalind Fox, *winner*».

El de 1928 fue un año sumido en esa apariencia de aceptación y normalidad. Así lo recordaré. En cambio, 1929 es un año que muchos recuerdan como el de la caída de Wall Street, una calle muy muy lejos de Calcuta, pero cuya debacle financiera llegó a sentirse tanto en las casas adineradas de la Zona Privilegiada como a bordo del Karmandia y hasta en nuestra Casa Palacio o en los diálogos absurdos que Fiji y yo sosteníamos mientras atendíamos a Lady Amanda y sus congéneres.

En un principio, la caída de Wall Street no interrumpió ninguna de mis actividades dentro o fuera de la Casa Palacio. Y por ejemplo, la amistad con Zahid, el chófer y tocador de cítara, había crecido tanto que se unía a Fiji y a mí en esos momentos de limpieza y acicalamiento de Lady Amanda. Poco a poco me di cuenta de que, más que unirse, disfrutaba de la proximidad de Fiji. Pequeños detalles, una mirada muy intensa, que interceptaba por un descuido, entre los dos; la manera en que la rodilla de uno se dejaba caer al lado de la pierna del otro y un cierto aire entre ellos, como si el viento se volviera un pequeño remolino, me hicieron entender que Fiji y Zahid estaban enamorados. Ellos evitaban decirlo, cuando no estábamos a solas los tres, adoptaban posturas más rígidas y se separaban físicamente todo lo que podían. Yo consideré muy apropiado respetar tanto la rigidez delante de los otros como la relajación que disfrutaban en mi presencia.

—Este año malo, malísimo, señorita Fox. —Zahid hablaba muy mal inglés. Nunca supe muy bien por qué, pensaba que todos los hindúes hablarían buen inglés, después de tantos años de colonia. Seguramente lo hacía por rebeldía, una manera de expresar su desacuerdo tanto con los británicos como con muchas otras cosas—. Afuera decir que mundo va a acabarse. La India vendida en subasta y no más películas americanas en cines nuestros —me alertó.

—¿Ni siquiera las de Buster Keaton o Gloria Swanson? —lo interrogué.

—Me da completamente igual. Dos películas que interesan nada. Prefiero historia. *Los diez mandamientos. Intolerancia, El nacimiento de una nación*.

—No entiendo por qué lo que pasa en Nueva York tiene que repercutir en Calcuta —dejé caer. Claro que lo entendía, a medida que se desplomaba el valor del dinero en los Estados Unidos, nuestras importaciones y exportaciones se quedaban varadas en tierra, pero disfrutaba de estos diálogos con Zahid.

—Yo sí. Es el comercio. India vende agricultura, a lo mejor vendemos a Norteamérica y ahora bancos no dinero para pagarnos —dijo él, por supuesto sin percatarse de que lo había pensado antes.

—¿Nos afectará directamente, Zahid?

Él se encogió de hombros. Qué estúpida pregunta. A él y a su familia seguro que ya los afectaba, notaba cómo repetía ropa, cómo a veces Santi y las de la cocina empacaban restos de las comidas y se los daban a esos serviciales personajes que eran Fiji y Zahid. Guardarían algo para ellas mismas, seguro.

De la misma manera notaba cómo las fiestas empezaban a perder grandiosidad. De entrada, sucedían con menos frecuencia, con decenas de señoras que vestían lo que llamaban *la última moda* o sujetaban los nudos de sus saris con broches de diamantes amarillos o rubíes, pero protegidos por sus manos regordetas y no siempre con las uñas en perfecto estado. Pasaba que ese magnífico broche que se lucía en una fiesta, al cabo de unos meses, en otra fiesta, ya no existía. Era niña y creía que los robaban. Años más tarde descubrí muchos de esos broches en los prestamistas donde también tuve que acudir a empeñar los míos. Pero en el mundo de la apariencia todo vale. Y la

mayoría de esas poseedoras de joyas las lucieron mientras pudieron, estirando al máximo su presencia. Quizá intentaban que la debacle no alcanzara Calcuta. Pero nadie podía evitarlo. Desde el final de la guerra, la ciudad perdía año tras año esplendor. Los ingleses habían terminado por trasladar la capital a Nueva Delhi sin dejar ninguna responsabilidad gubernamental importante en Calcuta. Los que vivíamos en la Ciudad Europea empezábamos a parecer fantasmas; al principio éramos como reliquias de ese esplendor, pero cuando dejó de haber dinero para sacarle lustre, el brillo fue apagándose.

Era menos frecuente ver automóviles imponentes, ya fuera dentro de la Casa Palacio, ya fuera en la Zona Privilegiada. Las competencias de saltos también ralearon. Igual que los partidos de polo. Y, un detalle muy importante, en las pocas fiestas que se ofrecían, dejó de bailarse el charlestón. Era el baile favorito de todos, los europeos y los americanos que lo habían encumbrado. Nunca más… Demostraba demasiada juventud y alegría. En su lugar se impuso el tango, más melancólico, igual de fascinante por su erotismo, pero siempre presagiando un final triste, trágico. Mucho más acorde con esa sensación de pérdida, de abandono, de final que acarreaba la crisis. Zahid consiguió deslizar algunos acordes hindúes, con su cítara, dentro del tango. Y la verdad es que me volví una experta. Lo bailaba siempre con Mr. Higgs o, algunas veces, con mi padre, cuando sus carcajadas con las señoras casadas y el alcohol se lo permitían.

Sugerí a Mr. Higgs que formáramos un equipo de jugadoras de polo. Un equipo femenino, sí. La idea le gustó porque garantizaba que podía darle uso a sus magníficos ejemplares. Reuní a diez amigas del Saint Mary, maravilladas porque les había contado que la monta elimina y mantiene a raya los espantosos hoyuelos de grasa en las

piernas, estrecha la cintura y levanta el trasero. Lo que es cierto, por otro lado: las mujeres que mejor se conservan somos aquellas que hemos practicado algún deporte relacionado con los caballos. Ni qué decir de las ventajas que tiene el porte que lo acompaña. Aunque siempre habrá una envidiosa que te diga que te ves rígida, no hay que hacerle caso. Realmente te ves mucho mejor si llevas la espalda perfectamente estirada. Y tú misma observas desde más alto que los demás, algo que es de muchísima utilidad en el mundo moderno.

Tuvimos muy buena acogida, buenos trofeos, buenas medallas. Pero ninguna se compara con nuestra demostración en lo que supuestamente iba a ser un partido amigable con unos rudos muchachos de Nueva Delhi, los New Wimbledon.

¡Oh, Dios!, qué grupo de varones más desalmados, poco corteses y poco respetuosos. En vista de la visita de lord Irwin, conde de Halifax y virrey de la India, a Calcuta, Mr. Higgs organizó en sus todavía doce hectáreas una jornada de exaltación británica. A buen seguro estaban espiando a lord Irwin o deseando transmitirle sus sospechas sobre el creciente movimiento revolucionario, pero las Blue Mane —como nos llamábamos— y los New Wimbledon nos vimos atrapados en un juego rudo, a veces vil y desagradable, que para asombro de todos quedó en empate. Nos aplaudieron, los que de verdad nos vieron, porque la atmósfera de verbena en los jardines de Mr. Higgs dio paso a una celebración multitudinaria y casi grotesca. Todos se comportaron como si llevaran días sin comer y necesitaran reunir fuerzas tras varios meses pasando hambre. Hombres y mujeres se emborracharon y sacaban a relucir todas sus rencillas. Aquellas dignísimas señoras de los tés en las tardes de mayo se decían cosas terribles unas a las otras: quién se acostaba con el marido de quién; quién estaba más

arruinado que el siguiente; quién se había enamorado de mi padre, a sabiendas de que se iba con todas a un discreto rincón de la Casa Palacio. Estaba muy concentrada en mi juego, pero veía de reojo cómo empeoraba la situación en la zona donde supuestamente se congregaban para ver el partido. No paraban de comer y de beber, de discutir y rebajarse, masticando entre sus dientes restos de carne, de lentejas. Cuando dejaban el plato vacío, requerían más sin ningún tipo de modales. Trataban al servicio de casa vilmente, llamándolos cosas terribles, creyendo que no los entendían. Y todo esto ante los ojos del virrey; las personas más importantes del país, los encargados de velar por los intereses de nuestra Corona en la India. ¿Qué pensaría de ellos? ¿Que valía la pena seguir luchando contra los hindúes para sostener a esta gente maleducada, maloliente, bebida y grosera?

Era insoportable. Pero tenía que estar concentrada en mi juego, porque los New Wimbledon perseguían la bola con la misma rudeza de esos invitados. Despiadados, veloces, liderados por un hombre, Peter Fox, del que había oído hablar. Despreciable, era lo único que podía pensar mientras me enfrentaba a él durante el interminable partido. Odiaba que compartiéramos apellido. Cuando empatamos, se apeó de su caballo y se marchó, sin saludarnos como exigen las normas.

Fue el virrey quien me entregó el trofeo, muy pequeño, porque había que compartirlo y hacían dos en caso de empate, e hice una reverencia apropiada. Jamás olvidaré sus palabras:

—A pesar de todo, señorita Rosalind Fox, hoy es un día muy especial para usted. Gracias por su valentía en el juego.

Preferí retirarme hacia el lago artificial detrás de los rosales, bastante cerca de aquel pequeño templo que dos años y medio atrás había descubierto cabalgando a Lady

Amanda. Llegué hasta allí con las palabras de lord Irwin repitiéndose en mi cabeza. Un día diferente a pesar de todo. «No —debí haberle dicho—, tengo un poder, lord Irwin, que transforma todos los días en especiales. Veo, escucho, discierno y convierto todo lo que vivo en algo especial. Para sobrevivir, para mejorar lo feo, lo desagradable. Por eso soy especial. Y no seré una mujer cualquiera, porque mi interior, este que conservo debajo de las múltiples apariencias, es el de una mujer. Una mujer atrapada en el cuerpo de una jovencita. Que es capaz de elevarse por encima de las cosas, de los peligros de Calcuta, de esa permanente zozobra en su vida».

Pero no se lo dije. Miré ese atardecer como algo especial. Otra vez la naturaleza se deleitaba en ser superior a nosotros y regalaba belleza delante de la fealdad de los seres humanos. Un rosado surcaba cada superficie, el agua del lago tranquila, quieta, como si fuera un magnífico cuarzo. Las copas de los árboles en movimiento gracias a la brisa y también salpicadas de ese tono, como el de mi cama, como el de mis sábanas, palo rosa. Como el rosa de los uniformes de Zahid y Fiji. Como el de algunos monjes en los rituales de Shiva y Buda en los templos cercanos al río en Calcuta. Como el sonido de la cítara, que también a veces parecía rosado. Como el tono del pantalón y la chaqueta de la persona que se aproximaba a mí. Lo reconocí de inmediato y temí porque esa plenitud de pronto se acabara.

Era el líder de los abominables New Wimbledon, Peter Fox. Compartíamos ese apellido que, en efecto, nos asemejaba. Éramos zorros, capaces de cazar y ser cazados. Iguales en la manera de andar y enfrentarse al mundo. Desiguales en estatura, él era mucho más alto. Y en edad, él quizá diez años mayor que yo y, lógicamente, harto de verse jugando con niñitas de catorce años (lo que no disculpaba para nada su mal gesto hacia el virrey). Se acercaba más y

más lentamente, como buscando ponerme nerviosa, que retrocediera y volviera hacia la fiesta. ¡Ja!, no pensaba hacerlo por nada del mundo.

Intentaba parecerse a mi padre, esa misma sonrisa con la que pretendió deslumbrarme durante su sucio juego. Esa manera de andar, como si todo le perteneciera. El olor que destilaba su cuerpo, un perfume antiguo mezclado con las fragancias que ofrecían en las puertas del templo y que muchas veces llevaban Fiji y Zahid. Un buen *bouquet*, eso tenía que reconocerlo. Potente, porque lo percibía desde metros de distancia: un poco de sándalo, madera y vainilla, un deje muy bien matizado de pachulí y lo demás..., pino, jazmín, recuerdos de Inglaterra. ¡Ay!, pensé que si seguía analizando su olor le perdonaría su atroz conducta en el campo. Él tampoco me dejó más capacidad de juego, de retroceder, de regresar a la fiesta y dejarlo allí con su mano extendida y los brazos enjoyados, igual que mi padre. No, no pude retroceder porque él ya sujetaba mi brazo y aproximaba ese cuerpo, cubierto de algodón rosado y un pañuelo de seda con figuras de cachemira.

—La bella y precoz Rosalind. Todo el mundo me habla de ti desde hace meses. Debería felicitarte por tu juego —hablaba recortando las palabras, como si fuera de la ciudad, de Londres, y considerara, igual que mi madre, que Calcuta era un barrio más del este londinense.

—En cambio, a mí me ha parecido atroz su forma de jugar. Y maleducada su actitud hacia el virrey —respondí, y empecé a alejarme.

—Sí, lo reconozco. No sabemos jugar con chicas. Y el virrey tiene que disculparse ante media India, en mi humilde opinión —dijo con una voz más grave.

Entonces sí que sentí el peligro. La voz. Siempre crees que puedes estar preparada para defenderte de muchas de

las armas que poseen los hombres para cautivarte, pero nunca lo estás del todo ante la voz.

—Espero que aceptes mis disculpas, Rosalind. Y me permitas al menos presentarme debidamente.

—Ya sé quién eres. —Creo que le escupí sin poder evitarlo; me disgustaba ser tan malhablada y actuar con una rudeza que era más suya que mía. Por eso, error de errores, me detuve.

No voló como aquel horrible Siniestro sobre Georgina Wells, pero estuvo a mi lado antes de que pudiera parpadear. Su sonrisa era un peligro, más aún porque era la guardiana de su voz. Su mirada también era peligrosa, el olor de su perfume, el sentido del humor y la astucia que mal ocultaban sus ojos.

—Sé que me lo negarás, pero te prometo que nunca más actuaré con nadie como lo he hecho hoy en el juego si me concedes un beso.

Iba a negarme, por supuesto. Pero lo pensé mejor y elaboré un improvisado plan en el cual acercaría mis labios para luego separarme y marcharme corriendo hacia la casa y mi habitación. ¡Las trampas de la vida! En vez de actuar como la mujer que habitaba mi cuerpo de niña, ¡hice lo contrario! Me aproximé, con los ojos cerrados, pero los pies ya preparados para salir corriendo, cuando él me sujetó ambas manos por detrás de mi cintura y puso sus labios contra los míos, y descubrí que el pachulí se aferra a la piel como un recuerdo lo hace a la memoria.

CAPÍTULO 13

DE PETER A PETS

Todo mi universo hasta entonces estaba compuesto de hombres a los que quería, admiraba, respetaba, pero jamás había… deseado. Peter Fox era muy distinto.

Hasta ese beso rodeado de rosa, los hombres en mi vida habían sido presencias positivas, al menos hasta que en algún punto poco concreto dejaba de quererlos, admirarlos o respetarlos. Así había sucedido, por ejemplo, con mi padre. Ese deslumbramiento que me produjo al rescatarme del internado cerca de Londres era ahora un recuerdo sin pachuli. Desvanecido… Otra cosa más que incluir en los despojos que crecían en Calcuta.

Seguía siendo un hombre muy atractivo, con sus pulseras, su melena, ya canosa pero siempre rebelde. Seguía siendo un corcel, caprichoso, ágil, distinguido, pese a su aliento a alcohol. Pero no podía verlo como a alguien serio. O, peor, honesto. Su trabajo junto a Mr. Higgs seguía siendo importante, su habilidad para descifrar frases encriptadas lo mantenía en muy buena posición ante Mr. Higgs. Muchas veces consiguió desentrañar auténticas estrategias de terror que habrían acabado con muchas vidas, incluyendo las nuestras. Pero era más que evidente que para mantener ese talento necesitaba emborracharse todos los días.

Era un alcohólico. Y las personas que se dejan vencer por sus vicios no siempre cuentan con mecanismos para que los demás, los que asistimos a su deterioro, podamos sentir aprecio, respeto, hacia ellos. Para mí no era una escena agradable regresar de mis entrenamientos o partidos y encontrármelo a veces inconsciente y sucio en su habitación, incapaz de llegar al baño antes de que la naturaleza decidiera quitarle el sentido. Eran escenas dantescas —supe allí que recibían ese calificativo— y el recuerdo de ellas no solo me nubla la vista, me afea el resto del día. Sentía tristeza y desde luego impotencia por no poder encontrar una ayuda, una solución. Al día siguiente, deambulaba por sus habitaciones murmurando, evitando mirarme. Y entonces recuperaba cierto nivel de ánimo, de conciencia y espiritualidad, y estaba listo para seguir descifrando frases encriptadas. Y lo hacía, funcionaba, entregaba su informe y salía de la Casa Palacio hasta que su regreso volviera a ser gateando hasta su habitación, a repetir otra vez el interminable proceso de autodestrucción.

Mr. Higgs —espero no ofender su memoria— tenía un poco de madre superiora. Es decir, representaba una autoridad, se ganó mi inmenso cariño y un profundo agradecimiento, pero no llegué a verlo nunca como un padre sustituto, sino más bien como el director de un colegio, que era su Casa Palacio, y me acostumbré a disfrutar nuestras cenas, casi todos los días, y las horas de lectura que pasaba a veces en su silenciosa y reflexiva compañía, dentro de su biblioteca. Mr. Higgs era un salvador, pero también un salvador egoísta. Porque escogía a sus salvados en virtud de lo que luego pudieran darle.

Él me había dado mucho, sin lugar a dudas. No solo la Casa Palacio y la lujosa vida en una ciudad, agobiada por la miseria y asediada por el conflicto social, llamada Calcuta. Me había dado el privilegio de disfrutar de un caballo tan

maravilloso como Lady Amanda. A cambio, le propuse un equipo de polo con el cual aprovechar muchos de sus magníficos ejemplares. Juntos ganamos medallas y trofeos. Mr. Higgs me había dado el acceso a su vasta biblioteca, lo que convertía en batallas ganadas muchas de mis argumentaciones, porque sabía cómo y con qué racionalizar. La suma de todos esos dones me hacía una persona atractiva, deportista, inteligente, valiente.

Pero todos esos dones se resquebrajaron al conocer a Pets, como yo lo llamaba entonces, y no Peter, como él prefería. Peter es un nombre tan pobre, lo siento sinceramente por los que se llaman así. Gana mucho cuando se transforma en un diminutivo cariñoso como Pets, que además me agradaba porque es la manera en inglés como definimos a las mascotas. Y un novio cada cierto tiempo debe entender que es también una mascota. Pese a tener un carácter tan feo, agrio, desagradable y desagradecido, Peter siempre disfrutó de que lo llamara Pets. Y yo, en ese principio de nuestra interminable relación, también disfrutaba al decirlo. Pets. Tonta de mí, cuántas veces dije su nombre desde ese día del pachuli y la luz rosada al fondo del jardín de la Casa Palacio. «Pets…», y sonreía. «Pets…», y sentía miedo. De enamorarme, de perder el control. De permitirle a Calcuta que tras enseñarme el amor me arrastrara más dentro de sí, hacia sus fauces desconocidas, y el amor fuera un buitre más oscuro y de alas más potentes que el que se llevó a Georgina Wells.

Pets, Pets, Pets, Pets, una cuarta y una quinta vez. Solo quería decir su nombre, escribirlo en alguna pared o, mejor, en algún rincón de mis habitaciones, debajo de un libro de Salgari, entre las páginas de *Cumbres borrascosas*; en una servilleta que escondería en el más oculto de los cajones, debajo de mi ropa. Pets, por su sonrisa; Pets, por hacerme pensar en los hombres que me rodeaban, las cosas que me

gustaban de ellos, las cosas que me disgustaban de ellos, las cosas de ellos que no eran para nada iguales a lo que sentía por él.

Pets, Pets, Pets. Necesitaba despertarme y terminar deprisa todo lo que hacía para estar presentable. Y que al bajar la escalera de la Casa Palacio, él estuviera igual de limpio, igual de presentable, igual de sonriente que en aquel primer encuentro, esperándome para salir a cabalgar. Y entonces, otra vez esa cacofonía repitiéndose y repitiéndose a mi alrededor. Pets, Pets, Pets, solo quiero estar a tu lado. Solo quiero sentir el mismo viento que sopla a tu favor. Y al mío. Y galopar, de nuevo repitiendo nombres y verbos, y sintiendo, sintiendo el perfume de tu piel, la sorpresa de tu sonrisa, mi pequeño reflejo atrapado en tus ojos y que en un momento, cuando menos lo espere, me besarás en el cuello, en mi nuca, en mis manos, sobre mis párpados. Y en mi boca.

—Señorita Fox —era la voz de Mr. Higgs, que me llamaba desde el salón.

Estaba en mi habitación temblando, no sabía muy bien qué hacer con mis manos, o mejor dicho, lo que había estado haciendo con ellas. No estaban secas. No era sudor, era yo misma, mojada con lo que mis pensamientos sobre Pets dejaban entre mis muslos. Mis pechos subían y subían mientras mi respiración recuperaba su quietud. Seguían llamándome. Me alisé el pelo, respiré hondo delante del espejo de mi tocador, tenía arrugas en la falda y vi en mi ropa varias gotitas de sangre, que empezaban a perder su rojo. La impresión me inmovilizó mientras mi nombre recorría toda la casa por la insistencia de Mr. Higgs.

Me acababa de hacer mujer. Llevaba tanto tiempo esperándolo. Todas mis amigas del colegio, las del equipo, ya todas lo habían experimentado y yo, Rosalind Fox, la precoz pelirroja, precisamente en eso no era nada precoz. A

esa anhelada sorpresa atribuí el que me quedara completamente paralizada. Santi me había advertido de este momento de una forma salpicada de supersticiones. «Es muy importante cómo reaccionas la primera vez. Como es la primera vez, dependiendo de ella, serán todas las demás. Puede ser doloroso o puede ser placentero. Mejor lo segundo, porque indica que sabrás controlarlo y que sus molestias no te controlen a ti», me había dicho.

En eso pensé ese infinito minuto en que estuve detenida ante mi ropa, recogiéndola, llevándola envuelta en otros paños hacia el cesto de la ropa usada y recomponiéndome una vez más delante del tocador. Y empecé a reír, solté una fuente de carcajadas. Estaba feliz, ¿por qué iba a negarlo? ¡Por fin era mujer!

—Señorita Fox, tiene visita —continuó Mr. Higgs, subiendo el tono de voz.

Salí tan deprisa como pude y a mitad de la escalera, trotando como si fuera mi caballo, percibí el perfume de Pets tal y como había deseado. Y así como sentí una oleada de alivio y excitación combinadas al verlo junto a Mr. Higgs, recuerdo perfectamente cómo también creció dentro de mí una sospecha que después se confirmaría. No sé bien si lo que escribo es comprensible, pero es necesario que reproduzca esas tres sensaciones, tan distintas entre sí y al mismo tiempo tan terriblemente relacionadas. El amor, sí, estaba en el aire, igual que el perfume. La excitación seguiría creciendo durante mucho tiempo. Y la sospecha… jamás me abandonaría: Peter Fox no solo iba a formar parte de mi vida. Era una prolongación de esa misión en la que Mr. Higgs me había embarcado desde el momento que subimos en el tren regional a Southampton.

Pude haber hecho varias cosas en ese instante. Retroceder a mi habitación y negarme a ver a Peter Fox era una. Gritarles lo que sospechaba, que era un plan, que mi

sagacidad los había descubierto era otra. Y aprovechar para anunciarles que acababa de desarrollarme. ¡Qué pena tan grande es ser intuitiva, pero no confiar en tus propios instintos! Y la última, bajar, descender hacia mi propio cadalso, hacia el caos del amor, hacia esa música envolvente que escuchaba a todas horas, el ronroneo de ese nombre, Pets, Pets, Pets. Fue lo que hice.

Mis primeros días con Pets Fox fueron más que felices. ¡Ay, Dios mío!, tenía quince años y tuve dieciséis a su lado, abrazada a su pecho cada vez que sentía que iba a dar otro paso en falso, y cederle más y más de mi destino. Fueron días de primavera en Calcuta. Nunca llegué a sentir más calor que el que atravesaba mi cuerpo con cada uno de sus besos. A escondidas de mi padre y de Mr. Higgs y de Fiji y Zahid en cualquier esquina de la Casa Palacio, al terminar de almorzar, al terminar de tomar el té, al terminar de cenar, fingíamos despedirnos, sabiendo que minutos más tarde estaría en mi habitación, cambiándome el vestido de la cena por algo más liviano, unas maravillosas batas de seda de colores que aprovechaba para encargar cuando Fiji y Zahid acudían al centro a llevar los pedidos de camisas para mi padre y Mr. Higgs. ¡Oh, Dios mío!, esas *camisas de dormir*, como las llamaban Fiji y Zahid…, forman parte de una de mis mejores aventuras, la máxima de mis travesuras. Fiji y Zahid llegaban a la camisería con el pedido de mi padre y el de Mr. Higgs, y convencían al camisero, un hindú célebre en la ciudad por la rapidez con que entregaba los pedidos (a veces hasta más de cien camisas diarias, en perfectas condiciones), de que esas «camisas para dormir» eran para unas amigas «especiales». El atribulado camisero lo dejaba colar sin hacer demasiadas preguntas. ¡Oh, sí, claro que las voy a describir! De un algodón casi sedoso, se fijaban a la piel como si fueran los pliegues en una imagen de la Virgen. Color mandarina, color mango, corteza de lima, rosa palo,

por supuesto, e incluso una negra con pequeños dibujos en hilo rojo o dorado; incrementaba mi excitación mirarlas, escondidas en el fondo de un cajón en mi vestidor, escoger la apropiada para el encuentro con Pets. Sabía que lo recibiría con una distinta cada noche, y sus ojos y sus manos poco podían frenar el deseo de abrazarme, estrujar esa tela tan suave, deslizable como yo misma.

Pets ascendía hasta mi habitación trepando el limonero o el frondoso árbol de aguacates que llevaba el mismo tiempo que yo en la Casa Palacio. Era más peligroso trepar por él, porque los frutos podían caer al suelo y el ruido despertar sospechas. Apenas estábamos juntos, era yo quien quería más, pero también quien más control debía ejercer. La sinuosidad que dibujaban las «camisas para dormir» cumplía su deber de protección. Permitían a sus manos acariciar y sentir mi cuerpo, prolongar y prolongar sus besos y caricias. Qué duda cabe que esas camisas nos enseñaron a ser magníficos amantes de la tela, de las caricias y de ese espacio de juegos y besos que por una vez contiene a la naturaleza.

Peter fue muy respetuoso en toda esa primera parte de nuestra relación. Seguramente porque hacer lo contrario afearía nuestra historia de amor. Reconozco que el devenir de los años me ha permitido verlo como algo bueno, pero durante mucho tiempo albergué la sensación de que Peter no se atrevía a más para no fastidiar el plan trazado por él, por Mr. Higgs y por mi padre. ¿Por qué no reconocer que me divertía? Sí, me divertía. La excitación, las «camisas para dormir», el temor a que un aguacate nos delatara. Vivía cada día esperando ese momento. Estaba enamorada, erotizada, cada segundo un poco más ciega.

Él me cubría de besos y hablaba, siempre con esa voz maravillosa, esa cadencia, esa profundidad. Qué poco me daba cuenta de que era su mejor arma: la voz unida a la

paciencia para convencerme de que en el mundo no existiría otra persona que no fuera yo.

—Rosalind, nunca he querido a nadie como a ti. Ni nunca volveré a querer así. Cada vez que nos separamos, siento que algo en mí se apaga para siempre —me dijo una noche de septiembre.

Era luna llena y, mientras me hablaba, sus ojos se cubrían de lágrimas y sus manos apretaban las mías, y todos los animales de la noche se reunían debajo de mi ventana para contemplarnos. Las cebras, los antílopes, incluso aquel elefante de mi llegada a la Casa Palacio y la jirafa, se acercaron. Cerré mis ojos, esa noche, para recibir su beso, y al abrirlos deseaba que me desnudara y se desnudara él también, y al fin me hiciera tan suya que nuestros cuerpos se pegaran y todo se detuviera, incluso la respiración, y dejáramos de existir para desaparecer, irnos en espíritu hacia un sitio diferente, mejor, distinto, protegidos por su olor, por sus palabras, por mi amor.

—No quiero morir sin saber que te he hecho feliz, Rosalind.

—Lo has hecho, puedes morirte tranquilo si es eso lo que quieres oír —le dije.

Formaba parte de nuestro estar juntos el decirnos cosas que no siempre tenían sentido común, pero sí una importancia desbocada en cada palabra. Como si las palabras solo nos importaran por cómo sonaban.

—Pero… completamente feliz —continuó él—. Que cada día que vivas a mi lado lo recuerdes para siempre como tus mejores años.

—¿Y cuántos días serán, Pets? Mil, dos mil, tres mil…

Me puso un dedo en la boca.

—Cásate conmigo, Rosalind. No le demos más vueltas. Estamos hechos el uno para el otro. Yo no puedo vivir sin olerte, sin irme a dormir sabiendo que te he besado, y tú…

—Yo tampoco —dije, y volví a sentir esa daga en mi interior, esa confusión de emociones. De querer seguir allí y de querer salir de allí. Avanzar y retroceder. Pero lo miraba, ¡ay!, y él estaba allí, sus ojos tan abiertos, sus labios apenas separados, sus manos tan cálidas.

—Será todo mucho más fácil, porque estaremos casados. Así no tendremos que seguir viéndonos de esta manera.

—Yo creo que lo saben —confesé—. Que mi padre lo sabe y Mr. Higgs también. Y mis tres amigas favoritas, y en el colegio, y hasta los caballos, todos lo saben —solté conteniendo la risa. Me divertía, genuinamente, hablar con esa naturalidad, decir todo lo que pensaba. Era algo que, debo reconocer, solo conseguía experimentar con él.

Se levantó, aprovechó para buscar algo no sé dónde, regresó hacia mí y se arrodilló. Me pidió la mano, se la di, y deslizó en ella el *amarillo*, como después bauticé a mi anillo de pedida: un importante diamante amarillo engarzado en una banda de oro donde están grabadas una cigüeña y un flamenco, apenas perceptibles por el diamante. Nunca ha abandonado mi dedo corazón desde esa noche.

Entonces me tomó en sus brazos y me dio el beso más prolongado que recuerde. ¡Pasaron por mi cabeza tantas cosas en ese beso! La imagen de mi madre inclinándose hacia mí diciéndome que las apariencias lo eran todo en la vida. La imagen de mi padre vendiendo pedazos de tierra que no tenía para crear una sociedad utópica. Los jadeos de mi madre mientras me quedaba sola observando el montón de patatas y salchichas en la cocina del pastor. Las muñecas de los brazos de mi padre, cubiertas de pulseras mientras me llevaba de la mano por el pasillo del Saint Mary. Mr. Higgs abriendo la pesada puerta del club de caballeros en Pall Mall. El Siniestro persiguiéndonos dentro del tren regional. La princesa Royal revolviendo mi cabello rojo. El capitán del Karmandia observando cómo se moría el perro

que acababa de probar su plato. El ojo de buitre paseándose por entre las puertas de la Ciudad Oscura. Georgina Wells gritando mi nombre mientras otra ave de rapiña la alejaba del suelo. Todo iba pasando y la lengua de Pets subía y bajaba dentro de mi boca como si fuera el Karmandia surcando aguas muy calmadas. Los ruidos de la noche regresaban para acompañarnos y también los ojos de esos mamíferos nocturnos embelesados, hipnotizados por nuestro amor.

Empezó a quitarme ropa, destrabando los botoncitos en la parte de atrás de mi «camisa para dormir». Tenía unos dedos fuertes. Calientes. Cuando estuve desnuda, sentí la brisa de la noche envolver mi piel y prácticamente elevarme, suspenderme en el aire mientras él también se desnudaba. Miré hacia el balcón, todo seguía igual, menos una columna de luz que flotaba hacia nosotros. Luciérnagas, destellos en la noche cerrada. Cómplices silentes, espías del mundo animal que vigilaban nuestras acciones. Pets me llevó hacia el balcón para apreciarlas mejor, los dos desnudos, pálidos, jóvenes, enamorados, ardiendo en deseos de devorarnos lentamente, todo el tiempo posible. Me atrajo hacia él y entró en mí. No sentí desgarro, sino que el brillo de las luciérnagas crecía, crecía como si buscaran alcanzar un resplandor imposible, y después apagarse y extinguirse.

CAPÍTULO 14

TRES DÍAS DE FIESTA

Lo primero que una novia aprende durante la organización de su boda es que, siendo la protagonista, no tiene ni voz ni voto. Y para corroborarlo, mi madre adelantó en varios meses su llegada a la Casa Palacio.

Noté movimientos muy sospechosos los días previos. Ronald Fox ligeramente más nervioso y esforzándose por no beber. Mr. Higgs empeñado en que una parte de la Casa Palacio estuviera acondicionada. Fiji y Zahid conminados a todo tipo de tareas y recados, incluso a elaborar centros de flores para la gran cantidad de mesas, rinconeras, secretarios y *cadenzas* esparcidos por toda la propiedad. Para quien no sea un decorador profesional, la *cadenza* es un mueble ridículo que en realidad solo sirve para rellenar un espacio. ¿Para qué tantos muebles? ¡Podrían haberme preguntado! ¿Para qué tantos centros de flores? «A mi madre le dan igual las flores, no tienen sentido en su vida, jamás ha conocido un lujo como el de la Casa Palacio».

Qué equivocada estaba y cuán poco conocía a mi madre. Cuando llegó, el 8 de mayo de 1931, estaba mucho más alta y estilizada de lo que la recordaba, y hablaba con el mismo acento recortado y almidonado de Pets. Entró rodeada de una parafernalia compuesta por decenas de piezas de

equipaje, chillidos de un perro completamente ridículo que traía consigo (a buen seguro lo habría escondido en su equipaje durante toda la travesía), una absurda «doncella personal» con cofia y uniforme que nada más pisar el suelo de la Casa Palacio prodigó una mirada de desprecio hacia Santi y su gente, y hacia Fiji y Zahid. No me moví ni un centímetro del escalón desde donde observaba todo. Prácticamente le hizo una reverencia a Mr. Higgs, diciendo con muchos ademanes que era un santo por cuidar de su esposo y de su «amadísima hija». ¿Amadísima? Llevábamos más de cinco años sin vernos. Preguntó por Pets. «Deseo tanto, tanto, tanto conocerlo», y mientras declamaba sus «tanto, tanto, tanto» se dio cuenta de que su todavía esposo, mi padre, estaba en la habitación, asistiendo a su rutina de estrella de vodevil. No se inmutó, lo besó en ambas mejillas y lo acercó para simular un perfecto abrazo. «Amado esposo, sabía que este día llegaría al fin», dijo más o menos, porque a veces tragaba tantas letras de una palabra que no se entendía lo que decía.

No hizo falta que preguntara por mí, porque sus ojos iban paseando por todo el salón como si midiera cada objeto, cada mueble, cada cuadro, cada cristal en cada ventanal. Entre todas esas valiosas propiedades, su mirada administradora dio conmigo de pie en la escalera. No, no iba a atreverse a sacudir sus «tanto, tanto, tanto» delante de mí, ni a cubrirme de besos cuando las dos sabíamos lo que hacía durante la guerra, para alimentarme mejor, sin duda, pero ninguna de las dos lo habíamos olvidado.

—Tu padre me enviaba un telegrama con tus progresos, querida Rosalind, tanto con los caballos como con todo lo demás. Sé que las dos tenemos muchas cosas que aclarar. Por cierto, el párroco, el reverendo Rogers, te envía sus saludos. Sabe que jamás te has olvidado de él —dijo lenta y quedamente para que no me quedara duda de que venía a

por todas. Y por eso agregó, subrayando cada palabra bajo ese acento recién adquirido—: Aunque eras muy pequeña cuando el reverendo Rogers cuidaba de nosotras.

Pude abofetearla, subir hacia mi habitación, ignorarla. Pero fui hacia ella y la besé, primero, para después abrazarla. Después de todo, durante todos estos años, su frase sobre la importancia de la apariencia había sido mi auténtica guía. Mientras intentaba finalizar el abrazo, ella me sujetó más fuerte y acercó su boca a mis oídos.

—Rosalind, pienses lo que pienses, que te guste o disguste cualquier cosa de mí, quiero que sepas que me hace muy feliz que estemos juntas otra vez.

¿Estaba enferma? ¿Mi ausencia la atormentaba? ¿Esta visita era una despedida? No tuve tiempo para encontrar respuestas, desde el momento en que se instaló en sus habitaciones de la Casa Palacio, mi madre se transformó en una experta organizadora de mis tres días y sus noches de boda. «¿Tres? Pero si uno se casa en muy breve tiempo, a lo sumo en una hora de ceremonia», intenté defender, pero ya al hacerlo era ella quien tenía la batalla ganada.

Mi madre se apoderó de todo, como si hubiera hecho una promesa en la parroquia de su amante. «Casaré a mi hija en un matrimonio que nadie olvidará y ya podré morirme tranquila». Entre ella y Mr. Higgs analizaron toda la situación *principal*, como la llamaban: a quién había que invitar por obligación, a quién por compromiso y a quién para que la fiesta pasara a ser uno de esos eventos de los que se habla durante días en Calcuta, y ojalá en Londres, y desde luego en Twickenhamshire. Veía cómo se hacían y deshacían listas de nombres que pertenecían a personas que ni Peter ni yo conocíamos. Bueno, Pets a algunos sí, porque mientras le preparaba su *ginger ale* a mamá, dejaba caer su impresión sobre algún que otro invitado. Mi madre consideró que reunir a mis amigas del Saint Mary Rose haría más evidente

la diferencia de edad entre Pets y yo. Discutí acaloradamente, pero ella fue inflexible: «¿Quieres una boda como Dios manda o un *kindergarten* contigo disfrazada de novia?», zanjó, sabiendo que no tenía respuesta, porque de tenerla habría cancelado todo y cogido a Lady Amanda para escapar de allí. Y no podía hacerlo, mucho menos cuando esa noche, otra vez bajo las luciérnagas, Pets me suplicaba que aceptara todas las imposiciones para que nuestro amor pudiera ser verdadero. Y eterno.

Todo fue su decisión. ¡Qué mujer! Nunca existí en su vida, pero consiguió hacer de mi boda lo que ella no tuvo en la suya. Las invitaciones, el pequeño caos en la Casa Palacio porque mamá convenció a Mr. Higgs de que su falso escudo debería lucir en ellas. «Esta ha sido más su verdadera casa que la nuestra, Mr. Higgs», sentenció. Lo consiguió, y además que las imprimieran en su papelería de Londres con el considerable ataque de nervios para que llegaran a tiempo de ser repartidas en Calcuta. «Al menos dos meses son necesarios para organizar una celebración como esta», comentaba entre las señoras de la comunidad durante los tés, decenas y decenas de ellos, a los que me obligaba a acompañarla para «recaudar mayor interés para tu boda, hija mía». Ordenó también que Zahid le dejara oír sus creaciones para la cítara, aduciendo que la música iba a ser muy importante «antes, durante y después, en los tres días de celebración». A mi padre le hizo comprarse tres trajes de gala. Un frac con chaquetilla blanca para la boda en sí, un chaqué gris perla para el almuerzo de bienvenida y otro, más oscuro, para la cena el primer día de celebración. Y dos atuendos típicos tanto para la mañana como para la noche del tercer día. Papá pidió al sastre que elaborara un calendario con dibujos y los días anotados en letra especialmente grande para no equivocarse. Lo intentó también con Mr. Higgs, que amablemente declinó,

ofreciéndole visitar su vestidor para convencerla de que, en cuanto a atuendos y uniformes, él sabía mucho más que ella.

El primer día sería el de la celebración del amor entre los novios. Un cóctel de bienvenida a todos los invitados, seguido de un *luncheon* en el que mamá deseaba ofrecer lo mejor de las tradiciones inglesas, pero con todos los criados de la casa ataviados lo más «típicamente hindúes que podamos, sin ofender a nadie, desde luego». Tras el *luncheon* se ofrecerían un par de horas de descanso antes de hacer un recorrido por las caballerizas y los jardines de la Casa Palacio. ¡Por Dios! El *luncheon*, el bendito *luncheon*, como mamá adoraba llamarlo. La palabra se prolongaba en su acento recién adquirido como si fuera un bocadillo interminable: *looooooncheoooooooon*. Era ridículo, un *luncheon* es una cosa de familias reales, un almuerzo como cualquier otro, pero con tiaras. ¿A quién creía que engañaba mi madre, ella y yo que pasamos mi infancia comiendo patatas sucias y salchichas a medias?

No se amilanaba. El recorrido por las caballerizas incluiría, por supuesto, una demostración de las habilidades como amazona de su amada hija sobre su amadísima yegua Lady Amanda. «Pets (ella, por supuesto, solo lo llamaba Pets) y sus chicos os escoltarán, para hacerte olvidar ese rudo juego que sin embargo permitió que os conocierais», decía, como si estuviera redactando una nota de prensa para *Tatler*.

La inagotable organización de mamá continuaba. Zahid ofrecería su concierto antes de la cena de bienvenida, compuesta enteramente de exquisiteces hindúes, «suaves de picante, pero intensas de todo lo demás para no olvidar en ningún momento que enaltecemos el amor surgido en esta ciudad», y una orquesta de bailes «occidentales» para el resto de la noche. Los novios abrirían el baile vestidos con

trajes tradicionales de la India, rosa para Peter, blanco y azul para mí (la única elección que pude hacer fue agregar una cinta del mismo rosa de Pets a mi vestido, deseando que me diera suerte), y desfilaríamos delante de los invitados mientras exóticas bailarinas de alguna parte de Calcuta arrojaban pétalos de rosas de múltiples colores y dátiles de fertilidad, semillas de cacao y flores de vainilla.

El segundo día era la boda. El frenesí de organización de mi madre la llevó a exigirle a Mr. Higgs que le consiguiera acceso a los muy famosos espacios del Jardín Botánico de la ciudad, porque sabía que allí se encontraban las más exclusivas, por su rareza e historia, plantas y flores del mundo. «No quiero rosas blancas en tu boda, Rosalind. Quiero los colores de la India y de Inglaterra unidos en tu celebración». Su empeño me permitió descubrir cuán extensa es la amabilidad hindú. Los directores del Jardín Botánico accedieron a todos sus deseos, y mientras ella pedía y pedía como si fuera más que la propia princesa Royal, yo me perdía por los jardines y la biblioteca del museo. Una de las pocas cosas buenas de esos preparativos fue aprender tanto sobre una botánica tan especial y frondosa como la de la India. Cuando mi madre regresaba a recogerme, se sentaba delante de mí como si realmente no supiera quién era.

—¿Crees que podríamos pedir esos raros ejemplares de nenúfares para que floten en los lagos de la casa? —me preguntó.

—Creo que estás exagerando un poco, mamá.

—¡Solo tengo una hija para casar, Rosalind! —exclamó.

—¿Y no te has parado a pensar en que lo hago siendo aún muy joven? —Solté. Llevaba días deseando hacer esa pregunta. Yo me la hacía a mí misma cantidad de veces. No tenía ni idea de cuál sería la respuesta de mi madre y creo

que ella tampoco. Pero extendió su mano y cogió las mías. Habíamos crecido tan distantes, me asombró su gesto.

—Yo también me casé muy joven, Rosalind. No a los dieciséis años como tú, pero sí a los dieciocho. Hay una gran diferencia en esos años, es cierto, pero una cosa es idéntica en tu matrimonio y en el mío. Lo hice y lo haces por amor. Amor correspondido, al menos al principio.

—Eso qué quiere decir, ¿que no es para siempre?

—Todo amor es para siempre —divagó, como si no fuera importante para ella ese tema—. La edad y el tiempo no son siempre la misma cosa. ¿Qué más da que te cases a tu edad? Se supone que es para toda la vida. Entonces, crecerás al lado de Pets. Os haréis mayores juntos, esa es la ley de la vida —siguió diciendo. Sonaba tan poco convencida que empezaba a disgustarme. Ella se dio cuenta —. Tu padre y yo no vivimos juntos, pero seguimos siendo un matrimonio. Piensa que —hizo una pausa— solo dentro de un matrimonio tan largo se puede ser tan flexible como nosotros.

Regresamos a casa sin volver a mencionar el tema. No podía calibrar la cantidad de información que mi madre había vertido sobre mí en aquel momento. Pasaron muchos años hasta que comprendí qué significaba esa débil línea entre la edad y el tiempo. Entre el matrimonio y la flexibilidad. Y entre la ley de la vida y las leyes del amor.

Llegó el gran día, 29 de septiembre 1931, y fue exactamente como ella lo había planificado. Lo más curioso es que lo pasé bien. Me divertí, disfruté, reí, bailé, fui feliz, absolutamente feliz… Estaba completamente enamorada el día de mi boda. Todo fluía como si mi madre poseyera una varita mágica que levantaba los obstáculos o se adelantaba a ellos. Mr. Higgs estaba más que orgulloso de la eficacia de sus empleados y el espléndido resultado que ofrecían sus estancias. El capitán Hart hizo regresar el Karmandia antes

de lo previsto para que su tripulación, vestida con uniformes marineros, nos hiciera una guardia de honor a Pets y a mí al salir de la iglesia una vez casados. No hace falta decirlo, pero no puedo evitarlo, Pets y yo éramos los novios más guapos que haya visto. Ni siquiera la diferencia de edad entre nosotros, mi extrema juventud, afea o genera inquietud en las fotos. Parece natural. Completamente natural que una niña de dieciséis años se convierta en esposa en pleno siglo XX.

Al día siguiente a mi boda, mamá dispuso un *picnic* flotante. Una hermosa barcaza atravesaría el río y los canales de la Ciudad Europea para volver a admirar Calcuta desde el agua. Dentro de la barcaza, la organización de mi madre repetía su impecable sello. Comida, flores, joyas e invitados, música y zarandeos. En los márgenes del río ya no podía ejercer ningún control y una avalancha de personas se congregaba. Mamá, papá, todos… pensamos que venían a celebrar nuestra unión, pero bastó un segundo para darnos cuenta de nuestro craso error. No era una manifestación, que las había, y muchas, durante todo ese año de 1931, sino una rebelión en toda regla. Mi madre intentó apartar a sus invitados de esa situación para nada planificada, al menos no por ella, pero el horror empezó a cubrir sus rostros al observar cómo las fuerzas militares, coordinadas por nuestra amada Inglaterra, disparaban contra los hindúes. Pets vino de inmediato a mi lado, mientras en la ribera unos niños intentaban esconderse de los disparos tras una vaca. Los soldados no podían disparar al animal sagrado, pero los niños no podían seguir escondidos más tiempo.

—No lo veas, Rosalind, por favor —suplicaba Pets.

Pero no podía hacerle caso. Más y más gente. Más y más disparos. Más y más gritos. El capitán Hart ordenó que la barcaza no se moviera, sería mucho más peligroso si nos acercábamos al muelle, que ya estaba invadido por los

rebeldes y los soldados que los reprimían. Sentía que algo más terrible iba a ocurrir. Los hindúes empezaron a sacar puñales y con ellos respondían a los disparos de nuestras fuerzas. Ninguno de los que estábamos en el barco decía nada. Ni un solo grito. Era como si la revuelta en la ciudad fuera una escena de una película que contemplábamos desde las plácidas aguas del río. Una mujer, sujeta a sus hijos, nos gritaba desde la orilla, en inglés. Pedía ayuda para ella y para sus niños. Y ninguno de nosotros movió un pelo. Gritaba más alto, más desesperada, sus hijos lloraban y estiraban sus bracitos hacia donde estábamos hasta que uno de los de la revuelta extrajo un sable, le cortó el cuello y arrojó el cuerpo al río.

Ese fue el principio de mi matrimonio con Pets. El final de Calcuta como ciudad dependiente de los designios ingleses, la solidificación de su espíritu rebelde. De un día para otro, las puertas que encerraban la Ciudad Oscura parecían abrirse cada vez más. Y sus habitantes comprobaban cómo vivíamos nosotros y cómo era de negro y oprobioso su infierno. No era para nada agradable ser inglés, verse inglés, sentirse inglés. Mr. Higgs, unas semanas después de mi boda, con noviembre a la vuelta de la esquina, empezó a sopesar trasladarse a Nueva Delhi.

—Pero, y esta maravillosa casa, ¿qué va a ser de ella? —pregunté.

—Ustedes pueden cuidarla —dijo Mr. Higgs.

Solté todo mi aliento. Me sentía rara, como molesta, pesada, más gorda sin estarlo de ninguna manera.

—No podemos hacernos cargo de una casa como esta, Mr. Higgs —dije mientras Pets intentaba controlarme dándome palmaditas bajo la mesa. Odio ese gesto, es lo peor que se puede hacer cuando quieres calmar a alguien. Retiré mi mano y la puse sobre la mesa.

—Yo no quiero dejaros solos, por más independientes que seáis tras vuestro matrimonio —dijo Mr. Higgs—. Pero nuestra situación es insoportable, Rosalind. La ciudad está envuelta en miles de rebeliones desde hace un año. La presión contra nuestra soberanía es tremenda. Por más que defendamos esta casa, en cualquier momento puede pasar…

—Pero dicen que lo que sucede hoy en Calcuta pronto sucederá en toda la India —interrumpí.

—Entonces, tendremos que regresar a Inglaterra —dijo Ronald Fox. No me había dado cuenta de que estaba allí. Mi madre había vuelto a Kent unas semanas después de la boda, sin despedirse. Ni siquiera dejó una nota. Parecía disfrutar con aparecer y esfumarse.

—¿Cómo vamos a volver a Inglaterra después de haber vivido en una casa, en un palacio como este? —Recuperé mi aliento y lo dije todo sin pausa. Sus miradas me dieron la razón—. Aquí, en Calcuta, somos príncipes. En Inglaterra seríamos todos unos don nadie.

—El hombre ha de acostumbrarse a todo —dijo Mr. Higgs—. Es imperativo que traslade mis negocios a Nueva Delhi, señores Fox. Y también es imperativo que intentemos defender esta casa un tiempo más. Se venderán varios caballos —pronunció con un deje de tristeza en su voz—. Lady Amanda no, es mi única condición para empezar a desprenderme de los otros.

Guardamos un profundo silencio, como si veláramos a los pobres caballos sacrificados.

—Desde Nueva Delhi seguiré pasando una buena cantidad para el mantenimiento y la seguridad de esta casa —reanudó Mr. Higgs—, siempre y cuando ustedes la habiten.

Devolví todo lo que tenía en mi estómago apenas terminó de hablar. La sala empezó a girar muy de prisa y Pets sostuvo mi cara en su pecho evitando que me golpeara con la mesa o el suelo. De nuevo empecé a ver objetos y

personas que giraban muy muy deprisa: mamá en el Jardín Botánico, las monjas del Saint Mary Rose, el buitre gigante raptando a Georgina Wells. Y la vaca en el pasto muy verde de un sueño que creía haber olvidado.

Abrí los ojos en la habitación que había ganado con mi matrimonio. Me sentía aún mareada, pero ya nada giraba. De repente, quise reírme. Me había casado con la no tan secreta aspiración de salir de esa Casa Palacio y no había resultado de esa forma. Ahora iba a ser su guardiana, por obra y gracia de ese loco destino que me empujaba a sitios, situaciones, personas, estados civiles, sin garantizar nunca que algo de lo que tuviera o viviera fuera a ser de mi propiedad. Iba a pedir un vaso de agua, para pasar todo el mal trago, cuando Pets volvió a tomar mi mano con ese estúpido gesto de apoyo y cariño.

—Rosalind… ¡Doctor, Mr. Higgs, ha vuelto en sí!

Todos ellos empezaron a entrar en la habitación. Mr. Higgs con una expresión muy seria, pero el doctor más profesional. Pets con una mezcla de infantil ñoñería y desubicada excitación.

—Vas a ser madre, Rosalind —empezó a decir—. ¡Vamos a ser padres! —Ya casi gritaba—. ¡Oh, Rosalind, nunca un desmayo hizo tanto bien! —continuó exclamando mientras Santi, Zahid y Fiji avanzaban en la habitación con bandejas llenas de copas de champán.

CAPÍTULO 15

EL ÚLTIMO JUNIO EN CALCUTA

Nueve meses de gestación es tiempo suficiente para pensar. Y leer, estudiar, pero sobre todo analizar quién has sido hasta ese momento. Para mí esa es la clave de la maternidad. Si has vivido con una prisa feroz, esperar un hijo te frena en seco. Y lo ideal sería aprovechar ese tiempo para poner en orden esa vida a la cual la velocidad impidió poner pausas para analizarla. O contemplarla desde fuera.

Me angustiaba, al principio, que Pets y yo tuviéramos que dar explicaciones que terminaran por desvelar que no me casé virgen. En primer lugar, porque creo que en la vida hay algunas cosas que no se pueden explicar. Y sobre todo en una vida como la mía, en la que todo ha sido siempre tan rápido. No era tan solo una chica que se casaba a los dieciséis años, era también una casamentera de dieciséis años habituada a jugar a espías desde los doce años. Es decir, que no me casara virgen realmente es una minucia, una bobada, si se me permite, para una mujer como yo.

Debo reconocer que había otra cuestión que me angustiaba: que mi cuerpo cambiara y nunca más pudiera recuperar la elasticidad de mis músculos o ese porte sobre el caballo que me hacían sentir muy orgullosa. Pero Santi, Fiji y Zahid se turnaron para convencerme de que, con un poco de

yoga y mucha meditación, no perdería ninguna de mis habilidades para cuando pudiera recuperar la monta. Eso que dicen de que la India te marca para siempre es completamente cierto. No solo la memoria visual, esas imágenes tan contrastadas entre lo bello y el horror permanentes, sino por el cuidado del cuerpo y la paz interior. Nunca he dejado de meditar, al menos una vez al día. Ni de practicar mis seis ejercicios de yoga.

Pensaba en cómo sería ese hijo o hija. En si Pets se decepcionaría si fuera mujer nuestro primer hijo o si, por el contrario, le agradaría y accedería a llamarla Isabel, en castellano, que es como más me gusta ese nombre. Curiosamente, no tenía un nombre pensado en caso de nacer un varón.

También pensaba en esa última conversación con mi madre. Después de todo, esa frase sobre las apariencias había marcado toda mi vida hasta ese embarazo. Una mujer de la que me sentía tan distante tenía una enorme influencia en mi destino. Ahora pasaba horas recordando su frase de que el tiempo y la edad no son la misma cosa. ¿Qué había querido decir exactamente? Que el tiempo avanza más lentamente que la edad? Una mujer embarazada masculla y masculla todo lo que siente, escucha y mira. Y era así como pasaba el tiempo, leyendo desde el mediodía hasta la hora del té, luego paseando junto a Pets a lo largo de los jardines, escuchando su metódico repaso del día (me contaba cómo ajustaba las cuentas de Mr. Higgs, cómo repasaba que la venta de los caballos no incurriera en error o malos precios, cómo atendía a los ingleses que también emprendían la marcha hacia Nueva Delhi o regresaban, con las manos vacías, a Inglaterra, y hasta me reconocía que tomaba una copa de Oporto antes de venir a casa en el *pub* de los exjugadores de los ya raquíticos equipos de polo, donde se enteraba de que la mayoría prefería perderse en

los nuevos garitos que se descubrían en la Ciudad Oscura y caían enfermos de espantosas venéreas: lo repasábamos todo, Pets jamás me ocultó nada durante mi embarazo), y finalmente reunidos en torno a la radio para escuchar las retransmisiones de los conciertos en la Royal Opera House, tan prodigiosas y formidables como si estuviéramos sentados en una de las butacas del majestuoso teatro.

—Soy muy feliz, Rosalind —dijo Pets una de esas noches—. Es cierto que nada de esto es nuestro, pero un día lo será. Mr. Higgs está muy contento por cómo resuelvo sus problemas y organizo que esta maravillosa propiedad no pierda encanto ni valor.

—No necesitamos una casa tan grande. Seríamos muchísimo más felices en un sitio más pequeño y que fuera verdaderamente nuestro.

—Eso significa dejar Calcuta, Rosalind —matizó—. Y todavía no es necesario. Estoy convencido de que nuestra Corona meterá en vereda a esos locos de la independencia. Este país no puede funcionar por sí solo. Es demasiado grande para organizarse sin nuestra ayuda. Dios ha dado los mejores frutos a esta tierra, pero también las peores personas.

—No deberías hablar así.

—Digo lo que pienso y cómo lo pienso. —Se levantó a apagar la radio; estaban a punto de emitir el último boletín de noticias desde Inglaterra y Pets detestaba que la realidad se entrometiera en su vida prestada—. No vamos a hablar de cosas que puedan afectarte. Hoy ya es tu semana número veinte, ¿lo sabías?

—Me gusta que lleves tú la cuenta —asumí mientras él me besaba la frente y luego los labios.

—Soy feliz porque me haces sentir único. Fértil. Invencible, valiente, padre —dijo mirándome como si cada

palabra fuera una orden, no una declaración—. Lo entiendes, ¿verdad?

Asentí, porque no tenía palabras para responderle.

Mi hijo Johnny nació en perfecto estado de salud casi veinte semanas después de esa conversación, el 12 de junio de 1932. Cómo iba a saber que ese sería el último junio que viviría en la India. El último junio de una forma de vida, una rara, acelerada juventud que se acababa de terminar. Johnny pesó lo que tenía que pesar, lloró lo que tenía que llorar, se inquietó cuando su padre entró a verlo y se calmó cuando estuvo sobre mi pecho. Yo sentí un alivio grande, inmenso, pero al mismo tiempo como si un vacío igual de infinito se abriera encima de mí. Me puse a llorar y las enfermeras se apresuraron a retirar a mi hijo de mi regazo. Intenté mover los brazos para que no lo hicieran, pero se lo llevaban y el vacío se abría y abría y abría sobre mí, y mis sollozos pasaron a escucharse como auténticos alaridos. Pets quiso decirme algo, dar una de esas odiosas palmadas suyas sobre mis manos, pero me agitaba, me contorsionaba, me comportaba como si algo estuviera poseyéndome.

Entró el doctor, el mismo hombre que me había despertado de aquel desmayo, el que me cuidó durante todo el embarazo, el que impuso que no me moviera durante los tres últimos meses porque algo en mi interior afectaba al bebé. ¿Qué era ese algo, doctor?, ¿por qué no podía ser más preciso? Tres meses enteros postrada en la cama, aún embarazada, alimentándome de sopas, cremas, natillas, papilla, como si el bebé fuera yo y no el que estaba esperando a nacer en mi interior. Tres meses en los que Pets era una figura que daba órdenes, me explicaba cómo iban poniéndose de feas las cosas en la ciudad, cómo a veces creía que el dinero de Mr. Higgs no iba a llegar a tiempo para pagar a los empleados. Cómo había que ir pensando en decirle a Zahid que no seguiría a nuestro servicio, porque la

radio ya nos ofrecía toda la música que queríamos. Y mi figura, gorda, gordísima por las natillas y los flanes y las papillas con mucha patata y batata que la habían ensanchado hasta el punto de que ninguno de mis trajes iba a servirme, probablemente nunca más. Y eso hacía imposible que Fiji me ayudara con las clases de yoga, que abandoné sin darme cuenta. Pets lo decidía todo, probablemente disfrutaba de verme postrada, humillándome muy delicadamente cuando me decía que creía que no estaba bien, que el embarazo me restaba energías, que seguramente iba a tener un periodo problemático después del nacimiento del niño. Niño, niño, niño, niño, niño, lo decía siempre. Niño, niño, niño, niño, niño, y durante las noches me despertaba sudando y con esas ganas de gritar, porque acababa de soñar con esa hierba verde y mi hija, con el pelo tan rojo como yo, llevada de la mano de su padre hacia el borde del río mientras dos hindúes rebeldes esperaban con los sables bañados de luna.

No sé cómo todo eso se plantó delante de mí en el momento en que Pets entró a conocer a su hijo recién nacido. Esos tres meses postrada, esos tres meses callándome lo que de verdad pensaba de Pets, lo mucho que me irritaba que jamás permitiera que nuestro hijo pudiera ser una hija. Todo eso empezó a crecer, frente a mis ojos, como un fantasma vestido con ropa oscura y que nadie ve. Y siguió creciendo dentro de mí, aplastándome los pulmones, apretándome el estómago, haciéndome sentir completamente dolorida en mis vísceras, dentro, muy dentro de mí. Empecé a gritar, Pets retrocedió cuando se acercaba a besarme. No podía parar. Grité, grité, grité sin poder contenerme, creía que me quedaría sin fuerzas y mi garganta era como un altavoz descontrolado.

—Póngale algo que la haga parar de gritar, por Dios —gritó a su vez Pets—. Sédela, no es normal. Siempre supe

que algo iba a salir mal en todo esto —sentenció antes de abandonar la habitación, siguiendo al médico y a mi hijo, al que alejaban de mí mientras no conseguía parar de aullar.

Estuve sola muchos meses de ese 1932 en que nació mi hijo. Por momentos, creía que nunca iba a reponerme, a volver a ser la niña mujer que galopaba a Lady Amanda, que era buena hija y buena espía, leía y disfrutaba lo que leía, reflexionaba y racionalizaba la vida. La que meditaba y practicaba yoga, la que disfrutaba aprendiendo acordes y secretos de cítara con Zahid, la que confeccionaba jalea de mango con Santi, la que buscaba telas nuevas, cachemires y paramecios con Fiji. Por momentos pensaba que haber dado a luz, haber gestado un hijo, me arrebató a esa mujer. Se la tragó. Por momentos sentía que no debería estar a su lado, al de Johnny, y temía detestarlo antes que amarlo. Detestarlo porque sentía que me había arrebatado mi energía, mi fuerza, mi vida. Momentos, fueron muchos los momentos de tristeza, de agobio, de pánico, porque ese vacío hacía conmigo lo mismo que el Hombre Buitre con Georgina Wells.

Pets no quería verme. «No puedo soportarlo», dijo una mañana cuando me negué a desayunar y empecé a llorar sin control. Momentos así se repetían entre los dos. No tenía energía para pedirle un esfuerzo por entenderme. Él era dos personas o quizá tres. El rudo, despiadado, jinete en el campo de polo; el deslumbrante conquistador de la sonrisa amplia, la voz grave y las caricias inacabables; el imbécil grandullón, que deseaba acabar cualquier momento de los míos sin detenerse a entender que todo había sido muy rápido, que me había vencido mi lucha por dejar de ser niña y volverme mujer, sin prever que esos momentos serían tantos, tan difíciles, tan insoportables. Y tan solitarios.

Lo escuchaba hablar en el pasillo con el doctor.

—No es una mujer normal, doctor. No quiero saber sus explicaciones. Está enferma de la cabeza. Nos ha engañado a todos, a Mr. Higgs y a mí. Y a sí misma.

—Calcuta no es la ciudad ideal para su salud —medio murmuró el doctor.

—Busque una. Y hable usted con Mr. Higgs. Yo solo le doy malas noticias, esta casa es una ruina. Empezaremos a vender parte de ella si no la invaden estos salvajes —bramó mientras descendía y cerraba la puerta principal con estruendo al salir hacia la calle.

En efecto, la Casa Palacio fue apagándose durante ese año de 1932. Una invasión de esos «salvajes» pudo ser controlada por las habilidades del capitán Hart. Ni mi marido ni mi padre pudieron ser localizados; cuando reaparecieron, no supieron qué hacer con los templos profanados, con los dos caballos que habían asesinado y con las dos mujeres del servicio a las que Santi consiguió dar sepultura con su rito, debajo de uno de los árboles más frondosos de la parte no afectada por la invasión. Tanto dolor, tanto destrozo, por más llantos que provocaran, eran otro anuncio. La casa estaba amenazada. Y nosotros también.

No sé cómo conseguí sacar fuerzas para salir de mi angustia, descender esa escalera que me separaba de la vida. Durante *mi problema*, como lo llamábamos todos, salir de mi habitación era una odisea considerable. No quería asomarme a la ventana para no ver cómo el césped de la casa se volvía amarillo y seco porque no llovía y porque no teníamos los medios para regar esa extensión. Sentía el cuerpo dolorido por la inmovilidad. No llegué a tener llagas, pero sí notaba que mi piel se iba volviendo más seca. Pets no quería verme así y se quedaba en la puerta gritando esa cacofonía de amenazas, verdades a medias, gritos, sin ninguna misericordia. «Me has engañado, no eres sana, no eres joven, no eres, no eres, no eres lo que imaginaba, lo que

esperaba, no eres nada». Y también nos íbamos quedando solos en esa casa que se nos venía encima. Pets había echado prácticamente a todo el personal, a Fiji, a Zahid, todos estaban en la calle o quizá asociándose con esos invasores que revoloteaban por toda la Casa Palacio. Santi consiguió mantenerse, porque la escuché discutir con Pets que, si también la echaba a ella, yo me convertiría en un cadáver ambulante y ella lo denunciaría a la Policía.

No podía seguir encerrada en la habitación. No podía convertirme en ese cadáver ambulante. Tenía solo diecisiete años, un hijo al cual había conseguido amamantar hasta que aquellas circunstancias me secaron por dentro. No era culpable de nada, mi problema era seguramente un estado pasajero, de descontrol, de pérdida de confianza en mí misma. Y, sobre todo, de descubrir el tipo de hombre que era Pets, un malvado en potencia, un depredador que no sabía poner orden en las más mínimas cosas de la vida. Un fracasado, incapaz de sostener un paraíso como alguna vez fue la Casa Palacio. Y un mal embustero. Todo lo que en un principio reveló, buscando ganar mi confianza, se desmoronaba con apenas mirar por la ventana de mi habitación.

Poco a poco empecé a andar, siempre invadida por ese pánico a que fuera de la habitación todo lo malo iba a atacarme repentinamente, que Pets en uno de sus impulsos me empujaría por las escalera para deshacerse por fin de mí. Eran delirios, desde luego, pero conseguían paralizarme. Abrir la puerta de la habitación y avanzar hasta el rellano de la escalera fue un triunfo, me quedé sin respiración cuando conseguí llegar hasta allí, pero no quise ni siquiera asomarme a ver si el gran salón seguía siendo eso, un gran salón. El llanto de mi hijo, que aún dormía cerca, en una parte de mi habitación, me hizo volver.

Pero insistí en repetirlo la mañana siguiente. Y la siguiente, y entonces el reto fue descender, y conseguido este, avanzar en el espacio que en otro tiempo fuera el gran salón y que ahora estaba como si un circo acabara de levantar vuelo. Menos muebles, como si Pets se dedicara a vender todo su contenido para pagar esas deudas de las que hablaba, no siempre de forma coherente, delante de mi puerta cerrada. No entraba porque no sabía de mis avances, de mis pequeñas e importantes conquistas. Pero cada noche acudía a la puerta para torturarme, para decirme que lo había engañado, llamándome siempre mala madre enferma, embustera.

Una semana entera me costó llegar hasta la puerta, abrirla y mirar el jardín, aquel hermoso trozo de cielo, convertido en raíces retorcidas, árboles secos, con la sombra del elefante y de la jirafa en sus pisadas sobre la tierra. ¿Por qué continué avanzando? Porque lo había conquistado. Mi «problema» había durado a lo mejor dos meses, pero en ese tiempo los efectos habían sido devastadores en la Casa Palacio. Una maldición, un hechizo, una tormenta de días y meses. Sabía que mi hijo estaba a buen recaudo, porque Santi lo cuidaba, y lo dormía y lavaba dentro de mis habitaciones, pero todo ese desierto en que Pets había convertido la que fuera la casa más bella de Calcuta me hacía temer lo peor. Estaba deseando hacer lo mismo con Johnny y conmigo. Hacernos desaparecer, borrarnos de la tierra.

Llegué hasta el antiguo lago, el que en la tarde en que conocí a Pets fue rosado. Estaba seco, los peces que nadaron en sus lindes, muertos y devenidos en esqueletos y hedor. Los caballos, pensé, ¡Dios mío, los caballos!, los que sobrevivieron a esas malas ventas. Pero, sobre todo, Lady Amanda.

Todo era tan espectral que yo misma me volví espectro. No era una superviviente que avanza a través de las neblinas de su propio pasado o el humo de la metralla que todo lo ha destruido, era una muerta, un cadáver ambulante asistiendo a la desolación, la destrucción, el final que todo lo envuelve, como el ala del buitre escondido en la Ciudad Oscura. Todas las caballerizas tenían las puertas abiertas, como si un viento malvado hubiera decidido liberar a los pocos animales de ese aliento destructivo, de ese mal sueño. Esa otra enfermedad, la desidia, la mala gestión, el desastre que significó que Mr. Higgs confiara a Pets su paraíso. ¡Quería perderlo!, era lo único en lo que podía pensar. Quería deshacerse de él porque ya no le servíamos, toda la misión torcida en un auténtico desastre, una inutilidad. El corazón casi se me salía a medida que me acercaba a la caballeriza de Lady Amanda. ¿Estaría? ¿Me reconocería? ¿Tendría aún memoria de cuando las dos fuimos libres y desafiábamos la velocidad y la distancia galopando por los campos verdes del paraíso que ya no era?

Estaba tan delgada, consumida, apenas se podía sostener en sus patas. Olía mal, pero su piel seguía siendo tan acariciable y hermosa como antes. Busqué paja para alimentarla y, cuando la acerqué a su hocico, abrió sus ojos, amarillos y enfermos de hambre y malos cuidados, y me pareció que derramaban lágrimas; me había reconocido.

—Estamos igual, Lady Amanda, nos quieren dejar morir, pero no lo conseguirán.

Entonces ella, con toda la fuerza que pudo reunir, intentó lanzar un bramido, pero solo consiguió que temblaran sus dientes, carcomidos, ennegrecidos.

—Yo te abandoné. ¡Dios mío!, Lady Amanda, perdóname, perdóname —le supliqué, porque lo pensaba sinceramente. Mi «problema» me había hecho olvidarme de ella, centrarme

solo en salvarme y salvar a mi hijo, pero me olvidé completamente de ella, con resultados funestos.

Estuve recostada en su flanco derecho, acariciando ese trozo de su hermosa cara, que seguía siendo hermosa, porque la auténtica belleza es para siempre. Y eso le dije: ella será para siempre. Nunca existirá otra Lady Amanda. Y apenas terminé de decírselo, todo en ella sonó como si una puerta muy pesada se cerrara. Y se derrumbó muerta. Me había esperado a lo largo de todo ese sufrimiento para despedirse.

Regresé a la casa desesperada, gritando el nombre de Santi. Teníamos que darle una sepultura decente a Lady Amanda. No tenía muchas fuerzas, pero Santi siempre lo resolvía todo. Grité su nombre y pensé que Pets aparecería, que le escupiría, que lo golpearía con mis manos delgaduchas y débiles antes de que también me eliminara. Pero Santi apareció nerviosa, y detrás de ella estaban Fiji y Zahid.

—Señorita Fox…, perdón, señora Fox —empezó Santi—. Llamé a Fiji y a Zahid apenas descubrí que había salido de la habitación. Ha sido muy valiente al ir por la hacienda, por lo que queda de ella.

—Lady Amanda ha muerto, necesitamos cavar una zanja para ella. No me iré de esta casa sin haberlo hecho.

Irme, sí, fue la primera vez que lo verbalicé. Irme, me iba a ir. Subí hasta mi habitación apoyada en Santi. Le pregunté dónde estaba Pets. «En sus cosas», dijo ella. ¿Qué hora era? «Las seis de la tarde, el señor siempre sale a las cinco y media y regresa doce horas más tarde. A veces no aparece en tres días», continuó Santi. No, no era verdad, yo lo escuchaba detrás de la puerta. Santi no dijo nada, quizá porque pensaba que ya había dicho mucho. Entramos en mi habitación y mi hijo abrió los ojos desde su cuna. ¿Cómo iba a marcharme sin él? Peor aún, ¿adónde iba a ir con él? A

Nueva Delhi, a buscar a Mr. Higgs. A pedir ayuda, a escapar del cementerio de muertos en vida en que Pets había conseguido convertir la Casa Palacio.

Enterramos a Lady Amanda debajo del árbol de aguacate, delante de la ventana de mi habitación. Por donde Pets trepaba para entrar y hacerme el amor. Fiji y Zahid hicieron el trabajo más sucio, incluyendo el arrastrar ese magnífico cuerpo debilitado, cubierto del olor de los finales tristes. Durante toda aquella noche, esa fue mi única sensación. Qué final más triste para lo que empezó como una aventura, fue un sueño, fue un amor, dio un hijo y terminó vencido por la violencia. Y la zozobra. Desde entonces, las dos únicas compañeras del viaje de mi vida.

CAPÍTULO 16

UN MUNDO MEJOR

Zahid me despertó muy temprano a la mañana siguiente. Su plan era muy sencillo: teníamos que llegar hasta Nueva Delhi y hablar con Mr. Higgs, denunciar lo que Pets había hecho con la casa, los caballos, los muebles, los bienes. No parpadeé un segundo al decirle que estaba de acuerdo. Él dijo que prepararía el coche, el mismo coche que me llevaba al colegio hace unos años. Tenía los mapas y los instrumentos. Sería arduo, difícil. Pero no quedaba otra.

¿Y Fiji y Santi? No podíamos dejarlos atrás. Pero éramos muchos, expusieron tanto Fiji como Santi.

—Dos mujeres y un niño son un peligro en las carreteras de la India, señora Fox —expuso Santi con Zahid muy atento—. Entiéndalo, hay muchos peligros, violaciones. No podemos arriesgarnos tanto, todo sería menos peligroso si fuéramos dos, señora Fox.

Era atroz salvarse uno sacrificando a otros.

—Zahid, pero Fiji y tú sois una pareja. No puedo tolerar que os separéis por sacarme a mí y a Johnny. No es justo.

Fiji entró en la cocina. Los ojos enrojecidos, había estado llorando. Nos quedamos inmóviles, como si supiéramos que lo que iba a decir indicaba un sacrificio enorme y una decisión que nos afectaría a todos.

—Prefiero que Zahid vaya con usted, señora Rosalind —empezó a decir con una voz recia, serena, sin perder volumen—. Es mucho más importante que usted y el pequeño lleguen a Nueva Delhi. Santi y yo cuidaremos de la casa. Y en algún futuro, Zahid —la voz entonces se quebró, pero él se recuperó inmediatamente—. Todos, todos nosotros volveremos a estar juntos en un mundo mejor.

Fueron esas tres palabras las que me rompieron el corazón. Un mundo mejor. Como si Fiji supiera que tal cosa jamás existiría.

Zahid me pidió al oído que entrara al coche, una vez que los equipajes y Johnny estuvieron bien dispuestos y atados en el vehículo. Iba vestido con el mejor de sus uniformes de chófer. Así despertaríamos menos sospechas, seríamos una joven madre, inglesa y pelirroja, siendo conducida por su chófer hindú en busca de mejor fortuna en otra ciudad. Santi no paraba de llorar y Zahid le hizo un gesto para que volviera a la casa. Zahid me había ordenado que no lo siguiera, pero no podía evitar ver por el espejo retrovisor cómo Fiji salía detrás de uno de los cipreses del jardín y los dos se fundían en un intenso abrazo y se besaban sabiendo que ese beso sería el último. Una lágrima empezó a resbalar por mi rostro. Pero antes de que pudiera hacer nada para detener el viaje, Zahid estaba al frente del volante y empujaba el acelerador.

Ya no existía la Zona Privilegiada. Las revueltas, que jamás cesaban, cambiaron todo el mapa de la ciudad. En los meses que duró «mi problema» aquellas se incrementaron, y los muros entre la Ciudad Europea y la Ciudad Negra no solo se habían derrumbado, sino que toda la ciudad era una sola: la insospechada, decadente, inabarcable, misteriosa y cruel Calcuta. El bazar del horror y del milagro, de la decrepitud y los atisbos de belleza irrecuperable. Zahid detuvo el coche

delante de una de las puertas para siempre abiertas de la Ciudad Oscura.

—Quiero mostrar señora algo —propuso.

—¿Con mi hijo? Zahid, no podemos dejar a Johnny aquí…

—Cubra con tela, pegue bien a su pecho. Sígame.

Fue llevándome por un laberinto de calles con montones de basura y roedores y extraños pájaros nocturnos que batallaban por hacerse con ellos. Ojos de todo tipo me miraban. Felinos, reptiles, serpientes, cobras y murciélagos, humanos que se arrastraban o intentaban aletear, eran las miradas de la Ciudad Oscura. Siempre con ese color de aceite que se desliza, huella amarilla, o de orín o de hiel, vigilándome y amenazándome.

—Es aquí, déjeme al niño, entre sola —me ordenó.

—No puedo. No quiero dejarte a Johnny.

—Confiar en mí. Deje niño conmigo. Estaré esperando aquí mismo. No voy a robar niño.

—¿Por qué quieres que entre ahí?

—La verdad, cruel que sea, hará fuerte —dijo.

Entré. Era un lupanar, uno de esos cabarés que invadían la Ciudad Oscura a los que Pets no hacía referencia cuando me daba el falso detalle de sus andanzas y labores. Ambas eran mentira; este burdel no. Como dijo Zahid, en su mal idioma, la verdad es cruel, pero avanzar a través de ella fortalece. «La verdad cruel que sea fortalece». De alguna manera sabía lo que me iba a encontrar. Las sedas rojas y azules con filigranas de oro que cubrían las paredes tenían manchas de humo, incluso unos aros azulados ascendían delante, como medusas ajenas al mar. El olor tenía algo de miel y de tierra, de perfumes que se aferraban a los textiles, los muebles, creando una acumulación de hedor repelente, pero parsimoniosamente relajante, como si paso a paso arrebatara más y más voluntad. Entendí que el humo provenía de los fumadores de opio, largas pipas destilaban

ese humo azulado del que había leído en los libros que prohibía Mr. Higgs. Una pareja, occidental, era introducida en su consumo por una mujer afilada, como si fuera un lápiz cubierto de cabello. La chica, muy joven, miraba asustada el trozo de algo parecido a un terrón de azúcar que sujetaba la mujer lápiz. El chico aspiraba de su pipa y su cuerpo, musculado, fuerte, empezaba a ceder como si estuviera hecho de un algodón que se deshilacha. Ella se inquietaba, pero la mujer lápiz acercaba sus labios negros y la besaba depositando más de ese terrón de azúcar que iba del azul al marrón en brevísimos segundos. Los dos cuerpos occidentales caían y la mujer lápiz me sonrió, con sus dientes mina, recogiendo con sus largos y negros dedos otro cubo para encender dentro de la pipa.

Giré a la derecha, a la izquierda, todo eran pequeñas habitaciones, cubiertas de esas sedas que se desgranaban, deshilachándose, esos aros de humos, leves quejidos de placer que subían de tono, mujeres muy jóvenes, algunas casi niñas, desnudas o cubiertas de saris de colores que no distinguía, fucsias apagados, rojos encendidos, naranjas sin luz, verdes lacrimosos. De pronto, una mujer espectro se plantó delante de mí, deseando aterrorizarme, pero no le di el gusto. Se contorsionaba, sus iris se empeñaban en meterse debajo de sus párpados, gritaba algo que no comprendía y se pegaba a las paredes tocándose como si quisiera arrancarse la piel, los pechos, la entrepierna. Unas mujeres, mayores, gordas, la sujetaron y la sacaron de mi vista. Seguían los jadeos y entre ellos escuché lo que sabía que escucharía.

—Móntame, jinete, móntame como tú sabes.

En verdad, quise regresar a la puerta. Ya había entendido demasiado. Pero era cobarde no enfrentarse a la verdad. Y sobre todo no conseguir que él me viera descubriéndolo. Muchas veces, la crueldad que anida en descubrir la verdad

se multiplica. Pets y las dos prostitutas que se turnaban para envarar su falo, chuparlo o esconderlo entre sus piernas, que jadeaban y se iban pasando de boca en nariz un polvo blanco y azulado, que no era opio, era algo que las excitaba y hacía relamerse, repartirse, abalanzarse, encogerse y estirarse sobre el cuerpo de mi marido, no estaban solos. Apenas a un par de centímetros, mi padre yacía en el suelo, completamente desnudo, vencido por la decadencia, las drogas, el cruel espectáculo de la pura verdad.

—¡Rosalind! —exclamó Pets, primero muy débilmente, como si fuera un sueño.

Una segunda vez dijo mi nombre, pero las mujeres no le dejaron, se engancharon aún más a su cuerpo, aunque él recuperara toda su fuerza para arrojarlas y salir detrás de mí, desnudo, torpe por las drogas, obstaculizado por otras putas y otros hombres, drogadictos, clientes, amantes, lo que fueran, deseosos de tocar algo de su virilidad corrupta. Avancé, avancé, corrí y alcancé la entrada, mientras Zahid abría la puerta del coche y veía en la parte de atrás a mi bebé perfectamente dormido. Ni siquiera los gritos, los insultos de Pets, desnudo en la mitad de esa calle sin nombre ni destino en plena Ciudad Oscura, lo despertaron. Gritaba y gritaba mientras el destino y la crueldad de la verdad lo convertían en una sombra más de esas calles.

Nueva Delhi. Lo dije como quien encuentra la palabra mágica para abrir una cueva, para borrar el pasado, para impregnar de buena energía el camino hacia el futuro. Nueva Delhi, repetí, y Zahid sonrió. No había dormido en toda la noche, estaba hecho de otra pasta este hombre. Johnny se acababa de despertar y, por alguna razón, me sonreía y sonreía y sonreía. Mi hijo no tenía la menor culpa de nada. Y esa maravillosa sonrisa me daba más fuerzas. La verdad me había enseñado la peor de sus caras, pero ahora tenía en mi poder un irrebatible argumento con el que

pelear con Mr. Higgs. Pets y mi padre no solo le habían mentido y hundido, terminaron destruidos, atrapados en una espiral, como esos halos de humo azul que ascendían por las paredes del lupanar. Lo vi, lo tendría para siempre en mi memoria. Calcuta había terminado.

El ascenso a Nueva Delhi, porque era una subida, atravesando una de las partes más intensas, perfumadas y adornadas con todo tipo de emociones y visiones de la India, me inundaba de recuerdos, esa persecución de cosas sucedidas en tan solo cinco años. Era madre. Era una pelirroja casada con un hombre que arruinaba todo lo que tocaba, que sin poder reconocerlo mató a uno de los seres que yo más amaba, Lady Amanda. La dejó morir. Quería decirle todo eso a Mr. Higgs y en eso ocupaba los larguísimos silencios mientras Zahid conducía el Phantom a través de campos que eran todavía verdes, que pasaban del marrón al lila y del violeta al morado intenso, al tiempo que encontrábamos otros viajeros, peregrinos de muchas partes del mundo, orientales y occidentales, siempre a la búsqueda de un templo a cual más bello. Pero también personas como nosotros, que arrastraban un pasado y dejaban una estela de rencores y miedos delante de todas esas bellezas que la naturaleza se empeñaba en entregar y entregar, adornar y mostrar a lo largo de kilómetros sin fin. Vimos hindúes subidos a elefantes, filas enteras de ellos, unidos por sus colitas y sus enormes trompas, y algunas de las sillas encima de sus lomos adornadas por tantas piedras preciosas que a veces debíamos detenernos para contemplarlas mejor. En muchas ocasiones paramos a recuperar fuerzas, a buscar un prado tranquilo donde hacer nuestros seis ejercicios de yoga, todo lo felices que podíamos aspirar a ser en esa huida, en silencio, cada vez más unidos, Zahid y yo. Nunca me atreví a mencionar a Fiji, no quería abrir innecesariamente una herida tan profunda.

Seguíamos, volvíamos a parar para encender palitos de incienso en los templos de Shiva o de Brahma, con sus cabezas mirando en las cuatro direcciones. Lo adoré, lo entendí como una señal, esa tenía que ser yo de ahora en adelante: una diosa, con tres cabezas, hacia el presente, hacia el pasado y hacia el futuro. ¿Y la cuarta? Hacia mí misma.

La llegada a Nueva Delhi fue, como todas las llegadas a una ciudad en la India, caótica, desbordante, entusiasta, incitante. Pero estaba convencida de que no me quedaría. No sería una nueva Calcuta. Era un parón necesario para hablar con Mr. Higgs, para enderezar una vez más la vida zozobrante de Rosalind Fox y su nueva compañía: Johnny y Zahid.

Llegamos muy cansados, mi hijo rendido en mis brazos, a la dirección que poseíamos de Mr. Higgs, una oficina de importación y exportación en pleno centro de Nueva Delhi. Era una ciudad más populosa que Calcuta. Nunca dejó de sorprenderme la capacidad de reproducción en ese país. Todo el mundo era fértil (empezando por mí misma, que me hice madre tan temprano). Así que lo que más llamaba la atención era la gente. Y al contrario que en Calcuta, había más contaminación, más coches, más edificios, menos templos, menos intriga, violencia y amor. Faltaba amor, siempre recordaré esa primera decepción de Nueva Delhi. Y no porque Calcuta lo tuviera a espuertas, ¡Dios, no! Allí todo habían sido peligros, miedos y decepciones, pero Nueva Delhi ya tenía en lo más profundo de sí esa característica de las grandes capitales: la deshumanización. No éramos seres humanos, ni siquiera personas, sino masa, que aprovechaba las líneas que otros marcaban, los que marchaban primero, a la cabeza de la enorme fila que íbamos engrosando.

—Es aquí dentro, señorita Fox —dijo Zahid.

—¿Vuelvo a mi estado civil de soltera, querido Zahid?

Él asintió y abrió la puerta, casi imitando ese gesto magnífico de Mr. Higgs. Solo que no nos adentrábamos ni en el club de caballeros de Pall Mall, ni mucho menos en el gran salón de la Casa Palacio, sino en un corredor que despedía olores de todo tipo, productos de higiene, la higiene de otras personas, comida, curri, pollo, cordero, hasta quizá una pata de elefante que debían de estar cocinando desde el fin de semana anterior. Llegamos, siempre estábamos llegando a algún sitio, ante una puerta en la que ponía «Importaciones Higgs» y tocamos. Sin éxito. Otra vez, sin éxito ninguno, hasta que Zahid, siempre Zahid, empujó y se abrió.

CAPÍTULO 17

LA ENFERMEDAD SIN NOMBRE

—¡Hace tanto tiempo que ruego por esta visita, señorita Fox! Era esa misma voz, grave, esa correctísima pronunciación, esa manera de llamarme, solo que manchada de tristeza. Su imperio, que fue Calcuta, la Casa Palacio, la misión de la que formaban parte mi padre, el capitán Hart, sir Dwight y seguramente el despreciable de Pets, todos sus bienes pertenecían al pasado. El presente nos reunía otra vez, deseosos de una solución rápida, efectiva. Había que seguir adelante.

—Quiero regresar a Inglaterra. Con mi hijo. Y con Zahid —expuse de forma bastante descortés.

Mr. Higgs se medio inclinó en la gigantesca butaca de piel verde, completamente inglesa, un poquito hecha jirones por las horas y sufrimientos que padecería su dueño sentado en ella, y se giró para comprobar que, en efecto, Zahid estaba allí conmigo.

—Qué buena elección, señorita Fox. Lo único que realmente consideré rescatable de Calcuta era este condenado músico. Bienvenido a Nueva Delhi, amigo Zahid.

—También rescatado Phantom, Mr. Higgs —informó Zahid casi con una reverencia.

Mr. Higgs se movió con pesadez y lentitud hasta llegar a la ventana de su despacho, medio cerrada por una persiana de madera que colaba toda la luz de ese nuevo día en Nueva Delhi. Mr. Higgs estuvo contemplando la única posesión que mantenía de su esplendor y dejó escapar una lágrima.

—Zahid, no le molestará dejarme a solas con la señorita Fox. Hay unas pocas natillas, en buen estado, recién llegadas de Inglaterra, por si el pequeño despierta y tiene hambre —ordenó.

Estuvimos un buen rato en silencio. Mr. Higgs había perdido parte de su belleza. O mi ausencia o la propia India habían estropeado mi bello cuadro. Ya no era ese hombretón, se notaba que el cuerpo, ese cuerpo que respondía a todo, que abría esas puertas con tanta elegancia, se había unido a la cantidad de cosas que lo abandonaron sin que él pudiera hacer algo para detenerlas. No sabía qué hacer, dónde sentarme, qué decir. Pero él regresó a su silla, se dejó caer en ella, suspiró, y abrió y cerró sus ojos para mágicamente recuperar ese verde profundo de su sabia mirada.

—Sé todo lo que pasó en la casa. Lamenté, casi más que usted, el final de Lady Amanda. Jamás se lo perdonaré a su marido.

—Estoy pensando en divorciarme una vez llegue a Inglaterra.

Me miró con la máxima profundidad que pudo recabar de sus ojos.

—No hay divorcio en Inglaterra, señorita Fox. Con mucho esfuerzo y paciencia podemos pensar en una anulación.

—Recuperaré mi vida allí, sea lo que sea. Creo que puedo conseguir trabajo en unos cursos. Podría hablar de la India, de la historia de las colonias, del antiguo Imperio. Lo he pensado en el trayecto y creo que puede ser una buena idea.

—No me hará creer que esa intrépida niña que me acompañó en la misión más peligrosa de mi vida también me ha abandonado para siempre.

—Eso fue una misión y listo.

—No es siempre así, señorita Fox. Voy a explicarle algo. Nunca fui rico, nunca tuve dinero de verdad. El Karmandia, la casa palacio, los criados, su padre y su marido, y también su encantador y servicial compañero de viaje, todos formábamos parte de una misión. Y de una agencia, por llamarla de alguna forma. Tómese su tiempo para asimilar todo lo que voy a decirle. Vivíamos en un escenario. Poblábamos una ficción para atraer información privilegiada a un puesto, como se refieren siempre a las ciudades y sitios clave. No voy a aburrirla mucho desgranando detalles, pero me gustaría recordarle que mi nombre real tampoco es Mr. Higgs. Hace años que no recuerdo cuál demonios es, pero no es Mr. Higgs.

—Entonces…

—Mi equipaje es el haber hecho de usted una persona muy valiente, señorita Fox. Y por ello le debo también una disculpa. Sobre esos dos hombres que tan poco la han respetado. Su marido y su padre. En ambos casos, nos equivocamos todos. Creíamos que serían buenas incorporaciones a nuestro movimiento. La habilidad de su padre para leer cables encriptados y el talento del señor Fox para conquistar cualquier cosa que se moviera. Fui el primero en oponerme a su matrimonio, pero a Inglaterra le pareció una idea fenomenal. Empezaba usted a llamar mucho la atención, por su juventud, su pericia. Y su pelo rojo.

—Entonces, mi boda…

—Es un arreglo al que se recurre a menudo en agencias de inteligencia como la nuestra.

Volvimos a guardar silencio.

—Quiero el divorcio. O la anulación. O que usted y su agencia reconozcan que me han engañado y me han unido a un hombre que… —no sabía cómo continuar. Era atroz, sencillamente atroz que hubieran orquestado un matrimonio que era una condena, un castigo del que nunca podría escapar.

Pero no iba a llorar, no iba a derramar una lágrima por Pets delante de Mr. Higgs. Apreté los dientes y también los puños. Y me planté muy cerca de Mr. Higgs.

—Nunca me amó y no quiero vivir marcada por una mentira.

—Señorita Fox, entiendo su indignación, pero estará mucho mejor si mira los acontecimientos, y en especial este tipo de situaciones con la máxima objetividad: lo mejor es lo que sucede. No está marcada para nada. Es buena idea que regrese a Inglaterra. Pero a Londres. Después de haber vivido en una ciudad como Calcuta, cualquier ciudad le parecerá pan comido. Podemos regresar juntos. El Karmandia nos esperará en el puerto más cercano y en menos de una semana estaremos navegando de vuelta a nuestro querido ex-Imperio.

—Mi hijo y Zahid conmigo.

—Desde luego. Siempre es buena idea regresar de la India con un vástago y un empleado —continuó Higgs—. Ahora viene la parte de mis imposiciones. La primera es que debe cambiar su postura sobre la nulidad, por más que le moleste. La señorita Fox también se quedará en Calcuta. A partir de ahora es la señora Rosalind Fox o incluso señora de Peter Fox. Deje el Rosalind para las personas que de verdad signifiquen algo en su vida.

—Esto no es una imposición, Mr. Higgs. Sigue siendo su plan. ¿Cómo voy a permitir que continúe planificando mi vida sin rebelarme contra ninguno de los excesos que me ha hecho aceptar como normales?

—*Excesos* es un poco exagerado. Aventuras, riesgos, más bien. ¿Cree que no los ha disfrutado, señora Fox?

Pensaba que tenía muchas respuestas, pero no, me quedé sin habla.

—Prosigamos —lanzó Mr. Higgs—. Así rehaga su vida con otra persona o no, es preferible que enfatice su condición civil a través de su nombre. Es muy conveniente para todos que siga siendo la señora de Peter Fox.

—Lo dejaremos en señora Fox —asumí—. No deja de ser un interesante juego de palabras. La señora Zorra.

Mr. Higgs hizo un esfuerzo para disimular su carcajada. No quería perder ningún atisbo de autoridad.

—Para nosotros, para la organización, usted es un talento demasiado raro. No aparecen dos veces en el mismo siglo mujeres como usted, aguerridas, decididas, inteligentes. Y además bellas. O, si lo prefiere, atractivas.

Aproveché para observarme en uno de los espejos de la tienda, enmarcados en elaboradas maderas, recubiertos de oro. No me veía mal, pero tampoco bien. Demasiado joven, ¿quién podría creerse que era madre de Johnny, que estaba organizando una huida de Calcuta porque mi marido era un drogadicto y un fracasado?

—Lamento el destino de su padre. Y el de su marido. Fueron buenos hombres hasta que nuestras estrategias los condujeron a la droga y al sexo barato y los paraísos artificiales. Son un peligro, querida señora Fox, los paraísos artificiales. Y sin embargo, pareciera que en la vida, en nuestra vida de espías, jamás vayamos a conocer otra cosa.

Y diciendo esto invitó a Zahid a entrar, dando por zanjada nuestra negociación. Zahid traía a Johnny consigo. Nos quedamos solos los tres. De los tres, mi hijo era el que más conforme se manifestaba ante lo que sucedía. Es más, parecía encantado. Se reía con todo. Nació con buen talante, por ejemplo nunca fue excesivamente arbitrario y exigente

con su alimentación, que en esos días era toda de mis pechos y que era algo a lo que le temía, considerando la posibilidad de que con tanto ajetreo yo me secara sin previo aviso, y Zahid y Mr. Higgs no supieran dónde proveerse de leche para alimentarlo. Johnny me demostró que desde muy temprana edad era un caballero, pero sobre todo un fiel amigo de su madre.

Y yo, ¿quién era yo? Un fracaso, así me sentía, pero no debía ahondar mucho en ello, porque no podía permitirme otro estado de melancolía y tristeza como el que experimenté tras el nacimiento de Johnny, el cual Pets aprovechó para restarme fuerzas. Incluso para convertirme en una repudiada. Ese era su plan; lo entendí claramente aquella tarde en Nueva Delhi: como no podía divorciarse de mí, hizo lo imposible para volverme una apestada, un condicionante que muchos tribunales tenían muy en cuenta para anular matrimonios. O, curiosamente, congelar para siempre la posibilidad de esa anulación.

Me afectó darme cuenta de sus planes en ese momento. Y mucho. Muchísimo. Empecé a verlo todo muy negro. A odiarlo a él, a mi padre, a Mr. Higgs, pero sobre todo a mí misma. ¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿Cómo no me di cuenta de que a los dieciséis años no se casa nadie porque significa entrar en una trampa como en la que ya estaba atrapada? Nunca crecería, nunca maduraría como mujer si dejaba que ese espantoso odio se apoderara de mí. Pero ¿cómo iba a evitarlo? Pensar en ello me convertía en una persona destrozada, sabiendo que cada vez que intentara reconstruir o unir de nuevo esos pedazos rotos, volvería a reconstruir la estatua del odio y la vergüenza en la que me había convertido.

Decidí salir. Me encontré en una calle atestada de gente, mejor vestida y más mezclada que en Calcuta, ingleses e hindúes que caminaban por el mismo lado de la calzada.

Deprisa, como si llegaran todos tarde a algo importante. Un trabajo, un entierro, una boda. Una representación teatral de algo inadmisible, como mi matrimonio, como mi infancia atrapada en una misión de espías, como mi juventud en permanente riesgo de volverme vieja prematuramente.

Me pareció escuchar mi nombre desde una esquina muy estrecha, un pasadizo por el que no creía que ni siquiera mi delgada silueta pudiera introducirse. Milagrosamente pude, y veía al fondo, al otro lado, un poco de pasto, que brillaba, más y más verde, más esmeralda a medida que lo alcanzaba. No podía creerlo: cuando salí del pasadizo estaba delante de una pradera. Y lo reconocí de inmediato, era ese trozo de verde, con esa hermosa brillantez, que tantas veces había visto en mis sueños. O cuando perdía la conciencia. ¡Me sentí tan impresionada! Como si algo que pertenecía, hasta entonces, al reino de los sueños se hiciera realidad. Cobrara vida.

Por eso decidí acercarme más, abriendo y cerrando mis ojos para cerciorarme de que no era ni un sueño ni una especie de locura. Volví a mirar hacia el final del pasadizo para cerciorarme de que estaba allí, que lo había cruzado, que tenía un lugar por donde regresar. La pradera, soñada y real, iba haciéndose más y más brillante. Mucha gente llegaba hasta allí y se descalzaba para pasear sobre esa hierba de apariencia sedosa. Eran hombres vestidos de civiles, como occidentales. Otros iban con saris o incluso trajes que distinguían sus cargos u oficios: militares, soldados, monjes, hombres mayores con barbas largas características de los sabios. Y mujeres de varias edades, jóvenes, madres, jóvenes y madres como yo, solteras, viejas que apenas podían andar. Llegué a creer que se trataba de un lugar de peregrinación. Un lugar que todos los que allí estábamos habíamos soñado en alguna ocasión.

Entonces se acercó uno de los hombres con barbas y sari. Eso sí que no había pasado en ninguno de mis sueños. El hombre me miró con ojos muy profundos, que esperaba fueran a asustarme, y al contrario, me ofrecieron una paz desconocida.

—¿Es su primera vez en Nueva Delhi? —me preguntó.

Asentí, no podía dejar de mirar sus ojos.

—Y sin embargo, siente que antes ha estado aquí, ¿verdad?

¿Por qué iba a negarle la verdad? No hizo falta, ya que de inmediato apareció el ser que faltaba en la imagen. La vaca, esa vaca en la hierba sumamente verde que había visto en mis sueños. Estaba allí, seguida por una hilera de personas, como si fuera aún mucho más especial que cualquier otra vaca en la India. Le arrojaban pétalos de rosas, cantaban una especie de himno en un dialecto hindú, ni de Calcuta ni de Nueva Delhi, y el animal avanzaba encantado de contar con tantos admiradores hasta que repentinamente se inclinó y todo se hizo silencio. El anciano volvió a acercarse.

—¿Por qué no la toca?

—Porque en mi sueño nunca me aproximaba.

—Es mucho más milagrosa la experiencia si coloca la palma de su mano, con seguridad y afecto, sobre su lomo mientras descansa.

—Pero nadie lo hace.

—Esperan a que sea usted, es la elegida.

Empecé a andar hacia la vaca. En algún segundo me pregunté a mí misma qué estaba haciendo, pero apenas avancé sentí que estaba atravesando los límites de la realidad y el sueño, de la razón y el impulso, de la magia y el aire, como solo pueden ser vividos en la India. Esa mezcla de emociones y razones de la que siempre hablan los que han viajado o vivido allí estaba pasándome en ese instante. Mi sueño se hacía realidad y la realidad se confundía con un

sueño. Llegué hasta el animal y comprobé en las miradas de todos los presentes que esa parte de mi sueño, o de mi ensoñación, también la habían compartido varios de los presentes. A lo mejor hasta yo misma había aparecido en sus sueños. Y coloqué mi mano, con la palma tan extendida como podía, sobre un flanco de la vaca, que se veía cada vez más blanca sobre ese mundo esmeralda.

Sentí su calor y, sin lugar a dudas, como si me pidiera que hundiera más mi mano dentro de su pelo, que dejara que mis dedos peinaran esa piel tan distinta a la mía. Recordé a Lady Amanda, que era mucho más suave, más cuidada que aquel animal. Pero el recuerdo me pedía dirigirme a esa vaca también por su nombre, y era eso justamente lo que quería pedir cuando el animal se levantó y lanzó un bramido que nos dejó a todos en vilo. ¿Iba también a rechazarme una bestia mágica? Giró su cabeza, tan blanca que consiguió asustarme. Como si fuera un fantasma a plena luz del día y atrapado en el cuerpo de una vaca. Volvió a bramar mirándome directamente a la cara y sentí como si cayeran sobre mí partículas de ese bramido. Me llevé las manos al rostro para secarlo. Parpadeé levemente y me separé unos pasos al mismo tiempo que la vaca iniciaba su alejamiento y detrás de ella toda su corte de aduladores y fieles, incluyendo al anciano que me invitara a tocarla.

Me quedé sola un breve tiempo. Deseando que el verde disminuyera. Pero no lo hizo, el verde se mantuvo, los diez, quince minutos que permanecí en ese sitio hasta que decidí regresar al pasadizo y volver a la oficina de importaciones de Mr. Higgs.

Regresé. Cené unas lentejas maravillosas con todos mis vegetales favoritos de la India. Cuánto los iba a extrañar, esa deliciosa mezcla de jengibre y especias, ese maravilloso olor que se dispersaba por todos los rincones. Mr. Higgs hizo un

raro comentario, le preocupaba que me lloraba mucho un ojo, el derecho. Y lo atribuyó a que seguramente no podía evitar sentir tristeza por dejar una parte del mundo donde mi vida había cambiado tanto. Terminé de cenar y fui hacia la habitación que nos habían preparado a Johnny y a mí. Zahid le acababa de colocar en la improvisada cuna y sentí un fuego recorrerme el cuerpo. Exceso de especias, era como una ráfaga, un escalofrío que, así como me recorrió, salió de mí por alguna parte. Debía darme un baño, y antes de que lo pidiera, Zahid ya me estaba guiando hacia el espacio del fondo, donde todo estaba ya preparado. Calentó el agua en unos recipientes de peltre, sentí un poquito de susto, sin más explicación, rápido, frío, presente. Pero mi mente me exigía que me diera ese baño cuanto antes. El agua estuvo caliente en breve tiempo y Zahid la vertió sobre la bañera de mármol italiano, que seguramente era un recuerdo de las maravillas que Mr. Higgs importara a Nueva Delhi y Calcuta. Entré en el agua. Y apenas lo hice sentí que mi cuerpo entero era como un cubo gigante de mármol o de hielo que se deshacía tras el golpe de un martillo. Añicos, más que descompuesta, destruida. Reducida a cenizas de mí misma.

Mr. Higgs ordenó que el médico de cabecera de la comunidad inglesa en Nueva Delhi se personara de inmediato. Llegó de madrugada, cuando mi fiebre parecía reventar miles de termómetros juntos. Curiosamente no perdí la conciencia, como me había pasado tantas veces antes, sino que lo miraba todo, detrás de mis ojos vidriosos, como si hubiera entrado en una lluvia permanente. Asistía a los nervios del doctor, incapaz de encontrar un nombre, una explicación a lo que empezaba a devorarme por dentro.

—Podemos tratarla como si fuera una fiebre muy fuerte. Pero por la manera en que el ojo derecho está afectado, y aunque las lágrimas por ahora nos impiden verlo, creo que hay unas manchas muy sospechosas alrededor de los

párpados. La temperatura corporal, los gestos en su rostro, lamentablemente, indican que esto puede ser mucho más serio, Mr. Higgs. Por ahora lo único que podemos hacer es declarar la zona donde está en absoluta cuarentena.

Antes que lo apartaran de mí, vi a mi hijo Johnny dormido como si nada, y a Mr. Higgs y al propio Zahid intentando llevarlo hacia un lugar seguro. Lejos de mí, que estaba contagiada, infectada, enferma, seriamente enferma. Aunque luchara por no llorar, por no dejarme vencer por las circunstancias, mis ojos, en especial el derecho, no dejaban de lagrimear. Era espantoso pensar, ver entre lágrimas, saber, sentir que algo extraño, una enfermedad que desde tan pronto se manifestaba de forma tan violenta, crecía y crecía dentro de mí. Debía esperar, como todos, el dictamen médico. Empecé a aceptar que Pets llevaba razón: era una mujer enferma. Lo que fuera que tenía dentro de mí lo confirmaba: Pets estaba en lo cierto en querer apartarme de él. De él y de su hijo. En mis condiciones, atacada por un virus, siempre proclive a estar enferma, ¿cómo iba a criarlo?

¡Dios mío!, ni siquiera podía decirlo, los labios no me respondían, los dientes eran como piedras que se hacían guijarros y luego arena. ¡Dios mío, detén esta fiebre, estos dolores, este quebranto, y no permitas que prosiga porque me quitarán a mi hijo! Se lo llevarán muy lejos, mucho más lejos. Me lo quitarán, porque Pets tiene razón, estoy enferma. No es mental, no es pasajero, no es una tristeza inexplicable, es una enfermedad de verdad. Y me gustaría poder gritar, que estos huesos doloridos, esta boca seca, estos dientes sin fuerza, esta lengua cubierta de llagas y enfermedad me dejaran pedir auxilio. No voy a morir de esta enfermedad, voy a morir del dolor de que se lleven a mi hijo lejos de mí.

Pasaron noches, días, amaneceres cubiertos de glorioso rojo y tardes cubiertas de nubes que no cesaban de

descargar agua, cataratas de agua que caían encima del techo, resbalando por las ventanas, ni una sola gota ni una sola lágrima de luz capaces de acercar esa cura. Pasaron las fiebres, pasaron todo tipo de dolores, pasaron momentos en que la febrícula me empujaba fuera de la cama y me hacía caer al suelo tiritando hasta que Mr. Higgs o Zahid conseguían devolverme al colchón. Mi lecho fue un refugio, una tortura, una sala de baño, un pantano de sudor y horror, algo a lo que observar para comprobar que no había perdido ni la vista ni la fuerza en las piernas, mientras Zahid y Mr. Higgs me sostenían para que dos señoras hindúes cambiaran las sábanas y las cubrieran de alcanfor y hierbas supuestamente medicinales para que el remedio, la cura, la salud quisieran regresar a mí.

¡Oh, Dios, fue la vaca!, decía de repente. Pero no había forma de devolver el tiempo y regresar a ese instante cubierto de verde en que me acerqué a ese animal infectado y mágico, cruel e inocente, castigador y liberador, al mismo tiempo. El animal sagrado de la India me despedía de esa tierra marcándome con un veneno del que ni siquiera se sabía portador. Si no me hubiera acercado a ella, ¿habría sido diferente? Pensaba entonces que el destino es exactamente eso: un instante cargado de equivocaciones y riesgos al que llegas sin poder detenerte y evitar su fascinación, su embrujo.

—Está muy enferma —escuché decir. Era la voz del doctor a media tarde—. Podría tratarse de muchas cosas, manejamos muchas posibilidades. Tuberculosis, paludismo, la picadura de un mosquito, otro contacto con algún animal. Una venérea, pero los síntomas, sinceramente, no casan con los que conocemos hasta ahora —sentenció.

Sentí ese ardor húmedo del día en Nueva Delhi, harto de luz, calor, desesperación y esperanza.

—No puede acercarse, señor Fox. —Era Pets, ¡Dios mío, estaba ahí!, quizá feliz de verme consumida en la enfermedad sin nombre, regocijándose de mi estado, seguro de poder llevarse a Johnny.

Empecé a agitarme. No quería verlo y necesitaba verlo. Deseaba que al hacerlo me encontrara con el espectro que había dejado, drogado, desnudo, disminuido en el burdel de Calcuta. Pero no, mi vida es cruel, mi vida está llena de momentos en que debería abandonarlo todo, en que debería dejar de vivir. Estaba más joven, rozagante, erguido, deleitándose en tener la última palabra. Esta vez, el despojo era yo. Esta vez, él tenía razón. Aun así, vencida, destruida, conseguí sostener su mirada mientras las empleadas y el doctor delimitaban la distancia que debía respetar si quería preservar su salud.

No iba a decirle nada. Mi silencio sería mi única forma de demostrarle mi desprecio. Yo estaba enferma por un accidente. Él era un verdadero enfermo, por las drogas, por su maldad, por su capacidad de mentir y destruir todo lo que tocaba. Yo misma había llegado a sus manos como una niña maravillosa, enamorada, llena de vida, de juventud. De salud. Y él, así como hizo con la Casa Palacio, con Lady Amanda, con la propia Calcuta, me había reducido a lo que ahora tenía delante de sus ojos.

—¿Cómo es posible que Mr. Higgs no haya encontrado una cura, siquiera un diagnóstico para esto? —dijo, la voz muy ronca, recuperada, para nada aquellos sollozos sin idioma de la última vez que lo vi en Calcuta.

Intenté incorporarme, mi deseo de no hablarle había terminado por volverse cruelmente verdad. No podía hablar, la garganta se me incendiaba, el dolor en los pulmones era como de llamas terminadas en pequeños puñales, que rasgaban la poca piel y huesos que quedaban en ellos.

—Ya es suficiente, Peter —escuché a Mr. Higgs—. No deberías estar aquí. Ni yo permitírtelo.

—Rosalind se llevó a nuestro hijo sin mi consentimiento, Mr. Higgs. ¿Qué pretendía? ¿Quitármelo? ¿Ofrecerle una vida mejor? ¿En su estado?

Mr. Higgs contuvo a Zahid que, apareciendo de repente, pretendía golpear a Pets. Mis ojos empezaban a llorar y no podía distinguir cuáles eran las lágrimas de la enfermedad, cuáles las del dolor y cuáles las de la rabia.

—Su estado es muy delicado. Las fiebres han vuelto a asaltarla sin tregua.

—¿Por qué no la llevan fuera de aquí? —preguntó Pets dándome la espalda. Sabía que me haría muchísimo daño, porque era su prueba de superioridad. Yo no era alguien a quien mirar de frente. Era un despojo.

—Ningún barco puede trasladarla en ese estado.

—Quiero que mi hijo esté aseado y vestido para venirse conmigo —dijo. Y conseguí reunir todas las fuerzas que me quedaban para gritar un noooooo que llevaba dentro mi dolor, mi angustia, mi impotencia, pero que apenas consiguió ser audible para ellos.

Zahid se zafó de Mr. Higgs y vino hacia mí, creando un gran alboroto, porque todos los presentes, menos Pets, intentaban impedírselo. Mi nivel de contagio, más si aún no se sabía qué demonios era lo que me postraba, podía ser altísimo.

—Abráceme, señora, respirar mi aire —decía—. Tocar mis manos, pasarme a mí fiebre, pero levantar cama y parar que arrebaten hijo.

—Es mi hijo también. Yo tengo salud. Yo tengo futuro. Yo sé dónde llevarlo para que pueda crecer sano —bramó el señor Peter Fox.

—Lo siento mucho, Peter. Pero no puedo permitirlo —habló Mr. Higgs.

—¿Qué pretende entonces, que mi hijo se infecte como su madre? —Arremetió odiosamente Peter Fox—. ¿Que muera?

Morir, solo él podía plantearlo de una manera tan brutal. Me quería muerta, no quería a mi hijo, solo quería el dinero que imaginaba que podría seguir sacándole a Mr. Higgs por llevárselo. No podía permitirlo. Dios tenía que ayudarme.

—El niño ha quedado bajo mi tutela, Peter. Haber venido hasta aquí no te ha servido de nada. Esta mañana el correo ha traído el permiso de la Colonial Office para que el niño viaje a Inglaterra, aunque su madre no pueda.

Johnny, mi hijo, se iría lejos de mí, pero no junto a Pets. ¡Dios mío, Dios mío! Así como aquella vez enamorada de Pets repetí y repetí su nombre, ahora lo hacía con Dios. Me había escuchado, volvía a protegerme.

—Es una de sus tretas. Nada puede interponerse ante el deseo de un progenitor de conseguir lo mejor para su hijo —dijo el señor Peter Fox.

—Tu historial en Calcuta, tus putas, tus juergas y tus deudas no han gustado en el organismo que vela por tu hijo —expuso Mr. Higgs—. Es más, los médicos que estudian lo que le está pasando a Rosalind han levantado serias dudas acerca de tu salud. Te has contagiado de tantas venéreas que posiblemente seas tú el responsable de lo que afecta a tu esposa.

Pets intentó golpear a Mr. Higgs, pero Zahid se interpuso, y antes de que Pets le zarandeara como a un mono, Zahid le asestó un sonoro golpe en la mandíbula. Mr. Higgs volvió a interponerse.

—Llamaré a la Policía si no dejas mi casa en este momento.

Pets recogió su sombrero y salió de la habitación como si nunca hubiera estado dentro. Dejé escapar un llanto que se

convirtió en una tos que arrastraba sangre desde mis entrañas hacia la noche que caía sobre Nueva Delhi.

Unos días después, en mi delirio no podía contar ya ni siquiera los segundos, el doctor Guns, que así se llamaba el galeno, encontró la ayuda de un colega hindú aún sin licencia (por no ser inglés), pero con un nombre que jamás olvidaré: Mr. Shihalib.

—Podría tratarse de una variedad de paludismo, mucho más mortífera y variable precisamente porque ha sido incubada en un animal y no en una persona. Claramente, viajó con una velocidad aterradora al ponerse en contacto con Rosalind. Es probable que haber sido madre tan recientemente, el estado de ansiedad y emoción en que se encontraba, dejando atrás Calcuta, recorriendo tantos kilómetros a cargo de su hijo recién nacido y con la única compañía de Zahid…, que todo eso tenga mucho que ver con la fragilidad de su estado en el momento del contagio.

—Muy bien —dijo Mr. Higgs, siempre presente, con su pelo cubierto por un gorro y la boca por una especie de gasa —. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Las fiebres han remitido, al menos en la última semana. Quizá sea momento de trasladarla, aunque siga muy débil, a un refugio acondicionado para enfermos de paludismo.

—¿En Nueva Delhi? —preguntó Mr. Higgs.

—Durante un par de meses. Hasta que recupere la fuerza suficiente para soportar el viaje de regreso a Inglaterra. La única solución a esta enfermedad está en el Instituto Ross, dedicado a la investigación de enfermedades tropicales, en Putney, Londres.

Una vez más, mi vida iba de mano en mano. Cuando entré en lo que Shihalib había llamado *refugio*, me encontré en una casa a las afueras de Nueva Delhi rodeada de un jardín completamente seco. Cualquier árbol o vegetación atraería no solo humedad, sino insectos, especialmente

mortíferos para el paludismo, que todavía seguía siendo el diagnóstico más probable de lo que fuera que padecía, porque podrían reactivarlo o agudizarlo.

Zahid venía a verme a diario, algunas veces acompañado de Mr. Higgs mientras me acostumbraba a ser una persona enferma, que es más o menos alguien a quien solo le queda como destino ser una apestada. Porque no sirves para nada. Ni siquiera la juventud ayuda, es una leve esperanza que se desvanece cada día un poco más. A veces soñaba con Lady Amanda y las dos corríamos por esas hectáreas sin fin de la Casa Palacio. Nunca más volví a ver en mis sueños esa vaca y me horrorizaba no haber aprendido más de su presencia. ¡Si hubiera adivinado que sería la muerte, o lo más parecido a una muerte en vida, que es estar enferma de algo completamente desconocido!

La ausencia de mi hijo era un dolor ni siquiera comparable al que sentía cuando tosía sangre. Cómo crecería, cómo comería, cómo dormiría, cómo respiraría, cuántas veces no se habría preguntado dónde estaba yo, esa persona que le trajo al mundo y después no pudo hacer otra cosa por él que sacarlo de Calcuta y arrojarlo a una vida como la mía, de sitio en sitio, de mano en mano, de ciudad en ciudad, todo el tiempo sin mi presencia. Zahid, cubierto por vendas para evitar el contagio, me tomaba entre sus manos enguantadas cuando el llanto me desbordaba. Dios mío, perdóname por volver a pedirte, pero no puedo soportarlo más. Sácame de aquí, no me cures si crees que no lo merezco, pero sácame de aquí. Y devuélveme a Inglaterra. Y dame fuerzas para resistir ese viaje a través de los océanos para volver a la casa de mi madre y morir allí.

—No lo piense de esa manera, puede que encuentre la recuperación para su enfermedad en el Instituto Ross —aseguraba Shihalib.

Dios me hizo caso. Unos días después, pude comprobar en un almanaque repentino que era 5 de noviembre de 1932. Tambaleante, muy delgada, mi pelo prácticamente sin color, me desplacé por la tabla que separaba el Karmandia del muelle en el meandro del río Yamuna, de allí zarparíamos buscando el océano Índico y el retorno a Inglaterra. Cinco años después, aquella niña envuelta en una misión de espías, convertida en una madre sin hijo, cadavérica, consumida, aferrada a la mano enguantada de Zahid, cruzando un barco solitario, mientras los ojos de la tripulación protegidos de mí me observaban detrás de las ventanas de los camarotes. Y el mío, al lado opuesto de la embarcación, cubierto de telas para que nada pudiera ser contaminado por mi enfermedad sin nombre.

Iba a regresar a mi país convertida en una enferma sin otro diagnóstico que esperar a que la ciencia encontrara primero un nombre para mi mal. Y después su cura. No podía existir peor realidad para una mujer que en unos meses cumpliría apenas dieciocho años. Todos los días pensaba que morir era la más pesada de las injusticias. ¿Por qué iba a morir alguien a quien no le había dado tiempo de demostrar nada? ¿Qué razón podía explicarlo? Yo había sido una niña llena de curiosidad. Amable. Educada. Valiente. Y había sido una adolescente dispuesta a seguir siendo inteligente, vital, ambiciosa. Y valiente. Y deseaba llegar a ser una adulta sensible, culta, refinada, buena madre de mi hijo. Sana. Y todavía valiente.

Pero la enfermedad me despertaba cada día con la información contraria. Mientras estuve encerrada en el Instituto Ross, la investigación rellenaba la mayor parte del día: horas enteras echada sobre una cama, rodeada de enfermeras y doctores que extraían sangre y la reinyectaban cuando la anemia devoraba lo poco que había dentro de mí. La enfermedad sin nombre intercambiaba fiebres por

agotamiento extremo, falta de apetito por la imposibilidad de tragar cuando la garganta se cubría, inesperadamente, de pequeñas ampollas que al explotar me hacían vomitar sangre. Era como si dentro de mí se alojara un catálogo de males, o un monstruoso ser que cambiaba de forma, vestuario e identidad en mi interior.

Llovía todos los días y la humedad se colaba por las paredes, y al ser un hospital no siempre había otra habitación donde reubicarme. Esas noches no dormía y pensaba constantemente en mi muerte. En el cambio tan triste, penoso, que había sufrido mi vida. ¿Dónde estaba esa novia radiante que decía el nombre de Pets una y otra vez? ¿Por qué había tenido que dejarme llevar por Zahid a ese burdel infecto para ver a mi padre y a él convertidos en espectros? Achacaba a ese momento el que mi destino se transformara en castigo más que en alegría. Y pensaba una y otra vez en ese sueño donde aparecía la vaca. Creía que, de alguna manera, mi destino se apiadaba de mí y me hacía verlo, pero sin mostrarme la cruel realidad, que la vaca me infectaría, que la enfermedad no tendría nombre. Que el final sería esta durísima espera por una cura. Y que era esa espera por la cura la peor parte de la enfermedad.

Una persona enferma es una pena. No es una persona, no ríe, no piensa, no se mueve. Es una carga, una nada, igual que el tiempo que sucede en sitios donde nada pasa. Llegué a comprender a Pets y tuve la mala suerte de que mi comprensión coincidió con su única visita. No venía a interesarse por mi salud. Venía a decirme que mi hijo no podía pasarse la vida esperando mi mejoría. Me lo estaba quitando, pero no solo carecía de fuerzas para levantarme y golpearlo o asesinarlo —y así habría un miserable menos en el mundo—, sino que además, mirándome en el espejo para evitar verlo a él, descubría que ahora el espectro era yo. Y eso le daba toda la razón a la persona que más detestaba en

el mundo, y debía acceder, consentir, entender, asumir que mi hijo viviera con él.

Mi hijo. Mi hijo. Mi hijo. Lejos de mí, porque era una enferma. Porque no era un ser humano. Era un despojo disfrazado de enigma para la ciencia. ¿Cómo iba a dormir sintiéndome víctima de mi falta de fuerzas físicas? Viendo cómo mi vida se convertía todos los días en un abismo, un hoyo. Estaba enterrada en vida. Sin mi hijo. Sin salud. Sin otra cosa más que el tiempo que se negaba a detenerse.

Recibí mi cumpleaños número dieciocho en abril de ese año 1933, postrada en la cama mientras en la radio ponían todas las canciones de moda, las canciones que no podía bailar, pero cuyas letras me sabía de memoria. En especial, las más tristes, por supuesto, como *Stormy Weather*, la cantaba con mi débil voz para terminar riéndome de mí misma. Todos los cumpleaños obligan a una lista de propósitos. No podía seguir poniendo «recuperar mi salud» al principio de esa lista, porque no lo creía posible. Así que decidí leer los libros que había en la pequeña biblioteca del Instituto.

Los libros siempre han venido en mi salvación. Fueron maravillosos oráculos de mi vida en Calcuta cuando leí todos aquellos sobre botánica y fauna. Fueron inspiradores cuando mi vida parecía mezclarse con páginas de *Cumbres borrascosas* o las aventuras de Sandokán. Y ahora, eran en portugués. Sí, en portugués, porque un eminente profesor luso de enfermedades tropicales los había legado al Instituto. Uno de los investigadores me regaló un diccionario de inglés-portugués y aproveché para leer también la historia de ese país. En mi opinión, tiene mucho en común con la inglesa si excluimos el idioma, está la sensación de que el continente prefiere tenernos en extremos, a nosotros en una isla y a Portugal al final del propio continente, su última frontera antes de que el mundo sea solo agua.

También compartimos la hora, la forma extensa de nuestros acantilados. Y el deseo de navegar para conquistar mundos nuevos.

Mi enfermedad me enseñó un portugués extraño, casi tan enfermo como todo lo que me rodeaba. Era un portugués científico, muy conocedor de los nombres en latín de infinidad de árboles y plantas brasileñas. En lo más profundo de mi dolor, hablaba conmigo misma en portugués, y a veces, debo reconocerlo, maldecía a las enfermeras y a los doctores en mi portugués enciclopédico.

—Señorita Fox —era Mr. Higgs, el día era soleado y las hojas de los árboles caían rápidamente—, por fin buenas noticias —dijo portando un ramo de flores y un retrato de mi hijo subido en un poni.

Derramé unas lágrimas y conseguí esbozar una sonrisa mientras él me hablaba delante del espeso mosquitero bajo el cual vivía como un animal de zoológico, una especie en peligro, una enferma eterna.

—Han encontrado un tratamiento que ha rescatado a una paciente con sus mismas características.

—Mr. Higgs —alcancé a decir levantando con todas mis pequeñas fuerzas una parte de mi cuerpo, estirando el brazo para al menos sentir el calor de su mano a través del mosquitero.

—No malgaste fuerzas, señorita Fox —me dijo él—. Es un sanatorio en Suiza. El traslado se hará en breve. Y sé, positivamente sé, que saldrá de allí andando, señorita Fox —sentenció.

CAPÍTULO 18

LEYSIN

Mi primer recuerdo de Leysin, a principios del otoño de 1933, es el sol que paseaba suavemente sobre un césped, descubriendo amarillos y naranjas que no había visto antes en ningún prado. Eran pequeñas flores que abundaban entre el pasto, aun en esas fechas. Leysin es un pequeño pueblecito en medio de los Alpes, donde se halla el sanatorio, que prefiere ser llamado hogar Armitage, en honor a su creador y médico residente, el señor Greene Armitage. Era una casa de magnífica construcción, con cuatro plantas, espaciosos balcones, dos terrazas, una al este y otra al oeste, protegidas por una bellísima veranda que me recordó de inmediato la de la Casa Palacio de Calcuta antes de descender hacia sus hermosos jardines. El sol permitía ver el edificio exquisitamente enmarcado por las montañas. Y también la copa de cada uno de los pinos y robles que crecían en ellas, cubiertos por colores que parecían transformar ese otoño en un gobelino dedicado a la mejor corte barroca. El sol se complacía en iluminar cada detalle. La piel de las manzanas destellando bajo su luz. Las piedras de los pequeños caminos al pie de los árboles. El tranquilo movimiento de animales sobre esos senderos. También personas. Ese paisaje bucólico, siempre tranquilo,

tan abismalmente distinto al de Calcuta o Nueva Delhi, fue sucediéndose sin ningún sobresalto durante el resto de 1933 y los primeros meses de 1934. Entraban y salían pacientes, algunos se despedían sin poder evitar mirarme con conmiseración. Ellos, mayores que yo, se marchaban a retomar su vida mientras que yo, cada vez menos joven, cada vez más cerca de los veinte años, me quedaba allí. Esperando a que entraran y salieran nuevos pacientes. Más y más enfermos hasta que un día, ya a finales de verano, uno de ellos, para mi absoluta sorpresa y consternación, fue mi padre.

El destino y, obviamente, la enfermedad volvían a unirnos. No era esa sombra que había dejado detrás en Calcuta, afortunadamente. Pero una terrible venérea casi había acabado con su vida y, lógicamente, Mr. Higgs, tras ver el resultado de mi traslado, decidió apiadarse igualmente de mi padre. Se veía tan débil, intentando disimular su fantasmal aspecto con una dignidad enternecedora.

Lo primero que pensé, esos días entre noviembre y diciembre, era en cómo iba a encontrar el momento para decirle que había decidido prescindir de él como figura heroica. Pasaron los días, empezamos a compartir más y más tiempo juntos, pasó esa sorpresa y consternación inicial y me di cuenta de que confesarle a mi padre que ya no era un héroe para mí sería lo más próximo a aniquilarlo, esta vez de verdad.

A mediados de diciembre almorzamos, como de costumbre, cerca de la terraza oeste. En el interior, el árbol de Navidad ya decorado y regado de regalos a su pie, las dos chimeneas en la estancia repletas de leña y llamas resplandecientes. El calor era perfecto. Y las truchas servidas delante de nosotros, acompañadas de nada. La dieta del doctor Armitage consistía en pescado blanco, a ser

posible lenguado, pero al estar rodeados de lagos y ríos, nos alimentábamos de trucha y similares. Pan. Y el zumo de las frutas sin casi nada de la fruta misma en él. Plátanos sí, cítricos no. ¿Suena terrible? Lo era, pero más terrible era saber que esa sería mi única alimentación por muchos, muchos, muchos años, si quería estar así, delante de mi padre, disfrutando del calor de dos chimeneas mientras la Navidad avanzaba en los Alpes.

Esa tarde que almorzaba con mi padre, podía caminar, tenía fuerza en las piernas. Sentía hambre, aunque solo la podría saciar una trucha o dos, pero, sobre todo, podía estar con otras personas sin una mosquitera delante.

—Sí, papá —le respondí siguiendo su conversación, una que retomábamos después de varios años, sobre mis habilidades—. Me enorgullezco de mi capacidad de síntesis. Seguramente lo aprendí leyendo tus telegramas. Los que dejabas tirados por ahí para que yo los leyera.

Me miró con un hermoso destello en sus ojos. La enfermedad había dejado su rostro sin belleza alguna, con las facciones borradas. Pero no había conseguido cambiar el arrebato de su mirada.

—Eres una magnífica espía, porque lo eres desde niña, Rosalind. Me gustaría que recordaras eso siempre.

—Estamos en tiempo de paz, papá, y estamos en un sanatorio suizo.

—Pero las guerras siempre vuelven. Incluso durante los tiempos de paz se van cociendo a baja temperatura. Dicen que en Alemania, como en España, las circunstancias políticas son demasiado parecidas: desempleo, líderes que no acaban de cuajar y otros líderes en la sombra que crecen como fantasmas y conspiran para acaparar el suficiente poder para cambiar las cosas, como para que no percibamos las señales. Quieren devolvernos a una guerra.

—¿Sigues leyendo telegramas para Mr. Higgs?

—Mientras mi enfermedad no me deje sin vista, siempre hay algo encriptado hasta en el telegrama más inofensivo.

—Podría escribir algunos para mi hijo —susurré.

—Ya lo hago yo. Cuando pueda leer, tendrá una montaña de telegramas enviados por su madre y su abuelo.

Estiré mi mano para tocar la suya. Estaba fría y huesuda, sentí de inmediato que estábamos hablándonos por última vez. Uno de los dos había llegado a Leysin para curarse. Y el otro, para morir.

—Espero que tú también los leas cuando regreses a vivir con tu hijo, mi querida Rosalind. Pero ahora necesito que escuches algo muy importante.

—¿Otra misión? —indagué; la manera en que pronunciaba las palabras parecía indicar exactamente eso.

—Una misión personal. Tu curación. He hablado con el doctor Armitage. No hay manera de encontrarle un nombre a lo que tienes, pero claramente las truchas han obrado el milagro. Me ha explicado que fortalecerán tu dieta con medicamentos que potencian el hierro, los minerales y vitaminas. Los han probado y han encontrado una buenísima respuesta en tu organismo. Vas a curarte. Esperarán a comprobar tu mejoría y entonces te dejarán partir —continuó mi padre, estrechando mi mano con sus dedos helados—. Pero no vas a regresar a Inglaterra, Rosalind.

—Mi hijo, solo quiero ver a mi hijo. No pueden separarme más tiempo de él.

—Él está bien. Su abuela lo cuida muy bien y disfruta mucho en un colegio donde pasa casi todo el año.

—¿Un internado? Para eso lo quería tanto Pets, para alejarlo de él y encerrarlo.

—Peter es un zorro de verdad, Rosalind. Pero tu hijo es como tú, un superviviente. Sabe defenderse. Sabe crecer.

Sabe que en la vida pasas más tiempo siendo adulto que siendo niño.

—No voy a permitirlo. Ni un segundo más. Quiero regresar cuanto antes a Inglaterra.

—No es lo más recomendable —dijo una nueva voz. Alcé los ojos. Era el doctor Armitage, con su inmaculada bata blanca, sus pequeños anteojos y siempre dándole cuerda a su reloj de pulsera—. Señora Fox, como me han dicho que debo llamarla, el tratamiento ha encontrado una magnífica respuesta en usted. Pero no podemos arriesgarnos a la humedad excesiva tanto de Londres como de Calcuta.

—Iré a Kent —solté.

—Nuestra idea es más sencilla. Entiendo que su padre y el señor que ustedes prefieren llamar Mr. Higgs han conseguido una solución que reúne muchas cosas buenas. En especial las financieras.

Me iba enfureciendo. Pensaba que el destino se empeñaba en que fueran otros los que se encargaban de dirigir *todos* los aspectos de mi vida. Con quién me casaba, con quién me reunía, dónde me curaba y dónde iba a vivir.

—Hija mía, la vida en Inglaterra es muy cara y su clima es el peor para tu enfermedad. Tienes que ir a un lugar soleado. Y barato.

—¿España? —pregunté.

—Un poquito más lejos. Portugal —dijo mi padre.

Y desde el momento en que lo escuché, recordé una frase entera de esas poesías que leía en la biblioteca. De Kavafis, *Ítaca*: «Se parteres um día rumo a Ítaca, faz votos de que o caminho seja longo, repleto de aventuras, repleto de saber». Sabía el resto de memoria y quería recitarlo allí mismo delante de las truchas desnudas de sabor, delante de mi dieta salvadora, de mi padre salvador y de mi médico salvador. Portugal. Portugal, quería repetir, sin darme cuenta

de que estaba aceptando una vez más que el destino hiciera conmigo lo que le viniera en gana.

—Portugal —dijo él, y yo lo seguí.

Repetimos juntos el nombre. Portugal, Portugal, Portugal, casi disfrutando con crear una letanía. Igual que aquella vez enamorada del padre de mi hijo. ¡Oh, no!, no sería igual. Un hombre puede fastidiarte la vida, pero una ciudad siempre la alegra. Portugal era muchas: Lisboa, Estoril, Cascaes. ¡Dios mío!, estaba totalmente convencida ya. Portugal sería el año 1935. Serían mis veinte años, de pie, viva. Sana. Para completar esta súbita alegría solo me faltaba que mi hijo se reuniera conmigo allí.

—Todo está más o menos en camino, necesitábamos tu aprobación, Rosalind, cosa que considero otorgada. Además, Mr. Higgs conoce a unos amigos allí —continuó mi padre, repitiendo su fascinante e imperceptible guiño de ojos— que están esperando tu llegada para ofrecerte todo tipo de facilidades.

Sabía lo que intentaba decir. Los amigos de Mr. Higgs estarían haciendo algo más que disfrutar del sol en las playas portuguesas.

—Y sin duda sus playas, su buen clima, la garantía de tanto sol durante el año terminarán por obrar el milagro —interrumpió el doctor Armitage—. Estará curada en menos de seis meses, que es lo que debería pasar aquí… Pero, lamentablemente, sus finanzas no pueden cubrir la estancia.

Me quedé en silencio apenas terminó de hablar el doctor Armitage. Los médicos siempre hablan de dinero. Y en efecto, sabía que no tenía nada.

—Quiero que Pets me pase una suma. A mí no me hará caso… —Me dolió mucho escucharme decir eso, porque asumía que las mujeres no podemos tener palabra alguna en un mundo de hombres—, pero sí a Mr. Higgs —terminé dejando que mi rabia aflorara en cada palabra.

—Está hecho —respondió mi padre estrechando mi mano—. Ya ha aceptado darte una cantidad irrisoria para vivir en Londres, treinta libras mensuales, pero bastante buena para hacerlo en Portugal.

Me levanté de repente, me sentía de nuevo canjeada. Pero mi padre me hizo sentarme. Obedecí; dentro de mí seguía repitiendo Portugal, Portugal, Portugal… como la clave esencial de mi salvación, de mi vida. Y también me repetía otro mantra: «¡Será la última vez que obedeceré a otros en lo que toca a mi destino!».

Mi padre me observaba, entendía perfectamente lo que estaba pasando por mi cabeza. Retomó mi mano entre las suyas. Estaban mucho más frías. Me apretó con fuerza. Iba a hablarme por última vez. Y con el lenguaje casi encriptado de los telegramas que leía para hacernos ganar la guerra.

—Quiero que recuerdes que lo que es de verdad bueno y además hermoso suele estar escondido de una forma u otra. Los diamantes lo están en la tierra. Las buenas flores por el verde y la espera a que florezcan. Los buenos vinos, dentro de barriles envejeciendo para ser mejores y luego embotellados en frascos que no siempre coinciden con su excelencia. La buena comida debajo de determinados olores y aspectos que no siempre son hermosos. Una cebolla necesita capas y capas de sí misma para proteger el olor que te hace llorar y su amargo sabor, que sin embargo es bueno para nuestro organismo.

Lo escuchaba hipnotizada, porque no quería perderme ninguna de sus palabras y porque iba comprendiendo que ese maravilloso y triste hombre que llamaba *padre* estaba despidiéndose de mí. Y harto de leer y descifrar telegramas, lo hacía de una forma para nada telegráfica. Quería que ese último tiempo juntos estuviera rodeado de palabras que debía prometer no olvidar jamás.

—Llorar, querida hija mía, generalmente sucede en momentos desesperados, pero cuando pasa, reconoces el alivio. En todas las cosas que son hermosas y buenas hay una cierta capa de protección. Necesitan estar escondidas y ser alcanzadas tras algún tipo de esfuerzo. Las mariposas son siempre orugas al nacer. Y una vez que la mariposa vuela, mantiene todos los segundos de su vida una apariencia feliz, hermosa, aunque algunos nos empeñemos en recordar su origen de oruga. Tú has entendido eso mejor que nadie. En lo más desesperanzado de tu enfermedad, jamás nos has agobiado con quejas. Y has conservado hasta hoy, que estás curada y empiezas una nueva página en tu vida, tu apariencia. Has aprendido a domarla, a mejorarla. Y ahora tendrás que entender cómo debes cambiarla. Recuerda que los días malos, como los que has vivido tú, siempre tienen un día bueno en que acaban. Es muy importante que no lo olvides: que si en un año hay trescientos cuarenta y ocho días horrorosos, tienes que saber vivir plenamente los diecisiete días de felicidad, porque no son un descuento. Son una diferencia. Y saber distinguir una cosa de otra te salvará de todos los peligros. Una y otra vez.

SEGUNDA PARTE

DENTRO DEL JARDÍN

CAPÍTULO 19

BIENVENIDAS Y DESPEDIDAS

Mi padre fue enterrado en Leysin. Tuvo la elegancia de fallecer en enero para no fastidiar las fiestas. En el Hogar Armitage no disponían de un cementerio propiamente dicho, pero el doctor movió ciertas influencias y consiguió un papel que le autorizaba a tener un poquito de *tierra santa*, como la llamaba él, dentro de los predios del sanatorio. Allí yace «el embajador Ronald Fox».

Después de tantas vueltas, el viaje de Leysin a Portugal fue quizá el más rápido de todos en mi vida. No tuvo los mareos del de Southampton a Calcuta, pero sí complicaciones. Mi madre, que no pudo acudir al entierro de mi padre por razones que se encargó de convertir en inexplicables, insistió en que la viera en Londres. Una escala inesperada antes de enfrentarme a Portugal y a mi nuevo destino. «Rosalind, aunque sea por última vez, permíteme hablar contigo como tu madre», suplicó en un telegrama. ¿Por qué iba a querer verla si había sido incapaz de acudir a despedirse de papá? ¿Por qué iba a soportar pasar el resto de mi vida dándole un argumento para que siguiera entrando y saliendo de ella cuando le diera la gana? Si acudía a su llamada, tenía que poner una condición: sería la última vez.

El doctor Armitage estuvo de acuerdo, típico de los médicos; seguramente ella le habría llamado y súbitamente Londres no era tan peligroso para mi salud.

—Aproveche ese tiempo en la ciudad para compartirlo con Mr. Higgs. Imagino que sabe que ha hecho muy buenas migas con su madre —se le escapó al doctor.

¿Mr. Higgs y mi madre eran ahora amigos? Por un momento cruzó por mi cabeza la espantosa idea de que esas migas fueran un romance.

—Querida paciente. No quiero perturbarla más. Estudiarla ha sido un placer y un importante avance para nuestras investigaciones. Lo único que puedo darle ahora es esta lista de alimentos que debe comer. Entiendo que está más que dispuesta a convertirla en su alimentación de aquí a muchos años. El pescado es excelente en Portugal. Y sé que recordará aquellos alimentos que debe evitar. Todo lo que tenga fibra y ninguna fruta cítrica. Limones, naranjas, pomelos. Hay una enfermedad dormida dentro de usted. Trátela como un secreto, pero no olvide que cualquier cosa puede despertarla. De su salud, de sus cuidados, depende que jamás despierte. Ese es nuestro trato. Ahora, buen viaje.

Buen viaje, a través de la nieve, en un carro de caballos, como si fuera el siglo pasado, protegida por una manta de piel que parecía haber sido usada por la emperatriz de Austria en su día y por ello bastante deshilachada. Cuanto más frío hacía y más comprobaba el nulo abrigo que ofrecía la carcomida piel, mi irritación crecía; la rabia, afortunadamente, me procuraba calor. Mi madre, Portugal, Londres, mi salud, Mr. Higgs y mi madre. Si no fuera porque estaba tan feliz de estar viva, me habría preguntado si mi supervivencia merecía semejante premio.

Durante las dos noches en que atravesamos Francia para alcanzar Calais, no dejaba de pensar que, pese a verme recuperada, ya no era la misma. Ya no tenía ese ímpetu de la

niña espía, más bien era una mujer más o menos joven, pero con algo marchito dentro. No me gustaba verme reflejada en ninguna parte. Me parecía que mi pelo carecía de brillo, que mi andar era pesado. Que mi mente no quería saber nada de este nuevo viaje para no compararlo con el brío, la aventura, ese riquísimo sabor de precocidad y riesgo que había tenido el viaje hacia Calcuta. Cuando no dormía, miraba hacia la calma de la naturaleza dormida, a veces acompañada por la luna, otras viendo estrellas fugaces caer dentro de los bosques mientras era incapaz de convocar un deseo, y pensaba en esas noches en que la vida no me había favorecido al convertirme en adulta. ¿Por qué se empeñaba en quitarme ese espíritu de aventura, de no mirar atrás, de observarlo todo y entenderlo todo?

No iba a permitir que mi madre se encontrara con una niña que había fracasado en su transición a ser mujer. Me levanté en el medio de la noche y avancé por el estrecho pasillo del tren hasta el baño, situado antes del coche comedor. Todo el mundo dormía y me detuve a mirar el exquisito espacio con sus mesas perfectamente vestidas, incluso con alguna pieza de la cristalería, moverse sistemáticamente en completa soledad durante el viaje. Un comedor vacío era un poco la imagen que tenía de mí misma. Listo para servir, para funcionar, hermoso, apacible, pero sin saber a ciencia cierta si alcanzaría a llegar al desayuno, a la comida, a la cena.

Entré en el baño y me miré largamente en el espejo. Tenía que conseguir la fuerza en mi interior, costara lo que costara, para convertirme en otra Rosalind. Pensé que las personas que tienen dones o poderes sobrenaturales son capaces de observarse así delante de un espejo, o delante de una superficie que les devuelva su imagen, y sentir esa urgencia por el cambio. Mi vida podía ser dirigida por mi pulso, mi mirada, mi probada capacidad de supervivencia.

Iba a cumplir veinte años cuando por fin fuera 15 de abril de ese 1935. Era madre, esposa de un ser despreciable, pero que una vez me enseñó el amor. Era una amazona. Una viajera. Una mujer sin miedos, pero respetuosa del peligro. Y sobre todas las cosas, era la señora Rosalind Fox.

Y así me miró mi madre cuando abrió la puerta de la dirección que el doctor Armitage me diera.

—Rosalind —empezó a decir mientras ya ascendía las escaleras.

—Me ha encantado tu detalle de ir a buscarme a la estación, mamá —le dije.

—Dios mío, teníamos una confusión, creíamos que sería mañana o esta tarde…

—La misma, imagino, que te impidió acudir al sepelio de tu marido —continué.

De pronto vi una sombra moverse en el interior, al fondo del pasillo, al lado de la escalera. Mi madre se había mudado a un barrio y a una casa mejor en una ciudad carísima. ¿Cómo lo había conseguido? ¿Quién sería esa persona que avanzaba con pasos cortos? ¿El pastor de Twickenhamshire o Mr. Higgs?

—Rosalind —dijo mi madre.

—No respondo más a ese nombre. Soy la señora Fox, mamá —se lo hice saber y volví a mirar hacia el pasillo.

—*Mummy* —dijo una voz que me partió el corazón y me hizo hincarme de rodillas para abrazarlo, abrazarlo, abrazarlo. Mi hijo, Johnny, caminando, reconociéndome, llamándome por ese nombre tan maravilloso e incierto, *mummy*. Le sonreí por encima de mis lágrimas, de mi felicidad. Mi profundo agradecimiento. Mi vida empezaba a ser una vida, otra vez, estaba sana, podía tocar, besar, acariciar y oler el pelo, las mejillas, los dedos de mi hijo. Mi hijo estaba ahí, entre mis brazos, enseñándome los pocos dientes de su boca, una sonrisa tan llena de amor y paz. No

sé cómo pude, pero en un momento dejé que la mano que tenía libre tomara la de mi madre y fuimos tres personas de una misma familia unidas en un emocionante y auténtico abrazo. Si existían los diecisiete días de felicidad, este era el primero. Y el último que olvidaría.

A la mañana siguiente, al final del desayuno, el timbre sonó y me reí, sabía que era Mr. Higgs recreando otra de las escenas de su vida. Ahora era el distinguido señor que ha regresado de la India, vive cómodamente de sus rentas coloniales y visita a mi madre como un respetable amigo. Mamá se alisó el pelo al pasar por el espejo del pasillo y cuando abrió la puerta estuvo a punto de hacer una reverencia. Mr. Higgs la saludó quitándose el sombrero y repasándola con la mirada como si mi madre tuviera veinte años menos. Increíble. Una de las personas más importantes y decisivas en mi vida, Mr. Higgs, era el nuevo amor de mi madre. Esas migas de las que había hablado el doctor Armitage las veía claramente volar en el aire entre ellos dos. Era cursi, era inverosímil, era desagradable, era todo eso, pero era cierto. Dios mío, ¿mi cuadro, Mr. Higgs, iba a terminar siendo mi nuevo padre?

¿Cómo tenía que asumirlo? ¿Iba a reprobarlo? ¿Iba a enfrentarme a los dos y montar una escena? ¿Iba a aceptarlo, como había aceptado tantas veces los zarandeos del destino en mis ya casi veinte años?

—Señorita Fox —empezó bramando con su poderosa voz Mr. Higgs.

—Es señora Fox, ahora —intentó colar mi madre. Comprendí que ese era mi pie para entrar a formar parte de su representación.

—Mr. Higgs es la única persona que puede llamarme señorita Fox. Los dos entendemos que es casi un código para seguir adelante —dije extendiendo mi mano y al final

ofreciendo mi mejilla. Mr. Higgs era ahora un nuevo padre. Pero, claramente, un jefe.

—Portugal ha cambiado mucho desde la Gran Guerra, Rosalind —empezó a hablar con su tono de jefe, sentados los dos en torno a una humeante taza de té hindú—. Digamos que ha dejado de ser un país muy parecido al nuestro, con importantes colonias en varias partes del mundo, para convertirse en una suerte de balneario para especies que necesitamos vigilar.

—¿Una nueva Calcuta, Mr. Higgs? —le dije.

—Más que eso, la proximidad con España es muy estratégica para nuestros intereses, señorita Fox.

—Entonces, mi salud no es lo más importante en este viaje, Mr. Higgs.

—Es que se la ve completamente recuperada. Ni siquiera el asombro de nuestro nuevo estado familiar parece haberle hecho mella —dijo.

Aproveché para verlo mejor. Estaba rejuvenecido, la piel casi sin arrugas, la barba y el bigote impecablemente mantenidos, el brillo de sus ojos recuperado. El pelo bastante canoso, pero todavía fuerte y denso. Las manos como si sus uñas nunca crecieran. Mi madre, a pesar de lo que pensara de ella, lo que sintiera por ella, parecía tener una buena mano con todos los hombres que no fueran mi padre. Reparé también en sus ropas, un traje azul oscuro de buena calidad. Tenía dinero de nuevo. O había más «trabajo» en tiempos de paz.

—Tenemos una importante colonia de ingleses en Portugal, señorita Fox. Tradicionalmente, la clase alta portuguesa se ha sentido muy atraída por nuestras costumbres. Toman té por la tarde, se visten como nosotros y en más de una ocasión han surcado el mundo a nuestra manera, conquistando países con muchísimo potencial.

—Les encantaba Japón, por ejemplo —agregué mientras me servía otra taza de té. Mr. Higgs me devolvió el escrutinio al que le había sometido un par de minutos antes. Sus ojos revisaban mi delgadez, mi movilidad, mi corte de pelo, la destreza de mis manos y el perfecto pulso de mis dedos.

—Lógicamente, esa colonia de ingleses en Portugal está allí por muy diversas razones. Unos lo hacen para escapar de nuestro fisco. Otros sencillamente para reposar. Y los que nos interesan, para intentar conseguir algo de un gran trozo de pastel que se cocina muy lentamente. —Seguía mirándome para saber si entendía todo lo que quería decirme—. Europa va cambiando a pesar de que no se note nada en la superficie. Y esos ingleses en Portugal, algunos de ellos muy poderosos, podrían hacer caer la balanza de nuestros negocios e intereses hacia un lado que nos resultaría muy incómodo. Para que me entienda, favoreciendo las relaciones empresariales y políticas con Alemania. Y eso sería muy peligroso.

—Todo lo que dice es en futurible, Mr. Higgs. ¿Cuándo será más concreto ese futuro?

—Puede ser en cinco años. O en cincuenta, señorita Fox. Nuestro trabajo es precisamente obtener la mayor información para saber cuándo ese futurible será ahora.

Lo entendí de inmediato. Iba a matar el tiempo esperando recabar pruebas que demostraran otra de las suposiciones de Mr. Higgs.

—¿Y en qué consiste mi presencia entre esa colonia de ingleses? —pregunté procurando no subrayar lo inútil que era la pregunta.

—Ninguno de ellos habla el idioma —empezó Mr. Higgs.

—Yo no lo hablo. Lo leo. Es muy diferente —interrumpí.

—Confiamos en que lo hablará con sorprendente fluidez. Y podrá entender lo que los locales no quieren que sepan nuestros ingleses infiltrados en su comunidad.

Escuchar conversaciones. Así como mi padre leía telegramas, yo tenía que escuchar conversaciones. No sé qué podía ser más aburrido y enervante. Qué extraño es eso que llaman el *tiempo de paz*. Mientras hay guerras y revoluciones, se leen telegramas y los que los leen terminan como mi padre, a dos metros bajo tierra. En «tiempos de paz» se escuchan conversaciones. Y ¿cómo se termina?

—Es muy importante que no llame la atención más de lo que ya la llamará, con su hijo, Zahid y un coche rojo.

¡Mi hijo viajaría conmigo! ¡Zahid también! Y ¿un coche rojo?

—Estarán Zahid y el coche aquí mañana por la mañana. Embarcará en el crucero desde Southampton, y en un día y medio estará en Lisboa. Con el coche ha de viajar hacia Estoril y alojarse en el hotel Palace de esa ciudad. Es *palace* solo en el nombre, le advierto, en todo lo demás es cochambroso. Pero lo más importante es que asuma con total naturalidad que se le aproximen ciudadanos de nuestra nacionalidad.

—*Hello, how do you do?* —dije interrumpiéndolo de nuevo e interpretando el típico saludo inglés. Él sonrió.

—No se alarme ni se haga preguntas si no aparezco para darle más indicaciones ni ofrecerle explicaciones. No se sobresalte con los cambios que va a experimentar. De momento no podemos desvelarle nada sobre qué o quién es exactamente necesario que nos informe. Solo podemos pedirle que hable, que se interrelacione, que conozca la mayor cantidad de gente vinculada a esa colonia de ingleses.

Me quedé con la taza de té en la mano. Se enfriaba, pero mi cabeza no paraba de analizar sus palabras. Era una misión en toda regla. Apenas había recuperado mi salud, Mr. Higgs y su organización acudían a mí para involucrarme en algo que parecía muchísimo más serio y peligroso que

cualquiera de los acontecimientos vividos en Calcuta. Portugal no iba a ser una fiesta, aunque precisamente tuviera que acudir a muchas o incluso dar alguna yo misma.

El encuentro con Zahid fue tan emocionante como abrazar a mi hijo. También estaba rejuvenecido y lloroso, se alegraba mucho de mi recuperación e intentaba decirlo en un absurdo portugués, casi tan malo como el inglés que hablaba, que demostraba que había hecho un esfuerzo por aprenderlo y que Mr. Higgs también le había dictado instrucciones. Subimos a Johnny, lo colocamos entre los dos en el rojísimo, monísimo Austin 7. Y partimos, juntos, como las últimas palabras de mi padre: una y otra vez.

CAPÍTULO 20

UNA PELIRROJA CON COCHE ROJO

Abordamos uno de los barcos portadores de bananas de la línea Yeoman en Liverpool. Las bananas eran una de las pocas frutas que podía comer, y verme pelar una hacía reír a mi hijo de una manera adorable. En las bodegas del barco, mi Austin 7 parecía una joya muy apetecible y tenía miedo de que alguien lo robara o lo arrojara al mar. Así que Zahid, Johnny y yo hacíamos guardia para asegurarnos de que estuviera bien. Cuando descendimos en Lisboa, me maravilló el sol, los olores del puerto, muchísimo más civilizados que los de Calcuta y el mismo Liverpool. Pero lo que realmente me gustó fue que podía entender todo lo que oía a mi alrededor.

La gente hablaba de que en cualquier momento lo que estaba pasando en la vecina España terminaría afectando la normalidad de las cosas en Lisboa y el resto del país. «Subirá el aceite, habrá menos comida», decían mientras descargaban nuestro equipaje y los sacos y sacos repletos de bananas. «En España no saben qué hacer con ellos mismos», decían los hombres del puerto. Para mí era como si acabara de entrar en una película, donde entendía los diálogos, pero desconocía totalmente el argumento.

Fuimos sin demora al hotel Palace. Apenas cruzamos su majestuoso vestíbulo, con pequeñas grietas en las paredes y fisuras al pie de las columnas pintadas de dorado, entendí que Lisboa era una ciudad de apariencias. Algo de lo que yo poseía un conocimiento casi innato. Las capas de apariencia en las que se ocultaba Lisboa demostraban su propia supervivencia. Una vez fue originalmente bella y poderosa, como una mujer bonita que sabe que la vida hará lo imposible por arruinarla y ella decide demostrarle que tiene armas con las que luchar. Hasta que deja de tenerlas y solo le queda el maquillaje.

El gentil hombre en la recepción nos recibió con un inglés precario y repleto de errores. Zahid prefirió hacer él las presentaciones en su portugués igualmente accidentado. Y yo fingí en todo momento no estar allí, sino preocupada de las tonterías que decía o hacía mi hijo, mientras observaba a través de los reflejos en los cristales y espejos todo lo que nos rodeaba. No había nadie que no fuera blanco en el recibidor. Como les gustaba tanto lo inglés, la decoración y el vestuario de los presentes eran tan irremediablemente *british* que todos podrían ser miembros de esa colonia inglesa que venía a investigar. Los señores se tocaban el ala del sombrero o se descubrían al toparse con mi mirada; las señoras me observaban y revisaban todo mi vestuario; y yo aprovechaba para ceñir aún más mis guantes de conducir, porque sabía que eso las asombraría y causaría respeto. Tan joven, con un hijo, un criado que hablaba portugués con acento hindú, pelirroja y conductora. Iban a hablar de mí esa tarde en el té de la embajada o en el club de cartas.

—Propietario invita a ver habitaciones alojarnos —medio entendí que quería decir Zahid, empeñado también en hablarme en portugués y al final mezclarlo todo.

—La mejor habitación queda libremente en setenta y cinco escudos diurnos —expuso a su vez en un mal inglés el

gerente, no el propietario, como había dicho Zahid.

—Diarios —corrigió Zahid, repentinamente muy académico con el inglés.

Subimos a verla. Y era hermosa, con una magnífica vista sobre la ciudad y su avenida principal hasta alcanzar a ver un poco del río y su salida al mar. Iba a llover y Lisboa me pareció como una ciudad donde llorar y ver llover a veces podrían ser la misma cosa.

El cuarto disponía de su propio baño, una de las toallas tenía las letras con las iniciales del hotel ligeramente deshilachadas. Una cama muy amplia y otra de menor tamaño separada por un pequeño tabique. Un escritorio, que necesitaría para redactar mis cartas de presentación cuando empezara a conocer gente, un buen sofá, cuyos cojines perdían color, y un importante guardarropa, que podría llevarme años llenar con trajes.

—Decisivamente obligatorio revisar habitación mejoría precio —intentó decir Zahid, y el gerente levantó su quijada como si fuera Mr. Higgs haciendo de Mr. Higgs en una mala película.

Contuve mi risa mientras descendíamos por la amplia escalera, con su moqueta de estampado floral que perdía definición y colorido. Unos pisos más abajo vimos una habitación similar, pero con todo más reducido. Sin escritorio y con un armario como recién sacado de una casa de muñecas. Y con un baño donde Zahid encontró dificultad para entrar y salir. «Sesenta y cinco escudos», dijo el gerente sin atreverse a entrar al recinto. Hice un rápido cálculo mental, las cantidades que ofrecía probablemente no llegarían a una libra esterlina, pero todo mi presupuesto consistía en las treinta libras que mi horrible marido había consentido en darme para la manutención de nuestro hijo. Y una cantidad nunca esclarecida por Mr. Higgs. Aunque las

matemáticas no han sido jamás mi fuerte, sabía que este precio tampoco podía sostenerse.

Bajamos un piso más. Y los crujidos de la escalera nos hicieron comprender que no solo descendíamos una planta, sino que iniciábamos un descenso hacia lo terrible, lo sobrenatural. En efecto, el cuarto que vimos podría estar perfectamente ubicado en una galera de principios de la humanidad. Todo parecía estar cubierto de humedad. No vi ninguna gotera, pero claramente las había por la cantidad de vasijas que se esparcían como una esmerada decoración en sus escasos metros. Me aproximé a verlas porque tenían unas hermosas flores esmaltadas en su exterior. Y en su interior, unos peligrosos seres vivos me miraron directamente por si osaba acercarme más. No grité, porque entendí en ese momento que ese sería uno de los primeros peligros que conocería en Portugal.

—Esta habitación, veinte escudos día —sentenció Mr. Quijada Altiva, como preferí llamarlo.

—Gracias todas, señor *management*. Aceptaremos la cámara primera —empezó a decir Zahid, y me asusté un poco, no estuviera confundiendo la habitación que de verdad podíamos pagar—. Solo condición que entienda cómo sabiendo estado otras nosotros no hacer publicidad fea establecimiento.

Quijada Altiva se dignó a bajarla y mirar directamente a los ojos a Zahid.

—Nuestro silencio muy importante para salud decrépito hotel. La señora Fox importante escritora de viajes. Cuando ella publicite animales dentro cerámica esmaltada, su hotel *kaput*. Así que dejarnos primera habitación por precio de esta. Veinte escudos diariamente.

Quijada Altiva arrugó sus dedos convirtiendo sus manos en unas garras como de Nosferatu. Retorció algo detrás de sus dientes y consiguió expulsar un sí. Afirmativo, aceptaba

nuestra propuesta. Zahid ordenó que nuestro equipaje subiera a esa habitación de inmediato. Y entonces Quijada Altiva tuvo el detalle más insólito de todos y nos lo comunicó por fin en inglés de corrido.

—Me encantaría ofrecerles los servicios de una de nuestras empleadas para que cuide del niño. Tan solo por tres escudos más. Su nombre es Palmira.

Zahid estuvo de acuerdo. Yo, un poco menos. Pero cuando todas nuestras cosas estuvieron bien colocadas en ese magnífico guardarropa de la habitación superior, vi a Palmira como un ángel. Solo hablaba portugués, pero mi hijo de inmediato la aceptó y había que reconocer que Johnny había heredado lo peor de su madre y de su padre: la innata necesidad de examinar a cualquiera para saber si podía o no entregarle su confianza. Palmira lo bañó, lo volvió a vestir, me ayudó a organizar algunos de mis trajes y separar los que necesitarían alguna reparación. Y también congenió con Zahid, que se hacía entender a través de su crudo portugués con muchísimos gestos que traicionaban un amaneramiento hasta ahora desconocido. Pero esto divertía a Palmira y dejaba quizá demasiado clara la naturaleza de nuestra relación. Mujer joven con hijo acompañada de sirviente afeminado. Y pelirroja.

—Muchas precauciones que tomar, señora —me dijo Zahid una vez solos—. Palmira contar a su familia todo lo que vea.

—¿Familia?

—Quijada Altiva hermano de Palmira. Vigilar muy bien lo que dejamos ver a ojos de otros. Lo que digamos entre nosotros, sobre todo nunca dejar ver hacer llamadas de teléfono.

—Eso va a ser difícil, Zahid, porque tengo que hacer muchas llamadas todos los días para que sepan que estoy aquí.

—Hágalas temprano, despierte a la gente. Antes que Palmira preparar la habitación y dar desayuno al pequeño.

Lisboa, pese a ser una ciudad proclive al desorden urbanístico, era absolutamente fascinante. Uno se siente dentro de una historia. Claramente era una ciudad perfecta para ser espía, amante, prostituta de lujo, poeta, exiliada, cantante sin voz, mujer mantenida o heredera sin fortuna. Debe de ser la proximidad del agua, tanto la del río Tajo como la inmensidad del océano Atlántico, lo que la hace ser tan líquida antes que terrenal. Pareciera estar a punto de desaparecer, como una nueva y agobiada Atlántida, pero no de golpe, sino todos los días. Un hundimiento completo y absoluto cada atardecer. Pero aun sumergida, no moriría, mantendría su mismo espíritu y sus habitantes nadarían en vez de caminar por sus angostas y empinadas calles.

Era una suerte que esos habitantes, todavía andando, gustaran de vestirse tan a la inglesa, porque mis ropas no desentonaban para nada. Eso era por las calles, pero Mr. Higgs había dejado explícitamente claro que era obligatorio acudir al colmado de la colonia inglesa por lo menos una vez al día. Y justo en ese ambiente, tan reivindicativamente británico, todos los ojos se dirigían a nosotros apenas entrábamos. A decir verdad, Zahid se empeñaba en vestirse con un uniforme de servicio de su creación, casaca azul marino, pantalón rosado y turbante naranja, y esa sería la razón de la mayoría de las miradas. Pero yo sabía que observaban esperando una señal por nuestra parte, algo que les indicara que tenían, o bien una información que ofrecernos, o alguna que extraer de nosotros.

Nos habituamos a ir a esa tienda de comestibles hasta tres veces por día. Nos inventábamos excusas como la de que, una vez que regresábamos al hotel, descubríamos que nos hacía falta algo más y debíamos volver. Que prefería hacerlo en compañía de Zahid porque a veces los paquetes

eran muy pesados. Inventábamos cualquier tontería para cumplir con la premisa de Mr. Higgs: pasar la mayor cantidad de tiempo en aquel comercio.

En la tienda de comestibles, pese a estar dirigida por y para ingleses, escuchaba hablar continuamente sobre lo que sucedía en ese Portugal en el que ahora vivía, en 1935. Después de un periodo, digamos, turbulento tras la Gran Guerra, muchas veces sumido en la anarquía, el país había encontrado una especie de equilibrio, a veces precario, de la mano de un poco conocido profesor de Economía Política de la Universidad de Coímbra, António de Oliveira Salazar. Cuando su nombre surgía en las conversaciones, seguía un silencio. Algunas veces escuché que le agradecían el final de tiempos políticamente confusos. Valoraban que su poder sirviera para proteger Portugal del comunismo, pero algo en ese silencio después de su nombre me hacía pensar que las formas para defender el país de esos peligros implicaban un régimen acostumbrado más al uso del terror que a la auténtica democracia. En la radio, a cualquier hora del día, podían escucharse sus discursos, largos y expresados en una voz monocorde, alertando de la poderosa influencia de Rusia y de cómo el comunismo quería apoderarse de las maravillosas tierras que formaban parte del Estado Novo, como bautizaría a su régimen y la Constitución hecha a medida. En esa época todavía eran muchas, incluyendo Angola en África, y Salazar enfatizaba que el gran país tenía más de dos millones de kilómetros de extensión. Decía la cifra exacta —dos millones ciento sesenta y ocho mil setenta y un kilómetros cuadrados— al tiempo que atacaba a todos aquellos que «importaban ideas anticolonialistas a nuestro territorio, que ha ofrecido civilización y desarrollo a todas sus colonias en el mundo».

Mucha gente en la tienda de comestibles sí se permitía opinar sobre esos dos millones de kilómetros. Sobre todo los

portugueses que se mezclaban entre los ingleses para darle un aura más normal al ultramarinos más concurrido de la ciudad. Unos decían que esos kilómetros eran un orgullo y demostraban la inteligencia y capacidad de conquista del país, «mucho mejor que la española, que no ha podido retener nada, y Portugal aún tiene Angola y partes del Brasil». Otros esgrimían que lo único bueno de tener tanta tierra fuera del país era que serviría de refugio cuando el terror y el caos regresaran a tierras lusas.

No era precisamente tranquilizador analizar esas conversaciones. Era evidente que Salazar se afianzaba gracias a la influencia de la religión católica, que se expandía por todos los rincones posibles. La gente se persignaba continuamente y ofrecía bendiciones todo el tiempo. El culto a las vírgenes era asombroso; algunas de ellas contaban con una devoción que rayaba en el fanatismo —se creía en sus capacidades milagrosas—, y las iglesias siempre estaban llenas, a cualquier hora y todos los días. Palmira me preguntaba si Johnny sería bautizado en las «lindas iglesias de Lisboa, *senhora*».

—Me permite hacerle una sugerencia para sus compras, señora… —empezó la voz agradable, más aguda que grave, perteneciente a un desconocido en la tienda de comestibles.

—Fox, Rosalind Fox, pero puede llamarme Rosalinda como prefieren aquí —dije.

Era un hombre pequeño, con gafas, chaqueta verde y camisa blanca con una corbata azul marino con caracoles verdes estampados. Siendo muy clásico, había un punto estrafalario. Buena calidad, maneras refinadas sin ser afectadas.

—Valentine Williams, otro inglés expatriado —dijo él, y claro que supe quién era. Aunque no fuera mi estilo de literatura, ¿quién no había leído alguna vez en su vida una de sus novelas de detectives? *The Man with the Club Foot*

quizá le suene a más de uno, porque sería de las primeras veces que en las novelas de ficción se serializaba un personaje. Claro que sabía quién era. A pesar de que debería tener una cierta edad, mantenía una apariencia atlética, joven sin ser juvenil, atractiva.

—Señor Williams, debo reconocerle que no soy una lectora asidua de sus novelas de detectives, pero me encanta conocerlo aquí.

—Es difícil no reparar en usted. Por su sirviente. Y el pelo rojo. Yo también fui pelirrojo, pero creo que los cañones de la revolución en este país en el año diez, y luego las guerras y mis columnas en el *Daily Mail*, hicieron lo que pudieron para volverlo escaso y más bien descolorido —continuó él, haciendo un elegante repaso sobre su increíble vida—. Me asombra que se empeñe en desenvolverse sola en una ciudad como Lisboa. He observado que le encanta este ultramarinos.

—Soy muy olvidadiza, y con un hijo, la verdad es que siempre hace falta algo en la casa.

—¿Por qué no viene esta noche a una cena en casa de los Castelo-Branco? —soltó sin dejar de mirar dentro de mis ojos.

Conocía el nombre, igual que las novelas de Williams; todo el mundo en Portugal se ponía en guardia, atento, al escuchar el apellido Castelo-Branco. Eran dueños de todo. Bancos, periódicos, incluso una de las bananas llevaba su nombre estampado sobre la cáscara.

—Es una fiesta por el cumpleaños de algún miembro de los Castelo-Branco. Pasaré a buscarla a las seis y media.

—Espere, no, no estoy acostumbrada a aceptar invitaciones de…

—No somos extraños, señora Fox. Tenemos más de un amigo en común —dijo él alejándose.

CAPÍTULO 21

UNA FIESTA DE LA ALTA SOCIEDAD

Zahid puso todo tipo de reparos sobre Valentine Williams mientras observaba los tres absurdos vestidos que tenía. «Escritores no son gente fiable», decía mientras yo pensaba que no podía repetir mi truco del disfraz de amazona, en primer lugar porque la maternidad me había dejado de recuerdo una copa más de busto. Y al mismo tiempo me preguntaba dónde habría conocido Zahid a un escritor para pensar de esa manera.

«Cuidado con ingleses de tienda comestibles, muchos burlarse de nosotros», repetía Zahid, y miraba mi cuerpo en el espejo empañado. ¿Cómo podía Zahid darse cuenta de que esos ingleses nos deseaban el mal? «Cuando vean llegar señora con escritor detective, ellos pensar que buscar manera de arreglar su vida en esta ciudad».

—Zahid, deja de decir sandeces y concéntrate en esa película de Joan Crawford que has visto y de donde debemos imitar un traje para lucir decentes en esa fiesta.

Zahid se metió dentro del guardarropa y salió con un viejo traje camisero azul marino, bastante largo.

—Palmira y yo convertir esto en algo presentable —dijo.

Me dio terror. Podrían destrozarlo y ser mucho peor. Pero poco podía hacer, Johnny empezó a llorar pidiendo su

almuerzo y Zahid ya corría por las escaleras hacia Palmira para confeccionar un cruel remedo de lo que imaginaba sería un exquisito traje vestido por Crawford en la gran pantalla.

Cuando regresó, seguía siendo el mismo vestido, el mismo color, solo que sin mangas y con un nuevo tipo de cuello. Y en la parte inferior llevaba cosido una especie de felpudo de lentejuelas.

—¡Dios mío, cuánto os debo a ti y a Palmira! —le agradecí. Zahid no me hizo caso, preparó el baño, arregló algunas cosas sobre el escritorio mientras Johnny miraba todo embobado. Estaba en sus manos para bañarme, peinarme, maquillarme. Y la verdad, cuando estuve lista me vi como si Joan Crawford rejuveneciera tan solo por ser pelirroja.

Valentine vino a buscarme en un coche blanco con los asientos rojos y vestido con un esmoquin también blanco y pantalones azul marino. Se sonrió; la verdad es que hacíamos una pareja sensacional. La gente nos miraba y recordé que Mr. Higgs me había advertido de no llamar todavía más la atención. Valentine también olía delicioso. Sería al menos unos treinta años mayor que yo, pero su edad no se evidenciaba. Estaban allí, los años, la experiencia, y cualquiera podría averiguarlo con tan solo casar la fecha de su primera publicación, pero no eran obvios.

—Debería advertirle que los Castelo-Branco gustan de las personalidades excéntricas. Distintas, si entiende lo que quiero decirle. Además, no es algo inusual en Lisboa, señora Fox.

—No, no, llámame Rosalind, Valentine —le indiqué con mi mejor sonrisa. Y él la devolvió apartando la vista de la conducción.

En la noche lisboeta empezaban a despertarse los olores, un poco de gasolina, almendras tostadas, lirios y magnolias, un poco de miel y alcohol, y los cantos hondos de los fados se mezclaban con los rezos de las iglesias.

—Le decía que Lisboa es como muchas ciudades portuarias, refugio de mentes disipadas o desesperadas, o ambas simultáneamente.

—Y tú aprovechas para escribir y definir los personajes de tus novelas. —No pensé mucho por qué lo tuteaba.

—En alguna ocasión. Aquí, al igual que tú, tengo algo que averiguar. Y proteger.

Me estremecí, aunque evité que lo notara. Éramos iguales. Mr. Higgs era, lógicamente, a quien se había referido como amigo común. Y cualquier apuesta por un romance —por qué no decirlo claramente— entre nosotros empezó a esfumarse como la luz mortecina de las farolas.

—La hija de los Castelo-Branco está enamorada de un poeta muy peligroso. Nos debemos referir a él bajo un código, jamás por su nombre. Lo llamaremos Ilíada.

—¿Cómo puede ser peligroso un poeta?

—Por su popularidad en este país. Sus lectoras son legión y sus poemarios, por increíble que parezca, se agotan a pesar de que ninguna editorial se digne a publicarlos para no buscarse problemas con el régimen.

Hizo una pausa para que disfrutara de las vistas sobre la ciudad a medida que ascendíamos por el Barrio Alto. A pesar de que existían otras zonas más elegantes para que los Castelo-Branco edificaran su mansión, al parecer el Barrio Alto había estado ligado a la familia desde sus remotos inicios. Las vistas eran sobrecogedoras, más ahora que empezaba a saber más de nuestra misión. Descubrir sus peligros al mismo tiempo que titilaban las luces del puerto, el brillo del agua supervisado por la luna, me hizo sentir

segura y excitada. Si todos los peligros iban a venir acompañados de ciudades tan bellas, bienvenidos fueran.

—Ilíada —continuó Valentine— ha publicado dos artículos contra el régimen en diarios británicos y estadounidenses. Un amigo suyo, quizá mucho más que un amigo, está desaparecido desde hace meses. Y es probable que lo mismo le suceda a Ilíada. ¡Si no fuera porque los Castelo-Branco son intocables por su dinero!

—Pero si no son ingleses, ¿por qué tenemos que involucrarnos nosotros? —pregunté, aunque apenas lo hice sentí cierto arrepentimiento.

Valentine ni se inmutó, siguió ascendiendo por esas calles empinadas y estrechísimas donde a veces el coche tenía que «adelgazar» para adentrarse. Veía a la gente vestida a veces de forma elegante y otras harapienta. Niños que parecían pedir dinero a las puertas de las iglesias, acompañados de mayores lisiados o ciegos. Perros que avanzaban solos y delgados, y gatos que saltaban de muro en muro. Tiendas que cerraban y señores con abrigos de invierno que pasaban una y hasta tres vueltas de llave en sus puertas. Jóvenes cogidos de la mano que las separaban al recibir la luz de los faros de nuestro coche.

—Yo no busco ingleses. Esa es tu parte, tu misión. Yo tengo que apartar a la hija de los Castelo-Branco de Ilíada.

—¿Y qué pasará con él?

—Ese no es nuestro problema, Rosalind.

La entrada de Villa Dolores estaba obstruida por la cantidad de vehículos. Un par de chóferes, con librea y gorro, intentaban levantar uno de esos inmensos coches para dejar espacio al nuestro; al final Valentine decidió dejarlo aparcado dos calles más abajo. Era un peligro, un coche tan elegante, a su suerte, en un barrio tan débilmente iluminado. Cuando entramos, todos los criados eran negros, vestidos con blanquísimos uniformes y guantes. Saludaron a

Valentine por su nombre, como si fuera un habitual. Qué tonta fui al sorprenderme, cada vez que se repetía este momento en las noches que salimos juntos, blancos, negros u orientales, todos los sirvientes conocían su nombre.

Villa Dolores era algo que jamás había visto. Ni siquiera el recuerdo de la Casa Palacio de Calcuta podía comparársele, porque si en la Casa Palacio había espacio y un remedo de esplendor, en Villa Dolores había derroche, dinero, lujo, pero con nada de aproximación ni copia. Era lo auténtico. Era bueno. Y caro. Entendí que Lisboa es decadencia y exuberancia, todo al mismo tiempo.

Las escaleras, los cuadros de miembros de la familia, pero también tapices con temas vinculados a las colonias portuguesas: negros envueltos en pieles de león o leopardo aceptando dádivas de personas blancas vestidas de forma ridícula con mallas y escudos, aceptando grandes semillas de cacao bajo árboles de caucho con raíces interminables, intercambiando pesadas cruces o Biblias exageradamente grandes. Tenían que ser grandes porque los gobelinos abarcaban paredes de más de seis metros de largo.

—Señor Williams —era una voz de niña, pensé que la mía sonaría igual cuando vivía en Calcuta—. ¡Oh, señor Williams!, qué alegría que haya decidido venir. Y en tan agradable compañía —dijo dirigiéndose a mí, candorosa, vestida con el traje blanco más bonito que hasta entonces había visto. Educada, fina, un primor de señorita, la heredera Castelo-Branco, sin lugar a dudas.

—La señora Fox acaba de instalarse en Lisboa —me presentó el señor Valentine Williams, la personalidad que el escritor adquiría cuando estaba en sociedad—. Rosalind habla muy bien vuestro idioma y pasará con nosotros alrededor de un año estudiándolo un poco más.

—¡Oh, qué bien, qué alegría! Soy Catalina Castelo-Branco, señora Fox. ¡Qué joven para ser *senhora*! —dijo en

portugués. Iba a darle una sucinta explicación, pero ella continuó—: Tiene que escuchar a Francisco. Su recital va a empezar ahora mismo.

La seguimos a través de los salones saturados de muebles para acoger a familias enteras, sofás redondos, butacones que parecían columpios para sostener media docena de personas, mesas repletas de orquídeas y fotografías de grandes personalidades. Una biblioteca que podría estar dentro de una universidad, dos pianos para dos orquestas diferentes. Las paredes cubiertas de sedas, amarillas en un salón, verde saltamontes en otro, rojo encendido en el siguiente y finalmente morado obispo en el recinto donde empezaban a aglutinarse todos los clientes de la tienda de víveres, debidamente ataviados para parecer otros siendo los mismos.

Francisco, nuestro Ilíada, otro primor juvenil, con su pelo oscuro enmarañado alrededor de su cabeza pálida, los ojos negros, la nariz romana y los labios rojos, parecía estar cubierto por una pasión que le servía de atuendo. Seguramente sus lectoras compraban sus libros porque los editores, con ansia comercial, incluían una fotografía suya en las páginas. Por mala que fuera la impresión, esa belleza romántica seguro que resaltaba. Catalina me hizo sentarme a su lado mientras Valentine se dedicaba a saludar a algunos de los ingleses de la tienda de víveres. Todos me observaban sin ningún disimulo.

Francisco recitó a varios poetas portugueses, sobre todo a Pessoa, que ya era un nombre conocido, y un completo catálogo de Keats, Milton, Shakespeare y, para mi deleite, Kavafis. Recitaba en un portugués maravilloso, una voz a veces ronca, otras realmente sublime. Y actuaba, un poco, con cierto afeminamiento o exageración, pero cada vez que lo hacía el aplauso se incrementaba. Catalina dejó escapar algunas lágrimas, sobre todo en los sonetos de Shakespeare

y en la descripción de la muerte de Ofelia extraída de *Hamlet*, que Francisco tuvo a bien dedicarle.

Hubo un intervalo, Ilíada se ausentó del escenario y Catalina vino rauda a mi encuentro.

—Su opinión es la más importante de la noche —me dijo mientras me acompañaba a servirnos un ponche.

—Todas sus palabras parecen dirigidas a usted, aunque sean sonetos de otros tiempos —le dije.

—No es fácil explicar lo que siento por él, senhora Fox. Francisco tiene muchos enemigos. Quiere publicar un artículo en un diario extranjero sobre los viajes de Salazar a Alemania —explicó, sirviéndose despreocupadamente hasta que sus propias palabras la hicieron callar. Había hablado de más.

—Es increíble como en todos los países que conozco el ponche siempre es más rico y refrescante que el que hacemos en Inglaterra —improvisé, al tiempo que los camareros hacían sonar campanillas para anunciar que se reiniciaba la actuación.

Aunque disfrutaba del recital, entendí que mis ojos debían seguir pendientes de todo lo que pasaba en la velada. Una buena parte de los hombres abandonaron el salón para reunirse a fumar en la biblioteca. Valentine fue con ellos, pero de vez en cuando asomaba su cabeza para seguir el curso de la actuación. Unas veces lo hacía solo y otras con un rechoncho personaje, vestido con un frac de años pasados, que apretaba todas las partes comprometedoras de un hombre pasado de kilos. Se asomaban, miraban algo, seguramente que siguiéramos las mismas damas, y volvían a la biblioteca. Los camareros entraban y salían, distribuyendo bebidas y comida, reponiendo ceniceros, y uno de ellos, en especial, se esmeraba en recomponer los cojines que quedaban aplastados por el peso de las espaldas y bajas espaldas de

las señoras. Me pareció divertido. Era tan joven como yo, tenía un bello perfil y larguísimas pestañas. Y ese gesto peculiar y nervioso para que los cojines no perdieran su abultado mullido.

Finalmente, Francisco dejó escapar una especie de aullido, que entendimos como el ansiado final de su recital. Catalina no pudo contenerse y corrió a besarlo en la frente, los labios y finalmente las manos, mientras se arrodillaba ante él. Una demostración un tanto desenfadada de su admiración. Los hombres volvieron de la biblioteca aplaudiendo mientras las damas comentaban entre ellas o revoloteaban delante del poeta. Una voz pomposa anunció en portugués que la cena estaría servida en instantes en el comedor, mientras dos chicos muy agitados se sentaron delante del piano para improvisar. La música sirvió de cortina para aplacar el ruido de las conversaciones. Por proximidad a los novios, los escuché pactar en susurros un encuentro en «la otra ala de la casa» antes del primer plato. Valentine no apartó sus ojos de mí.

En efecto, una vez que los camareros, entre ellos el experto en abultar cojines, retiraron los boles de plata rellenos de rodajas de los limones más amarillos que haya visto, usados para limpiar nuestros dedos de los restos de las exquisitas nécoras ya abiertas y pulcramente preparadas, Catalina fingió un dolor de cabeza y recorrió la larguísima mesa de casi treinta personas despidiéndose de uno en uno. Cuando estuvo cerca de mí, susurró con su voz de niña: «Ojalá podamos coincidir más calmadas y recorrer los bares de fados con Francisco; los conoce todos». En ese mismo momento, Francisco se levantó para acercarse a Catalina y el camarero de los cojines tropezó con ellos, dejando un poquito al descubierto que los enamorados se ausentaban prácticamente al unísono.

Valentine abandonó a su compañera de mesa para sentarse a mi lado después de los postres. Como tengo que mantener una dieta de pescado y alejada de la fibra y los cítricos, evité el exquisito arroz con bogavantes que presentaron como principal, pero remarqué que un plato semejante en Inglaterra tendría un olor muy comprometido para un comedor de ese calibre social, y sin embargo resultó ser un perfume embriagador, sazonado por hierbas mediterráneas o pinos del Atlántico. Era un espectáculo no solo ver cómo entraban las maravillosas bandejas de comida y las servían, sino cómo estaba decorado el propio arroz con gigantescos caparazones de langosta, protegiendo y cocinando el grano debajo.

—Tengo la impresión de que se habrá aburrido soberanamente en esta reunión de ricos portugueses, señora Fox —expuso Valentine, que ahora me hablaba de usted, apenas se sentó a mi lado.

—Al contrario, me lamentaba de no haber probado el arroz. Ni los vegetales de la guarnición ni el cordero.

—Oh, va aprendiendo rápidamente las costumbres de aquí. Les encanta hablar de comida.

—Porque saben mucho de ella.

—Bueno, hay opiniones. Los países que hablan de comida son aquellos que no tienen buenas lecturas que compartir. —Se rio de su propio pensamiento y consumió de un golpe dos copas de vino blanco.

—Algún día la comida se considerará parte de la cultura. Y puede que sea más importante que los libros, señor Williams.

—¿Algún día? Ya lo es ahora mismo, los libros están muertos. Nadie lee algo interesante. He escrito dos novelas sobre Jesucristo y las he publicado bajo seudónimo, porque mis editores me advirtieron que no volvería a vender una novela de detectives si me descubrían como escritor serio. A

la gente no le interesa la cultura, señora Fox. Le interesa lo que pueda consumir rápidamente. Como la comida, los bailes. El cine, que es el demonio, créame.

No podía estar muy de acuerdo con sus puntos de vista, pero era innegable que Valentine tenía un encanto especial para establecer sus comentarios. Volvió a beber, se notaba que cada copa le hacía ornamentar más eficazmente sus opiniones.

—¿Se ha dado cuenta de que soy el único varón de toda la fiesta? —dijo.

No era cierto, había una exacta proporción de señoras y señores tanto en la mesa como en los salones, donde se servían el café y los combinados. Me reí para no decirle que mentía.

—Lisboa es la capital de Europa, bueno, del mundo occidental, con el mayor porcentaje de afeminados del planeta.

Oh, a eso se refería.

—Todos los señores que ve y cree casados con las señoras no lo están. Dentro de poco los nenúfares que tocaron el piano volverán a hacerlo, pero esta vez con ritmos más populares. Algunas parejas se levantarán, pero al cabo de un rato verá cómo las señoras bailan entre ellas y los hombres salen a fumar. Y a perderse por los jardines…

—¿Lo saben los señores Castelo-Branco? —pregunté, considerando que hacía la pregunta correcta y civilizada.

—Por favor, lo potencian. Más la senhora Branco, que intenta así descubrir cuál es el favorito de su marido esta semana.

Volví a reírme. En ese momento descubrí que un poquito de —¿cómo llamarlo?— decadencia me hacía reír. Y sonrojar. Y que la mezcla me entretenía.

—Venga, señora Fox. Habrá visto cosas peores en Calcuta.

Y tanto, señor Williams, quise decirle.

Recorrí los salones donde, en efecto, los nenúfares, como tan groseramente se había referido Valentine a los chicos pianistas, desplegaban sus talentos versionando canciones populares de la temporada. Me vi inmersa en un foxtrot delicioso junto a uno de los ingleses de la tienda de víveres y a una mujer mayor que yo, pero maquillada para verse menor. Me reí, seguí bailando y comprobando que era cierto que las mujeres nos quedábamos solas y los hombres se convertían en colillas que viajaban por encima de los arbustos del jardín.

El señor Castelo-Branco, un poco bebido, simpático, bonachón, parecía buscar algo en el salón morado.

—¿Puedo ayudarle? —pregunté.

—Oh, no, senhora Fox, creí dejar un objeto olvidado aquí. Sin duda, mañana lo encontrarán…

—¿Este mechero, quizá? —dije tomando un carísimo encendedor atrapado entre los mullidos cojines de uno de los sofás.

El señor Castelo-Branco lo vio como si un trozo de su fortuna se evaporara delante de él. Lo tomó de mis manos y me pidió que me sentara un segundo. Habló de la fiesta, de si me había gustado, de mi opinión sobre Lisboa, de qué joven era para ser ya una *senhora*.

—Su hija me hizo el mismo comentario.

—Mi hija es un grave dolor de cabeza, querida senhora Fox. —Inclinó el rostro para enterrarlo en sus manos y acariciarse las sienes—. Puede verse envuelta en un importante peligro —dijo de pronto, miró el mechero, soltó un largo suspiro, se incorporó y marchó.

Quise seguirlo, por instinto. Porque no tenía otra cosa que hacer. Porque una pequeña vocecita me decía que, en una fiesta de ese tipo, aquella era la hora en que cosas sin mucho sentido empezarían a suceder. Villa Dolores no solo tenía salones y muebles, sino recovecos, y el señor Castelo-

Branco rápidamente se esfumó entre una puerta y una escalera, como si fuera un fantasma que regresa a su antigua casa. Subí por la escalera, rodeada de retratos de ancestros Castelo-Branco, algunos francamente toscos de aspecto, pero la mayoría fieles a retratarse vestidos como si fueran lores ingleses. Incluso alguno vestía un *kilt* escocés. No hay nada más simpático que las rarezas de los ricos. Apenas pisé el segundo piso, escuché ruidos, pisadas rápidas, un par de puertas que se abrían y cerraban. Y el llanto de una niña.

Tras un largo pasillo, aparecían tres puertas diseñadas para simular una encrucijada. Decidí abrir la del centro y Catalina se sobresaltó al verme allí. Se levantó y vino derramando lágrimas a abrazarme.

—Sabía que esto podía pasar, ¿por qué nunca nos enseñan que podemos ser rechazadas? —dijo. Las palabras salían entrecortadas por sus llantos. No sabía qué responder —. Tengo miedo por él. Salazar ha pedido a mi padre que se aparte de mí, pero mientras yo esté a su lado, no se atreverán a hacerle nada —confesó en un delicadísimo susurro.

—¿Y dónde está ahora?

Movió su cabeza de un lado a otro. Entendí que no me lo dijera, porque pondría aún en más aprietos a Francisco.

—Íbamos a escapar esta noche. Siento haberle mentido sobre los fados, jamás íbamos a verlos juntas. —No pudo contener un ataque de llanto y fue hacia la terraza. Bajo la poquísima luz consideré que se trataba de su habitación, decorada como si fuera la suite del mejor hotel de la ciudad, con bustos romanos y algunos cuadros interesantes. Sobre el escritorio alcancé a ver un mapa de la ciudad marcado con círculos—. No debería estar aquí, amiga. Es peligroso para usted. Hay hombres de Salazar camuflados en la fiesta. Se hacen pasar por ustedes, quiero decir, contratan a ingleses

para que nos espíen, para saber quiénes estamos con el régimen. Y… quiénes no.

Tocaron a la puerta. Las dos sentimos nuestra sangre congelarse. Pensé que no sería mala idea asumir lo que estábamos haciendo, una charla privada entre nuevas amigas, ¿qué sospechas podría levantar eso? Pero era Francisco. Muy cabizbajo, sus ojos enrojecidos de llanto. Catalina se abalanzó sobre él a cubrirlo de lágrimas y abrazos, y como estaban delante de la salida, preferí refugiarme en la terraza. La puerta corredera se atascó y no conseguía cerrarla. Podía escuchar lo que se decían. Me puse al lado izquierdo para evitar que me vieran.

—No quiero involucrarte más, Catalina.

—Me da igual. Mi padre es la única persona a la que ese déspota no puede sobornar. Mientras estés bajo nuestra protección, seguirás vivo, Francisco.

—Me estoy traicionando. Soy solo un poeta, y digo lo que pienso, lo que considero injusto. No puedo tolerar la injusticia, Catalina.

—Entonces, acepta el plan. Estarás escondido solo unos días. Como me has dicho, Salazar viajará a Alemania la próxima semana y es el momento en que aprovecharemos…

Se quedaron en silencio. Sentía que debía acercarme un poco al cristal para ver qué los había aquietado. Pero observé cómo, desde el lado derecho de la terraza, surgía una figura y sobre el suelo se reflejaba la sombra del cañón de una pistola. Momentos valientes como este requieren de perfectos reflejos, y golpeé el arma con el dorso de mi bolso de noche (jamás me separo de él en fiesta alguna). El hombre intentó golpearme con su otra mano, pero perdió el equilibrio por otro golpe mío y cayó al suelo junto con la pistola. Un disparo escapó de ella. Y Catalina y Francisco gritaron al tiempo que la puerta de la habitación volvía a abrirse y por ella entraba el señor Castelo-Branco.

—Dios mío, tenía que ser así —bramó el dueño de la casa.

Catalina vino a ver si estaba bien y se quedó francamente horrorizada al advertir quién había empuñado el arma. Era el camarero de los cojines. Lo que sucedió después pasó de forma muy rápida, y me recordó a los telegramas que desencriptaba mi padre. El camarero musitaba, entre llantos muy audibles, el nombre de Francisco. Y repetía que no podía soportarlo más, que lo habían engañado, que también esperaba escapar junto a él esa noche, y como para dejar prueba de lo que había entre ellos, empezó a recitar trozos inconexos de las poesías que Francisco había declamado horas antes. Catalina lo abofeteó y se tiró sobre su cama para acompañar en idéntico volumen los llantos del camarero ahora también abofeteado. Yo no podía avanzar hacia la puerta, porque todos estaban llorando alrededor de ella. El padre de Catalina no fue hacia su hija, sino que empujó fuertemente a Francisco y se plantó delante del camarero, que empezó a decir que lo despreciaba, que lo había engañado haciéndose pasar por su «camarero del mes» para conseguir dinero para ayudar a Francisco. Francisco, siempre en portugués, suplicó al camarero que callara, a gritos, desgarrado. El padre de Catalina volvió a empujarlo, se giró hacia el camarero y le arrojó el encendedor a la cara, golpeándolo fuertemente. Cuando el camarero quiso responder con furia, levanté su pistola hacia él.

—Basta ya —dije—. Salgan todos de aquí —ordené muy convincente—: Resuelvan sus cosas de hombres fuera de esta habitación.

Salieron, entre avergonzados y anonadados por el escándalo que ellos mismos habían creado. Me quedé junto a Catalina el tiempo suficiente hasta que sus llantos se volvieron ronquidos. Oculté la pistola con mi bolso y parte

de la tela de mi vestido. Bajé la escalera para descender a la sala desierta. Valentine extendió su mano:

—Bienvenida a la sociedad lisboeta del año 1935, señora Fox.

CAPÍTULO 22

CONCLUSIONES Y RECAPITULACIONES

«Una farsa», hubiera respondido. Pero no lo hice, porque consideré que debía penetrar más dentro de ella para sacar algo de provecho. Y no fue fácil, porque pese a todo el desdén que pudiera concitar en torno a aquella pantomima, sabía, intuía que en realidad sí estaban pasando cosas en Lisboa. Que el poder de Salazar se afianzaba en el miedo que generaba en sus habitantes. En el terror con el que pretendía controlarlos. Y que, en efecto, Francisco o Ilíada, su nombre en clave, era cada día una voz más incendiaria contra ese régimen que no dejaba que se manifestase algo que los ingleses respetamos mucho: la opinión.

No fue difícil reencontrarme con el señor Castelo-Branco en los sitios que todos parecíamos frecuentar en esa Lisboa de 1935. La confitería Lisboeta era uno de esos lugares, donde el señor Castelo-Branco gustaba de acudir con su esposa, siempre con cara de enfado y reacia a retribuir los saludos de quienes se acercaban. Conmigo, él exhibía sus exquisitos modales y su intención de ocultar todo lo que pudiera recordar de mi velada en su residencia. Me invitaba a compartir una pasta o dos, y yo aceptaba porque sabía que el espeso silencio de su esposa me obligaría a cambiar de mesa. Era un momento en que el señor Castelo-Branco

aprovechaba para escoltarme hacia mi siguiente pasta, o trozo de tarta, y así poder pasar revista al personal de camareros.

No engordaba fácilmente, porque seguía practicando equitación, y cuidar de mi pequeño Johnny me aportaba mayor flexibilidad y fuerza. Las señoras portuguesas me miraban con recelo por mi físico, yo procuraba no mirarlas para que mis ojos no desvelaran que sí entendía por qué los señores preferían a otros *cavaleiros* en Lisboa. Francamente, eran ejemplares masculinos de considerable atractivo. En realidad, pensaba si no pasaría lo mismo que con los caballos. Es decir, hay caballos que son indiscutiblemente más hermosos que muchas yeguas. Y estos hombres de Lisboa, con esas pestañas, esos ojos de miradas tan profundas, el contraste de colores entre sus cabellos, sus dientes, sus labios y la palidez de sus pieles, no encontraban equivalente en las señoras, que —lamento confirmar— estaban diseñadas con menos caridad por las manos de Dios.

Valentine se rio mucho cuando le comenté esto en mi habitación del Palace. Había pasado un mes y medio de la fiesta de los Castelo-Branco y la verdad se me hacía pequeñísima, con los ramos de flores que recibía, los regalos que hacían a Johnny, sus juguetes y un altar que Zahid había decidido poner sobre una mesita con ruedas para retirarlo de la terraza cuando llovía.

—Claramente, no puede seguir viviendo aquí —dijo Valentine—. Quizá sea el momento de que la traslademos a Cascaes.

Volvió a molestarme ese plural mayestático. ¿Hasta cuándo iban otros a decidir qué hacer conmigo?

—Entonces, mi misión en Lisboa consistía en ver cómo un padre de familia descubría que el novio de su hija la traicionaba con su camarero favorito…

—Mire, señora Fox —empezó Valentine, como si fuera a dictar una conferencia, recuperando el usted—. Nuestro oficio es similar al de los cazadores. Debemos entrenarnos para estar horas esperando a que aparezca la presa.

—Entonces, no es un escritor, señor Williams.

—Ni usted una desdichada madre soltera encantada con mejorar su de por sí excelente portugués, señora Fox.

Le sonreí. Y puse una mano sobre el vaso donde iba a servirse su sexto whisky. Él esperó a que la apartara y entonces vertió velozmente el líquido.

—Creíamos, sí, que Ilíada y su novia Catalina iban a llevarnos hacia una buena pista con respecto a Salazar. Estábamos dispuestos a que lo arrestaran y después de unos días lanzar una discreta campaña en los periódicos que interesan en Inglaterra para pedir su libertad. Eso asustaría a los hombres de Salazar, a quienes afecta muchísimo cualquier mala publicidad del país. Lo soltarían y nosotros tendríamos una pequeña prueba de cómo funciona el aparato inteligente de su régimen.

—Pero no sería suficiente, porque en nuestro país muy poca gente sabe quién es Ilíada.

—Umm… —Empezó, sorbiendo una última gota de whisky antes de servirse un séptimo—. Desde luego, si hubiera un inglés acapararíamos mucho más interés. Pero, en fin, todo ese lío de camareros enamorados y mecheros regalados por un honorable padre de familia tampoco gusta a nadie, señora Fox. Sin embargo, no podemos decir que saliera de esa fiesta con las manos vacías.

Pensé que estaba haciendo referencia al revólver y le dejé servirse un poco más de whisky para convertir su séptima copa en séptima y media.

—Lo que le dijo Catalina de que Salazar viajaba a Alemania con frecuencia y pasaba largas temporadas, eso es muy importante para nosotros.

—Es un viaje normal, a mucha gente le divierte Alemania. Tengo entendido que Berlín es muy entretenida, precisamente, si sabe a lo que me refiero —dije acompañando de sonrisas todas mis insinuaciones.

—Recuerde que soy el único varón en esta ciudad. Y me precio mucho de ser de una raza prácticamente en extinción. Hay algo que necesitamos saber de esos viajes a Alemania de un hombre de poder como Salazar.

—¿Y cree que será más conveniente investigarlos desde Cascaes?

Valentine calló y bebió lentamente la séptima y media. Se tomaría una octava, a buen seguro. Y una novena, más cortas pero igual de potentes.

—Este año terminará pronto y Europa seguirá en esta extraña calma que al parecer es la que precede a las tormentas en las costas. El mar parece tranquilo, pero en realidad está alimentando una ola que puede acabar con todo. Necesito que preste atención a lo que voy a decirle. La situación en España es insostenible, cada vez hay más fuerzas dispuestas a hacer lo que haga falta para acabar con los comunistas. Inglaterra estaría de acuerdo en secundar todo lo que se manifiesta abiertamente anticomunista. El comunismo es nuestro enemigo en Europa. Por eso, aunque no nos guste, reforzamos el Gobierno de Salazar, siempre intentando detener cualquier avance del comunismo en nuestro continente. Y solo cambiaríamos nuestro apoyo si Salazar comete la imbecilidad de atacar alguno de nuestros intereses.

—OK, entendido. ¿Y qué tiene que ver que viaje a Alemania?

—Alemania no nos perdona que en la Gran Guerra hayamos salido tan triunfadores. Están pasando cosas en ese país que no nos gustan. Hitler y todos ellos podrían volverse muy peligrosos. Y estamos convencidos de que

Salazar busca alianzas con esos nuevos líderes y que eso puede comprometer la neutralidad de Portugal si algo llega a suceder.

—¿Algo como qué?

—Una segunda guerra mundial, señora Fox.

Por más bebido que estuviera Valentine, no se podía negar que sus palabras tenían mucho sentido. Y que Lisboa cada día que pasaba de ese año 1935 se alejaba de su imagen de balneario urbano para volverse una especie de casino, pero no de jugadores, sino de conspiradores que de alguna manera intentaban planificar una estrategia para algo muy tremendo, quizá, en efecto, una guerra que parecía pender sobre nosotros como una lluvia que se niega a caer.

Escuchaba alemán en prácticamente todos los sitios a los que asistía. Es un idioma muy reconocible. Y observaba también cómo se desarrollaban extrañas situaciones entre familias alemanas en los clubes sociales o los restaurantes de moda. Detalles a veces desagradables, como la vez que, en un partido de *bridge*, dos de las damas rehusaron sentarse si una de ellas no se marchaba. No era rivalidad por novios o celos maritales, sino que una de las dos alemanas era judía. Cuando la judía tuvo que marcharse, quise ir detrás de ella, pero la anfitriona me sujetó con fuerza y muy a regañadientes me quedé. Apenas terminó la primera ronda, me marché a casa.

Valentine no pudo darme una explicación coherente. ¿Qué estaba pasando con los judíos en Alemania? ¿Por qué familias que parecían muy adineradas decidían trasladarse a Lisboa, con otro idioma, otro clima, sin referencias, cuando a buen seguro en Alemania tendrían una vida mucho más estable y de mejor calidad? ¿O es que no era así? Valentine sí pudo decirme que estaba creciendo un sentimiento en contra de los judíos en Alemania y probablemente en buena

parte de Europa. ¿Por qué? Valentine volvió a fallar en su explicación. Lo atribuyó a una fase, una moda y el auge de un populismo que les era adverso.

Cuando iba a la tienda de comestibles, volvía a observar ese vacío que creaban tanto ingleses como alemanes contra los judíos. Se apartaban, los dejaban con el saludo en el aire, acaparaban los alimentos que venían a buscar. Era intolerable. Jamás estaré de acuerdo en que a una persona se la discrimine de alguna manera, mucho menos por su religión.

Valentine me presentó a un diplomático sudamericano. Muy atractivo, soltero, muy simpático, hablaba inglés perfectamente, francés con esa manera latina de endulzarlo todo y un portugués que él llamaba *colonial*, o sea, de Brasil. Creo que ahora es un importante líder político de su país, con lo cual me reservo publicar su nombre, pero más de una vez albergué sospechas de que su interés por mí residía en tener una figura femenina en una embajada que estaba bastante poblada de caballeros. A mí, bueno, me habría encantado probar la fuerza de sus brazos en torno a mi cintura, pero simplemente me dejé convencer para ofrecer fiestas en su embajada, siempre con el ojo puesto en que nunca se sabía de dónde surgiría información importante. Eran fiestas tranquilas, ninguna con el nivel de drama de la casa de los Castelo-Branco, desde luego. Y en una de ellas, como siempre pasa, sucedió lo que esperábamos. La aparición de un pez gordo.

Primero fue la manera en que el resto de invitados se dirigían a él. Obsequiosamente, escuchando cada una de sus palabras. Durante el baile —siempre había lugar para el baile en nuestras fiestas—, observé que bailaba con muy buen ritmo, una elegante pero severa armonía de cuerpo y líneas. Valentine estaba bastante pasado de copas como para preguntarle quién era ese caballero, pero escuché a

una pareja cercana referirse a él como «la esperanza de España, el general Sanjurjo».

José Sanjurjo. Sabía muy bien a quién se refería, solo que lo conocía más bien por su otro título. El de marqués del Rif. Muchos otros expertos de la historia de España lo recordarán como el León del Rif, porque luchó en esas tierras durante dieciséis años contra el fanático y cruel Abd el-Krim para defender el Marruecos español. Conocía aquel país como la palma de sus manos. Era regordete, pero se movía con autoridad y gracia. Era evidente que le gustaba la vida, la buena bebida, la buena comida, aunque no fuera lo mejor para su figura. Y le gustaban las mujeres. Tenía un don de palabra único, tanto como sentido de la estrategia militar, con la que consiguió defender el enclave de Melilla con tan buenos resultados y formar parte de la campaña, junto con los franceses, que resultó en la unificación de las fuerzas militares de los protectorados francés y español en uno solo. Pero Sanjurjo también tuvo ambiciones políticas, y tras ser honrado con medallas, títulos y condecoraciones, formó parte de los llamados *africanistas*, y quiso llevar sus dotes de estrategia a diseñar un golpe de Estado contra los republicanos, en el poder en España desde 1931. El fracaso de ese golpe le envió a Portugal, donde vivía entre las comunidades europeas como un héroe de guerra. Porque, en cierta forma, la historia le permitía ostentar ese título.

Decidida me intercambié con su pareja de baile. Él sostuvo mi mano con fuerza y suavidad.

—Señora Fox, aunque en España no estemos para fiestas, se habla mucho de usted en ciertas ciudades. La mejor anfitriona de Lisboa, la ha bautizado más de un cronista.

—El mérito no es mío, sino de mis amigos ingleses. Son ellos los que dan las fiestas. Y de un encantador caballero, Mr. Higgs —dije sin pensarlo. Los ojos color gris de Sanjurjo a

lo mejor hipnotizaban y perdías el control sobre tus palabras.

—No tengo el gusto de conocerlo. Pero el señor Williams ya ha hablado maravillas de usted.

—¿Cómo están las cosas en España? —pregunté.

—Jamás hablo de política en fiestas agradables, señora Fox.

—Pero en usted todo es política. ¿Me permite una pregunta? Si le llaman *la esperanza de España*, una esperanza jamás puede estar asociada con ningún baño de sangre, ¿o no?

—Desde luego que preferiría que mi nombre no quedase asociado a ningún baño de sangre, señora Fox.

—¿Le molesta si le pregunto sobre Marruecos? Vivió usted allí, ¿no es así?

—¿Por qué no viene un día de estos a casa y lo comprueba por sus propios ojos? Mi esposa y yo tenemos prácticamente el Riff en nuestro salón —me invitó mientras la música llegaba a su fin—. Ha sido un placer bailar con usted. Espero que la próxima vez que nos veamos me permita a mí hacer las preguntas.

Fue firme. Y muy cortés. Y, en efecto, volvimos a vernos y él hizo un par de preguntas acerca de a qué colegio pensaba llevar a mi hijo. Johnny iba a un colegio inglés remotamente asociado con el colegio de su padre en Inglaterra. Y tanto a Sanjurjo como a su esposa les pareció genial que les consiguiera una plaza para su hijo, de la misma edad que el mío. Pronto hicimos muchas actividades de niños juntos. Y sostuvimos muchas conversaciones profundas, en las que Sanjurjo evitaba entrar en el terreno político.

—A menudo, una buena imagen resume mucho de lo que vivimos. Yo tengo muchas imborrables. Como ver un par de leones moviéndose bajo la luna del otro lado del Rif.

Cuando Sanjurjo no estaba en su despacho, según él atendiendo las necesidades del protectorado desde una zona neutra, su esposa y yo pasábamos la tarde leyendo revistas, improvisando jugadas de *bridge*, matando horas mientras esperaba una nueva orden. La marcha definitiva a Cascaes.

Y esta llegó como siempre en el peor momento, durante el cumpleaños número tres de mi hijo. Palmira y Zahid se habían esmerado con la decoración, un lujo de regalos, serpentinas, una loquísima carrera de sacos en el patio trasero. Se cogía una bolsa de patatas abandonada del mercado, uno se metía dentro y, dando saltos, debía alcanzar una meta. Era un éxito de competencia y hasta las madres nos vimos participando, muy animadamente, las inglesas, las alemanas, alguna portuguesa, hasta que en una de las carreras, uno de los niños empezó a golpear a otro y a llamarlo *sucio judío*. Fue un *shock* para todos y algunas madres fueron hacia sus hijos para apartarlos. Menos yo, que decidí ir hacia el niño que hablaba mal y exigirle que pidiera disculpas al otro pequeño. La madre del agredido, alemanes todos, se interpuso, intentando llevarse a su hijo con una discreción que encerraba una intolerable humillación. Por injusta e inesperada. Insistí en las disculpas mientras la sujetaba y vinieron los padres del niño que seguía gritando sus insultos con una osadía histérica y violenta. Me pidieron que cesara en mi intervención, porque no entendía nada de lo que pasaba en su comunidad. Decidí ir hacia el niño. Le di un buen golpe en la boca y sentí el grito contenido de todos los presentes. Las dos madres, tanto la del que llamaban *sucio judío* como la del violento y ahora lloroso mocoso, se alejaron por separado y junto a sus maridos abandonaron la fiesta. Muchos invitados los siguieron. Mi propio hijo me dirigió una mirada reprobatoria y la reunión terminó mucho antes de lo esperado.

Delante de la tarta de cumpleaños, que se había quedado intacta, Valentine desgranó las medidas que más temía.

—Lisboa se le ha quedado un poco pequeña. Llama demasiado la atención, y ahora que quiere conseguir la paz entre los alemanes judíos y los que los culpan de ser los responsables del descalabro económico que está dirigiendo a su país hacia un escenario imposible, no va a ser tan fácil que pueda seguir haciendo su trabajo de manera discreta en esta ciudad.

—No puedo soportar la discriminación y el odio que conlleva, porque solo trae destrucción.

—Pero hemos invertido mucho dinero en usted para que ahora quiera hacer carrera política, señora Fox. Mi única solución es alejarla de la ciudad. Usted pensaba en Cascaes, mi orden ahora es trasladarla a Estoril. Por favor, Rosalind, en realidad la distancia entre una y otra está a un tiro de piedra.

CAPÍTULO 23

LA HIERBA Y EL ASFALTO

Estoril me fascinó apenas descendí del coche donde viajábamos mi hijo, Zahid, Palmira, que dejaba atrás a su hermano con muy buen criterio, y yo. La extraña familia de lisboetas exiliados sin otra razón que mi pelo y mi carácter llamaban mucho la atención.

El Austin 7 vendría detrás, conducido por un hombre designado por Valentine. El rumor de las olas, los castillos casi al borde del mar, construidos en esa piedra rosada de Portugal y en ese estilo tan especial, caprichoso del país. Era la hora del almuerzo y habían dispuesto en la parte de atrás de la gran casa que íbamos a habitar un auténtico festín de cerdo, pescado, marisco, arroces y un exquisito pan que untaban de aceite y una pizca de sal. La verdad es que la buena comida puede tener orígenes humildes y satisfacer el paladar más sofisticado.

Johnny estaba feliz con tener su propia habitación. Zahid dormiría en una cabaña al fondo del jardín. Palmira cerca de la cocina. Mi habitación era más que espaciosa, parecía una planta de directivos de un banco importante. Y el jardín tenía una pequeña puerta al fondo para acceder directamente a la amplia playa de interminable arena blanca.

Valentine prefirió mantenerse en Lisboa, aduciendo que no podía vivir sin esos escándalos y fiestas repletas de desequilibrios amorosos. Me asustó un poco volver a estar sola, montando vigilia hasta que la *pieza grande*, como denominan en las cacerías a ese animal por el que pasas horas esperando, se dignara a aparecer entre las dunas, desde dentro de las olas o sencillamente tocando la puerta de mi casa, como terminó sucediendo, en los primeros días de 1936.

—Señora Fox, soy Vera McCarthy, imagino que nuestro querido Valentine le habrá advertido de mis deliciosas galletas de bienvenida.

No, por supuesto que no me había advertido, pero abrí la puerta y recogí con la más amplia sonrisa el elaborado cesto con pajaritos dibujados en su interior.

—No puedo comer nada de harina ni dulces, pero mi hijo estará encantadísimo —comenté mientras recibía los protocolarios besos en las mejillas. Johnny apareció *ipso facto* apenas escuchó su nombre y obsequió a la señora McCarthy con otros dos besos.

—Qué maravilla de niño. No sabía que fuera también madre, señora Fox.

—Johnny nació cuando yo tenía dieciséis años, señora McCarthy.

—Oh, dicen que es la mejor edad para ser madre. Imagino que habrá servicio con quien dejarlo. Se supone que deberíamos marcharnos a Alemania a las seis de la mañana. —No movió ni una pestaña mientras lo decía. Y yo tampoco —. Nos facilitan un muy buen coche. Recorreremos Europa juntas para llegar a tiempo a la inauguración de los Juegos Olímpicos de invierno —terminó con una sonrisa más de institutriz que de amiga súbita de viaje intercontinental.

Siempre una orden sin permiso para negarse o al menos replantearla. De repente en mi casa no hubo rastro ni de

Johnny, Palmira o Zahid. Ya estarían advertidos de que venían a reclutarme para una misión, y yo no debía hacer preguntas. Zahid y Palmira sabrían perfectamente qué hacer con Johnny. Pero ¿y si me pasaba algo? No pasaría, era tan solo un viaje con Vera McCarthy, «una amiga de *toda* la vida».

Nunca puedes acostumbrarte, por más que vayas madurando y haciéndote a la idea, a que el único compromiso estable en la vida de alguien que investiga para un servicio secreto es no demostrar sobresaltos ni incomodarse por planes súbitos o convocatorias que se desconvocan tan rápidamente como suceden. Sí me sorprendió el aspecto de Vera McCarthy. Era demasiado inocente. Rubia, de complexión atlética, como si fuera americana más que de ese origen irlandés que se colaba ligeramente en su acento. Llevaba algo de razón al percibirla como institutriz, pues durante los casi cuatro días de viaje hacia Berlín, se mostró obsesiva con su vestuario, se enfundaba en servilletas cada vez que comíamos, porque odiaba que una se le cayera al suelo y se negaba a recogerla. Y siempre reorganizaba el orden y la distancia de las copas y los cubiertos en la mesa. Dormía prácticamente vestida, y en los dos o tres hoteles donde pernoctamos me pedía que apagara la radio para poder rezar rosarios enteros tres veces al día.

El viaje empezó por España. Me asombró el profundo cambio del verde húmedo y frío de Portugal, a causa de esa presencia del océano Atlántico, a la sequedad paulatina acompañada de la simpática caricia del sol a medida que nos adentrábamos en la península. La gente también cambiaba, no me gustaría resultar ofensiva, pero a medida que dejábamos Portugal, los españoles parecían más erguidos, de similar tamaño y atractivo, pero con una dignidad que parecía levantarlos del suelo. Pese a que no se

veían tan trabajadores como los portugueses, su orgullo los hacía parecer más altos, más valientes.

A pesar de esa dignidad, se notaba la miseria. Hambre en los ojos de mujeres y niños, incapaces de estirar el brazo para pedir alimentos o monedas como tantas veces vi en Calcuta. Las carreteras eran ruinosas, los espacios silenciosos, apenas mecidos por un viento raro, sonoro y harto de sí mismo. Y el frío invadía espacios acostumbrados al buen tiempo. Como si fuera el santo y seña de la destrucción, de la desolación. Frío en las esquinas, frío dentro de las hogueras, frío en los labios cerrados y comidos por el miedo. Frío en esas miradas que adivinaban que el futuro no sería diferente.

Podían verse locales de abastecimiento que parecían haber sido saqueados, casas que parecían haber sido incendiadas. Cuando entramos en Madrid, la primera vez que vi esa ciudad, observamos varias manifestaciones, hombres y mujeres con ropas de mala calidad vociferando consignas a favor de la República. Mi español no era bueno y Vera no sabía ni cómo decir *gracias*, pero sí podía leer más o menos lo que la prensa opinaba de la situación. En el *Abc* insistían en que, aunque había miembros del Gobierno republicano que se adherían públicamente a principios vinculados a la socialdemocracia, estaba claro que en la actual situación había una deriva destinada a conseguir que España pasara al comunismo.

—Como ingleses no podemos emitir opinión alguna —musitó Vera.

Era cierto. Además estábamos solo de paso. Pero en las calles, con lo poco que —reitero— podíamos entender de lo que nos decían, al menos en ciudades como Madrid, que recorrimos en nuestro ascenso hacia Berlín, se nos insistía en que esa deriva hacia el comunismo era el arma ideológica con la cual la derecha mantenía un pulso agresivo, casi

violento, con el Gobierno. Necesitaba hacerme una idea más clara de esto para poder entender cuáles serían mis deberes si en esa España dividida estallaba la guerra, y si, por ejemplo, Rusia decidía intervenir o si Alemania también entraba en el conflicto para sostener económicamente y con armamento a la derecha fascista. Pasara lo que pasara, Inglaterra tenía algo muy especial por lo que preocuparse: Gibraltar. En el escenario de una confrontación entre Rusia y Alemania, lo perderíamos para siempre.

Era algo muy complicado, confuso de asimilar, mientras Vera y yo nos turnábamos para conducir a través de una Europa tan convulsa. Dos mujeres jóvenes cruzando Europa solas y en su propio vehículo. Y pese a llamar tanto la atención, apenas fuimos molestados. Solo en Francia vivimos algo parecido a un percance cuando un camarero armó un alboroto al reclamarle que el vino *ordinaire* que equivocadamente habíamos ordenado era mucho más *ordinaire* de lo que pensábamos, un horror difícil de tragar.

—Regresen a sus países, mujeres de mundo, a ver si les dan algo para sus delicadas gargantas.

No nos quedamos quietas. Ordené llamar al encargado y con un francés más que valiente exigí disculpas. El camarero continuó insultándonos, insinuando que Vera y yo no éramos más que dos mujeres de mundo viajando solas. Eso fue el colmo, tomé el vino *ordinaire* y se lo tiré encima de la manera más *extraordinaire* que pude.

En Berlín nos alojaríamos en el hotel Adlon. Quizá debí habérselo dicho al camarero francés, que, en efecto, como buenas *demi mondaines* dormiríamos en la más prestigiosa dirección y camas de todo Berlín. Pero la verdad es que apenas dormimos. No paramos de salir y asistir a eventos en esa ciudad excitante, misteriosa, curtida y al mismo tiempo ahíta de descubrimientos. Desde luego nos deslumbraron sus cabarés, pero más que nada porque el público era

absolutamente variopinto. Militares, empresarios, escritores, pintores, embajadores, hombres, mujeres, homosexuales de ambos sexos y quizá hasta de un tercero, todos se reunían a beber, discutir, analizar el nuevo edificio, el nuevo cuadro, la nueva película, la nueva novela o ensayo. Era efervescente, distinto, brillante. Y decadente, peligroso, asfixiante. Y adictivo. Vera se puso más blanca que la cocaína que en una de las noches vimos consumir con total normalidad delante de nuestros ojos. Me arrepentiré siempre de haber estado tan pendiente de su asombro y disgusto y no probarla. Creo que en ningún otro momento del siglo hubo mejor calidad de cocaína en el mundo que en Berlín cualquier noche de 1936. Todos reían con mucho estruendo, todos se tapaban la cara con las manos mientras esnifaban el polvillo blanco sobre las mesas y enseguida se agitaban como si tuvieran dentro un foxtrot. Pero, de repente, entraba un oficial vestido con el uniforme nazi y se creaba un silencio sepulcral. «Nada es como antes —susurró una voz femenina a mi lado—. El miedo terminará por ser nuestro sueño, nuestra pesadilla, nuestra alba y nuestro atardecer», dijo mientras recogía sus cosas y se marchaba sigilosamente del lugar.

Claro que sabía que la asistencia a la inauguración de los Juegos de Invierno era una excusa. Estábamos allí juntas por otro motivo, solo que, como de costumbre, no lo sabríamos hasta que este se materializara ante nuestros ojos. Y fue, muy elegantemente, en el exquisito y bastante masculino vestíbulo del hotel Adlon. Vera había preferido retirarse a la habitación para estar fresca para la inauguración. Yo no podía dormir ni deseaba beber y creía, sigo creyendo, que no existe mejor anestesia que observar el comportamiento de nuestra especie en lugares como el *hall* de entrada del Adlon.

Estaba viendo cómo una joven pareja se besaba jugando a retorcerse en torno a una de las columnas del inmenso espacio cuando descubrí a mi querido amigo de Lisboa, el general Sanjurjo. Entraba en ese momento y se dirigía con andar militar hacia el ascensor.

Grité su nombre, como si estuviera perdida en un desierto y de pronto viera a mi salvador avanzar sobre un camello. Él se giró igual de marcial y sonrió al verme. Me di cuenta de que su oronda figura había tapado todo ese tiempo a un segundo caballero.

—Pero, querida señora Fox, ¿qué puede haberla traído a Berlín? —preguntó mientras besaba mis mejillas. Pensé que debía levantar mi mirada, pero no lo hice porque sabía que no lo miraría a él, sino a ese nuevo par de ojos que sentía encima de mí como si fueran dunas del desierto que avanzaban a causa del viento.

—Los Juegos de Invierno, José. Y ahora que he respondido tan adecuadamente a su pregunta, permítame interesarme. ¿Por qué debería estar usted aquí?

José dudó un instante en responderme. Y ese brevísimo instante lo aprovechó su acompañante para hablar.

—Pues a ver los mismos Juegos —dijo en alemán, con un tono educado pero ligeramente tímido.

Esta vez no podía evitar dirigirle mi mirada. Las dunas del desierto parecían haberse detenido delante de una cueva oscura con un débil destello iluminando desde su profundidad.

—Lamento no poder seguir hablándole, porque poseo muy poco vocabulario en alemán, *senhor* —dije en portugués.

—Entonces, acepte mis disculpas —dijo, su voz más grave y suave, hablando ahora en francés, y repitió que estaban allí también para ver los Juegos.

Don José lanzó una sonora carcajada.

—Pero, mi querido Juan Luis, la encantadora señora Fox habla un poco de español también. Con acento de Calcuta, pero seguro que lo habla.

Y esos ojos cavernosos decidieron abrirse o mirarme más profundamente para que viera con más claridad la luz que anidaba en su fondo.

—Entonces, acepte mis sinceras disculpas en mi idioma, señora Fox.

José siguió riendo.

—Es más, Juan Luis, la señora Fox es una amiga de mi absoluta confianza. Muchas veces nuestros amigos se reúnen o en casas de amigos suyos en Lisboa o en Estoril. —Me tomó del brazo y me habló más cerca, todo el tiempo los ojos de Juan Luis me invitaban a que volviera a regalarles mi mirada—. Déjame confiarte que, aunque estemos aquí para los Juegos, también estamos en reuniones para cosas más de nuestro deporte. El juego de la guerra. Juan Luis y yo estamos invitados por el Gobierno para hacer una serie de visitas a las fábricas alemanas de armamento.

¿Qué Gobierno?, debí preguntar, ¿el alemán o el español? Pero Sanjurjo había sido así de franco precisamente para que no me diera tiempo a emitir la pregunta.

Esa mirada invitante de Juan Luis, como lo había llamado Sanjurjo, frenó su hipnosis por un largo segundo para dirigirse al propio Sanjurjo, advirtiéndolo de que no hablara de más.

—Vamos, Juan Luis, te he dicho que la señora Fox es una amiga de confianza. Además, no tenemos nada que ocultar. Pero ¡qué cabeza la mía!, no os he presentado debidamente. Querida señora Fox, Rosalinda —españolizó mi nombre—, este es el teniente coronel Juan Luis Beigbeder.

Extendimos nuestras manos como si alguien nos convirtiera en títeres y accionara los hilos al mismo tiempo.

—Estoy seguro de que en días futuros, Rosalinda y tú seréis muy buenos amigos también —continuó Sanjurjo.

El teniente coronel y yo nos permitimos esbozar una tímida sonrisa.

—¿Podría preguntarle qué le llevó hasta Portugal, tan lejos de su tierra? —hablaba deliciosamente, con esa dicción educada de Mr. Higgs, pero con algo más, unas gotas de seducción en cada palabra, de invitación y prohibición, como un tango que podía marearte y súbitamente reanimarte.

—El sol. Mi salud está siempre en busca del sol. Y mi mente de la luz.

—Definitivamente —intervino Sanjurjo—, la salud de la señora Fox fue un problema en el pasado. Y aunque Portugal le ha sentado fenomenal, no dejo de insistirle en que debe ir más al sur todavía. A Marruecos.

Él desplegó su sonrisa completamente y todo su cuerpo se relajó, adoptando una posición como si estuviera listo para bailar ese tango dentro de sus palabras a todo lo largo y ancho del vestíbulo del Adlon.

—Marruecos, señora Fox, Marruecos es mi tierra verdadera. Una vez que vea la gloria de esa nación, capturará su corazón. Igual que ha hecho con el mío, estoy convencido de que lo hará con el suyo.

Estuve sin habla un largo rato. Cualquiera que fuera el lugar donde preferí ausentarme, no era ni Marruecos ni el origen de esa forma de hablar. Pensaba en las casualidades, en el curioso dibujo que el destino va haciendo con nuestras miradas, nuestros cuerpos, nuestros corazones. La certeza de que cuando menos lo esperas la vida te devuelve a un punto de partida. Todo empieza de nuevo. Una mirada, una sonrisa, una voz obran el milagro. Porque era la voz de Beigbeder lo que volvía a fascinarme. Una voz curtida, un hombre hecho a sí mismo, un héroe que me recordaba a mi

padre avanzando en el colegio de Saint Mary Rose deslumbrando a mis compañeras y a mí misma. Pero esta vez, la voz parecía más… asentada. Más… para siempre.

—Muchas gracias —dije tras la larga pausa—. Hacía mucho tiempo que no escuchaba a alguien tan convencido.

Él bajó su cabeza y se acercó un poco más a mí.

—Son la hierba y el asfalto —susurró—. Aquí, en Berlín y en Europa, está el asfalto. Y allí, en mi amado Marruecos, está la hierba. La tierra. Las montañas del Rif, el mar azul, los valles llenos de fertilidad. Allí, en la hierba, está la verdad, *senhora*. Allí, un hombre puede ser él, con toda su verdad[1].

CAPÍTULO 24

EL REMITENTE

Me fui a dormir escuchando esa voz y esa frase sobre la hierba y el asfalto. Sí, por supuesto que los Juegos de Invierno fueron una maravilla, y por supuesto que Vera, al despertarse y verme como con otra piel, mirándome en el espejo mientras deseaba tener algo más de sensualidad en mi rostro de *senhora* joven, de madre soltera, de adulta pelirroja, me instó a recordar que estaba en una misión.

—Es extraño, tengo entendido que en España la agitación, tanto dentro como fuera del Gobierno, hace temer que suceda lo peor. Si están aquí en Alemania es porque buscan ayudas para un levantamiento. Alemania necesita aliados. España es un lugar estratégico y en franco deterioro. Debe de ser muy barato comprar voluntades, establecer alianzas muy beneficiosas si estalla una guerra. Te han engañado diciendo que están estudiando las fábricas de armamento. ¡Están comprando armamento, Rosalind!

—Vera, por una noche, por una vez, disfrutemos un momento de fiesta —dije sin pensarlo mucho. Esa noche, con los ojos titilando, recordando esos otros ojos masculinos y profundos que habían hablado del Rif y de la verdad del hombre, no estaba dispuesta a dejarme arruinar ese encanto por recordar los desgarramientos de Europa.

—Rosalind, pese a que sea tu amigo, Sanjurjo ya intentó un golpe de Estado. Y ese hombre que ahora lo acompaña debe de serle de utilidad para volver a repetir lo mismo.

—Vera, se supone que estamos aquí para entretenernos.

—No debemos dejar de lado nuestra misión, Rosalind.

Me coloqué un mantón de Manila por toda respuesta, por encima de mi traje de noche azul y con aire Joan Crawford. Vaya, estaba bastante erotizada por lo que sentía hacia ese desconocido, pero no tanto como para enfrentarme a la gélida noche de Berlín ese enero de 1936 completamente desnuda. Vera vino detrás de mí dando esos pasitos de institutriz nerviosa mientras yo me desplazaba como si fuera una tigresa, distinta, con más rayas naranjas que amarillas. Me agradó reflexionar sobre cómo me movía, cómo me sentía, la piel prácticamente se levantaba de mis huesos y volvía a pegarse para estar más tensa, más fuerte, más brillante. Era como si hubiera bebido, como si todas las cosas que me rodeaban en ese instante estuvieran deseando hacerse parte de mí. De mi piel, mis ojos, mis sentidos, mi sentimiento. Vera me gritaba que me detuviera, pero yo quería seguir desfilando por el largo pasillo como si fuera un pasadizo a un mundo nuevo, una alfombra mágica que me transportaba en el tiempo y me alejaba de Berlín, de Europa, del invierno, y me depositaba a los pies del Atlas. Y una vez allí, un león joven, vivo, resplandeciente, se levantaba sobre sus patas y me guiaba hacia ese hombre con la voz maravillosa y los ojos eternos.

Claro que sentía miedo de cometer el mismo error cuando un hombre aparecía para cambiar mi vida. Imaginarme cosas, repetir nombres, repetir esas emociones de entrega, de subirme a esa alfombra mágica y cerrar los ojos mientras esta se despega del suelo y vuela hacia lo desconocido. Pero no podía evitarlo. Vera me pisaba los talones, con mucho esfuerzo, y parecía hacerme señas para que bajara de mi

vuelo, para que recordara la misión. Para que me diera cuenta de que bajábamos en el ascensor y sus puertas se abrían en el recibidor del Adlon y todas las miradas parecían centrarse en mí, en mi andar alado, en mi mantón de Manila envolviéndome como un manto multicolor, mis ojos deslumbrantes y verdes, mi pelo más rojo, mi piel iridiscente. No podía parar. Quería que todo el mundo me viera como una mujer renacida, despertada de un hechizo por el hechizo de esa voz y de esos ojos. Y de esas palabras. La novia del Atlas, la sirena que sale del mar y asciende el Rif.

—Rosalind, por favor, para, para, estamos yendo en la dirección equivocada —dijo Vera con su voz de empleada.

Y apenas la oí, supe que a pesar de los fuegos artificiales, los himnos, las multitudes, la desbordante energía de la inauguración de esos Juegos Olímpicos de Invierno, esa noche en Berlín, que había nacido llena de emoción, sería tan solo un manto oscuro, sin estrellas, sin otro brillo que el resquicio de luz mortecina que tiene la decepción. Ni Sanjurjo, ni mucho menos él, se presentaron. Ni esa noche ni durante los tres eternos, aburridos y tristes días de competiciones de esquí, saltos sobre pistas de nieve y patinaje artístico que Vera y yo soportamos en la que por una noche fue la capital del mundo. Y del amor, para mí.

Vera tenía mucha razón. Todos estábamos en una misión. Ellos, seguramente, en la de proveerse de armamento para los intereses de su país. Nosotras, lógicamente, en la de investigar cuáles eran esos intereses. Pero el amor, qué ponzoñoso y obstinado puede llegar a ser, me envenenó con gotitas del antibiótico que debía rechazar en vez de desear que me atrapara.

El regreso a Portugal fue lento. Interminable. Insoportable. Todo me recordaba ese diálogo y cada segundo luchaba por volverlo banal, absurdo, ininteligible, y se hacía

en cambio más importante, más lleno de significados. «En la hierba, un hombre es quien realmente quiere ser, *senhora*». O con otras palabras, con otro orden y siempre la misma voz. Los mismos ojos, mi piel reaccionando de idéntica manera, elevándose para regresar más tensa, más fuerte, más amarrada a mis huesos para hacerme más felina. Una pantera sola, abandonada, de regreso, sin nada más que el recuerdo de esa voz.

La Francia que volvimos a atravesar ni siquiera tuvo el incidente con el camarero que nos llamara putonas. Reapareció, pero esta vez más alerta, hasta que nos vio tan tristes —sobre todo a mí, precisamente por haber visto a un hombre único y haberlo perdido— que terminó por apiadarse de nosotras y ofrecernos una buena botella de *champagne*. La bebimos, sí, en silencio. El momento más triste de mi vida, que ha tenido varios. El resto del viaje fue un ataque de hipo, mil ratones correteando y masticando algo dentro de mi cabeza, Vera cuestionándose mi capacidad de servicio, España llena de humo y personas con mayores desgracias que las mías y, al final, el Tajo cubierto de niebla disipándose lentamente a medida que cruzábamos Lisboa para alcanzar Estoril y llorar dos largos días sobre mi cama.

Valentine entró en mi dormitorio bajo la reprobatoria mirada de Palmira, Johnny y Zahid, los tres reunidos y preocupados por mi salud. Sentí alivio. Hablar con él al menos traería un mínimo sentido a lo que había sucedido.

—Me apena verla regresar con esa sensación de no haber conseguido nada; cuando por alguna razón la gente se sincera con usted, apenas la conoce.

Aproveché para mirarme en el espejo. Al menos seguía siendo pelirroja. Realmente, ¿cómo podía haber permitido que un hombre, un desconocido, me descolocara de esa

manera? ¿Era una niña o una mujer? ¿Una tonta o una descerebrada?

—El hecho mismo de que haya visto en el vestíbulo del hotel Adlon a dos pájaros como su amigo Sanjurjo y ese nuevo coronel de nombre impronunciable…

—Juan Luis —le dije sin rechistar.

—Beige… Beder, es a su apellido al que me refería —remató Valentine.

No me molesté en corregir su mal gusto al hacer chistes con los apellidos. Ni consentí en decirlo yo misma, como si al nombrarlo pudiera desatar un nuevo hechizo que reactivara todo el veneno que había traído de Berlín, de ese encuentro, esos ojos, esa voz.

Valentine siguió hablando.

—Son dos pájaros de cuidado. Están ayudando a alguien y seguramente lo conseguirán si han estado reunidos con los alemanes.

Intenté parecer distraída organizando cosas de la casa, las flores parecían marchitas. Sentí calor, pese a que fuera era todavía febrero. ¡Oh, Dios mío!, ¿por qué febrero puede ser el mes más largo del año?

—Le ha gustado ese Beige Baden-Baden —insistió Valentine.

—Es Beigbeder, señor Williams. Por amor de Dios, no soporto a la gente que hace chistes con los apellidos de los demás.

—¿Por qué no le escribe una carta sobre la impresión que le causó? Puede ser una bonita manera de prolongar el efecto de esas palabras sobre la hierba y el asfalto en usted.

¡Esa Vera! Le había contado todo. Entendía que estábamos en una misión, pero no que este tipo de pequeña confesión de mujer… ¡Oh, qué imbécil había sido contándole todo, cuando creía que era *casi* todo! ¡Oh, Dios mío!, por más madre que fuera, por más engañada que hubiera estado

por el padre de mi hijo, seguía sin aprender una de las cosas más importantes cuando estás enamorada: *callarte la boca*.

Pero ¿quién lo consigue? Sí, ¿quién? No podía evitarlo, el misterio en su mirada, el tamaño, su porte, esa voz, esas palabras sobre encontrarse a uno mismo. Oh, estúpida de mí, todo eso me había enamorado como si fuera una absurda jovencita, no podía disimular nada.

—No solamente Vera ha cumplido con su deber de informarme sobre lo sucedido, sino varias personas que la vieron recorrer el vestíbulo del Adlon vestida con un mantón de Manila como si fuera una Victoria de Samotracia con alas y cabeza —determinó Valentine.

—No voy a escribirle nada a ese señor porque no tengo ninguna necesidad de involucrarme con un hombre casado —pronuncié.

—¿Cómo lo sabe? —Se mostró genuinamente sorprendido el malvado, el sátrapa, el monstruo, el insensible Valentine. ¿Cómo podía hacer añicos mi castillo de ilusiones? Lo había dicho deseando que no fuera verdad. Pero lo era.

No, no, por Dios, no podía ser verdad que estuviera casado, no podía ser tan horriblemente cruel y decepcionante. El hombre de la voz, el maestro del Rif, los ojos del Atlas, no estaba solo.

—Al menos tienen algo más en común: los dos están casados con otras personas que desde luego no les merecen, senhora Fox —prosiguió Valentine.

Quise pegarle, pero habría sido tan inútil.

—Estoy seguro de que pensará que leo su mente, señora Fox, pero acabamos de encontrarnos, sin imaginarlo, con una pieza de caza mejor que el propio Sanjurjo. Le explicaré más cosas sobre su amigo Beige Bad Bad. Es una promesa militar, quizá uno de los militares más apreciados por Francisco Franco, que cada vez suena más como líder de un movimiento que puede hacer cambiar las cosas en España.

Su apego a Sanjurjo es porque se ve a sí mismo como su discípulo. Conoce el norte de África casi tan bien como él.

—Preferiría que me colocara en otro puesto de observación. No me interesan los paquidermos. Prefiero las aves pequeñas. Son más inteligentes. Más parecidas a mí.

—Es probable que la fascinación sea recíproca en ustedes, senhora Fox.

¡Oh, lo odiaba! Valentine tenía esa cosa diabólica de convertir a las personas en personajes. Nos conocía mejor que nosotros mismos, se adelantaba a nuestras emociones y movimientos. Era como el relámpago descargando en la soledad de la montaña, la selva o la playa antes de que el trueno retumbara y te hiciera reaccionar. Pero yo también podía leer las oraciones que se formulaban delante de su mirada inquisidora y su ceño fruncido mientras bebía otro y otro vaso de whisky. ¡No entraría jamás en su juego! No iba a escribirle ninguna carta a Beigbeder. ¡Si él me había dejado vestida y compuesta en la inauguración de los Juegos sin aparecer! Mucho menos iba a comentarle nada a Sanjurjo ni a su esposa. Nada. Cero. *Niente. None*.

—Las cartas generalmente hablan mejor que las conversaciones, senhora Fox Beige Bam Bam.

—¡Deje de hacer bromas con su apellido!

—Solo si usted me promete que recuperará ese contacto, senhora Fox. Es muy importante para Inglaterra demostrar que están en tratos con Alemania. Necesitamos demostrar que los teutones están creando una red de aliados para un movimiento mucho más grande, peligroso y definitivo para el continente.

—Apenas intercambiamos opiniones sobre la hierba y el asfalto.

—Puede tratarse de algún código, senhora Fox.

¡Menudo código! Las palabras justas para abrir las puertas de mi olvidado corazón. ¡Cómo iba a llevar a cabo

una acción semejante! ¿Investigar a un hombre que me había redescubierto que era mujer, que tenía sentimientos, que podía enamorarme con un par de palabras?

—No soy ese tipo de persona, Valentine —musité.

—Permítame dudarlo —dijo él recogiendo su sombrero. Apuró su bebida y dejó al borde de mi cama un sobre abierto, pero con remitente en la parte posterior. La dirección de Juan Luis Beigbeder en el protectorado español de Marruecos.

CAPÍTULO 25

EL SÁHARA Y EL CORAZÓN

Estoril, 2 de marzo de 1936

Decepcionante señor Beigbeder:

No acostumbro a escribir llamadas de atención, pero, sinceramente, no comprendo cómo, habiéndose manifestado tan romántico y envuelto por el misterio y la magia de la hierba, se haya permitido dejarnos a mí y a mi amiga Vera tan abandonadas en el asfalto del frío Berlín.

No, era demasiado desnudo, desgarrado, verdadero. Apreté el papel hasta que sus filamentos me hicieron un corte en la palma de la mano. Una pequeña gota de sangre cayó sobre el nuevo folio y mojé allí mi estilográfica, que estaba cargada con tinta verde, como mis ojos, como los suyos.

Estoril, 2 de marzo de 1936

Asustadizo señor Beigbeder:

Qué pena que Berlín haya terminado cubierto de tristeza por no verle en la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos. Por alguna razón, me sentí elevada, como si caminara sobre esa maravillosa hierba de la que me habló, para luego sentir el asfalto de un Berlín triste, misterioso, peligroso, congelando mis pies desnudos…

De nuevo apreté el folio entre mis manos y otro corte se produjo. ¿No existe manera de escribir una nota estúpida, medio desanimada, casual, sin tener que poner la verdad? ¿No podía conjurar una forma de escribir que me había encantado conocerlo, decepcionado no verlo en la inauguración, y que sin embargo deseaba quedar de nuevo en alguna visita que hiciera a Portugal o que quizá yo podría aventurar a Marruecos?

Estoril, 2 de marzo de 1936

Señor Beigbeder:
Nada. Cero. Niente*.*

Estoril, 2 de marzo de 1936

Juan Luis:
Seguramente no me recuerde, soy Rosalind Fox, madre del pequeño Johnny y muy amiga del general Sanjurjo. Charlamos brevemente sobre la hierba y el asfalto en el vestíbulo del Adlon en Berlín. Estaba allí para acudir a los Juegos de Invierno. Y de repente, escucharle hablar tan apasionadamente de unas tierras que desconozco, pero por las que sin embargo siento profunda

atracción, me ha hecho escribirle estas líneas. No sé si estará de acuerdo, apenas sabemos algo uno del otro, pero muchas veces la vida me ha devuelto una voz, una mirada, un espacio invisible pero visible en la profundidad de sus ojos, que me hace pensar que el destino juega con nuestros pasos. No tenía planificado de ninguna manera bajar al vestíbulo esa noche. Y sin embargo, allí estaba, observando a la gente como si fuera una obra de teatro, cuando de repente sentí que era yo la protagonista en vez de la espectadora. Deseaba decirle todo esto si le reencontraba en la ceremonia de inauguración. O a lo mejor no decirle nada, solo entregarle un puñado de tierra que recogería de las macetas en el vestíbulo. Una demostración de que había comprendido lo que quiso decirme acerca de la hierba. Aunque fuera invierno, aunque fuera Berlín, al igual que usted, soy de la hierba. Soy una de los suyos, estimado, decepcionante, amado y odiado señor Beigbeder. Pertenezco a la hierba. Y huiré siempre que pueda del asfalto.

Respiré hondo. Y firmé: Rosalind, con la R quizá demasiado elaborada y mayúscula. Apliqué el papel secante e introduje el folio, apenas doblado, en el sobre. Ya había escrito antes la dirección en Tetuán, porque si el sobre ya estaba preparado existirían menos remordimientos para introducir la carta y enviarla. Mojé con mi saliva y sentí cómo mis labios temblaban, mis manos, mis dientes, todo mi corazón. Una carta era una cosa muy seria. Es cierto que podía quemarla, romperla, esconderla. Pero no, no era ese tipo de personas. Había dado un paso adelante y no iba a

retroceder. No en ese punto. El destino ya se encargaría de enseñarme qué hacer después.

Palmira me detuvo al bajar las escaleras. Zahid estaba con ella, tenían ambos caras de reprobación.

—La *senhora* no estará tan loca como para llevar esa carta personalmente.

—Es una lista de cosas que necesito que mi madre me envíe desde Londres. Mi hijo las ha pedido para su cumpleaños…

—Todos conocernos en esta casa, *senhora* —dijo Zahid con su voz de serio.

—Los hombres de Valentine y hasta el mismo Valentine están esperando que salga de esta casa a llevar la carta, *senhora*. El remitente les interesa mucho, la abrirán y sabrán lo que ha escrito.

—No pueden abrir mi correo.

Ambos se miraron entre ellos como si fuera una imbécil.

—Zahid tiene un plan —dijo Palmira, extrayendo una horrible peluca de color rojo sangre y un vestido con un estampado que recordaba a los que usaba cuando, en efecto, iba a hacer recados en el pueblo.

—Palmira disfrazarse de *senhora*. Ella ir oficina postal del mercado central, allí merodean ingleses que trabajar para Valentine —empezó a explicar Zahid.

—Un momento, ¿cómo saben que voy a sellar una carta?

—Aquí todo el mundo espía, *senhora* —dijeron al unísono. Era increíble, lo habían pensado todo. Me reí, ¿qué otra cosa iba a hacer? Zahid se acercó para ver mi carta; sin quitármela, la revisó bien.

—Habrá pedir caja extra sobres y caja extra papel, *senhora*. Carta que Palmira llevar será encriptada, será otra. Mensajes taaaaaaan banales —aprovechó para gestualizar mucho en el *taaaaan*— que llamar atención hombres Valentine y al propio Valentine.

—Y mi carta, entonces, ¿qué ocurrirá con ella?

—Usted y yo viajar kilómetros fuera de Estoril para poner carta otra oficina —dijo Zahid.

Me quedé helada. Palmira se haría pasar por mí. Y me vino la imagen del Hombre Buitre llevándose a Georgina Wells de los jardines del Saint Mary Rose en Calcuta.

—¡Dios mío, no! —Alcancé a decir.

—Dios mío, sí, *senhora* —dijo Zahid. Y lo hizo con total convicción. El plan estaba decidido.

El 15 de abril cumpliría veintiún años. Mi hijo Johnny me despertó con una pequeña tarta de almendras con crema, sinceramente, mi postre favorito y el que siempre me traerá recuerdos de Portugal. ¡Oh, qué ricas son las almendras de ese país y qué poco lo sabe la gente! ¡Mi hijo me sonreía con tanta felicidad! Vestido para ir al colegio británico, el pelo repeinadísimo por Palmira, que no le permitía llevarlo de otra manera, y las ganas en sus ojos y dientes de comerse un trozo de mi tarta antes que yo misma.

—Mami, Palmira me ha dicho que también han llegado dos cartas para ti —dijo con toda la boca llena de bizcocho, almendras y crema. Mi corazón prácticamente se salió de mi pecho.

A resultas de la estrategia de Palmira y Zahid, Beigbeder había recibido dos cartas enviadas por mí al protectorado español de Marruecos. Mi asombro y nervios crecieron cuando abrí la que respondía a la encriptada. Estaba igualmente encriptada y el remitente era otra persona que hábilmente había sellado y enviado la misiva desde Algeciras, España. Vi todas esas frases imposibles sobre el origen de los burros de esa zona del mundo con las letras moviéndose desordenadamente bajo mis ojos.

La segunda carta tenía algo dentro. Una cadenita, y estaba bastante pegada, más hermética que la otra, que se notaba que había sido revisada, incluso maltratada.

Beigbeder demostraba que sabía dónde se estaba metiendo enviando estas dos cartas. Porque pese a que firmara con el nombre de una señora española, Virtudes Pasamontes, en el propio nombre, tan improbable, había un sentido de humor que solamente podía pertenecerle a él. Esperé a que la casa se quedara completamente sola para abrir la primera carta.

Y cuando lo hice, lo que creía que era también otra cadenita resultó ser tierra. No, era pasto.

Lo tomé, lo aspiré y busqué con creciente nerviosismo un envase donde guardarlo. Encontré, en la cocina, un pequeño tarro de algo, cardamomo, alguna especia que usábamos mucho porque estaba bastante vacío. Y allí puse mi primer puñado de hierba de Juan Luis.

Protectorado español, Tetuán, 1936

Querida senhora Fox:

Qué valiente mujer demuestra ser escribiendo no solo una carta tan efusiva y sincera, sino enviándola en tiempos como estos. Seguramente fue eso lo primero que descubrí en usted: la ausencia de miedo. No estamos nunca solos, los seres humanos en general, pese a que algunas veces temamos la soledad, siempre hay alguien o algo que nos observa. Mucho más a personas como nosotros, deambulantes que creemos que el destino es un amigo cuando la mayoría de las veces es nuestro peor enemigo. Por eso no pude acompañarla más en Berlín. La noche conserva muchos más ojos que el día. El destino disfruta poniéndonos trampas. Y el asfalto resbala o se derrite cuando lo pisamos tanto en el invierno como en el verano. Conserve este poco de hierba. La recogí en el Rif cuando mirando hacia el

océano sentí que, un poco más arriba, estarías haciendo lo mismo.
Sin ti, perdido.

Juan Luis

La doblé de inmediato. Tenía que esconderla. Subí hacia mi habitación. Dudé, fui hacia la habitación de Johnny. No, no podía esconderla allí, hacerle esa faena. Bajé hacia la cocina, debajo de la nuez moscada, detrás de alguna botella de vino (no, se mancharía). Lo mismo con el aceite. ¿Entre el arroz? Pero ¿por qué siempre en la cocina? ¡Teníamos tantos espacios en esa casa! Entre mis vestidos, los zapatos. Detrás de un cuadro. Ese afán por esconderla no me permitía darme cuenta de que querría leerla muchas veces, preservarla hasta con mi propia vida. Y que la única manera de hacer eso era memorizarla. Y posteriormente incinerarla. «El destino disfruta poniéndonos trampas».

Pero las cenizas, ¿dónde las guardaría? Despertarían sospechas. El timbre no había sonado y Valentine ya estaba avanzando hacia mí en el salón de mi casa. Introduje como pude la carta en un falso doblez del interior de mi vestido y, por primera vez en mis encuentros con Valentine, tragué saliva y sentí el frío recorrer mi garganta.

—No sabía que existieran las mismas razas de burros en Portugal y el protectorado, querida senhora Fox.

—Le advierto, Valentine, que puedo demandarle por intromisión en mi vida privada. Sé perfectamente que no cree que tal cosa exista en alguien que trabaja para usted, pero también puedo recordarle que en Inglaterra se recela mucho de la privacidad y que la correspondencia es una de las pocas cosas que consideramos completamente sagradas.

Valentine jugó con su sombrero entre sus dedos.

—Con todo respeto, senhora Fox, yo no soy su superior. Hay otras personas por encima de mí que exigen resultados. No soy amigo de reiterarme, volver una y otra vez a los mismos diálogos, los mismos mensajes. Usted ha dado con una pieza mayor y lo que sea que termine pasando entre ustedes es sumamente importante para nosotros.

—He hecho lo que sugirió. Escribí la carta.

—Escribió dos cartas, senhora Fox. No la dejaré tranquila hasta que me enseñe lo que dice la buena, la segunda o la primera, usted sabrá. La otra carta.

Podía dársela allí mismo. Mostrársela un poco, nada más, y volver a doblarla o quemarla, sí, delante de él. Pero era tan pronto para destruir una prueba tan personal. Tan mía. Tan nuestra.

—Le escribí para comunicarle que me gustó conocerlo. Y que me decepcionó que no acudiera a la inauguración, nada más, Valentine.

—Ese es el punto de partida que hemos acordado, senhora Fox. El hecho de que haya intentado confundirme, enviando dos cartas en vez de una, me hace pensar que usted está confundiendo su misión. Y no puedo permitirlo. No puedo permitir que deje escapar al señor Beigbeder.

—Ya no hace burlas con su apellido. —En realidad quería decirle que no era una cazadora, por más que me viera así, no he sido, no soy ni seré ese tipo de mujer que va detrás de un hombre. Y que, sí, reconocía mi confusión.

—Beigbeder —dijo el nombre de nuevo y correctamente —. He visto que luce bien en letra impresa. Reconozco que pocas veces un apellido tiene resonancia de nombre. No puedo permitir que lo deje escapar, senhora Fox. Y usted tiene que colaborar. Si no puedo convencerla yo, lo hará Mr. Higgs.

Valentine se marchó, su orden era clara. Estuve sola pensando en lo que había escrito Beigbeder. No pudimos

vernos más en Berlín porque algo o alguien se lo había impedido. «El destino es nuestro enemigo», había escrito. ¿Por qué? ¿Quería decir que, pese a lo que nos uniera, en realidad jamás estaríamos juntos porque él tenía que ejecutar algo que terminaría por hacer daño a mis intereses?

Necesitaba hablarlo con alguien. Y por eso accedí a acudir a una cena sin mucho interés en casa de los Sanjurjo, nada más y nada menos. La esposa de Sanjurjo recibía sola, Sanjurjo se encontraba fuera. «Ha tenido que viajar al protectorado», me dijo ella cuando pregunté por él en el tono más casual que pude fingir.

—Aprovechemos que aún no han llegado todos los invitados, Rosalinda. Sanjurjo me ha confiado que las cosas pueden acelerarse en Madrid.

—¿Qué significa «las cosas»?

—Ya sabes, el desenlace. —Abrió mucho los ojos como para indicarme que hablaba en cifrado acerca de la situación en España y que yo era un poquito lenta para darme cuenta—. O el principio del desenlace. Han recibido órdenes de estar en el protectorado para cualquier aviso. Tengo miedo, Sanjurjo —siempre lo llamaba por su apellido— se jugaría mucho si mantiene su palabra de apoyo esta vez. Pero no puedo hacerle cambiar de idea. Es como si fuera una cruzada, Rosalinda. Como si sintiera que él y ese hombre, Beigbeder, tuvieran la clave para sacar a España de su oscuridad.

¿Por qué no le preguntaba sobre Juan Luis? Lo acababa de mencionar. ¿Cómo era su esposa? ¿Quería a su hija? ¿Le había dicho algo de nuestro encuentro en Berlín?

Ella siguió repasando los detalles de su mesa y arreglos para agasajar a sus invitados.

—Beigbeder nunca me ha parecido de fiar. Utiliza a la gente, te seduce y compra tu voluntad. Te hipnotiza. La gente dice lo mismo de Sanjurjo, pero puedo asegurarte que

Beigbeder no se detiene ante nada. Hay veces que creo que al final usará a mi marido y en cuanto pueda lo dejará en la estacada.

Intenté aparentar normalidad, era como si hablara de otra persona distinta a la que me había deslumbrado en el vestíbulo del Adlon.

O ¿tendría que reconocerle algún día que llevaba razón? No pude concentrarme en nada más durante esa cena, ni en el camino de regreso a casa, sentía que había ojos detrás de todos los arbustos. Ni dejándome vencer por el insomnio. No, no le escribiría más. Me lo quitaría de la cabeza. No participaría en ninguna investigación, me costara lo que me costara. Tenía que luchar como fuera para que Beigbeder saliera de mi vida con la misma facilidad con que había entrado.

Me acosté completamente comprometida con conseguirlo. Pero al día siguiente, solo podía pensar en que el amor es un persistente embrujo. Tenía más años que cuando me enamoré de Pets, pero no había aprendido nada. Dentro de mí seguía esa necesidad de luchar contra el propio amor. Pero dondequiera que miraba, estaba Juan Luis. Y su hierba y mi asfalto. ¡Es tan pesado! Nunca terminas de darte cuenta de que el amor es un aire sin viento que avanza detrás de ti y segundo a segundo va eliminando primero tu voluntad y luego tu orgullo. No puedes hacer nada para que sea como tú quieres. Es todo como él quiere. Lo complaces, lo cuidas, le permites, le facilitas, le otorgas, le cedes, le das. Y empiezas a darte cuenta de que cada día es más de lo mismo. Complacer, cuidar, permitir, facilitar, otorgar, ceder. Hasta que un día te giras y allí está un muro construido ladrillo a ladrillo con esas palabras, con esos perdones, esas cesiones. Y así como el muro es infranqueable e irrompible, lo es también la verdad que oculta: que has construido un muro que te encierra, te

atrapa. Mientras en tu mente sabes que, más que un muro, anhelabas una puerta. Y que sabías que delante de esa puerta solo podía existir una palabra, *no*, para la que tenías clarísimo que no poseías voluntad suficiente para hacerle caso.

Estoril, una mañana sin nubes de 1936

Querido Beigbeder:

Todas las mañanas suelen tener nubes menos esta. He dormido poco, algo que se ha vuelto frecuente en los últimos días, desde que personas que se creen cercanas a mí se han empeñado en prevenirme. Mi primer impulso fue decirles que no había ninguna razón para advertirme nada sobre usted, porque apenas nos hemos conocido, un saludo sin más, unas palabras que se quedaron clavadas en mi memoria y sobre las cuales he creído construir un palacio, un castillo, una villa, una mansión que se asienta sobre esas nubes que hoy no están.

No somos más que ese ínfimo, pequeño diálogo en el vestíbulo de un agitado hotel. Y sin embargo yo giro cada día, cada mañana, con o sin nubes, delante del mar que me devuelve olas que parecen llevar escritos nuestros nombres, una y otra vez sobre ese recuerdo, colgados de cada palabra, de cada memoria que esas palabras me traen, de cada emoción que se despierta dentro de mí al recordar su voz y luego sus ojos. Y por ese estado, ese recuerdo, ese mar de emociones, algo se me debe notar porque los demás me hablan de usted, y de mí, de mis cartas. Y me advierten de peligros. El peligro de estar

enamorada de un hombre que es solo un instante. Del peligro de estar enamorada de un hombre que seguramente tiene una vida hecha, las peores dos palabras que puedan juntarse cuando desde este lado del mundo, este Estoril sin nubes, y todo el mar delante para separar o proyectar sueños, hay toda una vida por rehacer, por reconstruir, por vivirla a su lado.

Pero las advertencias siembran algo peor que la duda: la proximidad de la verdad. Creo que eres un hombre distinto cuando estás conmigo —si lo estuvieras—. Pero que, mientras eso no suceda, eres un militar sediento de batallas, de estrategias, de guerras. Y que al final solo amarás lo que consigas o conquistes en esas guerras. Y que esas guerras, esas glorias, serán contrarias a mis principios. Porque pase lo que pase, seré siempre una defensora de la paz.

No quisiera terminar esta carta mencionando nuestra diferencia de edad. Son casi treinta años, Juan Luis, porque ahora te llamo Juan Luis, porque siempre jugamos con el usted y el tú. Treinta años, Juan Luis. ¿Llegaré alguna vez a cumplir treinta años? ¿Los viviremos juntos? ¿Nos seguiremos hablando, escribiendo igual? Quisiera escribirte que te amo, que amarte me hace sentir distinta, me hace ver el cielo sin nubes. Me hace pensar que el asfalto está muy lejos y que la hierba, el mar y el cielo son uno solo. O dos, como tú y yo.

Terminé de escribir con lágrimas en los ojos. Alguna debió de caer en el folio y emborronar una buena frase. Lo doblé,

lo introduje en el sobre y lo sellé con mis labios. Escribí la dirección, puse la mía en la parte posterior. Pasé el secador de tinta por ambos lados, rebusqué en mi mesa la estampilla necesaria, y haciéndolo fue cuando me percaté de que tanto Zahid, como Palmira, como mi hijo estaban atentos a todos mis gestos.

—Palmira —dije—, creía que Johnny estaría desayunando.

—Ya me lo he tomado todo, mami —respondió mi maravilloso hijo. Vino a darme un beso y me miró llorar.

—¿Por qué estás llorando, mami?

—Por lo que acabo de escribir, hijo mío. Es algo sin importancia, pero me ha hecho recordar cosas.

Johnny se quedó abrazado a mí, musitando varias veces que no quería verme llorar, y yo no podía evitar hacerlo. Más y más. Hasta que Zahid se acercó para retirar a mi hijo y llevarse la carta.

—No, Zahid, quiero echarla en el correo ahora mismo.

—Déjeme hacerlo a mí, señora —dijo Palmira—, como otras veces. —Disimulando todo lo posible, entresacó de su vestido otro sobre con una imitación de mi letra. Se trataba de otra carta encriptada para seguir molestando a Valentine y los suyos.

No iba a dejar que fuera ella a la oficina de correos. Esta vez iríamos juntas. Me recompuse con suma facilidad. Era verdad que no había dormido, era primera hora de la mañana, había que llevar a Johnny al colegio, así que no quedaría tan extraño que Palmira y yo fuéramos juntas a dejarlo, pasar por el mercado, luego recoger unas ropas que habíamos enviado a arreglar y pasar a dejar la carta. Me daba absolutamente igual si me había pasado o equivocado con algo, tanto en su redacción como en su contenido. Una vez escrita, una vez llorada, me sentía libre. Como si el muro se hubiera agrietado y por un pequeño resquicio me hubiera colado y huido.

Pero apenas estuvimos en el coche sentí que el resquicio, la grieta, empezaba a cerrarse y el muro seguía allí, indestructible, sin rotura alguna. En el último minuto Zahid decidió acompañarnos. Una vez llegados al colegio, mi hijo me besó cariñoso antes de descender del auto; las otras madres me saludaron con evidente desdén. No iba a bajarme del coche para unirme a sus chácharas contra el servicio que prácticamente les salía gratis. Unas miraban a Palmira y parecían comentar algo desagradable sobre su aspecto, sobre si llevaba puesta una peluca o no. Era verdad, la llevaba, esa peluca que habíamos adquirido para que se pareciera a mí y despistara a esas personas que perseguían mi correspondencia con Beigbeder.

—¿Por qué llevas la peluca, Palmira? —le había preguntado antes de salir.

—Porque esas cartas siguen siendo peligrosas, señora. —Y guardé silencio conmovida por su lealtad.

Johnny entró en su colegio junto a sus amigos y las mujeres se reunieron en su habitual circulito, soltando nombres, opiniones. Me permití volver a mirarlas a través del espejo retrovisor, alejándome de ellas y su terrible circulito de pequeñas historias, inmensas mentiras, rencores, vidas amargadas, jamás plenas, pese a tener tanto a su favor. Fueron esos negros pensamientos hacia esas pequeñas personas los que me impidieron ver lo que de verdad importaba en lo que enseñaba el espejo retrovisor. Un coche similar al mío, negro, ocupado por tres hombres vestidos también de negro, el sombrero de cada uno demasiado bajo, como si quisieran ocultar sus rostros, venía siguiéndonos. Apreté el acelerador y Palmira prácticamente se salió por la ventana, la sujeté con mi brazo derecho.

—*Senhora*, ¿qué pasa?

—Malos seguirnos, Palmira —dijo Zahid.

—Desde que dejamos la escuela —agregué yo.

—Tuerza acá —dijo Palmira—, es un camino sin asfaltar, pero nos llevará hacia la playa.

—¿Por qué la playa, Palmira? —grité, prácticamente, intentando controlar mis nervios y pisando fuerte el acelerador. No hubo respuesta. Pero le hice caso. El camino era de tierra y desataba bastante polvo; en esa mañana sin nubes, mi diminuto Austin 7 conseguía crear una humareda sobre la que podíamos perfectamente camuflarnos, Palmira y yo, y despistar a esos inesperados perseguidores.

No llegamos hasta la playa porque justo antes se incorporaba un camino muy estrecho por el que Palmira ordenó seguir para, despistando a nuestros Malos Seguidores, retomar la carretera y llegar hasta la oficina de correos.

Lo conseguimos y Palmira me arrebató el sobre de la mano. Intenté forcejear con ella, no quería que lo hiciera, que lo enviara ella, pero fue inútil; con muchísima más fuerza se lo quedó y avanzó hacia la casa postal. No sé por qué levanté la mirada al cielo, seguía sin nubes, ese espacio tan azul, tan extrañamente limpio. Y al bajarla, Palmira estaba rodeada de esos tres hombres. Zahid estaba ahí, ¿qué hacía ahí? ¿Cómo había salido del coche y llegado hasta allí? Intentaba abrirse paso en el cerco que estrechaban los tres hombres sobre nuestra Palmira. Me bajé del coche y empecé a avanzar hacia ellos, pero Zahid me hacía señas para que regresara, para que no siguiera, hasta que los tres hombres se separaron de ese cerco estrecho que formaban y en el centro de él, como si fuera una pared que se rompe, un cuadro que se desploma, caía al suelo Palmira. La peluca se separó de su cabeza al chocar contra el pavimento.

Estaba muerta, la habían asesinado los tres hombres, la plaza se quedó aterradoramente en silencio. Ni siquiera un grito mío o de Zahid, ni de nadie más. Nadie. Zahid me tomó

en sus brazos y me devolvió al coche. Pude ver que en sus manos tenía la carta. Y entonces se quebró ese aterrador silencio con el rechinar de nuestros neumáticos girando trescientos grados para salir huyendo de ese espantoso lugar.

Empujé a Zahid a la parte trasera y giré sobre el eje del coche aferrando ambas manos al volante. Me llevé por delante dos puestos de verduras y frutas y varias gallinas y gallos, reales y de cerámica, típicos en Portugal, que corrieron por el suelo de la plaza mientras buscaba la manera de regresar a ese camino polvoriento.

—No, *senhora*, debe ir al frente.

—Es volver al camino de la playa, Zahid, jamás conseguiremos desprendernos de ellos.

—Conducir y obedecer instrucciones.

De repente me di cuenta de que abandonábamos a Palmira sin saber a ciencia cierta si estaba muerta. Zahid puso su mano en mi hombro.

—Siga recto, *senhora*. Palmira ya no está con nosotros.

—Arroja la carta por la ventana, Zahid. Si es eso lo que quieren, tírala.

Pero Zahid no me hizo caso, más bien la introdujo entre su torso y la camisa que vestía. Y mientras tanto, delante de mi parabrisas, aparecía la carretera de la playa, con coches que se incorporaban de derecha a izquierda. El automóvil de los hombres de sombrero negro se acercó peligrosamente por la derecha. Uno de los hombres apuntaba su pistola hacia mí. Zahid apretó sus manos en mis hombros y las bajó hacia mis brazos haciéndome girar hacia la izquierda como si el coche fuera un gusano que podía colarse entre dos imponentes Packards que circulaban a la misma velocidad. Los bocinazos asustaron al conductor del coche de los sombreros negros mientras me impulsaban a pisar más fuerte el acelerador. Estaba apretando todo lo que podía y

mi coche zigzagueaba entre los otros vehículos como si fuera una aguja que guiara el hilo a través de un bordado. Una aguja veloz. Pero el automóvil de los sombreros negros era también veloz, más pesado, pero rápido. Tan rápido que en el momento en que parecía que nos quedábamos solos en el asfalto empezó a golpearme por detrás. Zahid se tropezó conmigo y yo salté hasta pegarme con el retrovisor y cambiarlo de ubicación. No sé cómo, pero subí mi mano para corregirlo y recibimos la segunda embestida, y la tercera y la cuarta, hasta que observé en la izquierda una salida de la carretera. O lo que creía que era la salida de la carretera, porque en realidad se trataba de una colina, mal disimulada, sin valla protectora por la que me encontré corriendo a una velocidad de vértigo. Los hombres de sombrero negro no se amilanaron y subieron a ella mientras en la carretera algunos coches reducían velocidad y sus conductores salían haciéndonos aspavientos, alertándonos de que nos mataríamos. Porque la falsa colina era un acantilado.

Circulábamos en dirección contraria, es decir, los visitantes a esa parte del mundo circularían hacia nosotros para regresar a sus casas después de contemplar el océano. Pero eso no impidió que acelerara aún más. Zahid no decía nada, iba cambiando de tono de piel. Estaba completamente pálido, sudoroso, musitando algo.

—*Senhora*, después de acantilado solo aire. Y luego mar.

Pero, aunque fuera una información terrible, me di cuenta de que los hombres del sombrero negro no lo sabían, porque seguían mordiendo el asfalto cada vez más veloces. Lo único que podía detenerlos eran los coches que se echaban prácticamente sobre nosotros, en dirección contraria. Cada vez que uno se movía hacia la izquierda o hacia la derecha de nuestra andanada, esquivaba y aprovechaba el poco espacio libre para seguir avanzando como un salmón que disfrutara de la contracorriente. ¡Si alguna vez llegaba a

encontrarme de nuevo con Beigbeder, le contaría esta persecución! A buen seguro no se la creería, y fue esa lógica la que me guio hacia mi siguiente movimiento.

Zigzagueando entre vehículos con conductores aterrados, puse todo el peso de mi cuerpo hacia la derecha. Mi coche es realmente pequeño, y en medio de toda la insensatez que sucedía a mi alrededor, tuve plena conciencia de que, si viraba en esa dirección, conseguiría levantar el vehículo prácticamente sobre las ruedas del lado derecho. Lo convertiría en una especie de saeta a la más alta velocidad. Bastante imposible, por más esfuerzo que hiciera en girarme de esa forma. Pero fue así como mis ojos detectaron un pequeño, casi invisible sendero de tierra que bajaba en espiral hasta alguna parte próxima al mar. Miré por el retrovisor y, en efecto, sería muy difícil alcanzar ese sendero si no me encomendaba a algo incluso superior a Dios.

—Juan Luis, un día sabrás todo lo que he hecho por ti.

Zahid se acurrucó debajo de mi asiento en la parte trasera. Atravesamos un coche, varios gritos, otro coche y un tercero y mayores gritos, y apretando muchísimo el acelerador me vi dentro del zigzagueante camino de tierra, aferrada al volante para embestir una y otra vez las curvas más cerradas de toda mi vida.

El camino serpenteaba como un dolor de estómago y dejaba poquísimo espacio a ambos lados, cualquier mal movimiento y nos despeñaríamos. Ojalá pudiera inventarme algo para que fueran los hombres del sombrero negro los que cayeran. Pero no había manera, ya iban alcanzándome para intentar golpearme desde atrás y hacerme caer al vacío.

—Apriete, *senhora*. Como dar a luz. Expulse y acelere y el coche se disparará, como niño al nacer, hacia delante —me dijo Zahid.

Mis ojos jamás estuvieron más abiertos, por el miedo, pero también por la lógica de mi sirviente. ¿Comparar esta persecución con un parto? Pero lo hice. Me concentré en recordar ese dolor profundo y, en efecto, exhalé y empujé todo lo que pude el pie sobre el acelerador. Y el coche respondió increíblemente, separándome de los del sombrero negro una considerable distancia, adentrándome en la carretera de curvas. Todo el tiempo, el despeñadero nos servía de inquietante compañía.

—En la próxima curva, *senhora*, gire completamente a la derecha, en su propio eje. Hay algo de espacio para que el coche no salte hacia el vacío. Y cierre los ojos, *senhora* —sugirió Zahid.

Y lo hice. Con los ojos cerrados, giré como si fuera una bailarina súbitamente enloquecida y escuché el chillido sin voz de los neumáticos sobre el asfalto. El asfalto que tanto detestaba Beigbeder. Y escuché cómo rozábamos la montaña y también cómo las ruedas del coche enemigo intentaban frenar antes de que el acantilado se los tragara.

El estrépito de la caída y posterior explosión me abrió los ojos. Zahid salió por una de las ventanas corriendo hacia el precipicio. Le grité que no lo hiciera, pero inmediatamente un nuevo coche apareció entre los ochos de la carretera. Uno de sus ocupantes era Valentine Williams.

Tan pronto como pude me abalancé sobre él a golpearlo. No podía controlarme. Él se dejó golpear y el hombre que había bajado junto a él tampoco hizo nada por impedirlo. Estaba completamente histérica. Zahid seguía detenido delante del foso que se había tragado a los hombres de sombrero negro.

—Destruya esa maldita carta, senhora Fox —ordenó Valentine.

—Son sus hombres, es usted quien está detrás de todo esto. Han matado a Palmira —grité. Quería decirle más,

déjeme amar a Juan Luis, no me pidan más que le espíe. Han empezado a matar gente cercana a mí. Los siguientes serán Zahid. Mi hijo. Yo misma.

—Son alemanes, senhora Fox, quienes la perseguían. No tienen nada que ver conmigo. Consideran que usted puede llevarlos hacia Beigbeder. Seguramente Beigbeder les ha fallado en un pago. O sabe algo que ellos necesitan saber. O que nadie más sepa.

¿Alemanes? Pero, si querían que los condujera hasta Juan Luis, ¿para qué querrían matarme? No entendía nada, era una mala mentira. Sin embargo, intentar analizarla me serenó súbitamente. Zahid estaba a mi lado, sin siquiera mirarlo, él mismo se extrajo la carta de su cintura. La tomé y la rompí. ¡Vaya!, se me daba muy bien romper mis propias cartas delante de Valentine. Y entonces los otros ocupantes del coche salieron. Eran Sanjurjo y el joven poeta, Ilíada, el novio de Catalina Castelo-Branco.

—Aborto la misión. Quiero regresar a Inglaterra —dije con toda la serenidad que pude recabar.

Y en mis adentros pensé: me han perseguido por escribirle una carta a Beigbeder, han matado a Palmira vestida como yo, un horrible remedo de la muerte de Georgina Wells. Y ahora Sanjurjo, Valentine e Ilíada, todos juntos en un mismo coche. ¿Qué demonios era todo aquello?

CAPÍTULO 26

BYE, BYE, ESTORIL

No fue tan fácil volver a Inglaterra. En parte porque no tenía una casa, sino la de mi madre y Mr. Higgs, convertidos definitivamente en señor y señora Higgs.

Podría pasar horas detallando cómo era ese insólito matrimonio, pero los sucesos que cayeron como una cascada desde mi llegada allí son mucho más importantes. En primer lugar, la hazaña de la persecución en el acantilado había provocado una lesión en mi hombro que degeneró en un severo problema lumbar que hizo regresar a mi vida a los «queridos» doctores del Instituto Ross. Mr. Higgs, a quien jamás dejé de llamar de esa forma, organizó el cambio de Johnny a un internado y que mi madre no revoloteara mucho sobre mí. Los doctores diagnosticaron que para mi absoluta recuperación debería permanecer en reposo, otra vez en la cama, noventa días.

¡Y qué noventa días! Mr. Higgs, siempre perfecto, siempre servicial y siempre silente, me obsequió con una magnífica radio, cubierta en madera de caoba, brillantemente roja. Así que esos noventas días fueron consumidos por las noticias que emitía la BBC. En especial, todas las que tenían que ver con la creciente y preocupante situación de zozobra en España. A medida que escuchaba las noticias sobre

revueltas y surgían nombres de militares que desconocía, como Mola y Franco, también me sobresaltaba escuchar el de Sanjurjo. Y el de Juan Luis Beigbeder, a quien la BBC llamaba *el hombre tranquilo de la revuelta*. Miré bien la fecha en el periódico que estaba en mi cama: 18 de julio de 1936. La radio continuaba analizando la revuelta que había dado inicio a una guerra en España. Al parecer, en la madrugada del 13 de julio, a un conocido de Sanjurjo, Calvo Sotelo, le habían disparado los llamados *guardias de asalto*, en respuesta a otro asesinato: el del militar socialista José Castillo, la noche anterior. Esta muerte tan cruda y sumarial de un político era definida por la BBC como la gota que rebosaba la paciencia de los «nacionales» y el final del Gobierno republicano. El 16 de julio, el general Amado Balmes, gobernador militar en Gran Canaria, se disparó accidental y fatalmente durante una práctica. El Gobierno de Madrid sospechó de inmediato que había sido asesinado, casi como respuesta a la muerte de Calvo Sotelo. El general Francisco Franco se trasladó a las islas para el funeral y esto alertó al Gobierno. Y llevaban razón, porque con Franco en las Canarias, tanto Sanjurjo como Beigbeder liderarían un movimiento desde Marruecos que haría estallar la guerra para hacerse con el Gobierno. Mi habitación se convirtió en el foco de atención durante esos tres días, Mr. Higgs, mi madre, Zahid y yo atentos a la radio.

La BBC mantenía un tono neutral, pero no paraba de informar de todos los movimientos. Seguía con su recuento. El 17 de julio, en Melilla, otro gobernador militar, el general Romerales, era arrestado y posteriormente fusilado esa noche junto con los líderes del Frente Popular. Los que esperaban la revuelta tenían ahora una señal perfecta para desatar una guerra que creían que duraría cinco días, hasta hacerse con el Gobierno y «reinstaurar el orden», como

decían. No fueron cinco días, sino tres largos años, y el preámbulo de lo que sería la segunda guerra mundial.

No dormíamos, ni tampoco hablábamos. Esperábamos el despacho de noticias de la BBC. Mr. Higgs tan atento como yo, porque claramente sabía todo acerca de mis cartas con Beigbeder, de mi amistad con Sanjurjo. Seguíamos atentos a la radio. Ese 18 de julio, la BBC informó de los primeros reportes de una rebelión en el Marruecos español y las Canarias empezaron a colapsarse y a alterarse la programación de la BBC, generalmente más proclive a programas musicales e informaciones de nuestra Corona que a noticias de otros países. Se hablaba de un «extenso motín en la flota española, en el que presumiblemente los marineros habían asesinado a sus oficiales y echado sus cuerpos al agua». Desde Berlín y Roma se informaba de un golpe de Estado exitoso en Marruecos y de que todos los líderes republicanos habían sido apresados y tiroteados mortalmente. Madrid solo reconocía un intento frustrado de golpe y que la situación en el país continuaba «sin novedad».

Pero al menos en mi habitación sí había una novedad. La manera en que Marruecos había sido invadida y tomada por los nacionales involucraba permanentemente el nombre del coronel Juan Luis Beigbeder. El peligroso amor, el nombre en mis perseguidas y mortales cartas, había tomado el control del Departamento de Asuntos Árabes y, habiendo conseguido la ayuda y soporte tanto del jalifa como del gran visir de Tetuán, se había procurado una base insuperable para lo que sería el nuevo régimen. Todo el ejército que estaba en esas tierras era ahora firmemente nacional. Y con toda esa fuerza detrás, Beigbeder recibió el avión que traía a Franco a Tetuán, después de dos paradas en Agadir y Casablanca, que la BBC señalaba como «curiosas». Los hombres que acompañarían a Franco en las siguientes

treinta y seis horas serían seis mil árabes. Con ellos partió hacia la Península, algunos en avión, la mayoría en barco, hacia Algeciras o Cádiz. La fuerza naval española no tenía líder con que hacerles frente y por eso varios miles de esos militares árabes avanzaban en Sevilla, consolidando la fuerza del movimiento sublevado contra el Gobierno de la República. En alguna ocasión, la BBC retransmitía las palabras del coronel Queipo de Llano, inflamadas, ahítas de victorias y a veces marcadamente populistas, insuflando a esos militares que la victoria absoluta sería cosa de unos días. «Hasta que la muerte nos separe», gritaba, y Mr. Higgs cerraba los ojos.

—Es tan solo un preámbulo —dijo.

—Un preámbulo ¿de qué? ¿De algo similar, una revuelta que cambiara gobiernos e ideales, pero en toda Europa?

Mr. Higgs no respondió mis preguntas, seguía atento a la radio. Y yo igual. Así como estas tropas avanzaban en Sevilla, el general Mola tomaba el control de la ciudad de Burgos, una capital histórica y muy simbólica para los sublevados. Y desde Burgos, un pequeño aeroplano había partido hacia Lisboa para transportar de regreso a España al general Sanjurjo, quien sería nombrado jefe de Estado de la nueva España nacional. España, todavía republicana, había emitido una dura afrenta a Portugal por permitir ese vuelo. Y el Gobierno de Salazar concedió que el avión no aterrizara ni saliera desde el aeropuerto de Cintra, sino desde el de Cascaes.

La BBC decidió retransmitir en directo ese vuelo. Aunque me digan muchas veces que es imposible encontrar esa grabación, yo defenderé hasta el día de mi muerte que lo escuché. Era un evento importante, después de todo, era el avión que transportaba desde Portugal al que sería el nuevo jefe de Estado de la España nueva. Postrada en mi casa, pensé en Palmira en primer lugar, porque su muerte había

quedado sepultada por segunda vez por todos estos acontecimientos. A quién podría ahora interesarle una mujer totalmente anónima, en una situación extraña, pero también lógica: muerta en una trifulca en medio de una plaza de mercado. Y pensaba también en las advertencias de Valentine sobre los contactos de Beigbeder con los alemanes. Ahora todo tenía más sentido, Beigbeder y Sanjurjo habían estado en Berlín a principios de año adquiriendo armamento para enfrentar esta situación, la de cambiar el destino de España.

Pero ¿eran completamente aliados en esta revuelta? ¿No querrían tener un poco más de protagonismo, de poder, cada uno? Porque ese dilema era justamente lo que Valentine había sembrado en mi pensamiento. Obviamente, no podía dejar de recordar mi encuentro con ellos dos, sobre todo con Beigbeder, en el vestíbulo del hotel Adlon en Berlín. Me irritaba, por momentos, haber transformado ese encuentro en el inicio de una obsesión, de un enamoramiento, cuando ahora tenía otras connotaciones mucho más importantes, más decisivas, más peligrosas. Había sido testigo presencial de un instante que, aunque trivial, indicaba que Sanjurjo y Beigbeder estaban preparando la revuelta que ahora empezaba a convertirse en una guerra, una guerra civil de consecuencias impredecibles. ¿Podía ser que en un mismo encuentro me había enamorado y me había convertido en un objetivo vital para los hombres de Valentine, pero también para los alemanes y los españoles?

Rodeada de peligro, solo me daba cuenta de que seguía sintiendo fascinación, atracción por ese hombre. Que su participación en esa contienda le volvía todavía más interesante. Mr. Higgs era plenamente consciente de eso. No necesitábamos decirlo porque él lo veía en mis ojos, en mis gestos, en el interés por seguir escuchando la narración de

los hechos que emitía nuestra BBC. Y, otra vez, mientras escuchaba, volvía a pensar en Beigbeder y en mí. En mis cartas rotas, en mis declaraciones de insólito amor. En esa extraña cena en la casa de los Castelo-Branco, con el padre encaprichado de su camarero y la hija enamorada del poeta Francisco. ¿Por qué pensaba en ellos? ¿Por qué estaba el poeta junto a Sanjurjo y a Valentine el día de la persecución?

> El avión del general Sanjurjo empieza a avanzar en la minúscula pista de Cascaes, después de que una impresionante caravana de coches negros se haya hecho presente delante de la inmensa cantidad de personas que quieren ver de cerca al que será el nuevo jefe de Estado de la España nacional. En este momento podemos escuchar los aplausos de los presentes e intentaremos conseguir unas breves declaraciones de quien presumiblemente sea el hombre más importante del nuevo Gobierno español. Lo acompañan su esposa Carmen y el hijo de ambos. Sanjurjo sonríe, porque es un reconocido hombre afable, simpático, no muy alto, pero de sólida estructura, con enormes ojos morenos que pueden compararse con los del personaje español por excelencia, don Quijote.

—Es ridícula esa comparación —musité—. No es cierta, además, son grises.

—Está leyendo un guion, es típico de las radios, al mencionar a don Quijote quedan bien y mantienen el tópico español —dijo Mr. Higgs.

«Arriba España», expulsó la radio, emitiendo los gritos que recibían a Sanjurjo antes de subirse al avión. El locutor volvió a retomar la emisión.

Hay muy poco tiempo para las despedidas. El general Sanjurjo se abraza a su esposa y hace el saludo militar a su hijo. El piloto ya se encuentra dentro de la cabina y estamos ahora escuchando el ensordecedor sonido de las turbinas del avión preparándose para el despegue. Es tan intenso este ruido que el público ha optado por callarse mientras la máquina empieza su andadura por la pequeña pista.

En efecto, la voz del narrador quedaba sepultada por la maquinaria. Por un momento, imaginé a Sanjurjo y sus inmensos ojos grises mirando por la ventana, elaborando lo que le esperaba apenas llegara a Burgos y se hiciera cargo de ese nuevo Gobierno tan teñido de sangre, revuelta, conflictos. Por alguna razón escuché la voz de Carmen, su esposa, hablándome de Beigbeder aquella vez en su casa, en la que entré porque necesitaba contarle lo que sentía por ese hombre que había conocido junto a su marido. «Juan Luis no es de fiar».

La pista en Cascaes está rodeada de altísimos pinos y sus pequeñas dimensiones hacen que cada despegue sea un acto casi milagroso, pero el piloto tiene mucha pericia y ha retrocedido todo lo posible en la pista para salvar las alturas de los árboles. Aunque de nuevo el ruido sea ensordecedor, quiero tratar de narrar este momento histórico para España, para el futuro de España, mientras el avión da unos botes en el corto, cada vez más corto espacio de rodaje. Ha despegado —gritó el locutor para que pudiéramos oírlo por encima del atronador estruendo—. Y debería subir más, mucho más, un poco más, por encima de las copas de esos pinos. La única manera de salvarlos es justamente ir hacia delante y hacia

arriba, sin mirar atrás. Hasta que… ¡Dios mío! Una de las alas acaba de rozar los pinos. ¡Dios mío, el motor…, el motor se ha parado!

Hubo, en efecto, silencio. El locutor no siguió hablando. La gente allí presente, asistiendo a esa caída, tampoco emitía sonido alguno. Mr. Higgs sujetó mi mano mientras los dos fuimos escuchando el terrible silbido de la aeronave al caer. Y el aterrador estruendo al estrellarse contra el suelo.

Esto… es inenarrable, el avión está envuelto en llamas. La esposa de Sanjurjo ha echado a correr hacia el lugar del fuego, aunque varios militares y hombres de la multitud la detienen. Su hijo está rodeado de policías que intentan llevarlo lejos de aquí. Los gritos, como podéis escuchar, son histéricos; las mujeres y hombres lloran ante lo que acaban de presenciar. El piloto ha conseguido saltar del aparato. Está vivo, con quemaduras, y regresa hacia la nave con dos extintores para apaciguar el fuego y conseguir liberar a Sanjurjo del asiento. Sanjurjo está vivo, hace gestos, intenta dirigir al piloto con el extintor para acabar con el fuego, pero el piloto insiste en desabrocharle el cinturón que le ata al asiento. Es una batalla, una terrible batalla para conseguir salvar a Sanjurjo.

No quería escuchar más, pero Mr. Higgs volvió a sujetarme para que no apagara la radio. Escuchamos en ese momento la explosión, como si estuviera sucediendo en la habitación donde estábamos.

Una segunda explosión ha causado un auténtico infierno. El cuerpo del piloto ha sido arrojado al suelo.

> Los… los médicos de urgencias, la esposa de Sanjurjo… no pueden acercarse al aparato porque está envuelto en llamas. Sanjurjo… sigue atrapado en su interior…

Apagué la radio. Mr. Higgs se levantó y se colocó delante de mí.

—Puede ser un accidente o puede ser un sabotaje. Y si lo es, usted es la única persona que puede averiguarlo.

CAPÍTULO 27

LA NUBE QUE REGRESA

Aunque no fuera producto de una explosión, lo primero que me recibió en Tánger fue una nube. No era de polvo; de hecho, tampoco era una nube, sino como si algo empañara mi vista y todo adquiriera una forma fantasmal. De inmediato recordé dónde había sentido algo similar. Fue en mi escala en Gibraltar cuando el Karmandia nos llevaba hacia Calcuta. Aquella vez no era una nube, sino el avance de la calima. Pero en realidad lo que sentía era esa emoción que volvía a embargarme. Estaba de vuelta en África, estaba de vuelta en ese sitio, ese lugar en el mundo donde una voz me había dicho: «Algún día vivirás aquí».

Al cabo de un rato, la nube frente a mis ojos en Tánger se disipó y empecé a ver colores, moviéndose, desplazándose de izquierda a derecha. Eran los vestidos de las personas que andaban delante de mí. Amarillos, naranjas, verdes, un destello de azul y marrón. A los colores los siguieron los olores, de cebollas, ajos, pero también manzanas, naranjas y, por encima de todos ellos, mandarinas. El potente olor de las mandarinas que extrañamente anunciaban el otoño. Habían pasado casi tres meses desde la muerte de Sanjurjo, ese 1936 convulso y violento no parecía acabarse nunca y

Tánger era como un cuadro empeñado en formarse delante de mis ojos.

Zahid estaba a mi lado. Y estábamos sentados dentro de un Austin 7. Sí, el mismo coche donde había vivido la enloquecida persecución de meses atrás en Estoril. Lógicamente, el coche había sido reparado desde ese incidente. Y Mr. Higgs había conseguido trasladarlo hasta Tánger. Vagamente recordé en ese instante algo que Mr. Higgs había dicho: «Rosalind Fox es una mujer asociada a su coche. La pelirroja del Austin es un título que funcionaría bien para la aventura que ahora vivirá». Sí, recordaba perfectamente esa frase. Otras las iría recordando más tarde. A medida que mi cabeza reuniera y ordenara todos los elementos que formaban y formarían parte de esa aventura.

Zahid deseaba guardar mis guantes de conducción en la guantera del coche (por eso se llama así, tontos). Hubo una ráfaga de viento, la verdad muy leve, pero quizá lo suficientemente fuerte para sacar del fondo mismo de esa guantera unas cintas de tela azul y blanco, respectivamente. Zahid se quedó con la boca abierta. Y yo también, porque entendimos al unísono lo que eran. Palmira siempre llevaba ese tipo de cintas atadas o bien al cuello o a sus muñecas. Palmira. Decía que le daban protección y tenía explicaciones muy claras para cada una de ellas, siempre de distintos colores. Por supuesto, no podía recordar de qué o contra quién protegerían las azules y las blancas, pero allí estaban, flotando delante de mis ojos. Hasta que Zahid las sujetó y luego anudó en mi muñeca derecha. Los dos preferimos no decir nada. ¿Las habría dejado Palmira en el coche antes de bajarse hacia su muerte el día de la persecución de los sombreros negros? ¿Cómo habían permanecido allí, en el fondo de esa guantera, sin que nadie se percatara? ¿Por qué resurgían ahora? ¿Necesitábamos tanta protección que quizá ella, Palmira, desde dondequiera que estuviera había

efectuado el milagro de sacarlas, suspenderlas en el aire y finalmente enrollarlas en mi muñeca?

Zahid y yo avanzamos desde la esquina en el zócalo donde habíamos dejado el Austin, su capota firmemente sellada, las puertas completamente aseguradas. Caminamos en busca de la dirección indicada en un papelito mil veces arrugado. Lo hicimos con cierto desequilibrio, por el peso de las maletas, por el pequeño tacón en mis zapatos, por la informalidad del empedrado, hasta alcanzar la puerta, desvencijada; varios tonos de pintura envejecían sobre sus maderas retorcidas.

—Es el 11, senhora Fox.

—Completamente dilapidado —dije traduciendo literalmente la palabra *dilapidated* en inglés. ¿Cómo íbamos a vivir en un sitio tan exuberante con ese aspecto tan miserable?

Miré rápidamente alrededor. Era una parte del zoco, una especie de Barrio Alto de Tánger, pero más bullicioso, sobrepoblado, muchísimo menos romántico y melancólico que el célebre barrio lisboeta, la cuna del fado. Aquí había otros ruidos, ese parloteo incesante en árabe, el zigzag de las bicicletas, siempre a una velocidad ilógica para unas calles tan estrechas y abarrotadas de viandantes, comestibles, telas, especias. Era una sensación de desorden. Ruido. Movimiento infinito y borroso. ¿Por qué Mr. Higgs había escogido un sitio así para que viviera la pelirroja del Austin, esperando conocer mejor a Juan Luis Beigbeder?

—Se ha abierto, *senhora* —dijo de pronto Zahid, que se había quedado batallando con la cerradura mientras yo sopesaba tanto el sitio como esas razones desconocidas para habitarlo.

Enseguida, Zahid empujó la puerta, cuidadosamente, porque los dos llegamos a pensar que podría partirse por podrida.

No fue así.

Inmediatamente después de la puerta había dos grandes escalones de cemento, manchados por el verde del césped o de un tipo de liquen. Llegaba a ser resbaladizo, como si fueran algas que hubiesen trepado hasta allí desde el mar en el puerto. Así los subí, uno y dos, hasta que delante de mí, esta vez sin que nada impidiera admirarlo, me di cuenta de que estaba el paraíso.

Zahid no pudo evitar tomarme del brazo. No era belleza, que la había, aunque la casa principal en un recorrido visual bastante mezclado de emociones, de asombro y curiosidad, de perplejidad, sí mostraba bastantes zonas que necesitaban un buen arreglo; con todo, había algo más que belleza en el lugar. No podía encontrar la palabra hasta que de pronto vi cuán alto era el ciprés que subía y subía hasta casi tocar el cielo y mecerse muy suavemente. Era paz. Era elevación. Eran aire y tierra. Y era el amor. La parte buena del amor, cuando es solo promesas y bondad, y ese lugar del que ya no quería separarme jamás en la vida.

A lo largo del cuadrado que formaba el jardín pude contar una higuera, dos limoneros y lo que claramente parecían una cuadrilla de almendros, plantados uno detrás del otro hasta llegar a la puerta principal. En otra esquina crecía enredándose sobre sí misma una vid, ya tiznada de amarillos y naranjas por el paso de octubre hacia noviembre, siempre de ese año tan convulso, 1936.

Muy cerca, formando otra hilera en el claustro, otra serie a lo mejor de hasta cuatro manzanos de los que colgaban sus pequeños frutos. Un poco hacia el frente, plantados también uno en la derecha y el otro en la izquierda, dos robles, frondosos, altos, llenos de distintas hojas, como si no fuera suficiente seguir la paleta tradicional de dorado y naranja del otoño. Decidí mirar el suelo, tenía que ser una tierra llena de vida para poder sostener y alimentar árboles

tan distintos y rotundos. Así como en el arca de Noé se unieron dos pares de cada especie animal, en este jardín alguien decidió hacer casi lo mismo con los árboles. Además, encima de los muros y debajo de las ventanas crecían flores que de lejos parecían rosas, de variados tamaños y colores. Y también tupidos arbustos y enredaderas con maravillosas ramas que dibujaban entrelazados como si fueran las venas de un ser humano grandioso, un gigante que durmiera entre todas esas vegetaciones. No podíamos cerrar la boca y dejar de admirar, ni Zahid ni yo. Exactamente frente al ciprés, en el extremo izquierdo se encontraba un magnolio, sus grandes hojas y fuertes ramas lo delataban, porque habría que esperar hasta el próximo verano para verlo florecer. Y sorprendiendo a quien avanzara hacia la parte posterior de uno de los lados de la construcción, una serie de gardenias, que esperaban cada noche para desprender su fragancia. Era, en definitiva, el conjunto más hermoso de árboles, arbustos, flores y vegetación que jamás hubiera visto.

—Será placer cuidarlo y ver florecerlo en paso estaciones, *senhora* —admitió Zahid.

Decidimos avanzar, porque después del claustro, como resolvimos llamarlo, estaba la puerta de la casa. Mucho más conservada que la que daba paso a la maravillosa propiedad, con una gárgola de intención siniestra, pero a la cual la vecindad con este maravilloso jardín había ofrecido un aspecto benévolo. En el medio de la puerta había un gran círculo con una aldaba en forma de mano. La golpeé, anhelando que emergiera de la casa una anciana respetable, un ser de otro tiempo que me enseñaría cómo cuidar de toda esa maravilla. Pero nadie vino a nuestro encuentro. Zahid revolvió de nuevo en el pesado manojo de llaves con el que habíamos viajado desde Londres. Dio al fin con la necesaria y nos adentramos en la casa.

Era como si el claustro se hiciera rectangular y continuara hacia el fondo. Las ventanas eran muy altas. Observé que las gardenias parecían acariciar las ventanas para que alguien las abriera y les permitiera penetrar con su aroma. Entraba luz en toda la estancia, pero generalmente tamizada por los árboles y sus ramas. El salón era muy amplio, los muebles estaban cubiertos por telas y, a medida que Zahid avanzaba y abría las puertas que separaban las distintas estancias, podía percibir que las paredes cambiaban de color, los muebles también, empezaban a distinguirse diferentes tonos en los múltiples cojines, sofás de obra adheridos a las paredes y cubiertos por cojines con rayas que jugaban con las combinaciones: negro y rojo, azul y blanco, amarillo y verde, naranja y marrón. Rosa y azul, rosa y marrón, rosa y rojo. No agredían, sino todo lo contrario, reproducían esa sensación de solaz, buen gusto, paz absoluta, que tenía el propio jardín.

Fui hasta una puerta al fondo y era el comedor, porque había una larga mesa de una madera brillante, pero no excesivamente. Pasé mis manos por ella y era como la piel de un magnífico caballo, un varón con un cuello muy largo y fuerte. Sí, pensé ambas cosas. Y al fondo estaba la cocina, un lugar lleno de azules, todas las ollas y utensilios llevaban ese color. El suelo estaba cubierto enteramente de lozas hidráulicas, algunas ligeramente rotas en las esquinas, pero todas con ese juego infinitamente repetido de azul, blanco y verde botella. De pronto, un rayo de luz recorrió la casa y constaté que las paredes que daban al jardín estaban hechas como si fuera una celosía. Y a través de ellas, la luz suavemente invadía cada centímetro vecino, dulcificando su fuerza natural y levantando una atmósfera cubierta del azul y naranja de las lozas. De rosa y las combinaciones de color en las paredes.

—*Senhora*..., ¡es un reino para reina como usted! —proclamó Zahid. Me reí, Zahid siempre mostraba una vena histriónica y grandilocuente.

Faltaban por ver las habitaciones, pero seguramente serían aún más hermosas, cálidas, envolventes que este primer piso. Mi sonrisa, mis ojos cargados de emoción le dieron la razón. Era un reino, perfectamente seleccionado por Mr. Higgs para que la pelirroja del Austin sedujera al hombre del que ya estaba peligrosamente enamorada.

Entonces terminé de recordar el resto de cuestiones, órdenes en su mayoría, que Mr. Higgs había expuesto esa noche en que escuchamos la muerte de Sanjurjo a través de la radio.

—Pese a que has hecho lo imposible por hacerle llegar esas cartas donde le confesabas que estabas enamorada tan solo por verlo una vez en Berlín, Beigbeder no te conoce lo suficiente. Y necesitamos utilizar ese atisbo de ingenuidad, ese desconocimiento para que averigües algo muy valioso para nosotros.

Recordé también lo que le respondí.

—Me equivoqué enamorándome de Pets, que al final no valía nada, y afortunadamente me dejó un hijo al que sí adoro y por el que haría cualquier cosa. Pero con Beigbeder es diferente. Reconozco que solo lo he visto una vez y demasiado brevemente, pero sentí esa certeza recorrerme por completo, Mr. Higgs. Es más que un hombre para mí. Es más que una aventura. Es más que una causa por la cual luchar para agradar y satisfacer a mi nación. Es mi vida. —E hice una pausa para acentuar aún más el significado de las siguientes palabras—. Es el amor de mi vida.

Mr. Higgs siguió acariciando sus cabellos y anotando cosas en un par de folios sobre su escritorio.

—Pues hagamos lo que hacen los autores de historias de amor. Diseñemos un escenario. Una casa, una razón sobre la

que construir una presencia. Un personaje, Rosalind. Necesitamos hacer un personaje de ti.

—Si algo tengo claro, Mr. Higgs, es que soy la peor actriz del mundo.

—No, te equivocas. Tienes una habilidad innata para asumir gestos, características, reacciones como si el mundo fuera tu gran escenario. El personaje que vamos a crear es el de una joven madre. Casada, felizmente unida a toda su familia, y que ha decidido pasar estos convulsos años para Europa en un lugar internacional, elegante y ligeramente peligroso como Tánger.

—¿Tánger? —grité, deseando que el chillido le hiciera desistir de su creencia sobre mis dotes teatrales.

—Es donde vive Beigbeder esperando que la guerra en España se resuelva y pueda aspirar a ocupar el puesto que Sanjurjo ha dejado libre con su muerte.

—¿Está convencido de que Beigbeder atentó contra su mejor amigo, su compañero de armas? No tiene ninguna prueba. Es tan solo una teoría, avivada por lo que hemos escuchado en la radio. No estamos ni en Marruecos ni en España para entender todo lo que sucede en torno a esos militares, esos hombres y ese país —expuse.

—Tiene parte de razón. Pero no toda. La guerra en España empieza a alargarse mucho más de los cinco días que el bando al que pertenece Beigbeder se autoconvenció de que serían los necesarios para cambiar el rumbo de España. Ya sabe que no la considero una guerra cualquiera. Estoy convencido de que los nacionales españoles desean acercarse a los fascistas en Italia. Y a los nazis en Alemania.

—Por favor, Mr. Higgs. Son todos movimientos incipientes.

—Que unidos pueden hacer mucho daño, señorita Fox. Pueden desencadenar un conflicto mundial. Recuperar la idea de una gran guerra para aliviar los problemas del continente.

—Hay demasiada hambre, pobreza y desempleo para que alguien piense en una guerra como la solución final.

—Qué ingenua es cuando quiere salirse con la suya, señorita Fox. Esas causas que acaba de enumerar son precisamente las que garantizan que una guerra parezca necesaria. Cada uno de esos países y cada uno de sus líderes necesitan convencer a sus pueblos, a su gente, de que la única salida, la única solución es una guerra.

—Y Beigbeder está detrás de todo esto. Si fuera así, ¿por qué entonces no nos dirigimos a un general más protagonista, como el general Mola? O Francisco Franco. ¿Por qué no me envía a espiar a esos militares?

—Porque es solamente Beigbeder el que siente algo por usted, señorita Fox. Y usted hacia él.

Me quedé muda. La peor ocasión en que me he quedado sin habla. Mr. Higgs entendió mi silencio como la orden para iniciar los preparativos para mi nuevo destino.

Así, recordando esa discusión con Mr. Higgs en la casa donde vivía con mi madre y escuchábamos los partes de guerra de la BBC, llegué hasta la planta superior de aquella casa paraíso en Tánger. Me divirtió el nombre que acababa de adjudicarle: Casa Paraíso en Tánger. Así como la casa de Mr. Higgs en Calcuta la había bautizado como la Casa Palacio, esta iba a ser mi Casa Paraíso, y allí íbamos a reunirnos casi todos los personajes de aquellos años en Calcuta. Menos mi padre, claro. Justo cuando entré en lo que iba a ser mi habitación —una maravillosa estancia rodeada por las copas de los árboles y el tronco verde y grueso del ciprés, las paredes decoradas por los azulejos más brillantes y coloridos que había visto, la cama de cuatro postes, cubierta por un mosquitero azulado—, escuché los ruidos de ese grupo de personas que integraban el elenco de la nueva creación de Mr. Higgs: mi vida en esa Casa Paraíso como la refinada, elegante, decente y adinerada senhora Fox.

Asomada al balcón, entendí que mi cuerpo se adaptaba a las exigencias de ese personaje. Mis manos parecían más delgadas y sofisticadas, mi postura en el borde del balcón era también más sofisticada. Con esa postura de mujer que se adapta a sus vicisitudes, observé el desembarco del resto del elenco de la pequeña opereta que Mr. Higgs había diseñado para mi vida en Tánger. No grité sus nombres, dejando que la belleza de lo que veían los cautivara y redujera sus ínfulas de ingleses recién llegados al mundo salvaje. Tampoco levanté mis manos emulando un saludo de reina a todos esos personajes de mi pasado que empezaban a incorporarse siguiendo las órdenes, el guion, escrito por Mr. Higgs. Simplemente los miraba, mis ojos muy verdes, mi pelo cada vez más rojo y domado, ambos quietos, igual que mi sonrisa tranquila que llevaba escrita una letra sobre cada diente: «Bienvenidos a la nueva vida de Rosalind Fox: anfitriona, esposa, madre. Espía enamorada».

Sin poder hacer nada en contra, había aceptado convertir mi propia vida en una obra de teatro, una farsa, una maquiavélica recreación para seducir a una persona que genuinamente creía amar. La fila de personas bajo mis ojos constataba que Mr. Higgs tenía una capacidad de convicción tan enorme como peligrosa. Si el plan salía mal, ¿cuántos de nosotros sobreviviríamos?

Allí estaban, mi madre, vestida como la oronda y alegre señora Higgs. El propio Mr. Higgs, con su mejor atuendo colonial, un maravilloso pañuelo de seda atado en su cuello. Mi todavía marido, Pets, más delgado, parapetado por dos inyecciones de unas vitaminas que Mr. Higgs había conseguido en América para hacerle parecer una persona de su edad, no un cadavérico alcohólico con el cuerpo marcado por la sífilis. Y mi hijo Johnny, sacado a la fuerza de la tranquilidad de su internado británico para ser una de las piezas claves en esta familia de mentira, perfectamente

dirigida para no tropezarse unos con otros en el amplio escenario de la Casa Paraíso.

Juntos esperaríamos la aparición del verdadero protagonista. El señor Beigbeder.

CAPÍTULO 28

POLLO ASADO CON LOS MORGAN-STANLEY

Aunque mi primera impresión del jardín y de la Casa Paraíso fue bastante positiva, en realidad tanto uno como otra requerían amplias reformas. Zahid y yo hicimos una lista concisa y Mr. Higgs, sin rechistar, accedió a desembolsar todo el dinero necesario para ejecutarlas. Eso, en el fondo, sabía que no sería difícil. Lo verdaderamente difícil sería encontrar la mano de obra que las realizara. Y el tiempo, porque Mr. Higgs sabía que tenernos a todos los integrantes del elenco de la farsa familiar juntos por mucho tiempo entrañaba un riesgo considerable.

Por esa razón, el presupuesto de las reparaciones se engordó para satisfacer las pagas muy extraordinarias a los obreros para que entregaran la obra en un tiempo récord: tres semanas y media. Esos *working men*, todos árabes, hicieron muy bien su trabajo. La casa recuperó su antiguo resplandor. El jardín también. Y la tierra que lo nutría reaccionó todavía mejor y les otorgó más brillo, más fuerza a cada una de las maravillas naturales que lo formaban. Sería desde entonces mi mejor carta de presentación. Mi obra maestra: el jardín al norte de Rosalind Fox.

Pero una vez traspasada la puerta, el o la visitante se encontrarían con el enigmático, insólito y a veces desmadejado espectáculo que conformábamos Mr. Higgs y su nueva esposa, mi madre; mi esposo, con el que no vivía desde hacía casi un lustro, y mi brillante y divertido único hijo. Y yo, la jovencísima señora pelirroja que hacía todo lo posible por parecer una inglesa más cuando todo lo que me rodeaba expulsaba cualquier tipo de adjetivos menos *recato* o *convencionalidad*.

Claramente, Mr. Higgs había ideado que, representando a una familia inglesa ligeramente feliz y unida, mi misión pasaría más desapercibida. Conviene recordar que esa misión era nada más y nada menos que espiar a alguien de quien me había declarado, y por escrito, completamente fascinada. Enamorada. Es cierto que tan solo habiéndolo visto, y oído, una sola vez en mi vida, en ese fugaz encuentro en el hotel de Berlín. Quizá si esas cartas que escribí enamorada y presionada por circunstancias que no podía controlar no se hubieran hecho tan públicas, si Valentine no las hubiera interceptado, si Palmira no hubiera muerto ante mis propios ojos, la sospecha que sobrevolaba la figura de mi enamorado, Juan Luis Beigbeder, sería menos amenazadora. Pero la muerte de Sanjurjo en un accidente tan catastrófico, feo y violento, terminó por precipitar esta misión. Y ¿por qué acaté tan fácilmente, sin ningún atisbo de rebelión, el ponerme al frente de ella?

Muy sencillo, me lo repetía a mí misma a todas horas: porque tenía una razón poderosa para reiniciar el contacto con Beigbeder. Tenía que confirmar que lo que sentía por él era correspondido. Reconozco que, en una situación así, la presión haría desistir a cualquiera de un enamoramiento, además basado en un breve intercambio, sumándole a ello que tanto Beigbeder como yo estábamos casados. Pero yo sabía lo que era mi matrimonio: una farsa. Seguramente el

de Beigbeder también. Y aunque no pudiéramos decírnoslo, vivir nuestro amor, prolongar esa sensación de conquista del Atlas, de aprehender todo lo que el Rif pudiera enseñarnos, se erguía a su vez como una montaña, una verdad que explicaba por sí sola todo lo demás.

Sí, pero ¡ay, ay, ay!, me repetía a mí misma, cuando consiguiera estar cerca de Beigbeder, prevalecería mi misión por encima de nuestra atracción. Tendría que sonsacarle información. ¿Cuáles eran las intenciones de la España nacional con respecto a Alemania? ¿Y cuáles eran las pretensiones con Gran Bretaña? Eran más importantes las razones de los países que la irracionalidad de dos enamorados. Bueno, de una enamorada.

Nadie puede imaginarse cómo me sentía. Una espía, una persona mala, con algo oculto. Lo peor de darte cuenta de lo que significa ser espía es darte cuenta a la vez de que nunca más volverás a tener decisión propia. No te perteneces, perteneces a una organización que vive, existe, respira, para ver enemigos en todas partes, incluso delante del espejo del cuarto de baño, cada mañana, cada noche.

Pets, mi marido, muy delgado y con los dientes cada vez más amarillos y distorsionados, terminó siendo bastante útil en la representación de familia británica que ejecutábamos cada día en mi casa de Tánger. Siempre tenía ideas para escenificar a la perfección la intención de Mr. Higgs: que fuéramos unos joviales, simpáticos, alegres ingleses disfrutando del buen clima y la originalidad de Tánger.

—He invitado a los Morgan-Stanley para almorzar pollo asado este domingo —anunció Pets mientras se esmeraba en rellenar unas salchichas que había conseguido de estraperlo.

Un pollo asado de domingo británico siempre va acompañado de salchichas y verduras asadas hasta que todo tiene el mismo sabor. Me asombraba que Pets ya

supiera cómo conseguir lo que necesitaba en una cultura que prohibía la carne de este animal. Seguro que ya habría controlado proveedores de otras cosas que le eran necesarias.

—Deja de mirarme de esa manera, Rosalind, que he convencido a todos de que es carne de cordero.

—¡Qué espanto, jamás he oído hablar de salchichas de cordero en toda mi vida! —exclamó Mr. Higgs, organizando que la cristalería, también de origen desconocido, estuviera bien expuesta en las vitrinas del comedor.

—Aunque doy toda mi aprobación a la invitación de los Morgan-Stanley, básicamente porque no puedo oponerme a ello, permitidme una pregunta: ¿quiénes son los Morgan-Stanley? —dije, creando un enorme silencio.

—Oh, unos ingleses cualesquiera. Creo que han adelantado su jubilación y se han mudado aquí porque España está cerca y les gusta la comida árabe.

—No deben de ser muy ingleses de verdad, porque esta comida es completamente indigesta —matizó mi madre, que no sabía comer otra cosa que huevos con patatas y salchichas. Y pepinillos en vinagre cortados a lo largo cuando le daban ataques de ansiedad.

—Da igual si son de verdad o de mentira. ¿Quiénes somos nosotros para juzgarlos? —continuó Pets—. Necesitamos compañía y ellos son lo más próximo que tenemos.

—¿No deberíamos mezclarnos con la gente de aquí? —expuso mi madre.

Todo el mundo guardó silencio. Yo esperaba que Mr. Higgs resolviera el *impasse*, pero siguió impertérrito limpiando piezas de cristalería y colocándolas en las vitrinas del comedor. Ese tipo de diálogos, ese tipo de situaciones fueron el pan nuestro de cada día aquellas primeras jornadas en Tánger.

Los Morgan-Stanley vinieron a comer al siguiente domingo. No sé muy bien cómo, pero entre mi madre y Mr. Higgs se había desarrollado un amor culinario que arrojaba buenos resultados, como el pollo de aquel día. Rezamos nuestras plegarias, Mr. Higgs ejecutó a la perfección el rol del cortador más preciso y limpio de todos los señores ingleses al trinchar el pollo asado, y mi madre ofreció las patatas más tiernas y suaves que haya probado, al mismo tiempo que Zahid consiguió colar dos platos típicamente árabes, que todavía me pregunto cómo aprendió a hacerlos en el tiempo récord que llevábamos instalados en Tánger: un puré de berenjenas y un tabulé (que desde entonces es uno de mis favoritos) para otorgarle excentricidad al típico menú inglés. Los Morgan-Stanley hablaban poco, propiciando diversas sospechas. La mayoritaria, compartida por casi todos nosotros, coincidía en que no eran ingleses y evitaban hablar para que no los descubriéramos. Al final de la tarde, cuando lo único que emitieron fue un «cuán rico» y un «suficiente», noté en la mirada de Mr. Higgs que los consideraba peligrosos espías, probablemente de otro bando o de otra agencia.

Pero súbitamente, cuando mi madre repartía un poco de Oporto y quizá una buena cerveza fría, también adquirida por medios desconocidos en el mercado, la señora Morgan-Stanley propuso que las damas jugáramos una partida de *bridge*, un juego de cartas que no entiendo del todo, pero con el que debo reconocer que tengo buena mano. Los caballeros se centraron en leer el ejemplar de la semana anterior del *News of the World* que mágicamente había casi producido de entre sus propias manos el señor Morgan-Stanley. Al parecer, la liga de fútbol estaba enfangada en dos malos partidos de los equipos líderes.

Unas páginas más allá, se cubría una fiesta cóctel de la señora americana Wallis Simpson, una noticia que acaparó

la atención de la partida de *bridge*.

—Es la querida de un rey; si no, no le darían tanta importancia. ¿Cuántas señoras americanas no hay en Londres con mejor pelo, mejor cara y, definitivamente, mejor culo? —propuso mi madre, generando la carcajada de su marido, Mr. Higgs, y silencio total por parte de la señora Morgan-Stanley.

—Si el rey sigue enamorado de esa mujer, le será difícil mantener la Corona.

—Por favor, ¡estamos en 1936! —Siguió mi madre. No podía reconocerla, lo decía como si estuviera en el siglo XXII o XXIII. ¡Cuánto la había cambiado Mr. Higgs!—. Quiero decir, nuestro rey es un hombre joven. Moderno. Si se ha enamorado de una mujer algo mayor…

—Divorciada —intervino el señor Morgan-Stanley, y por la manera en que pronunció *divorciada* supe que era completamente inglés—. Y si volviera a casarse con el rey Eduardo, tendría que divorciarse una segunda vez.

—Para mí son historias de amor —siguió mi madre—. Y el amor vence todos los obstáculos.

—Pues este será uno bastante elevado —mantuvo el señor Morgan-Stanley—. La Corona británica no puede estar expuesta a una historia de amor tan impropia. No hay divorcio en el Reino Unido. El rey no puede estar junto a una mujer que incluso lo habrá hecho dos veces. Es inadmisible.

Volvió a crearse ese extraño silencio en la casa. Pets miraba hacia el jardín —¡qué tupé, ciertamente!—, como si lo hubiera plantado él. Seguro que estaba pensando en las palabras de Morgan-Stanley. «No hay divorcio en el Reino Unido». Nosotros jamás nos divorciaríamos, mucho menos ahora que Mr. Higgs nos hacía «trabajar» juntos.

—Todas esas noticias sirven para ocultar las verdaderamente importantes —dije yo deslizando sobre la mesa mi juego ganador.

—¿Y cuáles son las noticias importantes? —preguntó inesperadamente el señor Morgan-Stanley.

Mr. Higgs no movió un ápice la enorme página del *News of the World* que le cubría el rostro. Pets me miraba como si me hubiera colado en su perfecta jornada de pollo asado. Mi madre revolvía las cartas con demasiada rapidez.

—Por ejemplo, ¿y si algo que pueda afectar a Europa se está cocinando en estas tranquilas jornadas de pollo asado en Tánger? —dije muy tranquilamente.

—El pollo asado, señora Fox, es siempre y únicamente una jornada para disfrutar. Arreglar el mundo se deja para después de las seis de la tarde —continuó Mr. Morgan-Stanley.

Todo el mundo se puso un poquito más alerta. Mr. Higgs seguía escondido detrás de las enormes páginas de su suplemento. Zahid acudió milagrosamente a nuestro rescate, acompañado de un hombre árabe.

Era un caballero de intensos ojos color miel y pestañas larguísimas, trajeado con un uniforme nuevo y de buena tela. En una mano sostenía su gorra y en la otra una invitación.

—El señor Beigbeder desea invitar a la familia Fox y al señor Higgs a una visita a los jardines del edificio general del protectorado en Tetuán —dijo mientras el resto de los comensales adoptaban distintas posturas de disimulo.

Abrí el sobre y vi que mi nombre estaba escrito a mano. Controlé toda emoción y se lo agradecí al chófer invitándolo a una taza de té, un detalle por haber hecho ese largo viaje hasta nuestra casa.

—Muy agradecido, senhora Fox —dijo él empleando la manera en que se dirigían a mí en Portugal. Aceptó la taza, pero se mantuvo de pie—. Aunque disponga de vehículo, el señor Beigbeder me ha dado estrictas instrucciones de transportarlos en su vehículo oficial el día de la visita.

—Somos muchos —advertí.

—No habrá ningún problema, senhora Fox —culminó, devolviéndome la taza y su plato casi con una reverencia.

Cuando cerré la puerta y fui todo lo calmada que pude a dejar la invitación en el mueble de la entrada, percibí cómo todo el elenco del pollo asado iba perdiendo su compostura, empezando por los Morgan-Stanley, que, disipando todas las sospechas sobre su nacionalidad, se expresaban en un inglés muy fluido y no paraban de hablar maravillas sobre Beigbeder y su cada vez más comentada importancia en los planes de esa «nueva». España. Allí tenía la respuesta: todos los presentes en ese «pollo asado» querían información. Pero la única que de verdad iba a acercarse a Beigbeder era yo. Decidí retirarme a mi habitación, dispuesta a recuperar un viejo libro de *bridge* que conservaba para aprender aún más del juego y emplearlo, si llegara a hacer falta, como mi lenguaje cifrado en ese Tánger repleto de espías. Y malos actores.

CAPÍTULO 29

LOS JARDINES DEL PROTECTORADO

Beigbeder esperaba en lo alto de la escalinata al final del esplendoroso jardín del edificio general del protectorado. Era un jardín mucho más importante que el mío, pero no tenía tiempo para verlo. Solo lo miraba a él en lo alto de la escalinata.

Sí, era imponente, estaba vestido de azul celeste, la camisa con el cuello más limpio y alto y bien planchado que jamás hubiera visto. Hasta Mr. Higgs hizo un gesto de aprobación. Con todo el azul del cielo encima, su pálido azul le hacía resaltar aún más. Tomó la mano de mi madre entre las suyas, estrechó amistosamente la de Pets y prácticamente ejecutó un saludo militar delante de Mr. Higgs. Entonces vino mi turno.

—Quizá debería pensar en rebautizarse como Ana, querida senhora Fox. —Me miró como si no existiera nadie más a nuestro alrededor. Poco a poco, dejó que sus labios enseñaran los poderosos dientes blancos y sentía que mi cuerpo empezaba a despegarse del suelo para quedarse unido a esa mano fuerte, cálida, valiente…—. Porque hoy es santa Ana y también el número doscientos catorce de los días en que he deseado volver a verla.

Estuve suspendida toda esa visita, inquieta mientras Beigbeder enseñaba a mi madre los tres jardines del edificio. El barroco, para recibir a las autoridades, profuso en fuentes y setos cortados como topiarios franceses. El árabe, suntuoso, espacioso, relajado y deslumbrante por el paso de los rayos del sol sobre los coloridos mosaicos en sus paredes, y el huerto, al final del recorrido, donde por fin pude tocar suelo y ponerme a contar hileras de cebollas, tomates, berenjenas y calabacines. Y también manzanos y naranjos. Y perales y fresas. Beigbeder volvió a encontrar un instante para hacerme sentir la única persona viva en el planeta.

—Me han dicho que usted también cultiva en su jardín.

—Es más que un jardín para mí —musité—. Es una dirección. Una verdad.

—Un jardín para compartir —dijo él volviendo a enseñar sus dientes blancos—. Siempre estará allí para cuando podamos volver, mayores, cansados, pero satisfechos de nuestro viaje.

—¿Cuánto tiempo durará ese viaje?

—El que necesiten los robles y los cipreses. Y también las matas de limón y de yerbabuena, Rosalinda.

Estaba preparada para el beso, nos habíamos quedado rezagados del resto del grupo, pero algo dentro de mí me decía que esperara. ¿Cómo lo iba a besar si en breve tendría que traicionarlo? O, al menos, decirle una verdad incómoda. Pero me había gustado el olor del limón y la yerbabuena juntos, que los dos tuviéramos jardines, el mío al norte, el suyo para compartir. Y me había emocionado que él dijera que nuestros jardines crecerían y nosotros, también mayores, volveríamos juntos a contemplar el resto de nuestra vida desde allí. No se me ocurrió pensar que ambos jardines, por más hermosos que los hiciéramos crecer, no nos pertenecían. El del protectorado le pertenecía a España. El mío, a quienquiera que fuera la persona que Mr. Higgs

compró para dejarnos usarlo. Pero los labios de Beigbeder seguían allí. Eso era todo lo que importaba, no podía negarme a ese beso. Si se desataba una tormenta, escamparía. Si se desataba una pelea, acabaría. Pero el beso sería uno y sería magnífico. Beigbeder seguía allí. Su respiración, pausada, calmada, anhelante de mi decisión. Al final, cedí y sentí cómo toda su lengua conseguía definitivamente levantarme pulgadas, centímetros, pies, metros, millas, kilómetros por encima del suelo.

A partir de esa visita, de ese primer beso entre nosotros, el trayecto entre Tánger y Tetuán, tanto en el vehículo oficial como a bordo de mi Austin, fue quizá el más transitado en la historia de las relaciones entre Gran Bretaña y Marruecos. Al menos por mí, una mujer que siguió siendo pelirroja. Siguió conviviendo con los malos actores de la peor compañía de variedades posible, haciendo increíbles esfuerzos porque los Morgan-Stanley no consiguieran sonsacar información alguna de ninguno de nosotros. Pero que repentinamente, así como volvió a encenderse el infinito alumbrado del amor, cambió de nombre. Pero no me rebauticé como santa Ana. En cada uno de esos kilómetros que separaban Tánger de Tetuán y viceversa, dejé de ser la senhora Fox. Y también dejé de ser Rosalind Fox. Pasé a ser Rosalinda, que era como Juan Luis prefería llamarme.

Juan Luis siempre decidía cómo y cuándo orquestábamos nuestros encuentros, prácticamente todo lo que hacíamos juntos; era su prerrogativa al ser casi treinta años mayor que yo.

—¿Cómo voy a convencerte de que la hierba es mejor que el asfalto si no consigo mostrártelo? Salgamos de Tetuán, olvidemos Tánger. Siempre estarán allí para cuando regresemos. Quiero mostrarte la hierba, su extensión cubriendo prácticamente todo este maravilloso país —me dijo, muy decidido, la quinta semana de visitas.

Y me la mostró. No toda, desde luego, porque su trabajo consistía en velar por los intereses en esa tierra de hierba y montañas de un país que estaba en guerra. Pero esos días de expediciones, de viajar juntos en un coche no oficial, a veces un vehículo militar para transportar cadetes, otras un tractor, más de una vez bicicletas o nuestras propias piernas, esas horas juntos, envueltos de aventura, sudor, palabras, silencios, fueron los días que hicieron crecer mucho más que hierba entre nosotros dos. Construyeron el hogar sin paredes ni vigas, ni columnas ni techo de nuestro amor.

Probablemente era una casa libre, sin puertas ni paredes. Pero con un único mueble: esa extraña caja fuerte escondida en mi cuerpo, mi cabeza, donde ocultaba mi verdadera intención al estar al lado de Juan Luis. La misión. Mi misión: descubrir quién era el hombre del que me había enamorado.

Pero una caja fuerte siempre está escondida. Detrás de algún cuadro, debajo de alguna madera resquebrajada. Al fondo de un sótano inservible. Y así seguiría. No iba a detener el viento que soplaba a mi favor. Los besos de Juan Luis. No iba a detener en marcha los coches que nos llevaban a descubrir tanto un país maravilloso como un ser humano del que cada día tenía menos razones para sospechar.

Por eso, así como iba pasando tiempo a su lado, mirándolo, escuchándolo, oliéndolo y sintiéndolo, también iba alejándome de esa familia postiza que Mr. Higgs había creído tan necesaria para escenificar una mentira mientras estuviera en Marruecos. Llegué, sí, aunque me duela reconocerlo, a sentir un poco menos de respeto hacia Mr. Higgs. Básicamente, porque no podía entender qué veía en mi madre para haberla convertido en su esposa. Aunque tampoco pudiera explicar bien cómo era mi amor por Juan Luis. Y antes de que todo me nublara la mente, me arrojara

hacia la confusión absoluta, llegué a la conclusión de que todo mi malestar, mi sensación de fracaso en torno a esta idea de estar acompañada por una familia tan ineficaz como falsa, se debía a la presencia de Pets. Detestaba a Pets. Era como un pantalón viejo que tiene algo roto. Como un zapato al que se le parte el tacón en plena calle. Y durante una carrera. Una media que se rompe o deshilacha. Un amor frustrado. Una mala historia de amor.

Porque eso era Pets. Un fracaso. Una mala historia de amor, aunque me hubiera dado a mi hijo, una de las cosas más maravillosas de mi vida, pero que a fin de cuentas estaba criando yo sola. Aunque hubiera estado en un internado y parte de su tutela la cubriera el dinero que Pets enviaba obligatoria y religiosamente. Pero nada más. Pets jamás preguntaba por él, solo cuando lo empleaba como arma arrojadiza para amenazarme con algo, con que iba a sacarlo del internado y llevárselo con él adondequiera que fuera la asignación que Mr. Higgs le impusiera. Lo decía cuando regresaba borracho a mi maravilloso paraíso infestado de gente que no quería, que no necesitaba. Era insoportable.

Pero todo cambiaba cuando iba hacia Tetuán, o Juan Luis aparecía por mi casa, discretamente vigilado por escoltas, y ascendíamos hacia la montaña a través de caminos cubiertos de los colores más inusuales del mundo: campos de trigo que de tan dorados de pronto se cubrían de un naranja intenso. Metros, hectáreas de amapolas. O de lavanda o de romero. Momentos de lluvia intensa en que debíamos detener nuestro vehículo y descubrir que no podíamos hacer otra cosa que besarnos. O correr hacia un bosque de robles y guarecernos debajo de sus frondosas ramas. Y mientras esperábamos que terminase de llover, nuestros cuerpos se unían, sin besarnos, solo acercándome para sentir la fuerza de Juan Luis, su olor, el calor de sus

brazos alrededor de mi cintura, sobre mis hombros, sus manos al unirse con las mías.

No pasaba nada más. Porque al estar juntos, nos dejábamos absorber por el paisaje. Transcurrieron los últimos meses de 1936 y vimos cómo bandadas de pájaros maravillosos volaban por encima de nosotros, regresando o viniendo hacia nuestra Europa. «Tú y yo somos otro tipo de pájaro, migramos donde nos lleve el amor, que a veces es ir de un jardín a otro», me decía Juan Luis. Y le creía y le ofrecía otro beso y otro abrazo más, como queriendo convertir sus palabras en una protección. Estábamos juntos, deberíamos estarlo más, pero entonces yo tendría que decirle mi verdad. Abrir la caja fuerte. Y no podía. No encontraba la combinación para abrirla, olvidaba dónde estaba la llave maestra. No quería acabar con este romance, reconociendo mi misión. No era justo. Y tampoco podía suplicarle a Mr. Higgs que se apiadara de mí, que me dejara ir, que hiciera a Pets espiar a mi novio.

—Está completamente loca, «Rosalinda» —me amonestó Mr. Higgs, aprovechando para burlarse de la manera en que Juan Luis me llamaba—. No podemos arruinar todo lo que hemos conseguido, hemos llegado muy lejos —insistió mientras intentaba concentrarme en regar los pepinos, los pimientos, y recoger tomates para el desayuno del día siguiente.

Hacía frío. Pero más frío era el tono de Mr. Higgs.

—Mientras usted y Beigbeder van recorriendo Marruecos viviendo su amor, las cosas siguen pasando en España. No han conseguido detener la guerra. Las muertes empiezan a causar conmoción en Europa.

—Entonces, que hagan algo, ellos, vosotros, el Reino Unido o Francia. Que acaben con la guerra —grité exasperada—. Pero no yo.

—Tiene que saber distinguir cuál es la línea donde empieza su trabajo.

—¿Y acaba mi amor? —Seguí—. De lo único que puede ser culpable Beigbeder es de ser un militar y haber tomado parte en la revuelta. No hay más. No he encontrado nada que le pueda implicar. He revisado su correo —empecé a reconocer, sintiendo que mi voz se quebraba—. Después de haberlo besado, después de haber disfrutado el almuerzo más delicioso de toda mi vida, después de cerciorarme de que se quedaba dormido en su siesta, sintiéndome sucia, cada vez más sucia. He ido hasta su despacho y he visto toda su correspondencia. Y la he fotografiado para que usted también la viera.

—Aun así, no es suficiente —sentenció Mr. Higgs.

Quería abalanzarme hacia él y golpearlo. Él me detuvo con una sola mano. El insuperable, fuerte como un gigante, Mr. Higgs.

—Estamos convencidos de que, tarde o temprano, los hombres como Beigbeder van a pedirle ayuda militar a Alemania. Él y Sanjurjo ya lo hicieron para estar armados para la revuelta. Y usted estaba allí para verlo. Cuando las cosas se pongan feas para todos, Beigbeder hará lo mismo: acudirá a Alemania. Y necesitamos tener esa prueba para enseñársela a nuestros superiores.

—¿Quiénes?, ¿quiénes son nuestros superiores?

—El rey y su vocación de servicio por Gran Bretaña, señorita Fox.

—No. No lo haré. —Empecé a andar hacia la casa.

La tarde se echaba sobre las hojas, el césped iba del verde al naranja mientras lo pisaba. Las paredes de ladrillo, los farolillos de la fiesta de la noche anterior, se mecían a causa del viento. Mr. Higgs me asustó y me cortó el paso.

—Pets es un borracho y no puedo confiarle esta labor. La nueva señora Higgs, su madre, no sabría hacerlo. Yo estoy

mayor. Senorita Fox, ¿cómo puede ser tan difícil explicarle su importancia?

—No obtendré nada más que amargura por seguir adelante.

Mr. Higgs no dijo nada. Por un segundo. Me dejó pasar. Y antes de que alcanzara la puerta, elevó su voz.

—Senorita Fox, el amor es mucho más fuerte que las pruebas a las que es sometido. Si todo es amor verdadero, él será nuestro aliado. Y usted podrá entonces confesarle todo lo que le fue exigido.

No quise girarme.

¿Qué pasaría si no fuera así? ¿Qué pasaría si, en efecto, Juan Luis estuviera aprovechándose de mí para convertirme en una cortina de humo mientras sus arreglos con los alemanes avanzaban más lejos que nuestro amor por la hierba, huyendo del asfalto?

Era diciembre, es cierto, pero algunas veces hacía un calor propio de principios de mayo. O finales de junio. O principios de septiembre. Era una borrachera, el clima y el amor que vivíamos Juan Luis y yo. No se trataba de estar o no juntos, estábamos, nos dejábamos llevar. Vivir cada minuto como si fuera una vida entera.

Enero fue una serie de eventos organizados para el relumbrón de mi familia teatral. Pollos asados, capones, corderos, más y más «sorpresas culinarias» de Zahid para los Morgan-Stanley, los Breet, los Cooper y nosotros, el vodevil familiar de los Fox y Mr. Higgs. Pero Juan Luis no se cansaba de cortejarme. Apenas los reuníamos a todos, encontrábamos la forma de apartarnos e iniciar nuestras propias celebraciones. Mientras más prolongados eran nuestros paseos, más complicado era que yo cediese y le ofreciera un poco más que una retahíla de besos apasionados. Juan Luis no se quejaba. Yo regresaba a mi casa y lloraba, mucho, odiándome por no poder entregarme.

Enero fue febrero y es un prodigio pasear entre la llanura, o próximos a las colinas en esos días. Juan Luis insistió en que le acompañara a una finca semiabandonada, pero donde existía el mayor bosque de fresnos del norte de África.

Los atravesamos. Medio desnudos, ellos, los fresnos, por el rigor del invierno, pero con algunas hojas aún pegadas a sus ramas. Me quedaba ensimismada ante su extensión y Juan Luis me tomaba de la mano y me hacía mirar hacia la montaña. Hacia ese inmenso Atlas que se desplegaba como una madre dormida. Parábamos en un pueblo pequeño, muy pocas personas, que nos miraban por una pequeña rendija entre las telas que cubrían sus ojos. Juan Luis me tomaba de la mano. Y de pronto, la mirada de esas personas cambiaba. Lo reconocían, inclinaban su cabeza, entraban a sus humildes casas y regresaban con un plato de dátiles, una leche de cabra, un poco de queso que cortaban con instrumentos de madera.

—¿Por qué te conocen?

—Porque conozco muy bien esta parte del mundo, Rosalinda. Es mi entrega, no soy solo un funcionario colonial. Soy un enamorado de esta tierra.

—Pero tiene que ser porque algo te hizo cambiar. O te hizo olvidar aquello de donde venías, que es también adonde perteneces.

—Sí. Pensaba así hace muchos años. Creía que estaba aquí de paso. Para hacer carrera, para fortalecerme. Indudablemente para olvidar mi fracaso —me dijo.

—¿Tu fracaso? No hay nada en ti que deje entrever un fracaso.

—No fui un buen esposo, ni un buen padre. Me casé sin estar enamorado. Me engañé y las engañé a ella y a mi hija. Y a nuestras familias. Eso jamás me lo perdonaré.

—Entonces, estas montañas, la hierba, son el refugio de tu fracaso —me aventuré a decir.

—No. Pensé que lo eran hasta hace poco tiempo. Muy poco tiempo. No sé si sabré explicártelo, Rosalinda, porque una pasión jamás puede ser explicada. Se vive, se respira, también se traga. Pero jamás se explica. Esta tierra es mi pasión. Me da fuerza. Me convierte en águila cuando necesito volar. Y en serpiente cuando tengo que arrastrarme. Y en elefante cuando tengo que avanzar kilómetros. Es pura fuerza. Y de tanto usarla, de tanto invocar esa fuerza, soy parte de ella. Uno más. Pero dentro de ella.

Al día siguiente, o estaba él o uno de sus hombres de confianza esperando en la puerta de casa para acompañarme a Tánger y allí aguardar al próximo encuentro. Algunos de esos viajes conducía yo sola, dejando atrás el hombre de confianza, adentrándome en mi ciudad sintiendo todas las miradas sobre mí. Mujeres occidentales, es decir, blancas, que me miraban y señalaban: «Es la nueva adquisición de Beigbeder», sentía que decían tanto sus miradas como sus pequeños labios, deseando convertirme en una querida, una apestada, una recién llegada. «La pelirroja inquieta», decían las miradas de los hombres. «Occidental y guarra», expresaban los ojos de las mujeres árabes, cargadas de cestas y cubiertas por coloridas telas, enfrentándose al viento helado del invierno, a veces sujetando a un hijo o a dos de sus manos.

Yo seguía. No podía detenerme a darles explicaciones. Porque estaba imbuida de esa pasión despertada por la hierba. Estaba enamorada. De Juan Luis, pero también del abrigo del Atlas. De la visión de los fresnos desnudos pero protectores, de la lluvia fría, del aire del Atlántico que seguía mis pasos o de las serpientes que reptaban por la tierra rojiza. Del aliento de Juan Luis, de sus palabras envueltas en olor a hombre y fuerza.

Uno de esos viajes me permitió descubrir unas ruinas romanas en Larache. Era un sitio cubierto de silencio, una

especie de atmósfera protectora para que las ruinas no perdieran un ápice de antigüedad y presente. Juan Luis iba explicando cada sitio: «Esto fue una casa y allí, detrás de ese muro que en realidad era un horno, la cocina. Esto es la plaza del pueblo. Y allí, seguramente un templo para la diosa protectora. Y más allá, los restos de una calzada. Y allí, al fondo, vestigios de la muralla que envolvía la ciudad».

Mientras hablaba, podía visualizar el sitio lleno de gente, la gente de su época, imaginándose como nosotros que el presente es lo único que existe. Que el futuro no lo conoceremos. Igual que el pasado. Quería pedirle que me besara, que me poseyera allí mismo, sentía ese impulso recorrerme de una manera que no podía explicar. Vencía todas mis reticencias. Pero Juan Luis me miró tan profundamente que poco a poco consiguió hacerme recuperar mi sentido y mi propiedad. Entramos en el cementerio del convento de las monjas de clausura de Larache. Hablaban español con un fuerte acento árabe. Lo reconocieron y trataron por su nombre y cargo. La madre superiora había tenido que viajar de urgencia hacia Chauen, porque otra monjita se había puesto enferma. Nos ofrecieron la leche de cabra y los dátiles mientras ellas preparaban un pan con un olor maravilloso. Juan Luis me llevó hasta la esquina delante del mar del cementerio.

—Tú me sobrevivirás, Rosalinda. Prométeme que harás todo lo posible para que me entierren aquí.

Miré las tumbas con sus cruces.

—Solo hay nombres femeninos, Juan Luis. Creo que para descansar aquí tienes que ser monja.

Él se rio de buena gana. Una carcajada tan estruendosa y fuerte como eran sus manos y brazos.

—Por eso me encantas, Rosalinda, dices la verdad aunque estés en la situación más descabellada.

—No me parece descabellado querer dormir aquí el sueño eterno. De todos los sitios que me has enseñado, este es el más hermoso.

—Vengo aquí cuando tengo que pensar en mí y en España, Rosalinda —me dijo tomándome del brazo y aproximándome a ese borde, peligroso pero bellísimo, en donde se había detenido.

—¿Te duele la guerra? —pregunté—. Será beneficiosa para ti, Juan Luis, cuando termine, tendrás asegurado un puesto importante en el nuevo Gobierno.

—Eso si vencemos, Rosalinda.

—Claramente, venceréis —dije.

—Es pronto para decirlo. Creímos que esta revuelta sería algo de días; cinco días, alcanzaron a decir Queipo de Llano y los otros. Yo jamás aventuré fecha. Porque una guerra jamás es cuestión de días, Rosalinda. Una guerra es para siempre. Sus huellas jamás pueden destruirse. Te empeñas en esconderlas, disimularlas, y de repente, dentro de tres o seis o diez generaciones, reaparecen y reavivan todo el odio, malestar y violencia que significaron.

—¿Te gustaría que el destino de tu país fuera otro?

—Lo que me gustaría no agradaría a mi gente, Rosalinda. No quiero más guerra. No quiero más divisiones. Sin embargo, no puedo decirlo. Decidí estar en un bando, que tarde o temprano me hará daño.

Guardó silencio. Me moría porque siguiera hablando. No estaba sola. Todo el camposanto parecía esperar que continuara.

—No estoy de acuerdo con prolongar esta guerra, es todo lo que puedo decir. Habrá más muertes y habrá más errores. Y en un momento dado, no estaremos solo matándonos entre nosotros, Rosalinda, sino que estaremos escribiendo de mala manera la historia de un país. Y me atormenta que

mi nombre figure entre aquellos que deformaron esa historia.

Nunca lo había visto de esa manera: tan desnudo. Aunque estuviera vestido, aunque en su mirada estuviera ese brillo de inteligencia y valentía, esa decisión bravía de ser esa tierra, ese océano, esa montaña, estaba desnudo, sincero, desgarrado y lleno de razón. La guerra en España estaba haciendo añicos un país noble, valiente, educado, que había visto cómo el mal gobierno, la mala situación económica, el hambre, la desesperación, habían abierto las puertas de sus hogares a ese caballo desbocado y asesino de la guerra.

—¿Rechazarías el puesto que te ofrecieran si salen victoriosos los tuyos? —Me atreví a preguntarle.

Él tardó una eternidad en responderme.

—Lo aceptaría, Rosalinda, porque jamás le he tenido miedo a mi deber. Pero créeme que preferiría que no fuera a causa de todas estas muertes.

Iba a dejarme besar por él, estaba segura de que era lo que sucedería. Pero él se quedó mirando hacia las montañas. Y empezó a hablar en árabe. Un rezo, una oración. O a lo mejor una frase de un libro. Cuando terminó, no sabía cómo preguntarle qué era lo que había dicho. Y él tampoco lo dijo, se volvió a mirarme. Otra eternidad. Y me tomó de las manos y acercó sus labios a los míos. Cerré los ojos, sentía que estaba viviendo algo que nadaba entre sombras o flotaba entre nubes, pero que era incapaz de distinguir. Amor, misterio, curiosidad. Dominio. Estaba completamente absorbida por él. Por la seriedad con que construía su vida. Por el dolor que llevaba dentro. Por el estigma que los tiempos que vivíamos dejaban incrustado sobre su piel. Y su mirada.

Antes de acompañarme hasta la puerta de mi casa en Tánger —ya era de noche, más bien medianoche, y los

guardias en los puestos de control le habían hecho el saludo militar y habían intentado disimular que también me reconocían—, volvió a sujetar mis manos.

—Sé que estás aquí para averiguar si he tenido algo que ver en el «accidente» que le arrebató la vida a Sanjurjo —dijo.

Me sentí fría y realmente incapaz de ofrecerle una respuesta porque no quería mentir. No aparté mi mirada de la suya.

—No es cierto —sentenció—. Juntos íbamos a hacer grandes cosas por nuestro país. Juntos habríamos acabado esta guerra exactamente cinco días después de empezarla. Era nuestra promesa. Y ahora esa promesa es algo que sabes y que espero te sirva de algo. Para nuestro bien.

Se inclinó para besar mis manos. Y dejar sobre ellas el rastro de su perfume.

CAPÍTULO 30

LA ESPÍA ENAMORADA

Apenas crucé el salón de la casa para ascender por la escalera, vi el humo del cigarro de Mr. Higgs. Me equivocaba. Eran dos cigarros. El de Mr. Higgs y el de mi marido, Pets.

Pets apestaba a alcohol, en la otra mano llevaba una copa bien cargada de whisky, *brandy* o coñac, no sé cómo se las arreglaba para tener cualquier cantidad y variedad de alcohol en Marruecos. Vino directo hacia mí. Cuán diferente olor el suyo del perfume de Juan Luis. Mientras retrocedía, tropecé con algo y perdí un instante el equilibrio. Mr. Higgs lo sujetó fuertemente.

—Vete a dormir, Pets —ordenó.

—Es una ramera, aquí viene, toda quietecita, cuando seguro habrá estado disfrutando del vino, el pan, la comida… —Iba subiendo la voz y solo podía ver el mal estado de su boca, los dientes completamente deformes—. Sus tiernos besos. Y sus putas mentiras. Mentiras —gritaba cada vez más fuerte.

La luz del rellano se encendió y escuché los pasos de mi madre. No estaba sola. Mi hijo venía detrás de ella.

—¿Sorprendida? ¿La putita sorprendida? —Pets seguía hablando, escupiendo veneno como una cobra de circo que pierde el control de sus actos.

No iba a permitirle que me llamara de esa forma delante de nuestro hijo. Reuní todas mis fuerzas y lo empujé contra una de las columnas del salón. Cayó desplomado, pero consciente, se tocó la cabeza y se levantó para volver a insultarme.

—Ya está bien, Pets. ¿Qué tipo de bienvenida es esta para el joven señor Fox? —exclamó Mr. Higgs. Me quedé mirándolo, la rectitud de su cara, la contención en el desprecio que sentía hacia Pets, la forma en que cerraba sus puños, todo eso me hizo pensar que aquel cuadro que imaginaba dibujar sobre él acababa de terminar—. Vayan todos a su cuarto. Menos usted, señorita Fox —ordenó.

—Quería matarme —gimió Pets—. Delante de nuestro hijo —volvió a lanzar mientras pasaba a mi lado y subía la escalera.

Nuestro hijo lo evitó, mirándome con lágrimas en los ojos. Y volvió hacia su habitación.

No podía más. Iba a ser larga la conversación con Mr. Higgs.

—Juan Luis es completamente inocente —empecé—. Me lo ha dicho hoy. Sabe por qué estoy y por qué lo veo. Me lo dijo claramente: él no mató a Sanjurjo.

Las palabras brotaban con una rabia lógica. ¡Estaba harta! De regresar a mi casa y encontrarme con estas escenas cada vez más dantescas. ¡Y ahora con mi hijo presente! No eran vacaciones, y si así fuera, ¿en qué cabeza cabe trasladar a un niño de un internado en Gran Bretaña hasta Tánger? Sin decirme nada, sin pedirme siquiera mi opinión.

—¿Cómo es posible que Johnny haya visto esta escena? ¿Por qué no estaba durmiendo? Lo he dejado perfectamente especificado —grité.

—Lo habría resuelto mejor si hubiera estado aquí antes. Hace prácticamente cinco días que ha estado fuera, señorita

Fox.

Me irritó todavía más que Mr. Higgs mantuviera nuestra forma de dirigirnos. Acentuaba tantas cosas con tan solo llamarme señorita Fox.

—¡Estoy cumpliendo con mi deber! —exclamé—. El tiempo que haga falta. El protectorado español pertenece a un país que está en guerra. Los controles son cada vez más férreos y fastidiosos. No puedo irme a Tetuán a hacer mi «trabajo» y regresar a casa como si nada. Por eso acepto su invitación y pernocto allí. Pero no crea que lo hago sintiéndome feliz. Sé perfectamente en lo que me estoy convirtiendo, delante de mis vecinos, de esos amigos ingleses que usted se inventa. Delante de mi propio hijo.

La voz se me iba, realmente estaba molesta por lo que acababa de pasar. Perdí el hilo de la conversación. Mr. Higgs me miraba con esa odiosa impasibilidad y yo quería romper cosas. Encontré algo de mi reflejo en un espejo, el que había colgado en una esquina del comedor para aprovechar mejor la luz y hacer más amplio ese espacio, y además controlar los movimientos en el salón. No me merecía la pena estar así de descontrolada. No había hecho nada malo. Enamorarme. Y cumplir con mi misión. Mezclar trabajo con amor. ¿Quién no lo hace?

—Lo único malo que puedo estar haciendo, Mr. Higgs, es espiar a alguien de quien estoy enamorada. ¿Por qué no lo hace usted? Mañana mismo, aunque no duerma un minuto esta noche, pienso decirle la verdad.

—Entonces tendrá que regresar a Londres.

Mr. Higgs habló con esa voz pausada que siempre me recordaba nuestro primer encuentro. Era un truco perfectamente pensado. Al retrotraerme a mi infancia, podía manejarme mejor en situaciones desesperadas.

—No. Me quedaré aquí. Y me quedaré con él.

—Que le haya dicho que jamás habría participado en la muerte de su mejor amigo no significa que no haya hecho otras cosas que sospechamos.

—Yo no sospecho, Mr. Higgs. Yo le creo.

—Lleva razón en que esta farsa no ha funcionado. Pero no puede permitir que su enamoramiento le impida profundizar más en su misión.

—¡No hay más que investigar! Juan Luis es un militar de raza. Cree en el movimiento nacional. Si ganan la guerra, será un hombre muy importante.

—Y aliará a España con Alemania.

—No si está junto a mí —dije. Sin rechistar. Como si una sola persona pudiera ser responsable del destino de una nación. De un continente. Pero en ese momento lo creí.

Y así, con esa convicción y el peso de esa declaración en el escaso aire del salón de mi casa en Tánger, dejé a Mr. Higgs. Tenía sueño y esta vez no lo iba a sacrificar por él.

A la mañana siguiente desperté tarde. Pese a todo, había conseguido dormir y seguramente a causa de mi propia rabia. Iba a recuperarla, la rabia, cuando mi madre entró en mi dormitorio. De todas las personas del mundo…

—Creo que es momento de que me expliques por qué has madurado, alimentado esta animadversión hacia mí, que soy tu madre.

—No estoy tan de acuerdo en que sea este el momento.

—Mi marido me ha dicho lo que hablasteis ayer. Estás jugándote no solo tu cabeza, tu salud sentimental, sino también el éxito de una misión importante.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

—Desde la estatura que me da ser esposa y madre de espías.

Eso me hizo pensar. Quizá sí tuviera razón en que era el momento de hablar.

—Está bien, mamá. Muy pocas veces te he llamado así. Pero quizá tengas razón, es el momento de hacerlo. No entiendo o, me corrijo, no he querido entender dos cosas: una es cómo no he conseguido librarme de Pets; y la otra es qué hiciste para enamorar a Mr. Higgs, ser su esposa y estar aquí hablándome con esa autoridad.

—Es muy sencillo. Mr. Higgs me ha comprendido. Ha sabido ver dentro de mí, más allá de lo que ni tu padre ni tú jamás quisisteis ver. Tú, de alguna manera, arbitraria, según mi punto de vista, me condenaste por algo que ni yo misma sé qué es. Persistentemente, a lo largo de tus poquísimos veintiún años, has hecho lo imposible por ignorarme o por demostrarme que te sobro.

Quería responderle, interrumpirla, pero no podía.

—Reconozco —continuó hablando mientras ella sola sacudía las sábanas y las almohadas de mi cama, algo que siempre hacía cuando hablábamos en un dormitorio en el que hubiera dormido, para mi asombro absoluto. Era una manera suya de organizar lo que deseaba decirme. Un gesto típico de madre, pero que esa mañana realmente me sorprendió—. Reconozco —repitió ella— que no siempre he sido eso que llaman *una buena madre*. Seguramente tampoco fui buena esposa. Y lo más seguro es que tampoco haya sido, hasta ahora, una buena persona. Pero eso deberías reconocérselo a Mr. Higgs. Él me ha vuelto mejor persona.

Muy bien, ya había alisado, encajado y dejado la sábana bajera como si fuera un lienzo para empezar a pintar. Cogió con sus manos las cuatro puntas de la sábana superior y la agitó entre nosotras como si fuera una bandera de la paz.

—Quiero ayudarte a que encuentres la manera de cumplir tu misión y seguir adelante con tu vida de enamorada —dijo mi madre—. Justamente lo que tu padre y yo no supimos hacer.

—Pues, mamá, la mejor manera de ayudarme es dejándome libre, completamente libre con Juan Luis. Mr. Higgs insiste en que debo seguir espiándolo. Yo solo quiero amarlo. Creo en todo lo que me ha dicho, creo en su inocencia al menos en lo que se refiere a la muerte de Sanjurjo. Tú tienes mucha más influencia sobre Mr. Higgs que yo misma. Ese es el favor que puedes hacerme. Convéncelo, la misión ha terminado. La misión ahora es que yo pueda querer a Juan Luis sola. Completamente sola.

La nueva señora Higgs se quedó mirándome largamente hasta que decidió salir de la habitación. Desde allí la escuché llamar a Mr. Higgs y a Pets, ordenándoles que empezaran a empacar de inmediato.

CAPÍTULO 31

FOXTROT SOCIAL

—Rosalinda, ¿sabes cuántas veces al día digo tu nombre?

Apoyábamos nuestras caras contra la almohada, exhaustos, felices, vacíos y repletos. Sí, claro que lo sabía, las mismas veces que yo repetía *Juan Luis*.

Hicimos el amor esa primera mañana libres, sin mi familia de opereta y sin Mr. Higgs insistiendo en que espiara a mi amado sin misericordia, al menos una media docena de veces. Todo el día riéndonos entre besos, abrazándonos mientras sentíamos en nuestros cuerpos la electricidad de cada clímax. Cada final. Cada nuevo reemprender. No era hacer el amor, tampoco devorarnos. Era bailar junto al otro y dentro de él. Cabalgar en praderas que no tenían fin. Nadar en océanos rodeados de anfibios que nos sonreían y orientaban entre las olas. Correr descalzos en campos cubiertos de amapolas, almendros en flor, limones cargados de aromas. Besarnos, encontrando en nuestras bocas cuevas subterráneas repletas de un nuevo oxígeno.

Disfrutaba de mucho poder en el edificio del protectorado. O sea, que la señorita Fox mandaba, y bastante. Era un edificio imponente, pero que en realidad daba un poco de miedo. Me empeñé en hacerlo más humano, por más que las voces críticas insistían en

atacarme descalificando mis esfuerzos decorativos como «demasiado femeninos para un edificio gubernamental». ¿Por qué tiene que ser algo malo lo femenino? Para mí, está lleno de sentido común transformar un espacio público, de mucho ajetreo, donde se deciden y acometen cuestiones muy serias e importantes, en un lugar que te recibe con una sonrisa, en vez de con una mala cara. Quería que hubiera flores de los rosales del jardín en las oficinas principales. Incluyendo la de Juan Luis. Que los menús en las comidas oficiales comprendieran siempre varios platos y manjares de la cocina marroquí. Muchas veces me encontraba con la negativa: «Señora Fox, España está en guerra». Y lo entendía, pero la diplomacia se engrandece precisamente cuando hay una guerra. En el protectorado se sentía lo que pasaba en España, sobre todo por la cantidad de españoles que se arremolinaban a las puertas para conseguir un visado y escapar de la guerra. Ellos tenían que ver que no solo nos preocupábamos por ellos, sino que, una vez entraran en el edificio, se dieran cuenta de que aquel era un lugar de paz.

Eran miles de detalles, pero me entregué a ellos con todo mi ser. Quería que ese mensaje de oasis, de paz en medio del conflicto, no fuera algo que disfrutáramos tan solo Juan Luis y yo, y nuestros colaboradores, sino todo el que necesitara algo de nosotros. Pero, de nuevo, ese mensaje era tergiversado y malentendido por muchos. Casi todos los que rodeaban a Juan Luis insistían en que era tóxica, que no terminaba de comprender el nivel de miseria, hambre y devastación que padecía España. No era tonta, leía la prensa inglesa todas las mañanas, y también la americana, y cada vez más voces importantes, la de Hemingway entre ellas, se hacían eco del deterioro de la vida en España. No se esperaban que tuviera voz y que lo discutiera con ellos y hasta con el propio Juan Luis. La guerra no tenía fin, volvía la

primavera, marzo de 1937, y esa batalla de cinco días parecía enquistarse.

Al mismo tiempo, Zahid no solo mantenía en perfecto estado mi casa de Tánger y mi añorado jardín al norte, sino que, en ocasiones, efectuaba hasta dos veces el viaje de ida y vuelta Tánger-Tetuán para traer a Johnny o devolverlo para que pudiera acudir a su colegio sin problemas. A veces, mi hijo venía con un ojo morado y me alarmaba. Había estado peleándose con otros niños que le habían dicho que su madre era una Mata-Hari, seguramente sin saber exactamente todo lo que eso quería decir. Juan Luis me observaba, por si me quebraba, me indignaba, o prefería no darle explicaciones a mi propio hijo. Pero siempre me ha gustado llevar la contraria, me sentaba con él, le mostraba revistas donde viniera Greta Garbo interpretando el papel en la película de seis años atrás. Le preguntaba si nos veía parecidas, y Johnny, un Fox al fin y al cabo, me decía que yo era más guapa. Claro que intenté decirle que era una espía. «Una mujer comprometida y más próxima al peligro que peligrosa», asumiendo que, si no lo entendía ahora, lo haría después. Juan Luis me recompensaba con una orquesta de besos y caricias en nuestra habitación.

Otras veces tenía que enfrentarme a las damas de sociedad tanto de Tetuán y Tánger como de Marrakech, donde supuestamente nuestra relación era también la comidilla. Eran unas señoras que, con perdón, no habían tenido ni mi suerte ni mi juventud. Sus maridos no eran Juan Luis. Sus experiencias más aventureras serían conseguir una buena manicura o una buena costurera en las fechas señaladas. O conseguir bajar de peso. O que su marido dejase de roncar. Pero su maldad, incrementada por vidas tan mediocres y reiterativas, era a veces más peligrosa que trepar por el techo de un tren en marcha. Una de ellas escribió una carta al periódico local, *Tangers, Times and*

Nouvelles, cuyo director me la tenía jurada, comparándome cada dos por tres con mujeres de muy mala publicidad como Wallis Simpson o alguna estrella de Hollywood con vida desenfrenada. En aquella carta, la señora de Marrakech se atrevía a denunciar mis arreglos florales y menús en el edificio del protectorado. El periódico no la publicó, pero el director se la envió a Juan Luis. ¿Mi reacción? Invitarla a un almuerzo, que se viera obligada a viajar desde Marrakech hasta Tetuán, con motivo de agasajar a mi antigua amiga, la señora Sanjurjo.

Era una ocasión muy especial porque sellaba la paz entre la viuda y todos los que creían que Juan Luis había tenido algo que ver en el fatídico accidente. Cómo disfruté organizando el menú (cordero a la española, cuscús, dátiles, zumos de naranja y zanahoria, vinos de Marruecos y España, y una tarta casera de melocotones con crema de merengue). ¡La que había escrito la carta no se lo podía creer! Señalaba a los camareros que le sirvieran más. De todo. Del cordero, del cuscús, de los vinos y de la tarta. La pobre mujer a veces se excusaba de no poder tragar más, pero inmediatamente me dirigía a ella, con la mejor de mis sonrisas, y le preguntaba si no estaba a su gusto. La pobre tenía que comérselo todo. Después de los postres, cuando no podía levantarse de su asiento, fui a su lado. Hablando con mi tono más encantador, halagando su vestido (horrible, a punto de reventar por lo gorda que se había puesto en mi comida) y comentando lo maravilloso que era su marido y lo mucho que colaboraba con Juan Luis. El marido era un don nadie, un subalterno cualquiera. La pobre iba quedándose sin respiración. Se enrojecía. Y entonces aproveché para decirle que me había disgustado mucho con el director del periódico por negarse a publicar su carta, «considerándola chisme malicioso cuando, querida, en mi opinión era una extraordinaria demostración de crítica constructiva». La

mujer me miraba con toda la comida que no podía contener en el estómago desfilando bajo sus pupilas. Veía también el odio, el desprecio que sentía hacia mí, pero incapaz de poder decírmelo porque la comida le tapaba el esófago. Entonces tomé sus regordetas, hinchadas manos entre las mías y hasta asombrada de mí misma le dije: «Y espero que toda esa comida que no has parado de comer te siente bien y regreses a Marrakech con buenos recuerdos de Juan Luis y de mí. Pero, lamentablemente, sé que algunos ingredientes no casarán bien con toda la bilis verdosa y envenenada que llevas dentro de ti». Y apenas le dije «dentro de ti», me levanté, dejándola allí, perdiendo la respiración y a punto de ahogarse.

Eran mis pequeñas venganzas hacia personas igualmente pequeñas, pero que dejaban un eco e insistían en agigantar ese ruido. ¿Me rebajaban? Probablemente, pero paraban por un momento los comentarios. Las destinatarias de mi mala baba quedaban sinceramente asustadas. Pasaban unas semanas y de nuevo regresaban las infamias, ligeramente matizadas, pero igual de ponzoñosas. «Rosalind Fox es la auténtica *protectorada*», me contó Zahid que había oído en el mercado. «Rosalind Fox es la zorra del protectorado». «El protectorado del amor». No lo escuchaba directamente, no lo veía pintado sobre ningún muro de la ciudad, no llegaban anónimos a mi casa con esas palabras, pero sabía que existían, que lo pensaban, que lo decían y que esas voces llegaban a muchos sitios, recorriendo los mentideros de Tetuán, Tánger y Madrid. Al punto de que en esa ciudad la esposa de Juan Luis decidió enviar un mensaje expresando su deseo de ir al protectorado.

¡Fue una bomba! El horrible director del *Tangers, Times and Nouvelles* tuvo la osadía de enviar una nota deseando saber cuál sería mi menú para la esposa de Juan Luis. Sin duda, respiré hondo muchas veces. Era una sociedad

hipócrita y malvada, pero también tenía que reconocer que yo me estaba haciendo muy egoísta: estaba enamorada y viviendo mi amor sin demostrar el más mínimo respeto hacia otra mujer que también pudiera estar enamorada y a millas de distancia. Juan Luis me dijo en un principio que la haría desistir de venir. Yo insistí en lo contrario. Pero para que no coincidiéramos, deberíamos organizar algo que tuviera que hacer fuera de Tetuán. Juan Luis estuvo varios días sin decirme qué había pensado. Mientras tanto, yo organicé los preparativos para que la visita de su esposa y de su hija fuera algo inolvidable. Recorridos por la medina, visita a los campos de recolección de dátiles. Un día de mar, con las esposas de otros miembros del protectorado y sus hijos. Una visita a las montañas, con Juan Luis, que sin duda les regalaría su sabiduría y conocimientos de la zona. Y espléndidos y variados menús para los seis días de su estancia. Y por supuesto, respondí a la nota del director: «Aunque le agradezco su interés en la visita de la señora Beigbeder, la discreción es algo muy importante para ellos y de momento no dispongo de mayor información para su periódico y sus lectores».

Apenas lo envié, Juan Luis entró inesperadamente en el despacho que me había adjudicado en el piso superior, cerca de nuestros dormitorios.

—No quiero que te marches. Quiero que estés a mi lado. Mi esposa sabe perfectamente quién eres y será peor que no estés aquí.

—De ninguna manera. Yo no quiero conocerla. No sé cómo reaccionaría. Prefiero que mis preparativos hablen por mí.

—No puedo imaginarme cómo sería estar sin ti en un momento así —dijo Juan Luis. ¡Ay, los hombres, cuando más los necesitas, más se complican y se vuelven paralíticos

emocionales! Le extendí una invitación con el sello de los duques de Windsor.

—¿Te han invitado a recibirlos en Marruecos?

—Marcharé mañana. Pasarán por Tánger y serán recibidos por una millonaria americana, y la nueva duquesa (aunque no se la pueda llamar así) ha expresado interés en conocer mi jardín.

—No podré soportarlo sin ti —me dijo antes de abrazarme y repartir sus besos por todo mi cuerpo.

En verdad, yo tampoco pude soportarlo. Mientras avanzaba por los salones de la espectacular casa en plena medina de la millonaria americana y veía desfilar los manjares más sofisticados, caviar y *champagne* francés como si el mundo fuera a acabarse en una hora, celebridades del *jazz*, las revistas, el cine (estaba Tyrone Power, ¡Dios mío!; era hermoso, pero enano), no podía dejar de pensar en Juan Luis sentado en silencio al lado de su esposa, disfrutando de una comida muchísimo menos mundana, pero de excelente calidad. Aunque estuvieran bailando los ritmos más de moda y me pareciera ver a Nöel Coward cantando y a los recién casados bailando y celebrando como si no les importara nada lo que sus países pensaban de ellos, mi cabeza estaba en el edificio del protectorado y en lo triste que era vivir sin Juan Luis a mi lado. Necesitaba aire fresco y salí hacia el balcón, la ciudad, el mercado, los cines con las películas más actuales, y la bahía y el océano titilando bajo las estrellas.

—Espero no molestarla —escuché detrás de mí una voz grave, no necesariamente masculina. Era ella. Wallis.

—Necesitaba estar sola un momento —empecé a hablar mirando sus increíbles joyas, la palidez de su piel, su delgadez y la extraordinaria calidad de los tejidos que formaban su vestido—. Imagino que muchas mujeres se lo

dirán. Yo —la verdad, no sé cómo me atrevía a hablarle así— también estoy viviendo mi «historia de amor del siglo».

Ella se rio, una carcajada tan grave y sincera y normal como su voz. Me tomó de la mano.

—Señora Fox —sabía mi nombre, pero eso era fácil. Había oído que, antes de acudir a cualquier fiesta, exigía conocer el nombre de todos los invitados, un gesto de educación muy americano que sin embargo me gustó—, no creo que sea la única mujer enamorada en Occidente. ¿En qué puedo ayudarla? En animarla a seguir adelante. Todos los hombres, sean de donde sean, son reyes. Abdiquen o no, todos los amores son reales. Eso es lo que me repito a mí misma cada mañana, cuando veo mi cara en todos los periódicos que me señalan como la causante de una desgracia. Mi amor por el duque es real.

—¿No lo llama David? —Este era el último nombre de la larga lista de Eduardo. Le pregunté y me odié de inmediato por actuar como una cotilla. En todas las reseñas sobre el llamado *amor del siglo* publicaban que la pareja de enamorados se llamaban entre ellos Wallis y Dukie.

—No, señora Fox. David ha sido rey, es mi deber entender que en público tengo que dejar muy claro mi respeto hacia él. Pero, a lo que íbamos, todos los escollos que hemos tenido que salvar, que créame han sido a veces descomunales, no han hecho más que unirnos. Imagino que lo mismo le sucederá a usted con quienquiera que sea quien la haga estar aquí fuera hablando conmigo en vez de bailar el foxtrot con el señor Power.

Nos reímos, me encantaba su carcajada. Y todo lo que había dicho y cómo había evitado mencionar a Juan Luis. Acepté su invitación de regresar a la fiesta. Y también a despeinarme un poquito —«¡Oh, en Inglaterra os asustan las pelirrojas por Isabel I y María Estuardo, pero le aseguro que no hay nada más apasionante que una cabellera roja

bailando!», me susurró). Fui al baño y con dos toquecitos recompuse mi cabello siguiendo su indicación para terminar bailando tango y rumba con Tyrone Power.

Al día siguiente, el chófer del protectorado trajo las rosas blancas y amarillas y rosadas más bellas y olorosas que podía imaginar. Y una nota de Juan Luis. «La cena, un éxito. La señora Beigbeder muy conmovida con tus molestias. Esperan retribuirte en Madrid. Marcharán mañana. Vuelve, por favor». Me reí, me sentí mejor, dudé si debía escribirle sobre mis bailes con el astro hollywoodiense y ordené las flores en diversas combinaciones de rosa, amarillo y blanco.

Por supuesto, mis dotes como anfitriona y dama se convirtieron en comidilla. Era realmente como vivir en una jaula de pájaros exóticos colgada en el medio de la plaza del mercado. Juan Luis llegó a proponerme que aceptara ese cargo, organizadora de protocolo o algo así, y dispusiera de despacho y secretaria. Le dije que ni hablar. Pero él me dejó sin habla cuando me comunicó que quería una organización exactamente igual a la que había elaborado para su familia, como los llamó, pero esta vez destinada a alguien muchísimo más importante. Ramón Serrano Suñer.

CAPÍTULO 32

PALABRAS EN ALEMÁN

Ramón Serrano Suñer era uno de los nombres que más sonaban tanto en la prensa de las dos Españas como en la internacional. En todas se publicaba lo mismo: su influencia era alta en Francisco Franco, el general del que cada vez también se hablaba más.

Juan Luis se refería a Serrano Suñer con cautela. Seguramente, algo de ese hombre no le hacía sentir cómodo. O, mejor dicho, confiado. Pero, evidentemente, su visita era importante. Y subrayaba la necesidad que España tenía del protectorado y el papel que Juan Luis desempeñaba dentro de ese organigrama.

Serrano Suñer era un hombre oficialmente muy pío, aunque de él también se escuchaban rumores sobre una amante. Juan Luis me enseñó una de las cartas donde le escribía preguntando cómo iba a plantear la cena de gala si la esposa de Juan Luis no podía estar presente y él además viajaría en solitario. No me enfurecí, aunque por dentro empezó a crecer una animadversión hacia ese hombre que jamás me abandonaría. Me pareció más conveniente esforzarme en encontrar una solución. No, no podía dejar a Juan Luis solo recibiendo a una persona que claramente venía a hacer todo tipo de negocios en esa visita.

—¿Por qué no organizamos una exhibición de los jardines del edificio del protectorado? Es una época genial, el azahar hipnotizará y también las gardenias. Puedo pedir a Zahid que organice a unos cuantos jardineros que mejoren todo, desde los rosales hasta la huerta. Sin olvidarnos de las flores que despiertan en la noche. Incluso podemos pedirle a algunos de los miembros de nuestras comunidades que convenzan a sus hijos de que acudan a regar y enseñar los viñedos…

Juan Luis me dio un beso en la boca. Pero mi cabeza ya estaba en marcha. La idea de los hijos de los ingleses, alemanes y franceses fue bastante loca, pero un éxito de convocatoria y diplomacia. Todas las señoras querían que sus hijos actuaran de campesinos. Zahid me sugirió que hiciera lo mismo con los árabes, pero invitándolos a que prepararan ellos sus platos. Mi hijo Johnny me ayudó a colocar pequeñas velas en envases de vidrios de colores para distribuir por todos los jardines como iluminación. Eran como libélulas que guarían a los invitados entre los tesoros de los jardines. Una vez superada la huerta, debajo de los parrales, colocamos las largas mesas cubiertas por manteles blancos y servilletas de colores que emulaban los de las rosas. Tuvimos que emplear a tres costureras de Tánger para tener las ciento veinte que ordené. Me ruborizaba pensar en el gasto, más aún para recibir a un hombre que venía de un país en guerra, pero quería que el protectorado simbolizara esa diferencia, esa cualidad de oasis y buena organización. Juan Luis me dio su aprobación cuando en la mañana vio cómo quedaría el resto para la noche.

—Te sentarás a su lado, Rosalinda.

—Ni se te ocurra.

—Se me ocurre y así será.

Pues era una contrariedad. Porque todo el tiempo había pensado en escabullirme, moviéndome de las parras al

huerto y de allí al jardín principal, pendiente de las bebidas, de la comida, de todo aquello que Zahid, mi espía en la fiesta, tuviera que decirme. Por eso, aunque parezca inverosímil, había apartado mi antiguo uniforme de equitación para esa ocasión. ¿Qué tenía de malo? Había sido uno de mis primeros golpes de originalidad y me parecía perfecto para vestirlo esa noche, y aunque no llegara a pasar desapercibida, al menos no daría la impresión de ser la «señora» del protectorado. Desde luego que a Serrano Suñer se lo dirían o más bien se lo recordarían apenas me distinguiera con mi melena roja y mi figura enfundada en los *jodhpurs*, pero estaba convencida de que mi aspecto, así, deportivo, de trabajo, de acción, le dispersaría bastante cualquier concepto que tuviera de mí.

Pero ahora, Dios mío, tenía que estar vestida de dama. Y no tenía ese vestido. Había olvidado arreglar el que había usado en la cena para los duques de Windsor. Ni la mejor planchadora de Tetuán podía recomponerlo para esa noche. Y si una planchadora no podía recomponer un vestido, ¿quién iba a diseñar y confeccionar uno nuevo?

Zahid debería llamarse Zeus, porque es capaz de hacer milagros. No sé cómo, no me dio tiempo entonces de preguntarle, pero apareció dos horas antes de la cena con una preciosa caja, tan azul como el traje que llevaba dentro y cubierta de papel de seda (un verdadero lujo en esos tiempos) de un tono más claro. Cuando saqué el traje, sinceramente me quedé algo decepcionada. Parecía un bebé recién nacido, todo arrugas y pequeño. Zahid no dijo nada, esperó a que me desnudara, se había cubierto los ojos con sus manos, pero cuando las separó de su cara, no pudo evitar el grito de emoción que me hizo sentir, sin rubores, una diosa.

—Es una diosa, señora. Diosa —repitió.

Así salí hacia las escaleras del piso superior. Abajo me esperaban hombres más viriles que mi querido Zahid o especialmente peligrosos como intuía que sería Serrano Suñer, pero esa sensación de diosa se había apoderado completamente de mi cuerpo. Me confundí en la planta superior, deseando llegar hasta la puerta de servicio que conectaba con la escalera secundaria para entrar desde la sala del desayuno y, en vez de eso, terminé plantada al principio de la escalera principal. Recibiendo una a una todas las miradas desde el salón. Respiré hondo. «Todo sea por exhibir bien el hallazgo de Zahid», me prometí.

Descendía por la escalera principal, con todo mi cuerpo siguiendo una música propia dentro del azul temperamental del traje. Aquellas arrugas convertidas en pliegues que me volvían más estatuaria, mi pelo rojo iluminando las paredes, mis ojos buscando a Juan Luis entre la multitud. Y el silencio de la reprobación y el asombro permitiéndole a mis sandalias rojas pisar la alfombra como si fueran pequeños cascabeles que anunciaban el descenso de la serpiente real.

Juan Luis me esperaba al pie de la escalera y ofreció su mano para que me apoyara en ella. Unos aplausos se escaparon de otras manos y un zumbido de molestia empezó a crecer sobre nosotros hasta que Juan Luis indicó a la orquesta que enfatizara sus melodías. No me atrevía a mirarlo directamente, pero algo de su calor corporal o quizá la intensidad de su perfume me hacía creer que no solo estaba orgulloso de mi aparición, sino que deseaba quitarme el vestido ahí mismo y besarme delante de todos.

Serrano Suñer me saludó demasiado ceremonialmente. No estaba con su esposa, sino rodeado de militares de alto rango y hombres de negocios que reconocí de Tánger y del propio Marrakech. Detrás de ellos, intentando sin éxito pasar desapercibidos, un cuarteto de rubios, tan musculados y con pómulos tan marcados que era imposible no reconocerlos

como alemanes. También había españoles, que se saludaban entre ellos con gestos que me recordaban los que había visto en Berlín el año pasado entre los nazis. Por más que intentaba ignorarlo, el ambiente que creaban me disgustaba.

—Entiendo que fue usted muy amiga de Sanjurjo y de su esposa —me interrogó Serrano Suñer.

Me irritaba su voz, su mirada y, sobre todo, la forma en que apretaba los dientes al hablar. Unos dientes pequeños, prietos y escondidos detrás de una boca pequeña con apenas labios. Juan Luis se mantenía correctamente en la distancia, pero atento a cualquier situación.

—Sanjurjo me presentó al teniente coronel Beigbeder cuando coincidimos en Berlín, en los Juegos de Invierno.

—¿Berlín? —dijo él separando sus gafas un poco de su nariz. Sus ojos no eran humanos. Tenían todo el veneno de un reptil.

—Fui allí con una amiga inglesa. Para los Juegos. Nos hospedamos en el Adlon y allí vi a José entre la gente. Al saludarlo me presentó al teniente coronel —reiteré.

—Nunca imaginé Berlín como una ciudad para conocerse —dijo Serrano Suñer.

—Eso es porque no es usted teniente coronel —dije, y todos los presentes rieron de buena gana. Menos él, que a través de su mirada me hizo saber que ni tenía sentido del humor ni tampoco le gustaba que lo tuviéramos las mujeres.

Fue un mal principio. Pese a ello, la fiesta prosiguió espléndida. La cena fue especialmente halagada y no sé con qué medios conseguí mantener una conversación más o menos fluida con Serrano Suñer.

—No debe de ser fácil la vida para una mujer como usted, inglesa, en un sitio tan rudo como Tánger.

—No lo encuentro rudo. La verdad, no es una de las palabras con las que lo asociaría. Diría aventurero,

romántico, peligroso incluso.

—Siempre es peligroso convertir una aventura en romance —lanzó él.

Me tomé mi tiempo en saborear mi comida.

—Siempre es una tontería no arriesgarse a vencer un peligro y disfrutar de la aventura —le respondí.

Él guardó silencio. Aproveché para observar a los invitados. Había organizado con especial esmero que Serrano Suñer tuviera frente a sí a lo más representativo de la sociedad de Tetuán y, en efecto, alcancé a ver los rostros de la esposa del banquero local, un empresario de textiles y alfombras y hasta a uno de los cronistas del infame periódico. Pero otras personas habían sido sustituidas por ese grupo de oficiales rubios. No me parecía bien. Nadie podía tomar esa decisión sin mi consentimiento. A menos que hubiera sido Juan Luis.

Apenas sirvieron el postre, Serrano Suñer se incorporó y obligatoriamente lo hicieron también Juan Luis y los rubios. No me gustó. No sabía nada de este arreglo. Permanecí en mi asiento el tiempo suficiente para que sirvieran el café y pudiéramos levantarnos hacia otros salones.

Quería ir al despacho de Juan Luis, adonde claramente se dirigían los señores. Pero sería demasiado evidente hacerlo a través del patio, todos los ojos estarían fijos en mí mientras avanzara por debajo de esos arcos y columnas tan bellamente engalanados para aquella velada.

Abrí una de las puertas del corredor de las columnas. Daba a una habitación que a veces usábamos para huéspedes extras. Como en casi todas las recámaras de esa parte de la casa, estaba conectada a otra y esa a otra hasta llegar al despacho de Juan Luis sin necesidad de salir al exterior.

Para mi asombro, no había nadie allí. Las cortinas estaban echadas, no iba a encender la luz, así que tuve que

moverme en la oscuridad. Me cercioré de que no hubiera nada extraño en el despacho. Por extraño quiero decir nada que revelase algo sobre nosotros o sobre mi presencia en esa casa. Encendí una de las pequeñas lámparas para leer que Juan Luis tenía repartidas sobre varias mesillas. Y con esa poca luz revisé el escritorio y descubrí, debajo de unos folios, un poquito de mi letra. Dios, era una carta muy ardiente que le había escrito días antes, haciendo especial hincapié en ciertas prácticas que disfrutábamos como amantes. La tomé, no podía ponérmela en ninguna parte de mi vestido. Regresé hacia el pasillo interior, avancé hacia otra habitación y fui directa al cuarto de baño, doblé como pude la carta en un ovillo y lo arrojé por el desagüe del lavabo. ¡Que no se atasque, que no se atasque!, supliqué. Regresé al pasillo y desde allí me incorporé al patio. Y observé cómo Serrano Suñer avanzaba hacia el despacho, seguido de los rubios. Juan Luis iba detrás, claramente habían estado viendo otras dependencias de la casa.

Mantuve una estúpida conversación sobre el azul y el naranja con varias señoras que piropeaban mi vestido. Mencioné todas las veces que pude el nombre de Zahid al tiempo que me mantenía atenta a que él, Zahid, mantuviera fluida la coreografía de camareros y bandejas bien cargadas de champán. Era cierto que estábamos en una cultura que prohibía el alcohol, pero el champán no es alcohol. Es vida y punto. Poco a poco, iba moviéndome de grupo en grupo en la fiesta, hasta que, sorpresivamente, Juan Luis estuvo a mi lado. Me sonreía.

—Serrano Suñer quiere reunirse conmigo en mi despacho. Lo he dejado allí, primero hablará con sus hombres. No me gusta nada.

—¿Por qué?

—Los conozco. Son hombres de paja del Ministerio de Defensa alemán —susurró mientras me acariciaba la espalda

con su mano—. Discúlpame si ultrajé tu diseño de comensales en la mesa.

—No puedo disculparte, pero puedo entenderte —reconocí.

—Gracias por esforzarte hasta lo indescriptible —me dijo.

—Los jardines lo merecen —respondí.

—Estuviste en el despacho, ¿verdad?

Tenía que reconocerlo. Asentí.

—No más cartas explícitas entre nosotros —le dije.

La fiesta tenía tal éxito que la orquesta se atrevía con ritmos más bailables. Tendría que abrir el baile sin el invitado de honor, Serrano Suñer. No podía bailar con Juan Luis, *totally out of the question!* Otra vez a pasearse por entre las columnas, para toparme con alguien que pudiera ser un eficaz suplente. Horror de horrores, terminó siendo mi «querido» director del *Tangers, Times and Nouvelles*.

Zahid me seguía con la mirada y levantó sus brazos para que alguien de la orquesta, supongo que el director, incrementara el ritmo. Un foxtrot, *by all means!*

El foxtrot fue un éxito. Prácticamente toda la fiesta lo bailó y mi «querido» director realmente sabía hacerlo bien. Repetimos otro y él consiguió sorprenderme y al resto de los invitados, haciéndome girar con una gracia y técnica muy superior. En una de las vueltas observé cómo Serrano Suñer entraba y salía del despacho de Juan Luis, evidentemente discutiendo, moviendo mucho los brazos, sobre todo para un hombre tan parco como él. Uno de los alemanes salió también y providencialmente la esposa de uno de los empresarios ingleses se aproximó a invitarlo a bailar. Hice un débil gesto a Zahid, que lo comprendió de inmediato. El siguiente foxtrot debería durar un poco, bastante más que el anterior. No podía dejar escapar a ese alemán sin sacarle alguna información de lo que discutían en esa reunión y que acababa de acalorar a Serrano Suñer.

Haciendo honor a mi fama de Mata-Hari, intercambié el director del periódico por el guapo militar rubio. Cuando terminamos el foxtrot, el querido director apenas podía respirar y el alemán intentaba regresar a la reunión en el despacho de Juan Luis.

—¿Sucede algo? Un poco de zumo de manzana para recuperar el equilibrio —dije al alemán en su propio idioma.

—Mis compañeros…

—Le han abandonado por envidia de lo buen bailarín que es. No hay nada que nos guste más a las mujeres que un hombre que sepa bailar —continué, tomándole del brazo. Más que sonsacarle información, me serviría de él para instalarme en el centro mismo de esa reunión.

—Me habría gustado conocer Tetuán y Tánger de otra forma —me comentó ya en inglés mientras caminábamos hacia donde quería ir—, pero no es un buen momento para ser alemán en ninguna parte del mundo.

Me gustó la frase. Sobre todo la voz. Parecía sincero, conmovido de estar en un lugar tan especial y sin embargo sujeto a las vicisitudes de países como el mío, el suyo. O España.

—¿Cree que habrá guerra? ¿Que esta será una de las últimas fiestas donde bailar no sea algo ofensivo?

Intentó detener mi paso, para agregarle más tensión al momento, pero en realidad ya estábamos muy cerca del despacho de Juan Luis.

—Permítame mirarla tan solo un instante, porque seguramente nunca más la veré tan bella. Y tan en paz —dijo.

Cumplí su deseo y me quedé delante de él mientras golpeaba levemente con mis nudillos la puerta del despacho. Su gesto cambió en cuanto la puerta se abrió.

Era Serrano Suñer. Las cortinas estaban descorridas y las luces encendidas. Parpadeé ante su esplendor. Juan Luis

caminaba de un lado a otro, lentamente, como siempre hacía cuando la reunión era importante. Los alemanes se levantaron primero al verme, y los españoles, un poco más a regañadientes. ¿Los recordaba de antes? Sería una comitiva de Serrano Suñer cuyo único interés en la fiesta era estar presente en esa reunión en el despacho. La sensación era opresiva. Juan Luis detuvo su andar y sonrió.

—Me parece que entretuve insensatamente a uno de vuestros compañeros y pensé que estaríais aquí, Juan Luis. ¿No les molesta que abra una ventana? Es una pena que no disfruten del aroma de los jazmines —dije todo lo femenina que pude ser en ese momento.

—Estamos bien así —habló entre sus dientecitos Serrano Suñer.

—Sinceramente, agradecería un poco de aire fresco —dijo uno de los alemanes.

Entonces fui hacia la ventana del lado izquierdo y la abrí bien, entró todo el aroma del jazmín. Respiré hondo, observando que debajo estaba una de las fuentes, encendida y sonora.

Juan Luis me seguía con la mirada mientras yo recuperaba el camino hacia la puerta para contemplar una vez más la escena. Los alemanes eran seis. Los españoles, tres. Serrano Suñer se sacaba un pañuelo y una estilográfica para apuntar algo en una libreta que le acercaban. Juan Luis retomaba su andar. Y de pronto, se detuvo.

—Creo que es suficiente —dijo.

Serrano Suñer lo interrumpió.

—No, claramente, no es suficiente. Acabamos de empezar —el tono de su voz era áspero, seco, molesto.

Entendí que no podía abandonar la habitación sin Juan Luis. Nada de lo que estaba pasando allí era seguro. Los alemanes querían algo que no era claro. La comitiva española estaba allí por razones que no eran claras. Y

Serrano Suñer se rascaba la palma de su mano de una manera curiosa. Con ese gesto que creaba todavía más sospecha en la habitación.

—Dentro de poco servirán el ponche y la banda interpretará los himnos nacionales. Es el final de la fiesta —dije.

—Estoy seguro de que retomaremos los flecos mañana temprano —dijo Juan Luis.

—No dejo flecos en ninguna reunión, Juan Luis —sentenció Serrano Suñer con esa voz áspera, antipática, molesta.

Juan Luis tomó mi brazo y salimos juntos de la habitación.

Quise decirle que no lo consideraba una buena idea, pero él no me dejó. Cubrió mis labios con sus anchos dedos y me llevó, a través de una de las escaleras de servicio, hasta la planta inferior, hacia el jardín de abajo. Nos quedamos escondidos al lado de la fuente, observándola. Y besándonos.

—¿Qué medalla quieres por esta fiesta?

—Que vuelvas a tu despacho y recojas los flecos —dije, intentando imitar esa voz desagradable de Serrano Suñer.

Juan Luis rio y volvió a besarme con todo su amor. Tuvimos que echarnos un poco hacia dentro cuando alguien se asomó a la ventana desde su despacho. Indiscutiblemente era Serrano Suñer.

—No me gusta lo que están negociando —dijo en voz muy baja. No me atreví a preguntar, si él no lo decía era claramente porque temía que ese hombre asomado podía escucharnos.

Volvimos a besarnos. Estuvimos abrazados y sintiendo nuestros cuerpos mientras el agua de la fuente nos acompañaba con su música. Los hombres decidieron acercarse casi todos a la ventana, mirando hacia el jardín. Se los veía agotados, sudorosos. Serrano Suñer intentó

dispersarlos, exigiéndoles que volvieran dentro. La discusión no había terminado. Los flecos sueltos parecían reproducirse, cada vez más entrelazados entre ellos. Juan Luis me apretó contra él, por más que se acercaran a la ventana no podrían vernos.

El ruido de la fuente era muy leve, un típico susurro propio de los jardines árabes. Todo lo que discutían en alemán los presentes en el despacho era perfectamente audible.

—Mi alemán no pasa de los saludos —dije.

—Serrano Suñer quiere un compromiso de parte del ejército alemán. Quiere que de alguna manera colaboren en una estrategia que han pensado en Burgos para terminar por fin con nuestra guerra.

—Entonces, ¿van a aliarse con los alemanes? —pregunté algo exaltada.

Juan Luis guardó silencio mientras escuchábamos más de la acalorada discusión en su despacho.

—Rosalinda —su voz tenía esa quietud que demostraba su absoluto afecto hacia mí—, si te digo exactamente los que esos hombres discuten en mi despacho, estaría haciéndote el gran favor de tu vida como espía.

—¿Espía? —No podía creer que acabara de escuchar esas palabras de su boca.

—Lo he sabido desde el primer día, desde el momento en que nos vimos en el hotel Adlon en Berlín. Pero he aprendido a separar tu amor de tu responsabilidad. Es admirable.

—Yo estoy enamorada —dije mirándolo fijamente. No quería que nada, ni siquiera mi respiración, traicionaran la verdad de mis palabras.

—Yo también —dijo él—. Nunca imaginé que esta fuente sería el único testigo de algo tan crucial. Para ti va a ser una medalla, para mí un búmeran que algún día me alcanzará de frente y me partirá el cuello y la cara. —Y empezó a

traducir lo que conseguíamos oír—: Los españoles que están con Serrano Suñer negocian con esos militares crear una situación equívoca en el norte de España, donde los republicanos son más fuertes, que sea algo muy potente, muy ruidoso. Repiten y repiten las palabras *ataque aéreo*. Evitan citar nombres de ciudades, los alemanes no lo ven claro, dicen que sería muy arriesgado. Y uno de ellos, con el que estuviste bailando, es un estratega militar muy brillante, les ha dicho que podrían hacerlo pasar como unas prácticas con nuevos aviones de caza que por alguna razón se les fueran de las manos y terminaran siendo un ataque sobre civiles inocentes.

¡No podía creerlo! La barbaridad de lo que narraba Juan Luis, el hecho de que todo eso se estuviera discutiendo y que nosotros lo escucháramos envueltos del aroma del jazmín, el susurro del agua en la fuente. Envueltos también por la valentía que habíamos tenido de reconocernos, él como enamorado y hombre fuerte y yo como espía y mujer deseosa de estar siempre del lado de la verdad. Eran demasiadas cosas. Demasiada verdad, demasiado peligro. Demasiada información.

Juan Luis me estrechó contra él y besó mis labios como si tuvieran un néctar que nos hiciera desaparecer de allí. No fue así, desde luego. Empezaron a sonar los himnos nacionales, el de España y el de Alemania, mientras seguíamos besándonos. Estallaron los primeros fuegos artificiales y entonces nos separamos para contemplarlos mientras alcanzamos a ver cómo Serrano Suñer cerraba la ventana y despedía su reunión plantándose delante de los alemanes y saludando como ellos con el brazo en alto.

CAPÍTULO 33

GUERNICA

Regresé a mi casa de Tánger conduciendo sola. Zahid lo hizo en el primer tren de la mañana, junto a los objetos decorativos y los utensilios de cocina que habíamos llevado para la fiesta. Realmente es uno de los paseos más hermosos del mundo. Esa presencia protectora de las montañas y el tranquilizador dibujo de la costa, el vaivén de las olas. La visión de las ovejas siempre en grupo, pastando y haciéndote sentir que la vida tiene una placidez intrínseca que parecemos querer quebrantar los seres humanos, seguramente porque no sabemos disfrutar de la calma.

Conducía nerviosa, no dejaba de recordar a Serrano Suñer despidiéndose de los alemanes con el brazo en alto. De sentir los besos de Juan Luis mientras escuchábamos algo tan atroz como lo que habíamos escuchado. Y crecía en mí una sensación más terrible. Impotencia. No podíamos hacer nada por detener lo que habíamos escuchado porque inevitablemente tendríamos que verlo pasar para entonces poder actuar. No podía presentarme ante Mr. Higgs y decirle «los alemanes van a invadir el suelo español», si no presentaba suficientes pruebas. No bastaba con haber oído una conversación durante una fiesta. Como había aprendido en Calcuta, toda sospecha de alguna acción entre una

nación y otra necesitaba ser probada, corroborada, demostrada más que cabalmente, exhaustivamente. Aun así, cogí el teléfono y establecí una conferencia con Mr. Higgs.

—El sonido es infame, señorita Fox —advirtió él antes que empezara a hablar. Era una manera de advertirme que mi teléfono podría estar intervenido.

—La fiesta en los jardines ha sido muy especial. Los himnos nacionales de España y Alemania sonaron francamente bien. Casi al unísono. No debemos olvidar que, hace tan solo unos siglos, un mismo rey regía los destinos de las dos naciones.

Mr. Higgs hizo una pausa, estaba calibrando lo que intentaba decirle.

—Desde luego nada mejor para saber más del éxito de la fiesta que una buena crónica. Esperaré la suya, lo antes posible —dijo antes de colgar.

Escribí esa carta, todo lo cifrada que pude, casi como si la escribiera Zahid con su mala lengua. Y Mr. Higgs me ordenó en su respuesta que le enviara más datos que confirmaran mis temores. Volví a escribirle otra carta y me pareció absurdo que estas no me hicieran verme envuelta en persecuciones como había pasado con aquellas que escribía a Beigbeder. Mr. Higgs respondió otra vez, con todo muy claro: «Una conversación no es suficiente».

Sé que las mujeres estamos dotadas de un sexto sentido, de una extraña capacidad de guiarnos por nuestro instinto y que en mi caso en más de una ocasión se agudizaba de tal manera que se expresaba a través de la piel. Todas las personas o cosas que me inquietaban me provocaban una carne de gallina que sin estremecerme construía una suerte de coraza entre yo y esa persona o esa cosa. Con Serrano Suñer, sinceramente, esa epidermis se enroscaba como la piel de una cobra en alerta.

Lo que más me angustiaba de aquella sensación era que la sabía, de la misma manera intuitiva, recíproca. Completamente recíproca. No nos gustábamos. Recelábamos el uno del otro. Incluso habiendo intercambiado unas breves palabras, ese destino, ese hecho había quedado completamente sellado entre nosotros. Y el gran problema, el gran, enorme fastidio radicaba en que Serrano Suñer era una de las personas más importantes e influyentes del bando nacional en España. Y, por ende, el hombre que tenía la máxima autoridad sobre el futuro de Juan Luis. Por eso quiso celebrar esa reunión en su despacho del protectorado. Más que para involucrarlo, para atarlo de pies y manos.

Así como yo no podía convencer a Mr. Higgs de lo que había presenciado, el respetable señor Serrano Suñer reportaría lo que vio en Tetuán y con más capacidad de convicción. Al mismísimo general Francisco Franco. Me parecía que podía escuchar sus palabras perfectamente. «Beigbeder, en efecto, tiene una amante». «La amante de Beigbeder es inglesa y lo alineará con los intereses de los ingleses». «Beigbeder se ha jugado nuestra confianza».

Esos días de primeros de abril, tan calientes, paseé por el jardín pensando tantas cosas. Todo lo que tenía que agradecer a ese trozo de maravilla, ese especial paraíso que no había creado yo, sino que me había estado esperando hasta que mi azarosa vida decidió al fin colocarme allí, como una flor extraña, carnívora, humanitaria, decorativa o vigilante. O simplemente enamorada. Porque eso era lo que sentía: que estaba enamorada. Enamorada de Juan Luis. Como se lo había dicho una vez que él descubrió que sabía quién era desde el primer momento en que nos conocimos. También eso había pasado debajo de la ventana de su despacho y no era cualquier cosa. Juan Luis y yo nos habíamos desnudado en un breve instante ante el susurro del agua en la fuente.

Sí, lo había hecho muy bien. Era una espía. Y estaba enamorada. De él. Enamorada de ese tiempo que me tocaba vivir, aunque fuera cruel. Incierto. Peligroso y mortal. Un tiempo de guerra, de cambios, de desgracias, grandes y pequeñas tragedias que sucedían para construir, algún día, un mundo mejor. Y mi amor, nuestro amor, crecía no tanto para protegernos de la muerte, sino para hacer más posible ese nuevo mundo.

¿Era un sacrificio más que un amor? No, era un amor que tenía que vivir sacrificios. Y el primero de ellos sería dejar de ver a Juan Luis. Apenas lo pensé, o más bien lo vi claro, me dejé caer sobre la cama turca que tenía al fondo del salón delante del comedor. Rodeada de cojines, de muchos y diferentes colores, me gustaba recluirme en ese espacio porque desde él podía ver casi todas las habitaciones de la casa. El pasillo central con las paredes decoradas por maravillosas baldosas repletas de geometrías y esos colores que siempre significarán Marruecos. Esa infinita capacidad de combinación: rombos con triángulos, cuadrados y círculos, morados con naranjas, verdes con azules. Incluso con la débil luz de las velas que Zahid me había iluminado, sin querer preguntarme qué me sucedía, pero manteniéndose cerca, toda la atmósfera me envolvía. Me protegía, pero no alejaba ni la decisión ni el malestar. Tenía que olvidar a Juan Luis.

Porque le haría daño. Porque no podía permitirme ser la amante. Porque era inglesa, pelirroja, demasiado conocida en esta parte del mundo como Rosalind Fox, la mujer adelantada a su tiempo, aventurera, casada sin marido presente y en condiciones. Demasiado joven para ser tomada en serio, demasiado vivida para ser considerada inocente. Demasiado inglesa para estar cerca de un español que luchaba en el lado más conservador y determinado a ganar la guerra. Si, en efecto, los del bando de Juan Luis

terminaban como triunfadores, él tendría un puesto destacado. ¡Tendría que olvidar lo que escuchamos esa noche al lado de la fuente! ¿Sería capaz? ¿Sería yo capaz de asumir ser su amante delante de esa sociedad hipócrita, más aún sabiendo que los dos fuimos testigos de algo tan atroz, tan inhumano como planificar un ataque aéreo sobre civiles inocentes?

Eso era lo que de verdad me atormentaba. La guerra civil. ¿Cómo iba a enamorarme de un hombre con un papel determinante en un conflicto que divide a familias? Ninguna guerra puede gustar, por más que nos enseñen que son necesarias para reactivar economías o enderezar situaciones políticas. Todas las guerras rezuman inhumanidad y maldad. Pero una guerra civil es mil veces más cruel, porque no es entre países, entre poderes, sino entre familias. No es entre castas ni clases, sino entre hermanos. Hijos contra padres. ¿Cómo iba a aceptar continuar siendo la amante de un hombre absolutamente involucrado en una destrucción semejante? Si alguna vez terminara la guerra en España y, en efecto, Juan Luis y su bando recondujeran esa nación hacia un futuro mejor, ¿cómo iban a curarse las heridas? No, no, no cicatrizan jamás las que se abren o profundizan en una guerra civil. Mi amor, mi absoluto, profundo, sobrehumano amor por Juan Luis no sería suficiente para algún día enfrentarme a la historia y responder si tenía conciencia del tiempo que vivía mientras caía profundamente enamorada de él.

Sí, sí lo sabía. Me daba perfecta cuenta contemplando la hermosura de los azulejos en mi casa. La enigmática fuerza que imponía el triángulo invertido en la punta del techo encima de las escaleras. Los aromas que sobrevolaban los pasillos y se acurrucaban en las ventanas de esa noche de marzo, el azahar que olía mejor que el azahar de los jardines de la casa del protectorado. Un azahar más profundo, más

femenino. ¡Oh, Dios mío!, si Juan Luis y yo pudiéramos ser solo jardines, envueltos en nuestros perfumes, viajando a través de la noche o del día para amarnos ajenos al tiempo, a la guerra, al siglo. A la hipocresía, a los arreglos, a los malos encuentros. A las malas personas. A las malas decisiones.

Entré en la habitación de mi pequeño. Johnny, hijo mío, eres tan obediente, estás siempre ahí mientras yo no hago más que dar vueltas, buscarme para terminar enredándome. Perdiéndome cuando todo lo que deseo es hallarme. Se había quedado fuera de la manta, con uno de sus pies colgando. Me emocionó tanto recomponerlo. Cuidarlo. Al menos eso lo podía hacer, velar por que mi hijo estuviera bien. No era su culpa el mundo al que lo había traído. Y si estas guerras se libraban para que él pudiera conocer una mejor sociedad, una mejor distribución de las riquezas y enseñanzas, al menos tenía que estar cerca, tan cerca como ahora, para garantizar que lo vería, lo conocería, lo disfrutaría.

Me encerré en mi habitación y subí a la azotea por la escalera de caracol que había entre mi vestidor y mi baño. Era un capricho, siempre pensaba que una auténtica locura de la decoración de mi casa, pero esa noche lo necesitaba. La luna parecía alejarse, como si tuviera miedo de que la enfrentara y le preguntara no solo sobre mi destino, sino también sobre la guerra, la injusticia, la hipocresía y el amor. El mar era una inmensidad oscura. Pero la espuma de las olas brillaba de tal forma que cada vez que rompían iluminaban un trozo de la bahía. Podía ver a las parejas que se besaban debajo de los soportales o se abrazaban sobre la arena. Los títulos de las nuevas películas en el cine Rialto. *Solo se vive una vez*, con un Henry Fonda conmovedor, acusado injustamente de un crimen. Sí, sí, me recordaba a Juan Luis y a mí misma. No estábamos acusados de ningún

crimen, pero cometíamos varios. Estar enamorados bajo estados civiles que lo impedían. Cómplices de un cambio en el mundo que debería costarnos el peor de los castigos: separarnos. Víctimas de un secreto que no podíamos desvelar.

Y miré hacia el mar, hacia la noche, más allá de las débiles luces del puerto, y rompí a llorar. Pensé que más allá de ese mar estaba mi casa, Inglaterra, ese pedazo de mundo llamado Twickenhamshire, la casa donde fui pequeña, las salchichas que se cocían al lado de las patatas llenas de tierra. Dios mío, ¿quería volver a eso? Sí, porque era mi única verdad. Y no, porque ya no existía. Hacía demasiado, demasiado tiempo que mi vida había dejado de pertenecerme y se había convertido en un lienzo donde todos creíamos pintar algo, pero nadie se atrevía a terminar. No había Inglaterra a la que regresar. No había Marruecos al que aferrarse. No había Juan Luis a quien proteger. Ni amar.

Escribí algo similar en la carta donde le supliqué a Juan Luis que no volviéramos a vernos. Llorosa, derramando lágrimas sobre el folio y sellándolo con unos labios secos, doloridos por el llanto y los gemidos ahogados. Zahid entró a traer el desayuno y se alarmó de mi estado. Le dije que no se preocupara y que entregara la carta al empleado del edificio del protectorado que traería en breve las rosas que Juan Luis enviaba todos los días. Me había mantenido en vela precisamente para tener la carta lista para ese momento. Zahid me preguntó si saldríamos esa mañana. Le dije que no. Me preguntó si preparaban mi caballo para dar un paseo. No. Insistió en si quería arreglar con los vecinos una partida de *bridge* y tras la cena acudir al Rialto para ver esa nueva película. «No, Zahid. Necesito estar sola». ¿Cuánto tiempo?, preguntaron sus ojos atribulados. «Hasta que la guerra en España tenga al fin un vencedor».

Abril siguió deslizándose en una temperatura completamente inusual. Un calor excesivo. Como si agosto hubiera decidido cambiarse con el mes de las flores. Los animales lo padecían, mis caballos rehusaban ser montados temiendo caer desfallecidos. Las serpientes reptaban entre los árboles secos. Los manzanos desprendían sus frutos llenos de gusanos sudorosos y la parra de los viñedos necesitaba tanta hidratación que parecía comerse sus propias uvas para saciarse. Entre los ingleses que seguían acudiendo a la casa, creyendo que la hospitalidad de la señora Fox era una forma de estar en la lejana Inglaterra, se barajaban múltiples explicaciones. Que si era un castigo de Dios para aniquilar todo el sur de Europa y el norte de África por sus sociedades complacientes y violentas. Que si los franceses y los alemanes desarrollaban experimentos con elementos químicos que habían contaminado la tierra, el mar y el aire de Tánger, generando una suerte de hongo destructivo que era responsable de ese calor perseguidor. Insoportable.

No me gustaba recibir a estos ingleses, eran una insólita herencia del intento de Mr. Higgs de crear una ilusión de familia en mi entorno. Pero tenía que reconocer que me calmaban. El pellizco de la soledad a veces era durísimo. Juan Luis enviaba notas, cartas, regalos, pequeñas flores del jardín, entre sus rosas diarias. Invariablemente se las entregaba a Zahid sin querer saber si las guardaba, las leía, las quemaba o las devolvía. Tenía que mantenerme fuerte. Y firme. Al menos eso recordaba haberle escrito en aquella carta: «La soledad me hará fuerte».

El insoportable calor convirtió los días de abril en fechas derretidas que no tenían fin. El 16 se fundió con el 17 y el 20 con el 24, y la noche del 26 muchos de los que estábamos reunidos en casa parecíamos muñecos a punto de estallar, las ropas pegadas al cuerpo, los brazos apenas

se movían hartos de abanicarnos, el pelo convertido en una ensalada aguada. Y la luna, enrojecida, ardiente, como un sol disfrazado de noche y demasiado cerca de nosotros. Como deseando zambullirse en el mar, pero aterrada de hacerlo porque terminaría por incendiarlo.

—Quizá en la radio puedan darnos una explicación a esta naturaleza extraña —propuso el señor Ferdinand, un comerciante de telas y alfombras a quien me gustaba invitar porque tenía una conversación muy culta y variada.

Me incorporé como pude, porque las telas de los vestidos se fundían con las tapicerías de las sillas, y creí que podría desfallecer mientras cruzaba el aire caliente, asfixiante en toda la casa. Zahid, que sin duda era de una fortaleza física desconocida, se había adelantado y ponía la radio en la sintonía de la BBC. Mientras el resto de los invitados conseguía atravesar el infiernito del pasillo, el programa de variedades habitual era sustituido de pronto por un reporte.

> Lamentamos interrumpir esta agradable emisión de su programa de variedades favorito, pero la actualidad internacional nos obliga a informar sobre un trágico incidente en la remota población de Guernica en el norte de España.

No hizo falta silenciar a ningún invitado. La voz del locutor, la precisión de su narración, nos obligaba al máximo silencio.

> Una flota aérea alemana sobrevolaba la zona con la evidente misión de probar el potencial letal de un nuevo tipo de armamento. La fuerza aérea alemana no ha emitido ningún comunicado reconociéndolo, pero, presionada por otros países europeos, ha reconocido

que existían planes de vuelos estratégicos en zonas que asumían despobladas. Claramente no era ese el caso de Guernica. En el momento de esta emisión, las bajas, todas ellas civiles, ascenderían a centenares.

Todos contuvimos un grito de estupor. El propio locutor también, y por eso pude escuchar cómo un vehículo aparcaba en la puerta de casa.

Según las notas que vamos recibiendo de las oficinas centrales de la BBC en Londres, podemos informar de que la fuerza aérea alemana, la Luftwaffe, reconoce que un destacamento de sus oficiales, conocidos como Legión Cóndor, sobrevolaba esa parte de España, sin reconocer nada más en la tragedia. Es conveniente recordar a nuestros oyentes que España se encuentra sumida desde julio de 1936 en una cada vez más cruenta guerra civil. O una funesta derivación de unas prácticas aéreas que, sin duda, dejan muchas preguntas sin contestar. Ni el Gobierno republicano de España ni el nacional en Burgos han emitido comunicado alguno. Nuestras oraciones y respetos se elevan por los caídos y sus familias.

Sonó el teléfono. Sabía perfectamente que sería Mr. Higgs.

—Senorita Fox —dijo él, y su voz se escuchaba muy claramente en la conferencia—. Es desolador. Ojalá Dios pudiera hacer retroceder el tiempo.

—Usted sabe que es imposible —respondí—. ¿Cuántas muertes serán necesarias, Mr. Higgs?

—No tengo respuesta para su pregunta, señorita Fox.

Colgué. La puerta principal se abrió y Zahid no pudo, o no quiso, hacer nada por impedir que Juan Luis avanzara hacia mí.

Sin que mediara palabra, mis invitados decidieron dejarnos solos. Y seguramente pensaron lo mismo que yo. Guernica era una tragedia decisiva y Juan Luis estaba allí porque sabía que los mortales efectos de su devastación alcanzarían también los restos de nuestro amor.

La BBC interrumpió varias veces su programación esa noche para dejar meridianamente claro que esa parte de España, el llamado País Vasco, era uno de los reductos más indomables en la contienda y contrarios a las fuerzas nacionales. Nunca olvidaré las palabras de esa retransmisión: «El tamaño y alcance del bombardeo servirá para asustar y doblegar la fuerza moral de los vascos y probablemente precipitar el final de la guerra civil a favor de los nacionales».

Todo eso se gestó, cocinó y preparó en el despacho de Juan Luis. Y la visita de Serrano Suñer, acompañado de esos alemanes, sirvió también para orquestar minuciosamente cómo se trasladarían piezas fundamentales para el ataque aéreo que permanecían en Marruecos para que nadie las incautara. Juan Luis me dio esa información bastante compungido.

—¡Cómo lo hemos podido permitir! —exclamé.

—Rosalinda, si sigues hablando así, será mejor que te marches a Gran Bretaña.

—¿Y así vamos a terminar cada vez que la historia se interponga entre nosotros? ¿Tú enviándome a Inglaterra, yo pidiéndote que no me veas, no me busques más? No tengo Inglaterra a la que regresar, Juan Luis. Yo soy mi Inglaterra. Yo soy mi origen. Mi destino. Y mi presente. Y no puedo amarte porque no puedo estar de acuerdo con esta barbarie.

—Yo tampoco —dijo con una voz seca.

—Entonces, haz algo. Enfréntate a Serrano Suñer, hazle saber que no estás de acuerdo, que condenas esta barbarie.

—Ya lo he hecho. —Extrajo de uno de sus bolsillos un papel bastante humedecido por la transpiración. «No comparto la barbarie *stop* Comunidad Internacional nos castigará». No podía leer más, el papel parecía romperse entre sus dedos.

Juan Luis y yo estuvimos un largo rato en silencio. La radio no estaba apagada como pensaba, sino a muy bajo volumen, y de pronto el programa de variedades retomaba su ritmo y la orquesta interpretaba una canción que conocía: «Si algo deseo, es estar cerca de ti. Parar mi vida, decirte que eres mi corazón, mi alma, mi sueño hecho realidad».

Juan Luis daba golpes, contra sí mismo, contra la pared, de furia, de impotencia, de horror. Nunca lo había visto así. Era otro, alejado de su imagen de hombre sabio, conocedor de idiomas, espiritual. Pero lo entendía. Aunque no estuviera dentro de su cerebro, sabía que pensaba que de alguna manera hubiera podido hacer algo para detener la barbarie. Su rostro parecía retorcerse bajo una gran tensión. Hice todos los esfuerzos imaginables para no acercarme a él hasta que comprendí que la gran tragedia dentro de la tragedia éramos él y yo. Los amantes que sabían una verdad que no podían detener hasta que fuera, exactamente, realidad.

Fui hacia él, sujeté su cara entre mis manos. Lo besé, lo levanté, y dejé que la canción hablara por nosotros. «Será alguna vez una vida bellísima, mientras mi corazón es tu corazón y tus palabras mi destino», decía, y Juan Luis se abrazaba más y más a mí, la tela de mi vestido se convirtió, irónicamente, en un paño de lágrimas.

—Lo hubiéramos podido detener, Rosalinda… Y no nos dejaron. Lo querían, lo necesitaban, es la única forma de ganar esta guerra. Asustarlos. Asesinar a sus hijos inocentes.

Sus esposas, sus hermanas. Sus compañeros. ¡Oh, Dios mío, Rosalinda! ¿Qué precio pagaremos cuando la historia nos alcance?

Uno muy alto. Pero yo no pensaba que fuera solo ante esa historia, sino ante nosotros dos. Unas semanas antes había cerrado toda posibilidad de seguir amándolo. Y ahora, en medio de una hecatombe, de una catástrofe, el amor no hacía más que surgir, unir, reparar, cicatrizar, por encima de todas esas muertes.

—Juan Luis —empecé a decir—. Es la guerra la que nos ha alcanzado. Tú la ganarás con armas tan crueles como esta devastación. Y yo, aunque lo condene, aunque lo deteste, estoy condenada a seguir a tu lado. Porque lo único en lo que puedo creer no es en Dios, ni mucho menos en el destino. Ni en la justicia, sino…

—En mí. En nuestro amor —terminó él la frase por mí, incorporándose y llevándome hacia el jardín. El calor empezó a disminuir. Y la luna a palidecer. Como si las muertes que desde ahora acompañaban nuestras vidas ejercieran el milagro de calmar la naturaleza.

Juan Luis respiró hondo y se inclinó para extraer dos piedras de debajo de los viñedos.

—Cada piedra tiene un lado más limpio, más blanco que otro.

—No podemos ver nada en esta oscuridad —dije.

Escondió una piedra en cada mano y extendió los puños hacia mí.

—Si escoges la que está del lado limpio, seguiremos juntos, Rosalinda.

—Y si escojo la sucia, ¿la guerra terminará y tú podrás ser un hombre libre? —Las palabras asomaron temblando en mis labios.

—Si escoges la que no tiene tierra, seguiremos juntos. Y como has dicho, convertiremos nuestro amor en lo único

bueno de esta catástrofe.

Estábamos solos, bañados en luz azulada y gris. Aproveché para escoger uno de los dos puños. Y fue el izquierdo.

Juan Luis miró la piedra. El lado visible estaba limpio.

Sus ojos brillaron y su abrazo me elevó por los aires y el beso que nos dimos solo buscaba el perdón de todos los que habían muerto en Guernica y todos los que morirían en todos los años en los que nuestro amor fuera otro tipo de guerra para ganar una inmortalidad que explicara nuestras equivocaciones.

CAPÍTULO 34

LA TORMENTA

Pasó el año 1937, llegó 1938 y en Europa empezaban a escucharse ruidos de sables infinitamente más peligrosos que los cañones y fusilamientos de la Guerra Civil en España. En Francia, el hijo de un comerciante judío atacó a un joven perteneciente a las Juventudes Nacionalsocialistas, los nazis, término que ya escuchábamos en cualquier parte en ese año, y la violencia que se desató terminó convirtiéndose en un río de sangre en el barrio judío de esa ciudad y en los de muchas otras en Europa. En la BBC y en otras prensas lo bautizaron como la Noche de los Cristales Rotos, y su barbarie dejó helados a muchos europeos que tuvimos la sensación de que no solo se quebraban cristales en Europa, sino algo más profundo y de improbables consecuencias. Se perdía el respeto por el ser humano.

Muchas veces, muchas noches y días después del ataque de Guernica y ese enamorado juego de piedras y adivinanzas, pensaba en la soledad de mi jardín en que era una privilegiada porque estaba a la vez dentro y fuera del conflicto español. Dentro, porque vivía una historia de amor junto a uno de sus protagonistas. Fuera, porque como inglesa no podía aceptar que el triunfo del bando de mi amor estuviera tan marcado por la destrucción.

No soy alguien que defienda las guerras, aunque estas sean para reconstruir un país mejor. Pero sin embargo estaba enamorada de alguien que continuaba vinculado tanto a la guerra como a su política, su protocolo, su ideología. Y no era una pieza cualquiera, un elemento más, sino uno de los más comprometidos dentro de un pensamiento, una postura ideológica, un aparato que se defendía mortalmente de sus enemigos y de todo aquel que estuviera en contra.

No, no podía odiarlo. Porque lo amaba. Era tan simple como eso. No podía retarle a que acabara la guerra, porque por improbable que parezca, la guerra nos hacía amarnos más. Nos volvía más fuertes. Nos convertía en equipo, en frente de batalla. Era en sí misma nuestra trinchera.

Fue así como me refugié en mi jardín, porque estaba convencida de que, de todas las improbabilidades de mi vida, contemplarlo, regarlo, cuidarlo, vivirlo era lo único que de verdad disfrutaría. Y que su recuerdo, la memoria de su apacible atmósfera, la belleza de todas las distintas especies, formas, flores, hierbas, olores y estadios que convivían en su interior, sería a su vez mi propia memoria, mi legado, mi huella en este mundo. Un jardín al norte, regado por mí y por la lluvia, por mis lágrimas de amor y risa y tristeza, durante los años más intensos de mi vida, de mi parte en la historia del siglo en el que había nacido.

Así me gustaba verlo. Una obra, un tipo de escultura viviente. De pintura interminable. De libro en el que se añaden capítulos y son rosales, orquídeas, huertos, naranjos y limoneros, albahacas que desprenden su aroma junto al romero y la lavanda una tarde de asfixiante calor, quebrantado por un golpe de brisa marina. Y esa sinfonía de olores se adentra en mi casa, acaricia los azulejos con sus infinitas variedades geométricas y coloristas, y asciende toda la altura de la escalera, adentrándose en las habitaciones, confundiéndose con los colores de las paredes,

el fucsia francés, el rosado de Velázquez, el naranja azteca, el azul añil, que es el azul de los recuerdos. Y, llevando consigo las fragancias de las habitaciones y sus colores, esa brisa arrastraría mis malos pensamientos, pero también el dibujo de los besos que mis labios atesoraban, las sombras de las miradas de Juan Luis y mías mientras nuestros cuerpos eran uno. Todo eso lo envolvería la brisa para desparramarlo sobre Tánger. Nuestra brisa se uniría a otras brisas, otras casas, otros amores, pero una misma verdad: ser habitantes de esa ciudad de emociones, de pasiones. De amor.

Eso era mi jardín al norte: Tánger, la guerra civil, Juan Luis y yo. La guerra de nuestro amor. Una guerra dentro de otra guerra. Yo no entendería jamás la destrucción y la violencia, pero no permitiría igualmente que esa destrucción alcanzara mi jardín. Nuestro jardín. Nuestro amor.

El 1 de abril de 1939, la Guerra Civil española terminó. Y uno de los primeros decretos del nuevo Gobierno nacional fue el que nombraba a Juan Luis Beigbeder como el ministro de Asuntos Exteriores de España. Apenas lo escuché en una emisión radiofónica, una tormenta se desató sobre Tánger. Ruidosa, relampagueante, amenazante y, al mismo tiempo, liberadora. Una guerra había terminado. Y un nuevo capítulo, infectado de probabilidades, se abría en mi vida. Pero mi jardín…, mi jardín al norte parecía reclamarme. Y a él me entregué, apenas cubierta por mi camisón, descalza, sentí cómo mi pelo parecía desprender su color y bañar de rojo las hojas de las lechugas en el huerto. Mis manos apretaban las rosas y las espinas, mi nariz ordenaba a mis dedos que recorrieran toda la lavanda, todo el romero y todos los jazmines. Los relámpagos parecían respetarme y centellaban alrededor del muro, desplegando su fulgor sobre la ciudad. El cine Rialto anunciaba *Lo que el viento se llevó*. La fachada del Banco Británico con sus dos grandes figuras

griegas bamboleadas por el viento. Y la del Banco de España, un águila con sus alas desplegadas, deseando que un milagro la hiciera volar y escapar a la tormenta.

Zahid vino hacia mí implorándome que entrara a la casa, pero no quería separarme de mi jardín mientras arreciaba la tormenta. Si por alguna razón, por alguna improbabilidad, moría allí, lo haría feliz, en mi obra, en mi legado, en mi huella. Y si no moría, igual entendía todo lo que sucedía: así como terminaba la guerra en España, también terminaba Tánger, y la naturaleza me exigía que le ofreciera ese último homenaje a la única probabilidad que tuve de ser completamente feliz. Mi glorioso, enamorado, jardín al norte.

TERCERA PARTE

EL ASFALTO

CAPÍTULO 35

MADRID, 1939

Juan Luis viajó a Burgos a finales de ese mes de julio. El nombramiento como ministro de Exteriores del nuevo Gobierno de España sería en agosto. La Segunda Guerra Mundial estalló semanas después, el 1 de septiembre. Y Tánger dejó de ser un oasis internacional donde países y culturas convivían en una aparente sofisticación. Los franceses estaban dominados por los intereses alemanes, los ingleses nos convertimos de inmediato en enemigos propensos a cualquier peligro. La vida dejó de tener valor en lo que había sido la comunidad más desenvuelta y glamurosa del mundo en paz.

El edificio del protectorado nunca más recuperó el esplendor que vivió durante su égida. Ni Juan Luis tuvo la oportunidad de despedirse de sus maravillosos jardines como yo lo hice del mío, esperando viajar a Madrid a principios de octubre. Tuve tiempo a reflexionar que había nacido en plena guerra y ahora, cuando tenía veinticuatro años, era testigo de una nueva. Y que dejaba una ciudad que solo significó paz, belleza, amor, para adentrarme en otra que intentaba echar a andar después de un terrible conflicto.

No solo transporté maletas de Tánger. Atesoré conmigo recuerdos infinitos de cada rincón de esa maravillosa casa. Aunque conocía el clima de Madrid, tan seco, duro tanto en invierno como en verano, desapacible en la primavera y profundamente nostálgico en el otoño, confiaba en que la memoria me facilitaría trasplantar ese mágico exotismo de mi casa de Tánger a la que Juan Luis había seleccionado para mí en la muy sobria, respetable y señorial calle de Casado del Alisal, número 3.

No era un número que me provocara gracia. Significaba demasiado, porque la mudanza a Madrid nos desnudó, nos arrebató, nos sustrajo con un golpe seco, firme como el clima de la ciudad, de nuestra única protección, que era vivir alejados de la familia, del matrimonio de Juan Luis. Fue un respingo, en realidad un sobresalto, posar mis ojos en ese número sobre el portal. Ahora todo era tres. Juan Luis, su esposa y yo. Juan Luis, Serrano Suñer y yo. Juan Luis, la guerra y yo. Bueno, la guerra, lógicamente, agregaría más gente a nuestro trío, porque estaba convencida de que en cualquier momento Mr. Higgs reaparecería y, pese a su fracaso total sobre Guernica, me exigiría algo que hacer por Inglaterra mientras viviera en Madrid.

El taxista, con su uniforme raído, mil veces remendado, me sacó de mis horribles pensamientos.

Me había ido a buscar a la estación de tren, un larguísimo y tristísimo viaje desde Málaga hasta Madrid, en un coche de primera clase que hacía más incómoda mi soledad, a pesar de su perfecta elegancia y todavía lujoso servicio. Creo que di la propina más generosa de la década. No sabía lo que hacía ni lo que pensaba. Fue detenerme debajo de ese número 3 y darme cuenta de que había sobrevivido a muchos peligros en mi vida, pero aún no conocía un terror tan fuerte, despiadado y corrosivo como el de ser «la amante».

—Señora, alegre esa cara, ¡que en Madrid tenemos sol!

Estaría sola, aparte de Zahid, ni siquiera mi hijo me acompañaría. Pese a que, en efecto, tendría sol en Madrid, someter a Johnny a adaptarse a un nuevo colegio en un país que acababa de terminar una guerra me pareció un despropósito, casi una maldad, y mi Johnny no me había hecho nada para que lo sometiera a semejante castigo. Su abuela, la nueva señora Higgs, consiguió plaza en un internado inglés que no obligó al chico a volver a hacer el mismo curso y Johnny pareció estar muy satisfecho con las instalaciones y sus nuevos amigos allí. Sus cartas eran muy efusivas y me tranquilizaban porque quizá hubiera sido una carga muy pesada para él ver a su madre envuelta en una relación a tres. Y allí estaba, otra vez el número fatídico.

Falsamente me cubrí de obligaciones y expectativas. Era una casa muy amplia, un inmenso salón de recepción con vistas al Museo del Prado. El comedor, igualmente importante, tenía una simpática terraza en la que, si te inclinabas hacia la izquierda, alcanzabas a ver también el Jardín Botánico y mis habitaciones, una especie de antesala y el dormitorio en sí, hacia la calle de atrás, cubierta de árboles. Era un sueño para decorarla, aunque su castellana sobriedad no casara muy bien con mis recuerdos tangerinos.

No quise hacer de esa casa otro jardín al norte. Lo que quería era aferrarme a algo que me mantuviera lo suficientemente ocupada para no tener que pensar en ese número 3 del portal. Y prácticamente salí a la calle desde ese primer día a buscarme la vida en las almonedas y tiendas de anticuarios de una ciudad donde una guerra acababa de terminar.

Madrid era como un gran teatro donde una bomba había caído por el techo, dejándolo parcialmente roto, con las butacas de patio cubiertas de polvo y arena, aunque por alguna razón milagrosa con la gran araña todavía colgando

de algún pequeño trozo de cemento. Pese a las bombas, mucho de esplendor y dignidad sobrevivía. Y curiosamente, en más de una esquina de ese barrio noble donde iba a residir podría creerse que ninguna guerra había sucedido. Tanto fuera, en sus aceras y calles, como, estaba segura, dentro de muchas de las casas que obviamente habían estado con el bando triunfador desde el principio.

Ciertamente, esa apariencia de capital, de ciudad importante, la guerra jamás consiguió quitársela a Madrid. En el tren desde Málaga, por ejemplo, vi infinita desolación. Familias enteras cubiertas de ceniza detenidas en las vías del tren junto a sus poquísimos enseres, una olla, una cabra, una mirada sin esperanza. Ciudades reducidas a edificios sin paredes, iglesias sin campanarios, nidos de cigüeñas en lo alto de un poste desamparado en carreteras rotas. Muros golpeados por el impacto de las balas, pequeñas cruces con nombres de hombre durante kilómetros y kilómetros, mujeres vestidas de negro llevando niños pequeños entre sus brazos. Así sería Guernica aquel fatídico día, así serían todas las casas de España cuando la historia les hiciera recordar lo que acababa de pasar.

Pero en Madrid, en ese Madrid donde Juan Luis me había instalado, no se sentía ese duro mordisco de realidad. Las señoras iban bien vestidas, aunque observándolas de cerca se descubrían remiendos en sus trajes de chaqueta, iguales a los del uniforme del taxista, o el hilván del interior que se deshacía sin que existieran aguja e hilo para remedarlo. En las tiendas de comestibles se notaba un esmero casi teatral en convertir lo poco que había en magnífica decoración. Tomates extrañamente demasiado rojos (porque estaban untados de grasa o sustancias pegajosas). Chirimoyas de eterno verde, que podían ser de madera. Comida de mentira, expuesta para dar la sensación de que la guerra no había podido doblegar el espíritu de ¿quiénes? De los triunfadores,

que eran los que vivían en ese barrio. Me daba asco, sinceramente, ese tipo de engaños. Fruta y comida ficticia. Pero cuando solicitabas ese producto en el interior, te sorprendían diciéndote que no había. Bicarbonato, por ejemplo (que secretamente siempre he utilizado para mi higiene general, es fantástico para el pelo, por si a alguien le sirve de algo), no había. Ni aceite. Ni mantequilla ni otra fruta que no fueran manzanas. Los tomates eran para la decoración del exterior. Las lechugas me miraban como si estuviera loca. El pan, del día anterior (extraordinario para el budín). ¿Carne? ¿Pescado? ¿Pollo? Cordero sí, pero a la francesa: duro y añejo.

A medida que el otoño despojó de hojas los árboles, el frío desnudaba también las enormes carencias de la ciudad. No existe peor retrato de la pobreza que el pasar frío. Pero, al mismo tiempo, ese frío me dio una ocupación importante, mucho más importante que decorar mi nueva casa con antigüedades compradas, con mucha generosidad, a familias desesperadas. Y esa actividad era formar parte del comité de ayuda para los desposeídos auspiciado por las esposas de importantes militares y miembros del nuevo Gobierno. ¿Quién presidía esa caritativa organización? ¡Oh, cruel destino! La muy muy respetable señora de Beigbeder: María Fedriani y Martín Esperanza.

¿Cómo era posible que ella me aceptara dentro del comité? En un principio preferí asumir que lo hacía porque a ojos de todo el mundo yo no era más que una expatriada inglesa, madre de un niño, que había vivido en Tánger coincidiendo con el tiempo en que Juan Luis lo había hecho en Tetuán. Pese a que estaba más que segura de que muchas personas en Madrid murmuraban a mi paso y seguramente compartirían insidias sobre mi persona con la señora Beigbeder, realmente no existía nada que pudiera confirmar esas murmuraciones como ciertas. Nadie jamás

nos vio besarnos. Nunca nos escribimos algo que no estuviera suficientemente cubierto ni estrechamente oculto y preservado. Zahid jamás hablaría ni los sirvientes de la casa del protectorado vieron nunca, nunca, nada sospechoso. Nuestro amor había quedado enterrado en nuestros respectivos jardines al norte de nuestra memoria. Nuestra pasión fue siempre tierra cubierta por la hierba. Y ahora vivíamos en el asfalto.

Por esa terrible lógica del destino cuando disfruta enredando, mis labores y acciones en la causa benéfica fueron muy exitosas. Elaboré una lista de organizaciones, fábricas y empresas de distintas partes del mundo que recogerían en varios puntos de Europa, y hasta de América, enseres, alimentos, utensilios médicos, muebles viejos para aportar a un determinado número de necesitados en Madrid y provincias vecinas. ¿Por qué solo en Madrid? Porque pensaba que empezando por la capital, si funcionaba y conseguíamos sobre todo credibilidad en nuestra organización, luego podríamos expandirnos al resto del país. Las empresas son muy exigentes con la caridad, sospechan continuamente que los que estamos detrás empleamos algo tan serio y difícil para lucrarnos. La naturaleza humana no es solidaria y hay que saber serenar, calmar las aguas de las sospechas y de los malentendidos en cosas tan transcendentales como la ayuda. Y más aún la ayuda internacional. Porque ahí se podían crear las primeras discrepancias con mi persona. Era una inglesa, una inglesa pelirroja, muy joven, de apenas veinticuatro años, con una figura muy atlética en comparación con muchas de las matronas que colaboraban en la sociedad caritativa. En especial con la señora Beigbeder, probablemente diez años mayor que yo.

Era una delicada tortilla la que tenía que voltear en el aire mientras la freía en una sartén prestada. Pero mi

capacidad de centrarme en un objetivo es realmente una de mis mejores características. Para las Navidades de ese terrible 1939, conseguimos abrir una casa de caridad en uno de los almacenes destruidos por la guerra en el barrio de Las Letras, también llamado barrio de Las Musas, muy cerca de mi casa. Y, siguiendo ese empeño retorcido del destino, la señora Beigbeder había decidido que las dos trabajáramos juntas en su domicilio.

—Tenemos un problema, Rosalinda —me dijo una de las primeras mañanas de enero de 1940—. La guerra en Europa pronto nos dejará sin ayudas. Ayer se cumplieron los primeros cuatro meses del estallido y ya he recibido dos cartas de Inglaterra diciendo que cualquier ayuda que pudieran disponer para otras naciones era imperativo que la administraran para sí mismos.

La señora Beigbeder no era una mujer atractiva. Ni alta ni baja, ni flaca ni gorda, ni peinada ni despeinada, ni bien vestida ni mal vestida. Puede entenderse que la viera como una nada, pero tenía una voz muy dulce y un castellano preciso. Siempre miraba a los ojos y a veces cuando me veía sudar desatando o enumerando paquetes, muebles, fardos de todo tipo, acercaba lo que tuviera a mano para secarme y darme una palmada en el hombro para que continuara mi trabajo. ¿Cómo me sentía? No creo que existan palabras ni en inglés ni en español para lo que sentía. ¿Vergüenza? ¿Que era una piltrafa? No. Sentía que era un entretenimiento del destino. Una burla del diablo. O incluso del mismísimo Señor. Una prueba más para Juan Luis y para mí. Para el verdadero amor. Mientras más tiempo pasaba junto a ella, más me daba cuenta de que no solamente Juan Luis había perdido el amor por ella, sino que ella misma no sentía nada por él. Seguían juntos porque no había divorcio, igual que Pets y yo. Contradicciones, grandes contradicciones de la vida: un país que defendía la idea de

la democracia y del mundo libre, como Inglaterra, compartía su visión sobre el divorcio con España, una nación que intentaba recomponerse después de una guerra atroz. En ninguno de los dos países estaba permitido. La señora Beigbeder y Rosalind Fox compartían mucho más que un mismo hombre. Compartían dos lados del amor: el verdadero y el de conveniencia.

Era una visión arriesgada de la situación en la que nos manteníamos ella y yo. Pero, por qué no reconocerlo, funcionaba. Las dos teníamos una labor que nos obligaba a estar juntas, pero que también suavizaba nuestra extraña, difícil, condición. Mientras Juan Luis formaba parte de un Gobierno que buscaba enderezar un país sin piernas, nosotras buscábamos alimentación, refugio y protección a sus miles y miles de desamparados.

—Juan Luis ha enviado a su secretario con el mensaje de que se quedará otra noche más en el ministerio —me dijo la señora Beigbeder una noche de febrero—. Es una pena que no pueda acompañarme al concierto benéfico en la parroquia de San Manuel y San Benito. Me dan pereza actos de este tipo, pero la música es una de mis poquísimas pasiones. Y la iglesia es tan bonita y además en Lagasca, que es mi calle favorita. Y lo patrocina una familia muy importante. Había pensado que quizá pudiéramos acudir juntas.

—Pero no me he lavado ni arreglado el pelo y no tengo nada planchado en casa —dije casi mecánicamente. ¿Ir las dos a un acto benéfico que no fuera el nuestro, que además era en una iglesia de la calle Lagasca? ¿Había oído bien?

—Desde luego, Rosalinda. Aunque tu pelo siempre está lindo y con tu figura no debe de ser difícil encontrar algo bonito.

—Yo, sinceramente, todavía no conozco bien a muchas de esas personas, tampoco las costumbres.

—Pensaba que además sería beneficioso para nuestra causa, porque los Hierro, esa familia importante de la que te hablaba, han sido de las pocas personas que se han enriquecido con la guerra, tenían importantes fábricas y hornos que abastecieron de armas estos largos años y, quizá por remordimientos, dan alguna que otra limosna a pequeñas causas como la nuestra.

No podía continuar resistiéndome. Regresé a casa y entré por la puerta de servicio, tan temerosa estaba de que el número 3 del portal principal me cayera encima y guillotinara allí mismo. No había mentido, al menos, cuando reconocí que no tenía qué ponerme. Todo estaba arrugado o viejo. La moda no era algo importante ni en Madrid, ni en ninguna capital europea ese año, porque la guerra mundial ya había empezado a hacer estragos en París y en las fábricas textiles. ¡Tenía, Dios mío, mis trajes de montar!

Pero no los *jodhpurs* de mi infancia, sino dos trajes negros de buena lana y excelente corte que había ordenado hacer en una de las sastrerías de Saville Row, a petición de Pets, que sabía más de estas cosas que de los medicamentos necesarios para curarse de esa espantosa sífilis que jamás lo mataba. Una vez puestos, revisándome en el espejo de mi habitación, tuve la sensación de que mi aspecto era completamente apropiado. Era una inglesa pelirroja, vestida con un atuendo que podía explicar: era lo único decente que tenía en ese momento y además era un uniforme de una de mis pasiones, el caballo. Decidí coger una flor de tela blanca y colocarla en el ojal de la chaqueta y calarme un hermoso y hasta discreto sombrero de los que se suelen lucir en las carreras. Me reí, no casaba para nada bien, y entonces recordé que tenía uno de copa de mi padre. Fui hasta donde estaba Zahid, pero cambié de idea pensando que él estaría demasiado de acuerdo y seguramente asumiría sus halagos como peligrosos, y terminaría por cambiarme, confundirme y

finalmente quedarme en casa en vez de ayudar a mi jefa y rival.

Su impresión, la de la señora Beigbeder cuando me vio aparecer en nuestra sede de caridad, fue profunda, asombrada, pero rápidamente disimulada.

—Eres como una Marlene Dietrich en pelirrojo.

—Creía que no eran muy bien recibidas sus películas por su oposición a la guerra y a su propio país —le dije.

—Sin embargo, fíjate por dónde, la señora Hierro es una ferviente fan de esa actriz. Has interpretado perfectamente quién es nuestra anfitriona —dijo ella cerrando la puerta de ese despacho.

Llegamos un poco tarde al concierto de la iglesia. Y realmente fue tedioso. Una música francamente aburrida, al parecer de un compositor español que desconocía. Me entretuve observando la belleza bizantina o de estilo bizantino de la iglesia. Y me daba cuenta de que, pese a la luz que se colaba por las vidrieras, la señora Beigbeder y yo estábamos sentadas en una zona muy poco iluminada de la iglesia. Parecíamos escondidas.

Terminado el concierto, la señora Beigbeder se empeñó en hablar y hablar sobre ese compositor español y lo mucho que le había emocionado la velada. Parecía más animada que nunca, y como no compartía su opinión preferí pensar en mis cosas mientras ella seguía hablando. Pensaba, desde luego, en lo distintas que éramos. Ella con su sobrio abrigo negro totalmente cerrado y yo con mi traje de Marlene Dietrich sosteniendo un sombrero de copa entre las manos. Seguía y seguía hablando mientras la iglesia se vaciaba. De repente, cuando ya casi no había nadie, calló, me cogió del brazo y salimos a la calle para caminar muy juntas y muy pegadas a las paredes el trayecto hacia la casa de los Hierro. Vivían muy cerca, en uno de los impresionantes edificios de la calle Alfonso XII, enfrente del Retiro.

La señora Beigbeder caminaba mirando siempre hacia el frente, como si esperara que un elefante o un dinosaurio fuera a salir a su encuentro en las civilizadas calles de ese Madrid. Pero mantenía la conversación, aunque no me mirara.

—Vives en el número 3 de Casado del Alisal, ¿no es así?

Asentí por toda respuesta, sabiendo que su mirada no estaba puesta en mí.

—Juan Luis me ha dicho que es un sitio muy espacioso —deslizó.

—No recuerdo que haya estado —dije yo—. Sin duda, debería organizar un pollo asado para uno de estos domingos. Si conseguimos uno que no hayamos entregado a nuestros protegidos —agregué.

—Nunca supe que a Juan Luis le gustara el pollo asado —deslizó, de nuevo, la señora Beigbeder.

Sentí frío, una ráfaga, y no era del clima en la calle, porque no había viento. Pero no iba a retroceder. Mi mente volvía a activarse. Por un lado, pensaba que, si nuestra relación se torcía en esa misma calle, avanzando hacia la casa de los Hierro, tenía una excusa perfecta para negar la realidad: Juan Luis y yo apenas nos habíamos visto desde noviembre pasado. Sus obligaciones como ministro de Asuntos Exteriores, o bien lo retenían en el ministerio, como él mismo excusaba, o le hacían viajar por el continente en guerra, siguiendo los dictados de su política para preservar a España fuera del conflicto. Y el pollo asado los domingos, en fin, es una tradición inglesa que nada, ni siquiera las guerras, ha conseguido erradicar.

La señora Beigbeder caminaba en silencio, siempre mirando hacia el frente. El frío decidió regresar, para las dos, para todos. Y mi otro lado del cerebro seguía pensando cosas. Las calles por las que caminábamos apenas mostraban algún efecto de la devastadora guerra. Igual en

la opulenta, tranquila y señorial calle de Alfonso XII. Eso me hirió, la guerra protege a los ricos. Castiga a los pobres, a los que no tienen nada.

Y fue eso, la confirmación de que estaba del lado de los vencedores y que a ellos poco les importaba lo que habían sufrido los vencidos, lo que me recibió apenas se abrieron las pesadas puertas cubiertas de hoja de oro de la mansión de los Hierro delante del Retiro.

CAPÍTULO 36

EL OTRO LADO DE LA GUERRA

Escuchábamos el sonido de la orquesta. No era la misma orquesta de la iglesia. No, era una de ritmos populares, es decir, la fiesta en casa de los Hierro era una auténtica celebración. Un fiestón, como decían ellos mismos. La orquesta parecía encantada de poder interpretar ritmos de antes de la guerra. Al principio no me percataba de ello, pero cuando tuve tiempo de estar cerca de los músicos, entendí que las partituras que empleaban eran prácticamente reliquias de los tiempos de paz que habían conservado a lo largo de los terribles días de la confrontación.

Pero tan solo por ese detalle, cualquiera que entrara como yo y la señora Beigbeder a esa casa en el piso último de un imponente edificio, no podría testificar que estaba en una fiesta de gala en el Madrid de después de la guerra civil. Era como si el tiempo se hubiera detenido en ese piso en algún momento entre 1934 o 1935, y nada de lo que sobrevino después lo hubiera alcanzado.

Había al menos seis camareros, que cargaban bandejas con *champagne* francés, vinos, cerveza y el ocasional destilado para los señores que se retiraban ya hacia la biblioteca o el billar a jugar o disfrutar de sus cigarros. Una

señora con cofia y delantal recogía los abrigos y los colocaba en perfecto orden dentro de un guardarropa inmenso y muy bien decorado con parte de la colección de platos antiguos de los dueños de la casa. Todos los espacios eran suntuosos, los muebles elegantes, antigüedades en perfecto estado, de origen francés, profusamente dorados, y muebles más modernos, funcionales, elegantes, como las personas que los poblaban, perfectamente peinadas, enjoyadas, maquilladas y preservadas. Seguramente, por observar a tanta gente necesitada durante aquellos meses, me asombraba aún más la elegancia de estos invitados. Parecía irreal, pero no, era auténtica. Estaban ahí, muchos de ellos mirándome de arriba abajo, a mi atuendo de Marlene Dietrich, al lado de la esposa de quien todos parecían saber que era mi amante.

—Señora Beigbeder, Juan Luis nos ha informado de que vendría sin él y afortunadamente la vemos acompañada…

—Rosalinda Fox, mi mejor colaboradora. O quizá debería decir que soy yo su colaboradora. Sin ella no tendríamos nada que ofrecer a los desamparados —dijo la señora Beigbeder a la mujer que no dejaba de manifestar reprobación, incluso inquietud ante mi vestuario. Empecé a entender por qué habíamos estado sentadas casi escondidas en la iglesia. La señora Beigbeder me ocultó que mi vestuario era una equivocación. Algo incluso peor. Una provocación.

—Encantada de tenerla aquí —dijo la dama, sin ofrecer su nombre, dirigiéndome la mirada y su mano. Es cierto que no hacía falta que se identificara, era la señora de la casa, indiscutiblemente. Pero en Inglaterra, las personas estamos acostumbradas a presentarnos, seamos las señoras o simples ayudantes del servicio.

—*Champagne*, por supuesto, los ingleses aman el *champagne* —continuó la señora anfitriona sin nombre.

—Si lo rechazara me tomaría por algo que no soy. —Me adelanté, sirviéndome yo misma de la bandeja que tenía más cerca y agradeciendo en inglés al camarero.

El silencio era estruendoso. Todo el mundo parecía estar muy atento a lo que hacía. Lógicamente el atuendo ayudaba o, al contrario, empeoraba las cosas. Pero las miradas eran taladradoras.

—Mi querida señora Beigbeder —dijo subrayando el señora—, imagino que conoce a todos. El general Armas y su esposa, el coronel Pérez Nogueira y su esposa, los señores Rey-Siñeriz y sus encantadoras hijas. Lamentablemente, los Franco se han excusado, no es momento de fiestas para ellos.

Fuimos dejándolos atrás en lo que me pareció una eternidad, porque las miradas se quedaban clavadas en mí. Paseé la mía por el resto de la fiesta. El comedor al fondo parecía contener comida suficiente para abastecer tres o cinco casas de caridad como la que llevábamos la señora Beigbeder y yo. No podía evitar pensar que las guerras se luchan para que personas como estas puedan seguir disfrutando este tipo de fiestas. ¿De qué otra manera podría explicarme que estuviera asistiendo a lo que estaba asistiendo?

—Rosalinda, no me dejes sola —dijo la señora Beigbeder de nuevo junto a mí.

La señora anfitriona sin nombre se alejó de nosotras para incorporarse a un grupito donde sus miradas y cuchicheos demostraban que la señora Beigbeder y yo éramos el principal tema de conversación. Hablaban de mi atuendo, pero claramente eso era lo que menos les llamaba la atención.

Me sentí atrapada. Expuesta y atrapada. A la vista de todas esas personas, militares cuajados de insignias, sus esposas atemorizadas y reducidas, embutidas en vestidos

que denotaban que, aunque hubieran ganado la guerra civil, la guerra contra el tiempo no les había sido igual de afortunada. Era evidente que esa contienda las había envejecido prematuramente durante el conflicto que había destruido su propio país. Sus maridos también lucían mayores, caballeros con aspecto de decentes pese a que en sus miradas había todo tipo de resentimientos, infamias, mentiras.

—En realidad, creo que es mejor que me marche, señora Beigbeder —dije con decisión—. Creo que mi traje no ha sido una buena idea. Nos miran demasiado. Hablan de nosotras —le hice saber.

—No, no, te lo suplico, no me dejes sola. Sé lo que sientes —dijo ella—. Es chocante nuestra actitud, pero entiéndelo. Hemos pasado mucho tiempo en guerra, aislados, y no estamos al corriente de las modas.

Quise decirle que no era solo el traje. Éramos nosotras dos juntas lo que agitaba el revuelo. Pero me callé porque comprendí que ella sabía desde el principio que existiría tal revuelo. Lo había premeditado.

—Rosalinda, nuestra casa de caridad necesita que estemos aquí. Y yo necesito disfrutar de la música, hace tanto tiempo que no disfrutamos de un baile —propuso la señora Beigbeder.

Me daba asco. Me sentía profundamente incómoda. Más aún cuando volví a mirar hacia el comedor y descubrí cómo una de las invitadas envolvía un pollo entero en un par de servilletas y lo introducía en su bolso. ¿Cómo podía hacer algo así? Porque había tanta comida, porque todo era como una farsa dantesca. Una mentira reflejada en miles de espejos frente a frente. ¿Y de dónde venía toda esa comida? ¿Toda esa bebida? ¿Esos cigarros? A los camareros, al menos, los podía entender, era un empleo efímero que les garantizaría unos cuantos duros a esas personas que

parecían más cultas y refinadas que aquellos a quienes servían.

El destino disfruta medrando en las fiestas. Nunca sabes qué va a suceder ni como anfitriona ni como invitada. Cuando ya creía que no quedaba nadie sin reparar en mi vestuario y mi aspecto de amante escandalosa, una voz amiga surgió detrás de mí. Esa manera de frasear, de disfrutar con el idioma, todo bajo ese cortado, aspirado acento de los londinenses.

—¡Valentine! —exclamé. Era él, el célebre escritor que había conocido en Portugal y también el no tan camuflado espía al servicio de la Corona—. ¿Qué más puede estar pasando en Madrid para que esté aquí también?

—De momento observo esta comedia de equivocaciones interpretada por una Marlene Dietrich pelirroja y una señora vestida de luto —soltó él mientras me guiñaba un ojo y se desplazaba hacia otra parte de la fiesta.

La música repentinamente se hizo más clásica. Una serie de nocturnos de Chopin y unas sinfonías de Mozart, bastante bien ejecutadas por esa orquesta que parecía servir para todo, calmaron mis nervios y rabia, mientras me sentaba en el salón donde ahora parecíamos asistir a un concierto de cámara. La música, sí, me relajó. Pero no consiguió que dejara de pensar que era un error, una equivocación, un mal trago, estar allí. La señora Beigbeder parecía encontrar una paz superior en la música que escuchábamos. Su rostro se relajaba al punto de que la edad parecía crecer, apoderarse de ella. No sé exactamente por qué, pero observándola así sentí que lo sabía todo. Todo acerca de Juan Luis y de mí, que durante ese tiempo juntas al frente de la casa de caridad me había engañado, haciéndose mi amiga para en el momento menos pensado tenerme completamente a su merced y exponerme, humillarme, vengarse, castigarme, derrotarme no solo delante de todos los que la

acompañaban en esa fiesta, sino delante del propio Juan Luis.

Y apenas hube pensado su nombre, Juan Luis estaba debajo del marco de las puertas del salón donde escuchábamos a la orquesta.

Era una encerrona. Y había acudido a ella vestida de Marlene Dietrich, la eterna *femme fatale* del cine de esa época. Todo mi pelo rojo pareció encenderse aún más. Creía que todas las luces de esos salones se apagaban y solamente éramos visibles Juan Luis y yo mientras la señora Beigbeder cerraba los ojos y se entregaba a la música que tanto la tranquilizaba y envejecía. Era el plan perfecto. ¿Cómo iba a haber rechazado esa invitación? Haciendo más evidente lo que ahora era una pieza más de comida para esas fieras hambrientas, pero triunfadoras. Los amos de la guerra, los que iban a enderezar el país sin piernas tenían delante de sus ojos envilecidos a los dos grandes pecadores, los amantes de África. El flamante ministro de Exteriores junto a su esposa y su amante inglesa y pelirroja.

Juan Luis no se movió de debajo del marco de la puerta e hice lo mismo, en ningún momento dejé de observar a los músicos, que parecían contagiarse del nerviosismo, la soterrada electricidad del momento. La señora Beigbeder insistía en relajarse tanto que parecía dejarse llevar más por el sueño que por el ritmo de la orquesta. Nunca los nocturnos de Chopin fueron más largos e inapropiados. La música que bien podría hablar del amor que sentíamos Juan Luis y yo era ahora como el acompañamiento musical de nuestro funeral. Pero por más larga que se hiciera, no deseaba que terminara, porque no sabía qué hacer, cómo reaccionar.

—Querida —era la voz de Juan Luis, suave, acariciadora, llevaba tantos meses sin escucharla así de cerca, sin estar rodeada de extraños ruidos en nuestras escasas y

complicadas conversaciones telefónicas—. Te has salido con la tuya y has escuchado tus queridos nocturnos —agregó, extendiéndole la más cariñosa de las sonrisas a su esposa.

La señora fingió seguir aún atrapada en las espirales de la música, pero sus dedos, regordetes, se movían nerviosos. Manifestaban su deseo de que todo explotara cuanto antes. Que alguien dijera: «Escándalo, la amante y la esposa en la misma habitación». Pero Juan Luis no lo iba a permitir. Tomó una de esas manos de dedos nerviosos y la apretó suavemente hasta que ella abrió los ojos y observó su espléndida sonrisa. Inmediatamente después, se dirigió hacia mí.

—Señora Fox, disculpe que no la saludara antes, no he visto a mi esposa desde ayer, salgo muy temprano al ministerio y ella duerme hasta tarde. Me gustaría agradecerle las molestias que se toma para que la casa de caridad esté funcionando con tanto tino y responsabilidad —me dijo ofreciéndome la misma mirada de cariño y solidaridad. Tan parecida a la que le había ofrecido a la señora Beigbeder que sentí celos.

—Es un placer trabajar junto a su esposa —dije—. Aunque estamos seguras de que nos ayudará a convencer a nuestros espléndidos anfitriones de que también nos echen una mano, varias manos, después de esta noche para nuestra causa.

La señora Beigbeder se levantó de una manera un tanto brusca.

—Vámonos a casa —dijo, y de nuevo ese atronador silencio se hizo dueño de la sala.

La anfitriona que nunca dijo su nombre me miraba mientras una pequeña sonrisa crecía en sus labios.

—No podemos, cariño. El señor Serrano Suñer se nos unirá en breve y —continuó hablando mientras arrojaba una mirada autoritaria sobre todos los que nos observaban—,

lamentablemente, debemos ocuparnos de algunas cosas importantes para enderezar nuestra atribulada patria.

Se mantuvo cautelosamente cerca de mí. Y desde allí dirigió un saludo a la anfitriona sin nombre que apretó tanto el tallo de su copa de *champagne* que casi lo parte. La puerta principal volvió a abrirse y vi por segunda vez en mi vida a Serrano Suñer. Lo miré admirada porque parecía más alto, como si el poder le hubiera agregado unos centímetros. Y también mucho más cordial. Apenas me vio, fue el único que no reparó dos veces en mi disfraz de Marlene Dietrich. Estrechó mis manos, me besó en ambas mejillas.

—Señora Fox, estoy muy contento de verla tan integrada en nuestra ciudad.

Iba a decirle algo y siguió hablando.

—Desde luego los señores Beigbeder estarán encantados de retribuirle el buen trato que tuvo usted con ambos en el protectorado. ¿No es cierto, María? —agregó, dirigiéndose por fin por su nombre a la señora Beigbeder—. Imagino que habrás agradecido a la señora Fox sus inmejorables atenciones y organización durante tu visita a Tetuán.

La señora Beigbeder no dijo nada. Lo siguiente sucedió muy deprisa. Juan Luis presentó a Serrano Suñer a los dueños de la casa y este inclinó brevemente su cabeza hacia la anfitriona sin nombre y, rápidamente, entró junto a Juan Luis en una habitación para hablar esos temas tan importantes. El resto de los invitados no sabía muy bien qué hacer. O colocarse detrás de la puerta a escuchar la conversación entre los dos ministros. O continuar observando el delicado sainete de la amante y la señora esposa.

Hasta que la señora Beigbeder empezó a reír de una manera exagerada, brusca. Casi podría decirse que como si estuviera loca. La anfitriona fue hacia ella, pero la señora Beigbeder la separó con esa misma brusquedad de su risa.

Consiguió levantarse de su cómoda butaca donde había disfrutado esa música que tanto quería oír, tambaleándose. Empezó a apartar cosas que no nos eran visibles, pero que parecían molestarla. La anfitriona sin nombre insistió en ayudarla.

—¡Déjame en paz, bruja! —le gritó. Y el silencio fue, de nuevo, atroz—. Sois todos brujos. Sois todos mierda. Querías verme así. Y yo quería vuestro dinero. Vuestro dinero de mierda. —La palabra sobresaltó al grupo. Y la señora Beigbeder no podía dejar de repetirla. Como seis, siete, nueve veces la dijo hasta que la anfitriona consiguió reducirla y apartarla a otra habitación.

El plan tan minuciosamente elaborado, la humillación pública tan exquisitamente preparada hacia mi persona, había fallado estrepitosamente. Me mantuve quieta, soportando estoica el que nadie me hablara y todos me miraran. La puerta de la habitación donde seguían reunidos Juan Luis y Serrano Suñer continuaba cerrada, completamente ajenos a la escena creada por la señora Beigbeder.

Ella regresó, débil, desorientada, como si le hubieran administrado un sedante. La anfitriona sin nombre la acompañó hacia el guardarropa. Entonces consideré que era mi momento de acercarme, sin decir otra cosa que no fuera pedir también mi abrigo. Ella apretó sus puños al tenerme cerca y entonces nos miramos. Sus ojos me detestaban y en cambio los míos no podían dejar de reconocer que algo mucho más grave que los celos o la humillación estaba corroyéndola. La locura. Estaba enferma, desquiciada.

Valentine, ¿quién si no?, vino a mi lado. Sin más explicaciones, pidió mi abrigo a la encargada del guardarropa y se mantuvo junto a mí mientras la señora Beigbeder conseguía enderezar sus pasos e ir hacia la puerta. Creí que la anfitriona sin nombre tomaría el relevo y

arrojaría *champagne* sobre mi atuendo de Marlene Dietrich, pero en cambio la anfitriona sin nombre fingió un súbito dolor de cabeza que seguro se hizo real cuando observó cómo los generales y sus esposas se llevaban en sus bolsos, bolsillos y manos, trozos de fruta, púdines, galletas, cigarros, rebanadas de ternera y pollo, nueces, botellas semivacías y hasta ceniceros de plata que ninguno de los camareros ni camareras con cofias quisieron evitar que robaran.

Una vez en la calle, Valentine insistió en acompañarme.

—Vivo muy cerca —le dije.

—Ha conseguido librarse de una buena en esa casa —insistió.

Empecé a andar, no quería hablar más. No tenía que dar ninguna explicación si tampoco lo había hecho en la fiesta emboscada.

—Madrid es una ciudad peligrosa. Y su noche todavía más, senhora Fox —me advirtió, despidiéndose sin darme ninguna razón del porqué de su presencia en Madrid.

Seguí bajando hacia mi casa, hacia el portal con el número fatídico, riendo. Riendo sin parar, sin poder controlarme. Con tanta fuerza, con tantas ganas, con tanto odio y repulsión hacia lo que acababa de vivir y ver que no me di cuenta de que me seguían.

Alcancé mi portal, pero no tuve tiempo de detener que una mano enguantada me tomara del cuello y me aplastara contra el muro en la parte menos transitada de mi calle, introduciéndome a la fuerza por la puerta de servicio y sujetándome brutalmente para que no lo atacara. Me ató e inmovilizó, y dejó caer sobre mi rostro su aliento a buen licor, quizá sin darse cuenta de que podía reconocerlo como uno de los invitados de la fiesta. Su respiración se hacía cada vez más fuerte, jadeaba. Y en la poquísima luz tampoco podía ver más, porque su mano enguantada me cubría el rostro para que no lo viera, aunque su asquerosa

proximidad me permitía sentir que estaba excitado y que se bajaba los pantalones dispuesto a violarme vestida de Marlene Dietrich.

No podía gritar, pero decidí morder su mano enguantada. Morderla con todas mis congestionadas, atemorizadas, culpables fuerzas, no solo de adúltera, sino de idiota por no haber podido adivinar la extensión de esta espantosa encerrona. Algo sonaba, como si tuviera tenedores o cuchillos escondidos entre su ropa. Ese ruido metálico, su respiración entrecortada y fuerte, el aliento del buen vino, los restos del pollo que seguramente también habría robado empezaban a restarme fuerzas. Quería vomitar y deseaba que así fuera para hacérselo en la cara, pero cualquier gesto de náusea previa le irritaría aún más y me agrediría con más violencia. El ruido metálico como de tenedores en su pecho seguía y me di cuenta de que podría tratarse de medallas. Era uno de esos generales de la fiesta que me había seguido hasta mi casa. Que iba a violarme para demostrarme lo que toda esa gente pensaba de mí. Que era una puta, una puta inglesa, que se acostaba con uno de ellos para sonsacar secretos del Gobierno.

Me golpeó en las rodillas para doblegarme y al casi caer dejé escapar un grito, y entonces me golpeó en la cara, acercándome su barriga y su asquerosa erección. «No conseguirás nada, monstruo», dije entre dientes, esperando otro golpe en mi rostro y en mi cuerpo.

Fue él quien lo recibió. Un certero golpe directo en el cuello por parte de Juan Luis, que además lo arrastró hasta una farola. Tenía el rostro inflamado, ebrio, sádico, horrible. No podía recordar en ese momento si lo había visto en la fiesta. Era un militar, un alto militar. Juan Luis le arrancó la casaca y desprendió varias de las medallas.

El asqueroso consiguió fuerzas para amenazarlo.

—Vas a arrepentirte de no dejarme acabar con tu zorra…

Juan Luis se transformó en un animal. Prácticamente redujo el rostro de esa bestia a un ridículo bulbo de una mala cebolla en la huerta.

—¡Para! ¡Para! Muerto será peor para todos —dije.

El tipo apenas podía respirar, Juan Luis recuperó el aire al tiempo que unos hombres que siempre lo vigilaban hicieron el trabajo sucio de levantar al maldito malherido y llevarlo hacia su casa o al vertedero.

CAPÍTULO 37

ESCRITO EN LA PARED

No me quedé encerrada después de ese incidente. Al día siguiente, como si nada hubiera pasado, acudí a la casa de caridad. Y allí estaba, también como si nada hubiera pasado, la señora Beigbeder. Nos saludamos, no hicimos referencia alguna a la fiesta de los Hierro y nos pusimos cada una a desempeñar nuestras ocupaciones. En un momento dado hice una llamada a la propia anfitriona sin nombre y con absoluta tranquilidad le agradecí su invitación y la agradable velada para, de inmediato, sugerirle una donación de varios miles de pesetas para adquirir medicinas para la casa de caridad. Esa misma tarde un mensajero de los Hierro trajo un talón por varios miles de pesetas. Una cantidad estratosférica.

La vida en Madrid era así, infame, sucia, peligrosa, debajo de una apariencia correctamente maquillada. Escrito en la pared no había nada, pero yo sí alcanzaba a verlo. La sociedad de triunfadores de la guerra, los vinculados al Gobierno, los que andaban por la calle inflados de medallas y sonriendo su triunfo a los desposeídos, tenían mucho contra nosotros, contra Juan Luis y contra mí. En cualquier momento una noche como la de la fiesta, con su espantoso

final con violación no consumada, podría repetirse, y esa vez sí conseguir su objetivo final. Acabar conmigo.

Esos poderosos, esos vencedores de la guerra civil sabían que podían atacarnos, que nos defenderíamos con uñas y dientes, pero volverían hasta que no tuviéramos fuerzas para defendernos.

No dejaba de asombrarme cómo Madrid parecía dividida en dos. Mi parte de la ciudad, donde las señoras caminaban más despacio y vestidas con esas ropas cuidadosamente preservadas, bolsos de cuero envejecido, guantes con las puntas roídas, era una parte que hacía todo lo posible por olvidar la guerra. Y apenas dos calles más allá, las calles sin asfalto, oscuras, los niños mal vestidos y alarmantemente delgados, mirándote con la tristeza del hambre, como si la guerra no hubiera terminado.

En algunas casas, los interiores daban la sensación de alojar prostíbulos improvisados, mujeres apenas vestidas miraban hacia la puerta esperando clientes. Otros interiores daban miedo, como si dentro de ellos estuviera desarrollándose un mercado negro de víveres, medicinas, documentos, visados para escapar de ese mundo sin luz, orgullo, futuro, de los perdedores.

Las cosas tampoco eran fáciles en las ocasiones en que Juan Luis y yo podíamos vernos. En cada evento oficial, una inauguración en el Prado, por ejemplo, aprovechábamos para asistir y establecer una especie de mudo, cuidadoso, vigilante contacto. O en una celebración en las embajadas latinoamericanas, en especial la Argentina, que no paraba de dar fiestas y servir fantásticas maravillas de esa tierra prodigiosa, empanadas, asados, con esa fantástica carne que llegaba hasta la embajada sorteando los controles de la aduana de España y de Europa en guerra. Llegábamos por separado, yo generalmente acompañada por Valentine (que parecía repetir en Madrid su red de informantes al servicio

de la Corona británica, sin incluirme, por ahora, entre ellos) y manteniéndome próxima a los invitados diplomáticos hasta que el flamante ministro de Exteriores los saludaba —como era su obligación—. Invariablemente, alguien nos presentaba y con amabilidad aclarábamos que nos conocíamos desde hacía años, en Berlín, invocábamos a Sanjurjo y añadíamos Tetuán rememorando siempre las bellezas de nuestros desaparecidos jardines al norte.

Sí, era triste. Y estúpido, necio, todo ese preámbulo, ese discutible teatro, pero garantizaba que los diplomáticos se evaporaran y pudiéramos quedarnos solos para que Juan Luis recordara algo de la casa o del palacio donde nos encontrábamos. «Fue la posesión más preciada de la familia Guzmán en el siglo pasado», decía, e íbamos juntos, debidamente distanciados, avanzando por los salones hasta que entrábamos en las cocinas, deslumbrábamos al servicio y salíamos por la puerta de atrás hacia uno de los coches no oficiales de Juan Luis y regresábamos a mi casa. A besarnos, a hacer el amor como si en realidad no fuera cierto que nos conociéramos y fuéramos absolutos extraños que desean devorarse por primera vez.

Juan Luis dormía en mi casa. Hasta minutos antes de que se levantara la mañana. Ya sabía que la señora Beigbeder dormía hasta tarde. Me despertaba y lo escuchaba irse y poco a poco la habitación se inundaba de esa luz gris, luego azul, y de inmediato rosada y amarilla de los amaneceres en Madrid. ¿Qué tipo de vida era esa? ¿Cuánto iba a durar? Si la guerra civil empezó creyendo durar cinco días y fueron tres años, si la Segunda Guerra Mundial se alargaba ya un año y medio sin proyección en el futuro de un final inmediato, ¿cómo íbamos a saber nosotros lo que duraría nuestro amor escondido, furtivo, prohibido?

No disminuía, al contrario, no hacía más que crecer. Me alegraba de verlo al final del pasillo en la embajada. Delante

de *Las meninas* de Velázquez en la recepción en el Prado. Deleitándose delante de *El jardín de las delicias*, la mayoría de las veces. Acariciándose los cabellos de las sienes durante un acorde en los conciertos; leyendo un documento antes de firmarlo delante de un mensajero a las puertas del ayuntamiento; en la entrega de alguna medalla a otro de esos generales atiborrados de grasa y hojalata. Invariablemente, él me sonreía y frotaba sus manos, como si al hacerlo desprendiera su inconfundible perfume mientras interpretábamos nuestro teatrillo de «¿Que si conozco a la señora Fox?», aprovechando para mirarme como lo había hecho esa primera vez en el hotel Adlon en Berlín.

Era un amor imposible, y tan real, indomable y valiente. Cada obstáculo, por más diario y letal que fuese, afianzaba más y más los cimientos de ese amor. De alguna manera, ese Madrid cubierto de ruinas modernas era un escenario hermoso, misterioso, envolvente para nuestro amor. Mientras todo a nuestro alrededor estaba roto o cojo, falto de algo, nosotros nos fortalecíamos. Nos hacíamos uno. Fuertes, unidos, invencibles, deslizándonos a través de mentiras con mejores mentiras, besándonos en oscuridades cubiertas de más oscuridad, amándonos en sábanas silenciosas, reprimiendo nuestros gemidos dentro de nuestros besos.

Valentine apareció una mañana sin avisar en mi casa. Estaba sola, Zahid había salido a buscar arroz, huevos, carne y alguna conserva de estraperlo para un almuerzo que debía a la embajadora argentina. Aunque fuera mi acompañante en más de una fiesta, esa mañana lo noté raro. Como si llevara maquillaje para ocultar heridas, moratones en su rostro.

—Quizá haya que animar un poco su vida en Madrid, señora Fox.

—De ninguna manera —aclaré de inmediato—. Demasiado tengo trabajando en la casa de caridad y

atendiendo las invitaciones de las embajadas. Me hago mayor, Valentine. Voy a cruzar la frontera de los veinticinco años.

—Tonterías —dijo—. Madrid es un nido de espías, querida mía, precisamente porque es de las poquísimas capitales europeas que no está involucrada en la guerra. Es curiosa su habilidad para estar siempre en una ciudad rodeada de espías e información, señora Fox.

No le di ninguna respuesta. Detestaba de Valentine esa manía por dar vueltas y vueltas. Nos conocíamos, juntos habíamos vivido el extraño episodio de la persecución en la que estaban involucrados también Sanjurjo e Ilíada, como llamábamos en clave a aquel joven poeta contrario al régimen de Salazar y novio de una heredera Castelo-Branco. Y Palmira, mi sirvienta, acribillada por matones que buscaban eliminarme a mí.

—Su cercanía al ministro de Exteriores es muy importante para nosotros —soltó.

—De ninguna manera, Valentine.

Me levanté muy seria. ¡Vamos!, era ridículo que viniera con una petición así y en mi casa, sembrada, atiborrada de micrófonos y todo tipo de artilugios de espionaje.

—Valentine, o se ha vuelto completamente idiota o completamente insensible, que en el fondo es lo mismo. Esta casa está vigilada. Todo lo que estamos hablando lo están escuchando la policía municipal, la nacional y la secreta al mismo tiempo. ¿Qué es lo que pretende? ¿Que espíe a un amigo mío? —Debía autocorregirme, «que vuelva a espiar a Juan Luis», porque ya lo había hecho en Tánger, pero preferí no hacerlo para que Valentine entendiera que todo lo que hablábamos estaba siendo registrado—. Además, usted debe saber que, por varias razones, he preferido apartarme de estas cosas. Se lo he dicho a Mr. Higgs. La última vez que averigüé algo para él, lamentablemente, muy

lamentablemente, no sirvió de nada. Nadie pudo detener un cruel ataque sobre gente inocente —dije.

Valentine me escuchaba con sus ojos fijos en mí.

—El ministro de Exteriores es mucho más que un amigo, señora Fox, ahora que sé que nos están escuchando todas las policías.

Era un golpe bajo. Valentine hizo un gesto para que lo siguiera y fue hacia el baño de visitas. Precisamente por estar decorado con azulejos que había conseguido en una subasta de un antiguo importador andalusí, era muy probable que allí no pudieran instalar micrófonos secretos. Dudé en seguirlo, porque sabía que lo que me dijera ya iba a ponerme en problemas. Pero hay algo a lo que nadie puede resistirse: tener una conversación completamente íntima.

—Destruir Inglaterra es la prioridad absoluta de Hitler —empezó Valentine, de espaldas al espejo del baño; podía ver que mantenía muy buena cabellera—. Tenemos sospechas de que los planos para atacar importantes bases militares inglesas, como Gibraltar, Malta e incluso tan lejanas como Bermudas, han pasado por Madrid.

—No soy la persona para eso, Valentine —insistí.

—La relación del Gobierno franquista con la Alemania nazi es profunda, Rosalind. Han aceptado que España esté aislada del conflicto porque en realidad el Gobierno, con Serrano Suñer a la cabeza, les garantiza que hagan aquí las reuniones estratégicas sin que nadie en Europa los detecte. Y, como usted bien sabe, les garantizan apoyos militares, vamos, hasta les han abierto el espacio aéreo. ¿Acaso no se ha dado cuenta de que en las fiestas de las embajadas cada vez hay más alemanes?

Tenía razón. Altos, rubios, bien alimentados, observando a las mujeres y los hombres como si fueran platos servidos en bandejas chorreantes de salsa y guarnición. Daban asco. Y pavor.

—El ministro de Exteriores, su amigo, ha estado reunido con el canciller alemán varias veces en este mes.

No iba a decirle que lo sabía. Y que me inquietaba. Y que hubiera preferido no saberlo ni vivirlo.

—Extraoficialmente, hablan de estos planos y estrategias que le he dicho. Las fronteras españolas les permiten conservar armamento importante si en algún momento empiezan a perder la guerra contra los aliados.

—Valentine, empieza a cansarme. Mi respuesta es no. A todo lo que me diga o proponga. No.

—Un segundo, Rosalind. El Gobierno español intercambia presos políticos por ayudas económicas nazis. Juan Luis lo ha detectado y lucha por paralizarlo. Pero Alemania considera que muchos judíos con dinero están escapándose a España para alcanzar Lisboa y abandonar el continente. Todo esto, aprovechándose de la falta de claridad de la relación entre los dos países. Alemania quiere forzar más controles sobre esos «transportes» de presos desde España. Quiere, de alguna manera, hacer que esos judíos formen parte de esos «delincuentes» contrarios a la nueva España. Y exterminarlos.

—Es demasiado, Valentine —y estallé—, estoy harta de alemanes. Y de sus supuestos ataques. Y planos. Cancilleres, exterminios, infamia tras infamia. Llevo toda mi vida escuchando la misma espantosa advertencia: Alemania es nuestro enemigo. Ahora todo esto puede costarle la vida a Juan Luis. No puedo más. Quiero otra vida. Búscate a otra persona, alguien que esté dispuesto a seguir creyendo que el mundo es una persecución. Un eterno combate entre el odio, el mal y la destrucción.

Valentine me miraba exactamente igual que al principio de la conversación. Mis palabras no surtían efecto.

—Piense en el peligro que significa para su amigo el ministro intentar detener algo que los nazis quieren.

Escuchamos la puerta principal abrirse y cerrarse. No podía ser Zahid, siempre entraba por la de servicio. Y si fuera Juan Luis, sería fatídico que nos encontrara a Valentine y a mí discutiendo en el baño de invitados. Y de paso revelándole al escritor la facilidad con que entraba en mi casa.

Entonces Valentine dio un fuerte golpe al lavabo provocando una avería en él, y rápidamente se agachó, ajustándose la camisa para «repararlo». Juan Luis nos encontró así, y antes de que yo siguiera con mi parte de la representación observé en su rostro una profunda tristeza. Amargura más bien.

Hice las presentaciones y la obligada explicación. «Valentine vino a traerme correspondencia de mi familia. Y empezamos a escuchar cómo el lavabo perdía agua. La verdad, desconocía esta destreza en tan extraordinario escritor, pero…».

Juan Luis lo saludó sin darle mucha importancia y rápidamente despedí a Valentine, una vez que corrigió el estropicio que había creado. En la puerta, volvió a decir con su mirada que debería hacer caso de sus peticiones, pero lo que deseaba era hablar con Juan Luis. Algo más grave debía de haber pasado para que apareciera en mi casa.

—El horrible general que intentó… —él mismo no podía decir la palabra *violación*— ha hablado con Serrano Suñer.

—Entonces, no has debido venir aquí —dije de inmediato.

—Estamos rodeados —dijo mirándome.

Me cubrí el rostro con las manos. Dios mío, pensaba, estaba perdiendo el control de la situación. La mujer enamorada había conseguido apoderarse de la joven y precoz espía.

CAPÍTULO 38

LA LOCURA Y YO

Existe un día fatídico. Ese en el que nada sale bien y lo malo, lo terrible, parece reunirse y concretarse en una sola fuerza. Uno puede pasarse toda la vida esquivándolo, pero, durante una guerra y en una ciudad que acababa de salir de otra, las probabilidades de vivirlo en tus carnes son muchísimo más altas.

El 15 de abril de 1940, el día de mi vigésimo quinto cumpleaños, empezó como cualquier otra mañana de primavera en Madrid. Con frío, amenaza de lluvias, claros de sol y esa suave luz rosada que acaricia los rostros endurecidos de sus habitantes. La guerra civil había terminado hacía poco más de un año, pero el dilema internacional en Europa parecía ralentizar cualquiera de los logros prometidos por el Gobierno en el que Juan Luis seguía siendo el «flamante ministro de Exteriores, el encargado de explicar al mundo la nación que queremos reconstruir sobre nuestra afligida tierra», como rezaba la locución que precedía a su nombre en cualquiera de sus intervenciones oficiales.

Lo detestaba, tanta explicación, tanta loa, siempre huele mal. Pero no podía decir nada, ni a Juan Luis ni a quienes lo rodeaban. Tenía que seguir con mi día como si nada,

adhiriéndome a esa corriente secreta del río de la hipocresía que parecía mantener viva esta ciudad.

Ese 15 de abril me vestí sola, Zahid se retrasaba cada vez más reuniendo todos los ingredientes de nuestra compra en los distintos puestos «negros» de la ciudad. Por cierto, en todos ellos se encontraba con los criados de casas como la de los Hierro, todos haciendo lo mismo para abastecer a sus «señoras». Desayuné ligero y caminé hasta la casa de caridad. Y encontré a la señora Beigbeder francamente nerviosa. Y deteriorada.

—Uno de nuestros paquetes de ayuda no ha llegado bien a su destino —me alertó apenas entré al lugar. Había varias señoras, todas ellas necesitadas de ayuda, haciendo fila.

—Tengo todos los resguardos, puedo hacer las llamadas pertinentes para saber dónde se ha extraviado.

—¿Para qué? ¿Crees que aquí estamos en tu país? ¡Ordenados, preparados para enfrentar cualquier contrariedad con una taza de té! —dijo de una manera estridente. No esperó siquiera mi respuesta y se adentró en el despacho.

Preferí atender a las señoras en la fila, que pedían medicinas, aceite, arroz, harina, azúcar y sal. Hasta que me percaté de que había pasado más de una hora y la señora Beigbeder continuaba encerrada en el despacho. La fila de señoras necesitadas disminuyó con la llegada de la hora del almuerzo y entonces decidí entrar en el despacho.

La señora Beigbeder se había desnudado completamente y sostenía en una de sus manos unas inmensas tijeras que empleábamos para cerrar o abrir los paquetes en los que llegaba la ayuda internacional. No podía verme porque estaba de espaldas, pero estaba clarísimo que pensaba hacerse daño y me abalancé sobre ella mientras me gritaba que la soltara y se aferraba a las tijeras con absoluto peligro de clavármelas.

—¡Suéltame, zorra, vete a casa a acostarte con mi marido! ¡Déjame matarme y así estaréis más libres de hacer lo que queráis! —gritaba con una furia inusitada, por más lógica que tuviera.

De pronto estuvo encima de mí, y pude ver que ya se había lacerado a sí misma sobre el pecho y que la sangre me salpicaba. Levantó las tijeras y las elevó exactamente por encima de mis ojos, e iba a clavármelas si no conseguía apartarla, empujarla a un lado y reducirla con lo primero que encontrara.

Conseguí arrastrar una de las sillas con ruedas de la oficina y golpearla en las piernas con ella. Las tijeras cayeron de sus manos y me arrastré en la dirección contraria. Ella no perdió un segundo y fue a recogerlas, y tuve que golpearla con mis puños para por fin controlarla. Gritaba incoherencias y me miraba con esos ojos cargados de dolor, furia y absoluta locura. Estábamos completamente solas, no había esta vez ningún hombre salvador. Ningún Mr. Higgs, Juan Luis o Valentine. Cogí el teléfono, ese acompañante que llamábamos *el negro*, y le asesté un golpe con toda mi fuerza a la desquiciada señora Beigbeder. Volví a llevarme las manos a la cabeza, igual que hiciera delante de Juan Luis después de la visita de Valentine. Era mi única manera de enfrentar esa sensación de que todo empezaba a estar fuera de control. Sujetarme la cabeza al menos me permitía sentir que seguía allí. Esperé unos segundos para comprobar que el golpe había dejado a la señora Beigbeder *knocked out* y recuperé el teléfono, después de limpiarme con un paño la sangre de las manos.

No fue fácil convencer a la secretaria de Juan Luis de la urgencia de mi llamada. Al parecer no estaba en su despacho, sino atendiendo a unas «cuestiones relevantes de su cargo». Le imploré que intentara localizarlo cuanto antes.

Y confesé la verdad: su esposa había perdido los nervios y estaba, francamente, en muy mal estado.

Yo también. La locura de una persona provoca muchas cosas, miedo, pena, confusión. La locura de una mujer casada con el hombre que amas te hace sentir mucho peor persona. Porque la sentía como culpa, que por mi amor ella lo había perdido todo, incluso la razón. Sin embargo, quizá para darme fuerzas, para restarme culpabilidad, pensé que esa locura había empezado mucho antes de que yo me trasladara a Madrid, que ella misma decidiera acercarse y terminara por atacarme sin control. Había empezado en el momento que había presentido que al hombre de su vida se lo llevaría otra mujer. Y a mí, sin más, me tocó ser esa mujer.

Si un policía o un médico entraran en la habitación donde una mujer yacía golpeada en el suelo y otra esperaba a que sonara el teléfono, esta no tendría otra opción que reconocerles que era culpable, culpable de esa enajenación, de ese dolor, de esa fractura.

Pero no entró nadie. Lloré, me recompuse y, en un momento dado, le ofrecí disculpas a la señora Beigbeder tendida en el suelo. Movió ligeramente los párpados, como si recuperara la conciencia. «Lo siento», dije. Y recogí su ropa y como pude la vestí.

Juan Luis llegó a la casa de caridad tres cuartos de hora después. Su gesto de contención me hizo valorar que esta no era la primera vez que rescataba a su esposa de una situación similar.

—Son brotes —murmuró, recolocando a su esposa sobre una silla y tomándole el pulso—. Esta vez ha sido más violento. —Se giró para verme, sus ojos destilaban una mezcla de afecto hacia mí y preocupación por ella—. Lamento que haya pasado mientras estabais solas. —Hice un gesto para asegurarle que estaba bien, en realidad más preocupada por la señora Beigbeder que por mí misma. Y él

agregó—: Siempre los supera, vuelve a la normalidad, a nuestra cruel, desesperada normalidad —terminó por reconocer.

No podía decir nada más. El cuadro que formábamos los tres era eso, lo que había dicho Juan Luis, una cruel, desesperada normalidad para tres personas, todas culpables en un grado u otro del daño o bien que nos hacíamos. Pero, claramente, el deterioro mental de la señora Beigbeder era como una denuncia pública de nuestro adulterio. Juan Luis decidió que sus edecanes harían la llamada pertinente a la clínica donde alojarían, por un tiempo, a su esposa. Un centro acondicionado, pese a todas las precariedades de la situación que vivíamos, para atender desórdenes mentales.

Los edecanes aparecieron acompañados por dos enfermeras del centro psiquiátrico. No me había dado cuenta, pero todo el tiempo había sujetado las tijeras con tanta fuerza que mis manos se habían quedado frías, entumecidas. Juan Luis escribió una nota que dejó sobre mi escritorio y se marchó junto con su esposa y las enfermeras. Cuando me levanté y la leí, empecé a llorar, desahogando toda la tensión que acabábamos de vivir. «Serrano Suñer quiere que te marches de España», decía la nota.

CAPÍTULO 39

FANTASMAS DEL PASADO

Salí, bastante alterada tanto en mi interior como en mi aspecto, nunca estuve más desarreglada en mi vida, hacia la calle en dirección a mi casa. Alcancé a ver desde la esquina del Prado extraños movimientos. Demasiados coches buenos y gente dentro de ellos. Esperaban que regresara para liquidarme. O para darme un buen susto. En cualquier caso nada bueno. Si no actuaba con rapidez, me detectarían. Nada más pensarlo, uno de los coches encendió motores y dos hombres con aspecto amenazador descendieron de su parte trasera.

Decidí entrar en el Prado. No encontraba otra manera de esquivar esa persecución.

Lógicamente, la guerra había obligado a su cierre y los horarios acostumbrados tardarían en recuperarse. Pero en medio de toda tormenta siempre hay un lugar donde guarecerse, y una delegación del Gobierno portugués había acudido a la capital a «agradecer que dos obras capitales de la pintura lusa pudieran encontrarse con sus hermanas españolas, demostrando que la cultura, el arte siempre pueden hermanarse y luchar contra peligros sin nombre», como recitaba el militar que leía un discurso de Franco,

excusando su no asistencia, en el momento en que irrumpí en esa sala.

Escuché las frases mirando hacia la puerta, los dos hombretones habían conseguido entrar también. Varios de los presentes me miraban y observé que en las mangas y la parte delantera de mi vestido había manchas de sangre y arrugas del forcejeo con la señora Beigbeder. Las manchas podía cubrirlas con mi propio pelo, aunque no estuviera para nada bien visto que una mujer acudiera al museo con el cabello suelto. Era una llamarada roja entre todos esos cuadros.

Saludaba a todos los que encontraba de una forma curiosa, todos me observaban como si supieran quién era, la amante, la adúltera, la zorra inglesa, y yo les devolvía sus miradas de la misma forma. «¿Cómo están? Es un placer verlos aquí. Qué maravilla de cuadros. Momentos así nos reconfortan en la oscuridad que vivimos. Maravilloso vestido, señora Hierro. ¿Puedo acercarle una copa?». Mientras tanto, los hombres que me seguían se confundían cada vez menos con los invitados. Porque su aspecto se desnudaba más y más. Eran unos matones. Ni siquiera el que los había enviado se atrevería a acercarse a ellos en ese ambiente.

Seguí mi camino, mis saludos, mi desenvoltura entre toda esa sociedad hipócrita. Sabía que algo en mi aspecto les hacía pensar que no estaba viviendo una situación normal, pero no se atreverían a preguntarme nada, y si lo hicieran tenía preparada la respuesta: una de las vuestras acaba de volverse irremediablemente loca y la han encerrado en un manicomio para que no sea un peligro para sí misma y para vosotros. Pero claro, esa no era la verdad oficial. Tendría que replantearme la información: «La señora Beigbeder está indispuesta y hemos aplazado nuestras citas hasta su recuperación».

Seguramente esa rabia se comunicaba sin que pudiera disimularla hasta que una pequeña mujer, más joven de lo que su apariencia indicaba, nerviosa, vino a mi encuentro.

—Senhora Fox, ¿no me reconoce? —No, casi iba a ladrarle, porque es una de las frases que más me molesta escuchar. No tengo suficiente memoria para recordar a tantas personas en mi vida. Pero algo en su voz me hizo reflexionar que podía ser alguien importante. Además, apenas se acercó a mí, otras dos personas redirigieron a los matones hacia la puerta de salida—. Soy Catalina Castelo-Branco —dijo, intentando traer a su rostro las facciones de aquella niña en cuya compañía había estado hacía tan solo cinco años.

—Catalina —murmuré, recordando ese episodio en su casa de Portugal, cuando su novio se debatía entre fugarse con ella o conformarse con el amor de un criado, que a su vez enamoraba a su padre.

—El tiempo no ha sido bueno conmigo. No solo me ha agregado años, también me ha quitado a Francisco —me dijo.

Miraba hacia los lados, los matones ya no estaban dentro del museo, pero no me podía fiar, estarían acechando en otro sitio.

—¿Qué está haciendo en Madrid? —pregunté, intentando crear un diálogo normal.

—Estos cuadros pertenecen a mi familia. Comprendo que las cosas no sean muy fáciles para usted en esta ciudad. Dispongo de completa protección militar. ¿Quizá preferiría seguir esta conversación en mi suite del Palace?

Así salimos del museo, rodeadas de edecanes como si fuéramos versiones femeninas del propio Juan Luis. Por supuesto que detecté a los matones esperando entre los árboles del paseo frente al museo, agitándose como si fueran ardillas gordas que observaran un trozo de cacahuete

o pan (bastante escasos esos días tanto para los animales como para los humanos). Intentaron seguirnos hasta que uno de los militares que escoltaban a la heredera Castelo-Branco les hizo un gesto también propio de un orangután en celo y los matones retrocedieron hasta su coche y se perdieron de vista.

La suite de Catalina no era una suite, sino una sucesión de suites. Y dentro de ellas, tan bien preservadas como el propio Museo del Prado, Catalina se veía aún más pequeña e insignificante. Y sin embargo, poseía el suficiente dinero y patrimonio para que el vecino país español ofreciera la misma protección a sus cuadros y a ella.

—Creo que podemos hablar con completa sinceridad aquí dentro. Imagino que sabrá que Francisco nunca más volvió a ser él mismo después de asistir al asesinato de su criada. Él me lo contó.

¡Dios mío, habían pasado tantos años! Pero en ese momento de la conversación era como si el reloj se hubiera detenido y, si no fuera por las marcas del tiempo en el pequeño rostro de Catalina, juraría que las dos hablábamos el día después de la muerte de Palmira.

—Francisco tenía la asignación de seguirla, senhora Fox. Va a ser difícil todo lo que voy a contarle. De hecho, han tenido que pasar muchos años para que tantas piezas sueltas armen un espantoso rompecabezas.

Me senté en uno de los sofás de la suite.

—Muy bien, Ilíada, que era el nombre clave que empleábamos para tu novio, debía seguirme. ¿Con qué motivo?

—Francisco, recuerde, escribía artículos muy incendiarios contra el régimen de Salazar. Mi familia, mi padre, lo protegía —bajó un poco las pestañas— por razones que las dos sabemos bien. En realidad estaba convencido de su

talento. Y de que era un buen hombre para mí. Como sabe, es el amor de mi vida.

Me acomodé mejor en el sofá. Me pareció que debía tener una postura más seria o solidaria con Catalina. Yo sabía mejor que nadie los peligros que conlleva «el amor de tu vida». Ella continuó.

—Pero, a medida que el cerco del régimen se estrechaba sobre Francisco, la protección de mi familia obligatoriamente tenía que reducirse. Mi familia posee demasiados intereses en mi país, senhora Fox.

Guardamos silencio. No hay nada que hacer cuando una familia y un país se convierten prácticamente en la misma cosa.

—Sanjurjo se hizo amigo suyo, de Francisco —siguió Catalina—. Primero halagaba sus poemas y, sorprendentemente, felicitaba esos artículos. Y Francisco terminó por pedirle ayuda cuando vio que el régimen de Salazar realmente quería su cabeza. Sanjurjo le propuso un plan que la involucraba, senhora Fox.

Me quedé atónita. Sanjurjo era mi amigo. Sanjurjo sabía perfectamente cuál era mi paradero. ¿Qué quería decir Catalina con esa propuesta?

—Sanjurjo le explicó a Francisco que, a cambio de eliminarla, él se encargaría de ayudarlo a escapar de las fuerzas de seguridad del régimen de Salazar.

—¿Matarme? —me indigné, no podía permitir una infamia así hacia alguien que había sido mi amigo. ¡Mi protector, si se quiere, en un momento muy solitario de mi vida como esos primeros años en Portugal!

—Si Francisco la eliminaba, su muerte sería una conmoción para Beigbeder. Una conmoción profunda que lo desestabilizaría y, al desestabilizarlo, Sanjurjo conseguiría quitárselo de en medio y ser el único aspirante a formar

parte del gobierno de la España que resultara vencedora en la guerra civil.

Era un mazazo. El rayo que desataría la fulminante tormenta. Entonces sí era cierto que Sanjurjo y Juan Luis no eran todo lo amigos que manifestaban. Y desde luego Sanjurjo no era amigo mío. Sin embargo, aún tenía que mostrarme no convencida de todo lo que oía. Insistir en defender esa amistad que creía sincera, real, entre Sanjurjo y yo.

—Pero si Juan Luis y yo apenas nos habíamos conocido. Tan solo una vez, en Berlín, gracias a Sanjurjo. Y tan solo hubo dos o tres cartas entre nosotros.

—Dos de ellas interceptadas, senhora Fox. Esas cartas fueron muy valiosas, mucho más de lo que usted pueda reconocer. Demostraban un amor que podía ser muy rentable, eficaz para fuerzas enemigas a Beigbeder.

Estuve en silencio un buen rato. Intenté, como siempre hacía en momentos tan duros como aquel, tan devastadores, de verdades tan desoladoras, refugiarme en la observación de pequeños detalles. Como la decoración de la suite, toda en distintos tonos, matices de un mismo gris. Es un color tan elegante, no dice nada y lo encierra todo. Su aparente levedad transmite calma y al mismo tiempo transcendencia. Una curiosa protección. Y fue observando el mismo gris cambiar de cadencia en los jarrones, sillones, los sofás y las paredes de la habitación cuando me di cuenta de que todo, absolutamente todo, lo que había vivido hasta ahora había sido un decorado. Una farsa. Una inmensa, odiosa manipulación.

Vi a mi propia figura avanzando en el vestíbulo del hotel Adlon en Berlín, vestida para una noche de juventud en una ciudad rodeada de fiesta y terrores. Y me vi saludando a Sanjurjo y él presentándome a Juan Luis. Todo tan aparentemente casual, tan perfectamente desenvuelto que,

obviamente, no era así. Sanjurjo lo había planificado al milímetro. Presentarnos era como prender fuego a una mecha de pólvora. Nos enamoraríamos, nos involucraríamos, nos haríamos amor y peligro, uno para el otro mientras él se ponía a esperar a que su plan magistral estallara en el momento más conveniente. Juan Luis y yo creíamos que éramos un amor puro, en la medida que creíamos que había sido el destino el que nos pusiera a uno en el camino del otro. Pero no, nuestro encuentro era eso, una manipulación, una treta, una misión, una maldita misión al servicio de alguien capaz de cualquier cosa por asegurarse su sitio en la historia.

—Senhora Fox, no tiene buena cara —dijo Catalina devolviéndome a nuestro diálogo.

—Sanjurjo me presentó a Juan Luis —volví a repetir, esta vez confesaba mi estupor.

—Entiendo lo que pueda estar pensando. Pero recuerde una cosa, el plan no funcionó. Francisco no pudo asesinarla. Sanjurjo sabía perfectamente que no era un asesino. Un poeta no puede matar, sencillamente. Por eso Sanjurjo contrató a esos hombres, sicarios de bajo precio. Fueron esos hombres los que asesinaron a su criada confundiéndola con usted.

—Valentine también estaba con ellos —recordé.

—Él necesitaba cerciorarse de que la vida de Francisco o Ilíada, como me ha dicho que lo llamaban, no correría peligro.

—Pero, si Francisco, Ilíada, su novio, no iba a matarme, ¿por qué necesitaban que estuviera allí presente? No puedo entenderlo…

—En realidad, el plan de Sanjurjo era salvar a sus hombres, los que habían asesinado a Palmira confundiéndola con usted, y cargarle la culpa, su muerte, a Francisco. Así quedaban eliminados dos pájaros de un tiro.

La policía estaba lista para apresar a Francisco cuando Valentine informó que usted seguía viva.

Recordé con pavoroso detalle esa tarde en que conducía mi Austin junto a Zahid y Palmira, mi fiel doncella, disfrazada «de mí» para entregar una carta falsa dirigida a Beigbeder e intentar confundir a quienes me siguieran. Palmira bajó del coche y avanzó hacia la casa postal, en la calle repleta de gente, vendedores, animales, el escenario ideal para un asesinato que no dejara huella o al menos quedara enterrado bajo una confusión perfecta para escabullirse. Estaba vestida como yo, con una peluca pelirroja con la que Zahid había bromeado sin imaginarse que le costaría la vida a Palmira. La vimos caer. Incapaces de hacer nada, atónitos, asustados. Y luego la persecución, eran esos policías, hasta ver llegar a Valentine junto con Sanjurjo y Francisco en un coche negro.

—Senhora Fox, yo tampoco tengo constancia de que Francisco haya muerto —dijo Catalina—. O que esté preso, desde luego no en mi país. Francisco confiaba en que Sanjurjo, pese a la equivocación de los matones, a que usted los viera a todos en el coche y pudiera denunciarlo en alguna parte, le facilitaría un visado para escapar de Europa. Pero yo creo que Sanjurjo jamás hizo nada por conseguir ese visado.

Catalina empezó a sollozar y a luchar contra un llanto que la invadió por completo. Le acerqué un vaso de agua. Cuando consiguió serenarse, entendí el porqué de lo marchito de su rostro de veinteañera. El paradero de Francisco era su propia guerra dentro de la guerra. Apreté sus diminutas manos, acaricié su cabello.

—Llevo todos estos años buscándolo, senhora Fox. Noches enteras cruzando pueblos, entrando en sitios cada vez más indecentes y peligrosos. Ofreciendo la poca juventud que queda en mi cuerpo por un poco, un puñado

de información. De detalles. Y acumulo heridas sobre mi cuerpo, bajo mi mente. Culpas, vergüenzas. Y Francisco sigue sin aparecer.

Me quedé callada. Y ella, controlando sus lágrimas, hizo lo mismo. En nuestro silencio oímos ruidos en la habitación vecina. Pasos. Murmullos. Claramente nos estaban escuchando.

El Palace no era tan seguro como creíamos. Abrí la puerta y me encontré a Juan Luis saliendo de la habitación contigua.

CAPÍTULO 40

EL PASILLO

Detrás de él salieron dos hombres más llevando en sus manos aparatos que deduje habían servido para grabar la conversación entre Catalina y yo. Eran los mismos matones que me habían seguido dentro del Prado.

El destino existe. Y era eso exactamente lo que nuestros ojos, más que decir, celebraban. Estuvimos parados uno frente al otro el tiempo suficiente para que los matones entraran en el ascensor y el pasillo fuera una isla, una lengua, un mar, otro jardín para reencontrarnos. Abrazarnos y empezar a besarnos y sentir cada centímetro de piel volverse una sola palpitación. Cada latido un poco más de amor. De protección. De Fuerza. De Poder.

Habíamos sobrevivido a la manipulación, a la estrategia, a la guerra y al odio. Al propio amor. Juan Luis fue llevando mi cuerpo hacia la pared del fondo, besándome y besándome, cada lazo que formaban nuestras lenguas un sinfín de palabras, todas ellas diciendo que éramos uno, que pertenecíamos a nuestro amor, que viviríamos cubiertos de su protección. Que nos haría más valientes, más amor.

Abrí los ojos para ver los suyos penetrar completamente en los míos y deseé que él viera en ellos cómo recordaba intensamente ese momento en que él me tradujo palabra a

palabra lo que los alemanes pactaban con Serrano Suñer en su despacho mientras nosotros los escuchábamos al lado de la fuente de su jardín en el protectorado. Y justo el día de mi cumpleaños yo le había devuelto el favor, yo había escuchado esa demoledora narración de Catalina para que él pudiera limpiar su nombre. Y ahora, vestidos pero cada vez más unidos en la soledad de ese pasillo del hotel, íbamos a hacernos el amor para sellar que no nos debíamos nada, que éramos más que una pareja, un equipo, una fuerza capaz de resistir la más potente metralla, seguir de pie, seguir amándonos. Me abrazó, me besó aún más profundamente y yo dejé que la furia de nuestro amor hiciera todo lo demás.

Poco a poco, gemido a gemido regresamos a la realidad, ese silencioso, desierto pasillo del hotel Palace. Los aullidos de nuestro amor se deslizaron sobre la moqueta como nuevos fantasmas del histórico hotel.

La puerta de la habitación de Catalina continuaba abierta. Y ella, sentada en la misma posición en el salón anterior a su cuarto, al fondo.

Juan Luis se acercó a saludarla muy formalmente. Ella murmuró su nombre, mirándome luego a mí indicando que le agradaba vernos juntos.

Juan Luis adoptó un tono oficial para explicarnos su presencia en la habitación contigua.

—He grabado toda la conversación porque pienso enseñársela a Serrano Suñer para conseguir dos cosas: que se despejen todas las dudas de mi participación en la muerte de Sanjurjo y mi total adhesión al proceso nacional que nos consiguió la victoria en la guerra. Y dejar claro que Rosalinda Fox no es ni mucho menos una presencia tóxica en mi entorno.

Miré hacia abajo. Y otra vez temí por que todo se acelerara. Que incluso la habitación empezara a dar vueltas

sobre sí misma. Entendía no solo lo que pasaba, lo que acababa de pasar, sino también lo que iba a pasar. Serrano Suñer disfrutaría con la existencia de esa grabación, pero de manera contraria a como nosotros creíamos. Al oírla, Serrano Suñer se restregaría las manos al comprobar que Juan Luis, su ministro de Relaciones Exteriores, estaba completamente enamorado y haría lo que fuera para seguir al lado de una mujer que era una espía de la Gran Bretaña.

—Juan Luis, esa grabación puede ser el principio de tu fin —empecé a decir muy quedamente, haciéndome cargo de que estaba estallando uno a uno todos los globos inflamados de orgullo y expectación en el corazón de Juan Luis tras nuestra ardiente escena en el pasillo del hotel—. Está escrito en todos los muros, solo que tú no lo ves. Quizá sea mejor que yo abandone este barco. Que me marche esta misma noche.

—Me niego —dijo él tajante.

—Yo también me niego —dije rápidamente—. No quiero dejarte solo. Pero juntos ponemos en peligro a cualquiera de nosotros. Serrano Suñer escuchará esa grabación. Y ordenará tu cese inmediatamente. Porque la grabación solo demuestra que el ministro de Relaciones Exteriores de España mantiene una larga y apasionada relación extraconyugal con una espía inglesa dispuesta a sacar todo tipo de información del Gobierno de Francisco Franco.

Mis palabras eran hielo que se formaba en una cueva de estalactitas o manos que deshacían el nudo de los globos para desinflarlos. Tacones pesados en una noche oscura, lluvia sobre el cabello seco. Catalina, pobre, no sabía qué hacer, testigo involuntaria del desenfrenado suceder de eventos que su historia había desencadenado.

—En eso tienes toda la razón —dijo al fin Juan Luis. Y apretó los puños, siempre hacía eso cuando algo le devoraba por dentro—. Al final, siempre consiguen ganar ellos. Si te

marchas, parecerá como si hubiera entendido que eras tóxica, un estorbo, como les gusta decir sobre ti. Y mientras esté solo, más fácil será acelerar el momento en que a mí también me quiten de en medio.

—Juan Luis, nosotros solos hemos creado nuestra propia trampa. Grabaste la conversación creyendo que nos liberaría. Cuando en realidad lo que hace es condenarnos. Por un lado no puedes evitar mostrársela. Incluso escucharla con él delante. Y por el otro, no puedes detener que yo me marche.

Catalina tomó su bolso y fue hacia la caja fuerte de su habitación, detrás de un cuadro bastante anodino.

—Tengo dinero en libras esterlinas. Está muy bien resguardado dentro de los documentos de propiedad de los cuadros que permanecerán en el Prado. Puedo hacerme cargo de Rosalinda en Lisboa. Viajará conmigo en la avioneta privada que me ha traído hasta aquí. Tenemos muchas razones para viajar juntas. Nos conocemos desde que era... joven —expresó, dejando escapar una risa irónica al final.

—¿Nos seguirán hasta Lisboa? —pregunté.

—En Lisboa es casi imposible hacerle daño a un miembro de la familia Castelo-Branco —respondió Catalina—. Usted lo es desde este mismo momento.

Aquel día en Madrid, debía despedirme del amor de mi vida. Catalina se excusó diciendo que arreglaría algunas cosas del equipaje y haría la llamada para organizar el despegue. Juan Luis y yo nos quedamos solos, sentados sobre la cama. Podía haber hecho muchas cosas, besarlo, golpearlo, gritarle, pero lo que hice fue apoyarme en su hombro y estrechar sus manos. Y llorar.

—Juan Luis, tú no eres un nazi —dije recuperándome—. Tú no eres uno de ellos, exterminan, destruyen, están obsesionados por controlar Europa. Y no lo conseguirán.

Nadie puede ser el dueño de este continente, por pequeño que sea, es imposible unirlo bajo un mismo sentido, una misma política. Y mucho menos si esa ideología está bañada en sangre inocente. —Me armé de valor por mis propias palabras—. ¿Por qué no abandonas este gobierno? Eres un humanista, un sabio, un políglota, puedes trabajar en cualquier parte del mundo, incluso de un mundo en llamas como el de ahora.

—Precisamente por eso necesito recuperar la confianza de Franco en mi persona. Y en mi proyecto. Que no es otro, Rosalinda, que levantar este país. Si abandono, los nazis harán lo que quieran con España.

—Juan Luis, Franco ya tiene lo que quería. El poder absoluto. ¿No te das cuenta? Incluso si Hitler cayera, él seguiría, porque España se mantuvo ante los ojos de todos al margen de la guerra mundial. ¿No lo ves? Te usarán, como usan también a Serrano Suñer. Como usan al pueblo que los ha apoyado. Como nos usan a nosotros.

Dios mío, era tan verdadero lo que estaba diciendo que me hizo ver eso que tantas veces creí escrito en la pared invisible. Juan Luis y yo no nos habíamos dado cuenta de lo que habíamos sacrificado. Estábamos condenados. No solo a separarnos, sino a no darnos cuenta de que nuestros enemigos habían ganado la batalla y habían escrito el final de nuestra relación.

—Dime algo, Juan Luis, para convencerme para siempre de que de verdad solo podemos separarnos ahora para reencontrarnos después. Dímelo, por favor.

—Si no lo hacemos, terminarás como ella —sentenció Juan Luis señalando la habitación donde había ido Catalina —. O peor, como su novio.

Juan Luis extrajo un sobre de su americana. Me lo dio y quise dejarlo sin abrir, pero no podía hacerlo. Era una orden

de expulsión de Francisco Sagunto en la que organizaba su traslado en un tren de Burgos a Francia.

—Estos documentos en ocasiones pueden llevar mi firma, en sustitución de la de Serrano Suñer. En este caso, no hay firma alguna porque lo intercepté. Conseguí que jamás fuera entregada. Francisco Meirano estuvo en España al final de la guerra.

—¡Dios mío, Juan Luis!

—No, Rosalinda, no implores en vano al Señor. Él no puede hacer nada por nosotros. Francisco desapareció hace un año. Intentó llegar hasta Francia y a partir de allí no hay rastro de él.

Catalina había regresado y escuchaba atentamente.

—Es la parte final de mi historia, senhora Fox. Yo me puse en contacto con el señor Beigbeder cuando vivía en Tetuán al saber que Sanjurjo pretendía cargarle su muerte a él. Y el señor Beigbeder me prometió que haría todo lo posible por protegerlo, y la prueba es que no firmó la orden de traslado en esos trenes, pero ya no pudo hacer nada más por evitar su desaparición.

—Hay trenes cargados de prisioneros políticos que viajan hasta Alemania —explicó Juan Luis calmadamente—. No sé si los trasladan a esos campos de concentración. No sé si Francisco sobrevivió a los planes de Sanjurjo para terminar encerrado en uno de esos trenes.

Catalina tomó la orden de expulsión de mis manos y la guardó en el fondo de su bolso.

—El avión despegará de madrugada desde el aeropuerto militar —informó.

CAPÍTULO 41

LISBOA, 1940

Llegamos a Lisboa en la noche más cerrada y oscura que alguna vez haya vivido. Y esa oscuridad no presagiaba nada bueno, al contrario de la que me recibió la noche en que llegué a Calcuta. Muy pronto me instalé en otro departamento en la Avenida da Independência, propiedad, por supuesto, de los Castelo-Branco. Johnny también estaba en Portugal. Inglaterra se encontraba amenazada y no era un país seguro para mi hijo. Mr. Higgs, con una carta con membrete oficial, le encontró plaza en un internado inglés situado a las afueras de la ciudad. Johnny, ya casi un jovencito, me explicó con una madurez muy reconfortante su indiscutible decisión de acatar las indicaciones de Mr. Higgs. «Para ofrecerte la mayor protección, mamá, es preferible que yo esté resguardado», me dijo antes de marcharse al internado. Otra separación. ¿Puede haber mejor recepción para una madre y una amante con el corazón destrozado?

Ese mes de abril de 1940 también fue fatídico para Europa. La guerra se recrudeció por el avance de los alemanes y en España la situación se hizo todavía más tensa entre Serrano Suñer y Juan Luis, así que mi grabación y mi huida seguramente pasaron a un segundo plano. A pesar de

no tener fuerzas para mantener ninguna vida social, Catalina me informaba de lo que se comentaba en Lisboa.

Lo que más afectaba a la relación entre Serrano Suñer y Juan Luis era la proximidad de Juan Luis al general Franco, y la presión que la situación internacional ejercía sobre la neutralidad de España ante el conflicto bélico. Franco dilataba todo lo que podía su posicionamiento respecto a la guerra, que era básicamente el dilema de si España apoyaría a Alemania y a Italia, o si se mantendría completamente al margen. Serrano Suñer movía los hilos para que la alianza se hiciera con Italia, para que al final terminara siendo absorbida por Alemania. Pero el gran obstáculo para sus planes era esa proximidad de Juan Luis al jefe del Estado. Porque Juan Luis deseaba mantener a España totalmente al margen del conflicto.

Por supuesto, mi presencia, mi huida de Madrid, el deseo de Juan Luis por alejarme de toda esa situación no eran una cortina de humo para tapar problemas más graves, pero sí era uno más de los ingredientes de la enredada trama en la que la guerra había transformado nuestras vidas. Mientras yo iba entendiendo todo esto y sufriendo por lo que tendría que luchar, Juan Luis estaba completamente solo y la guerra seguía extendiendo sus odiosas garras. En junio, París cayó, los temidos Panzer entraron por Bretaña y la Séptima Columna inició su descenso hacia la capital para someterla. Todas las tácticas que Gran Bretaña había intentado para no verse completamente envuelta por la nube de la guerra fracasaron y la rendición de Londres se convirtió en el siguiente objetivo de los nazis.

Lógicamente, una inglesa, pelirroja, amante del ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Franco, era la persona más complicada, difícil, inapropiada tanto en Madrid como en Lisboa. Porque mientras más ciudades europeas caían ante el avance nazi, más crecía la

posibilidad de que Juan Luis tuviera que pactar con Serrano Suñer y convertir a España en parte del Eje, es decir, que si no me mataban por adúltera lo harían por inglesa.

Curiosamente, en el momento en que me enfrenté a esta realidad, me di cuenta de que los dos habíamos hecho lo correcto al apartarme de Madrid. Lo único que no pudimos calibrar bien era la intensidad de mi añoranza por él. No hay manera de aplacar el dolor de un alma enamorada cuando la separan de su amor. De allí procedían todos mis llantos. Y mis aullidos. Y mis dolores físicos. Hasta que, también una noche, un mínimo de cordura consiguió aplacarlos. Debía aprovechar ese destierro para controlar mi amor y dejarlo hibernar mientras la guerra avanzaba extendiendo muerte.

El verano de 1940 parecía rebelarse contra la guerra y fue uno de los más bellos que pueda recordar. A pesar de que Johnny prefiriera seguir los planes de su internado de pasar esos días mejorando su portugués en cursos extraordinarios en su colegio. Catalina, siguiendo fielmente su promesa de hacer de mí otra más de su familia, me incorporó a todos sus planes estivales. La visita a Cascaes, los días de playa en el Algarve o en calas desconocidas donde intentaba tomar el sol, pero terminaba nadando incansablemente hacia la eternidad del océano, creyendo que sus olas me tragarían o su corriente me depositaría en el medio de la nada. Me dejaba llevar por los vaivenes de mi mente, que no estaba en su mejor momento, y era esta curiosa dualidad entre la belleza de la naturaleza y el horror de la realidad lo que más me atormentaba. Pensaba que la naturaleza se burla de nosotros. Igual que el amor. Igual que el destino. Igual que la guerra. Y me dejaba ir, nadando y nadando, ola tras ola, hasta que Catalina se alarmaba y enviaba a alguien de la tripulación, a pescadores o a mejores nadadores que yo a rescatarme y devolverme a la orilla.

El mes de julio fue lágrimas delante de ese mar, y agosto fue calor confundiendo esas lágrimas con sudor. Septiembre, el regreso a Lisboa, esperando algún telegrama o que alguna puerta se abriera y Zahid, mi adorado Zahid, a quien había dejado atrás sin una sola comunicación, entrara por ella. Y con él, algo de mi ropa, mis perfumes, mis enseres olvidados para siempre en Madrid.

Pero lo que llegó fue una nueva radio, con la que Catalina y yo de inmediato sintonizamos la BBC. Y así, el 17 de septiembre de ese eterno 1940, las dos asistimos a la descripción, pavorosa y exacta, del bombardeo nazi sobre Londres. El ruido de esos aviones, como si estuvieran sobrevolando el mismo salón de la casa de Catalina. Las sirenas alertando a los londinenses para que corrieran hacia los refugios. Johnny consiguió llamarme, el colegio lo había permitido. Sostuve la bocina del teléfono todo lo cerca que pude del aparato radiofónico. Las palabras calmadas pero llenas de pavor del narrador se escuchaban tan terroríficamente bien: «Los aviones nazis cubren cada espacio del cielo de Londres». Era la guerra instalada en el salón de nuestra casa.

Y solo podía pensar en Juan Luis, abandonado a su suerte delante de ese Gobierno franquista empeñado en protegerse de la guerra, pero acoplándose a los alemanes. Esa noche se irían a dormir seguros de que esta guerra también la ganarían. Pero Juan Luis estaría más inquieto, porque en su interior ver ganar a los nazis era lo que menos deseaba para Europa y para nosotros.

Así como Londres empezó a reconstruirse apenas salió el sol el día después del ataque (el Blitz, como lo habían bautizado), yo también decidí enfrentarme de nuevo a la vida. Le pedí a Catalina que me llevara con ella a cualquiera que fuera su destino ese día.

—Bienvenida a mi triste vida. Me dedico a pasear de consulado en consulado intentando saber si hay noticias de Francisco.

Fui con ella a la avenida de las embajadas, que recordaba sembrada de flores que ahora ya no florecían. En su lugar había filas y filas de personas detenidas en las inmediaciones de las embajadas o consulados. Las mayores filas se formaban en las delegaciones americanas, incluyendo las de los Estados Unidos y Canadá. Auténticas aglomeraciones en la de Brasil, pese a que en esas mismas filas se escuchaba que el Gobierno brasileño mantenía excelentes relaciones con la Alemania nazi. Otras líneas, columnas casi, de gente mal vestida, sudorosa, cansada, esperaban delante de las embajadas de Argentina, Colombia, Venezuela.

Mirándolos se me ocurrió que lo que había aprendido en la casa de caridad podría servirme de ayuda.

—Catalina, tengo una idea. Podemos hacer algo para ayudar a esta gente. Con tu dinero y lo que he aprendido, podríamos establecer un club de ayuda social.

—El Gobierno nos perseguirá de inmediato, querida Rosalinda. Sin embargo, has leído mi mente. Mientras has estado recuperándote, he tenido tiempo de ver cómo se ha ido desarrollando la situación de los visados en esta ciudad. Lisboa es el único puerto desde el que salen los transatlánticos con destino a América. En este momento, todo aquel que quiera huir de la guerra en Europa y de la persecución nazi tiene que hacerlo desde Lisboa. Hay familias de todo tipo, muchas de ellas tan influyentes y ricas como la mía, portuguesas y de muchos lugares de Europa, haciendo fila, esperando ese visado.

—Un club de ricos —solté sin realmente pensarlo—. ¿Quieres darme esa idea, que establezcamos un club de ricos? Salvar a los que siempre se salvan.

—Tienes toda la razón al verlo de esa manera. La verdad es que solo los ricos pueden escapar, Rosalinda. Los pobres únicamente pueden esperar a que los deporten o los pongan tras las rejas. O encierren en algún sitio para hacerlos desaparecer. O que un buen gesto les salve la vida.

Tenía razón. Iba a interrumpirla para disculparme, pero Catalina sabía que el tiempo era escaso y arbitrario.

—En este momento la información vale mucho más que el dinero o los principios, Rosalinda. Estoy convencida de que la única manera de saber si Francisco está vivo, dónde y cómo, es a través de la información que consiga extraer a gente tan desesperada como yo. Por ahora dispongo de una cierta mezcla de capital e influencia para contar con el apoyo de los empleados de aduanas que facilitan visados a cambio de una suma que, lamentablemente, es cada vez más alta.

—Tráfico de gente, Catalina…

—No es tráfico. Es salvación. Pero podemos hacer más, saber mucho más si aceptas mi idea. Nadie mejor que tú, Rosalinda, para llevar adelante un salón, un sofisticado, atractivo y elegante salón donde creer que vivimos otra época, otro tiempo menos agónico, menos terrible, donde bailar canciones que te recuerdan lo que una vez fuiste… Y en ese salón, en ese ambiente, recaudar mucha más información de la que obtendríamos en un espacio más convencional.

—Dejé esta ciudad con la mitad de su población tachándome de Mata-Hari. Y tú me propones que lo sea.

—Y así las dos recuperaremos nuestra felicidad. La felicidad que la paz se llevó cuando empezó la guerra.

CAPÍTULO 42

EL GALGO

Quizá no era el nombre más apropiado, un galgo es un animal que está siempre en estado de alerta, listo para cazar, y nosotras, Catalina y yo, evidentemente estábamos a la caza de información y oportunidades para huir de la guerra, pero la noche del 9 de octubre 1940, bajo un inusual clima veraniego, abrí las puertas de mi nueva aventura llamada El Galgo, en una recoleta placita al lado de la Avenida da Liberdade.

Catalina y yo conseguimos reunir muebles que en una situación normal no casarían entre sí. En las casas de los Castelo-Branco siempre había de dónde sacar, pero fuimos reuniendo de muchos otros hogares, tiendas que cerraban, decoradores que quebraban. Sofás tapizados en falsos terciopelos, tanto verdes como azules, y uno de ellos púrpura, distribuidos entre el vestíbulo y los dos amplios salones que funcionarían como bares. Lámparas de hierro recubiertas de una pintura cobriza iluminaban en la justa medida, siempre a la baja, los salones. Azulejos que Catalina había encontrado abandonados en la casa de la playa de su familia decoraban todos los espacios, mezclando motivos portugueses con unos vagamente marroquíes. Y, cómo no, toques ingleses: un salón con sillones Chesterfield verde

botella, con cortinas *chintz* más o menos floridas, como si la luz del sol lisboeta hubiera difuminado los colores, ofreciendo ese toque de serenidad y comodidad que se agradece en un local como El Galgo. Alfombras en todas partes, incluso sobre el pequeño escenario elevado donde se cantaban fados una noche y a la siguiente *blues* americanos y también copla, flamenco y canciones folclóricas del sur de Alemania. En El Galgo no había discriminación de nacionalidades, siempre y cuando las ideologías no entraran en conflicto.

Esto último parecía lo más complicado, pero era justamente con lo que yo sabía lidiar mejor que nadie. Mis aceleradas clases de hipocresía en Madrid me servían invalorablemente para ser la anfitriona más perversa y acomodaticia de la historia de Portugal. Si Mr. Higgs pudiera verme, me concedería la medalla de una orden del Imperio británico. Podía atender a un militar español, borracho y lleno de aspavientos y peticiones absurdas como más jamón y más vino tinto del bueno, del de su pueblo, y conseguir calmarlo y convencerlo de que el vino portugués aún no había sufrido los recortes del contrabando y las carencias del resto de Europa.

De la misma manera, podía recibir a un galerista suizo demasiado nervioso porque no se notara su evidente origen judío y sus bolsillos llenos de dinero para comprar allí mismo un visado con fecha del día siguiente. A ambos sabía ofrecerles confort, más alcohol y una compañía con la cual bailar o desahogarse, sin que ello significara que podían adquirir algo más; sexo, por ejemplo. El Galgo no era una operación de ese tipo. Era un sitio de encuentro o, más sinceramente, de espera a que la guerra decidiera dónde llevarte, si al otro lado del océano o de la vida.

Nosotras también esperábamos. Catalina a que uno de los judíos, franceses, belgas, holandeses, portugueses o

marroquíes que acudían a su oído le diera una información auténtica sobre el destino de Francisco a cambio de conseguir ellos escapar de la persecución nazi. Muchos mentían, por supuesto, aterrados al sentir la guadaña demasiado cerca de sus pescuezos. Otros daban alguna pista y las dos, Catalina y yo, la seguíamos hasta que detectábamos que era una pérdida de tiempo o más confusión en la confusión. Eran las peores noches, cuando al apagar las luces de nuestro pequeño universo de mentiras, terrores y canciones, nos enfrentábamos a que seguíamos atrapadas en lo peor de cualquier guerra, la incertidumbre.

Por mi parte, esperaba ver a Juan Luis aparecer entre las filas de hombres uniformados o con ropas rotas por la desesperanza y la espera por ese visado que tardaba en llegar. Muchos de ellos lloraban sobre mi hombro y más de una vez buscaban robarme un beso que, reconozco, alguna noche concedí porque veía en el hombre que lo buscaba que la muerte ya estaba completamente encima. Fueron besos horribles, pero admito que su compasión también me insuflaba ganas de continuar luchando en este asqueroso mundo. Porque pensaba que, dando ese mínimo de ayuda a quien ya no tenía nada más, conseguía fortalecer mi supervivencia.

Oh, ¡la guerra! Es tantas cosas, tantos detalles, tantos dolores. No es solo bombardeos y cruces en cementerios que se extienden por kilómetros. Al igual que el amor y la felicidad, la guerra está llena de pequeños detalles. Y así era la vida en El Galgo. Y así me arreglaba cada noche para encontrarme con mi extraño, dolorido, vencido público de fieles. Mi pelo, por supuesto, era una de mis marcas personales. Pero también mis vestidos, todos confeccionados con telas inspiradas en motivos orientales. Era una bereber pelirroja, viendo cómo mis veinticinco años se convertían en veintiséis y aún alcanzarían los veintinueve con el mundo

dividido entre los Aliados y sus enemigos, el fatídico Eje compuesto por Alemania, Italia y Japón.

Zahid reapareció entre las sombras mientras alguien interpretaba un fado improvisadamente en el pequeño escenario. ¡Lo echaba tanto de menos pese a haberlo dejado en Madrid a su suerte! No pude hacer otra cosa. Cuando lo detecté, entre las sombras de El Galgo, no daba crédito. Fue su manera de moverse, siempre como si sujetara una pequeña moneda entre sus nalgas, lo que me hizo detectarlo. Nadie camina de esa forma en el mundo.

—¡Zahid! —grité, y él se giró sonriendo con todas sus fuerzas.

—*Senhora*, la fama El Galgo llegar hasta Madrid y mundo entero —me dijo.

Me abracé fuertemente a él. Seguía igual de delgado y oliendo a ese pachulí que me moría por saber cómo conseguía tener en momentos tan carentes de todo como el que vivíamos. Él, siempre correcto, se separó al cabo de unos segundos. Y me dio, allí mismo, una información considerablemente más importante.

—El señor Beigbeder expulsado del Gobierno, *senhora*.

La cabeza me dio vueltas. Todo lo que había temido, que lo usarían, como habían usado a todo el mundo, se había cumplido. Llevé a Zahid hacia mis dependencias personales, a un piso que había encima del local.

Apenas entró, lo revisó como si su mano y experiencia fueran muy requeridas. Y así era, una mujer inglesa sola no tiene la misma capacidad de organización que un Zahid.

—Zahid, antes de nada, no sé cómo empezar a disculparme. Tú has sacrificado tantas cosas por mí. Nunca lo hemos hablado, pero yo jamás olvido ese momento en que te despediste de Fiji en Calcuta. Y como nunca más lo has vuelto a ver. Yo casi viví algo similar al despedirme de Juan Luis en el Palace en Madrid aquel día. El avión de

Catalina despegaba en la madrugada, no podía siquiera pasar por casa, recogerte. Yo no he sabido explicarte nada de esto. Solo puedo decirte que, aunque hay poco espacio y este trabajo no es lo que estás acostumbrado, te quedes conmigo.

—*Senhora*, quedar con usted incluso si Galgo me haga correr mucho —sentenció en un mal portugués. Sonreí, y de inmediato quise que, aunque fuera en ese mal idioma suyo, me informara sobre todo lo que había sucedido con Juan Luis.

Zahid me tomó de la mano, me sentó y me explicó su vida y la de Juan Luis en esos últimos meses.

Juan Luis había cerrado mi casa de Madrid y propuesto a Zahid irse a trabajar en la suya, cuidando de no inquietar a la señora Beigbeder. En muchas noches, Zahid escuchaba a Juan Luis hablarle de mí, recordarme, tanto en Tánger como en Madrid. Juan Luis se mantuvo fiel a su guion: los dos nos habíamos peleado y yo lo había herido decidiendo alejarme de Madrid. Zahid me dijo que nadie se creía esa historia. Muchísimo menos Serrano Suñer.

En los últimos días la casa había estado rodeada de coches, visitas inesperadas de Serrano Suñer y otros miembros del gabinete. Hasta que en la prensa se anunció que Juan Luis emprendería un *tour* presentando al resto del mundo los logros de la dictadura del general Franco. Pero se marchó inquieto a esa gira. Creía que era para quitarlo de en medio. Serrano Suñer, en efecto, aprovechó su ausencia para anunciar que Beigbeder estaba fuera del Gobierno, la noche anterior. Zahid, igual que yo, tuvo que abandonar Madrid. Caminó hasta la estación y subió al primer tren que iba a Badajoz.

—Muy lento y estropeado, senhora Fox. Y luego, prácticamente caminar hasta aquí.

Lo abracé, le sugerí que tomara una ducha en mi baño. Ya hablaríamos con Catalina para encontrarle un sitio en ese mismo edificio. Detrás de El Galgo, en el almacén, pero no iba a permitir que se quedara lejos de mí otra vez. Zahid se separó de mi abrazo, que había durado más tiempo del que consideraba adecuado. Pero no dejé de darle las gracias, incluso de reírme, reconociéndole que el hecho de que me las contara él había hecho más digerible las infaustas noticias que traía.

—Relato no terminado, senhora Fox —advirtió. Y extrajo de alguna parte de su cuerpo el infame recorte del periódico oficialista. «Cambios en el Gobierno», decía el titular.

—El señor Beigbeder no ha vuelto a España. Y mejor que no.

—¿Dónde está?

—El señor Beigbeder me dejó una nota antes de marchar a Nueva York.

¡Dios mío! Zahid era un milagro. Lo abracé de nuevo, volví a besarlo, lo acaricié como si fuera un pequeño dios, y él entregó un sobrecito a mis manos temblorosas. Dentro había un papel doblado tantas veces que, si algún policía lo confiscaba, se aburriría al intentar desdoblarlo. En él ponía: «Rosalind, estás en la lista de la Gestapo. Vigila tus pasos en Lisboa».

Cerré los ojos. En Lisboa también había alemanes. Mi vida corría el mismo peligro aquí que en Madrid.

—Al fin soy famosa —dije a Zahid.

Era la única manera que tenía de reaccionar ante una noticia así. Estar en la lista de la Gestapo implicaba muchos muchos problemas. ¿Cómo había podido pasar? ¿Qué méritos, si podían llamarse de esa manera, había hecho para estar allí? De inmediato sospeché que alguien, alguien muy poderoso había encontrado la forma de deslizar mi nombre en esa lista.

Fuera lo que fuera que me sucediera, que me llevaran a un campo de concentración, que me violaran, me torturaran, estar en esa lista significaba que era aún más difícil, aún más imposible reunirme en cualquier parte de nuestro mundo con Juan Luis.

Muchas noches, incapaz de dormir después de cerrar El Galgo, me quedaba en la terraza de mis apartamentos, en la planta superior, esperando que del mar vinieran Juan Luis o un submarino americano anunciando que la guerra había terminado y que la comunidad internacional apresaría a Serrano Suñer y reintegraría a Juan Luis en su puesto de ministro. Era un sueño que soñaba despierta y que había empezado tras la última conversación que había tenido con él.

Era enero de 1941. Y el teléfono empezó a sonar mientras Catalina y yo jugábamos una partida de *bridge* antes de arreglarnos para nuestras labores en El Galgo. Catalina dijo que no esperaba ninguna llamada y dejó sonar el aparato para mi enojo. Podía ser importante, ¡qué llamada no lo era en una guerra! Finalmente descolgó y era Juan Luis.

La comunicación era pésima, se escuchaban todo tipo de ruiditos, como si el teléfono estuviera invadido por grillos y sapos, dando todos una sinfonía natural.

—Rosalinda, tengo poco tiempo. Estoy en América.

Sentí un inmenso alivio. Por oírlo, desde luego, pero porque ratificara que no estaba en España. Había oído tantas cosas, que lo habían reducido a un cargo muy inferior en el ejército. Que lo habían encarcelado en una casa en Ronda. Pero ahora, era su voz la que me tranquilizaba diciendo «América». A pesar de los ruidos, esa voz tampoco era la misma. Tenía menos vigor. Como si hubiera perdido ímpetu y juventud al mismo tiempo. Una lágrima empezó a formarse en mi ojo izquierdo.

—Te quiero igual, Juan Luis. Todos los días, todas las noches, en todos mis sueños —dije.

—No llores, yo también te quiero igual. Me han roto, me han arrancado la vida, una parte al pedirte que te marcharas y la otra cuando me destituyeron. Pero Serrano Suñer va a vivir mi misma suerte; Franco tiene muy clara su manera de ejecutar el poder y no va a hacer nada con los nazis. El encuentro con Hitler fue un desastre.

Se oía francamente mal, seguramente por mencionar a toda esa gente tan negativa en una conversación que todo lo que deseaba era reunir a dos personas que se amaban y habían quedado separadas por la guerra. Sabía a lo que se refería. Tanto la prensa portuguesa como la española habían publicado cientos y cientos de instantáneas del encuentro de los dos caudillos en la estación de tren de Hendaya.

—¿Sigues ahí, Rosalinda?

—Sí. Y los que nos escuchan también —asumí. Y me provocó una gran carcajada mi osadía. Juan Luis se contagió de ella y empezó a reír. Fue un breve, magnífico momento de felicidad.

—En Lisboa hay mucha gente esperando sus visados. Ojalá yo pudiera hacerme con uno para visitarte —continué, mitad audaz y mitad recuperando el diálogo en clave.

—No, no lo hagas. Estoy seguro de que regresaré yo antes a España.

—Yo sé que la guerra no la van a ganar los nazis —aventuré. Los ruiditos cesaron un momento y al cabo regresaron como pasitos de ratas sobre un suelo de madera.

—Muy bien, Rosalinda. ¿Y sabes también cuándo va a terminar? —Utilizó ese tono socarrón que tanto disfrutaba, pero que ahora me hacía llorar más aún.

—Te quiero, Juan Luis.

—Yo también. —Hizo una pausa, se aclaró la garganta, también estaba emocionado—. Hago un esfuerzo enorme

para que, cuando nos volvamos a ver, mi cuerpo y mi cara sean los mismos que te mostraron la piedra sin tierra en Tánger.

No pude contenerme más y me puse a llorar desesperadamente, y la comunicación se cortó.

En El Galgo, unas noches más adelante, un militar español muy borracho me contó que la entrevista de Franco con Hitler en Hendaya, el otoño anterior, había enfurecido al líder nazi. Hitler se había puesto como un basilisco porque Franco había decidido echar una siesta después de haber llegado a Hendaya una hora más tarde. Hitler entendió el mensaje: Franco no iba a colaborar con él. «¿Sabía el caudillo gallego que los alemanes empezaban a dar señales de que podrían perder la guerra?», pregunté a ese militar español. «No», me respondió, sencillamente Franco no quería ser segundo de nadie.

Sin embargo, la relación entre España y Alemania aún era poco clara, se adivinaba que no iba a terminar bien y en esos primeros días de 1941 todo se precipitó. El odiado jefe militar de la Wehrmacht emitió un comunicado anunciando que la llamada *Operación Félix* —que significaría la toma de Gibraltar, y el uso de las bases en Marruecos, las islas Canarias y quizá de las Azores— quedaba anulada. Sin más explicaciones. Aun así, seguía en el calendario el día 10 de enero como el que oficialmente se anunciaría que España entraba en la guerra del lado de Alemania. Fueron horas intensas, de una presión extrema, un auténtico infierno para todo el Gobierno español. Claramente, algunos dentro de él deseaban la alianza con la Alemania nazi. Otros preferían esa especie de neutralidad que ofrecía el ser una nación que no terminaba de recuperarse de su propia guerra. En el medio, los nazis debían de ver todo como un auténtico caso de desorden latino. Y tampoco colaboró mucho el desastroso resultado del ejército italiano en Grecia y en el norte de

África en esos mismos días, perdiendo batallas de manera poco orgullosa, por decirlo de alguna forma. Este cúmulo de malas noticias obligaron al Führer a desistir completamente de cualquier operación en esa zona. Y a desconfiar para siempre de sus aliados latinos.

Las conversaciones y las noches en El Galgo eran así. Un popurrí de pequeñas versiones de grandes eventos de la historia. Pero, en efecto, la primavera de 1941 vio cómo Inglaterra le plantaba cara a los alemanes y prácticamente lideraba la contienda contra el Tercer Reich. En muy poco tiempo, un viejo conocido se presentó en El Galgo.

—Querida senhora Fox, al fin hizo usted caso de mis consejos y aceptó ser una Mata-Hari perfecta.

Valentine, otra vez. Y curiosamente sin una arruga en su tez, ni un solo kilo de más en su contextura.

—He pasado unos días muy agradables en Suiza. Revisando las fortunas de ciertos jerarcas alemanes y británicos. Una sola cosa une a los nazis y a los ingleses, querida senhora Fox, y son sus cuentas en los bancos suizos. Aproveché mi estancia para conocer las bondades de un nuevo tipo de medicina preventiva contra la edad. No quiera saber los detalles, pero muchas mujeres y hombres seremos esclavos de estos tratamientos el resto de nuestra vida. Usted no la necesita aún, pero si sobrevive a mi conversación, probablemente la requerirá.

—No estoy en servicio. Me sigue la Gestapo y usted fue incapaz de hacérmelo saber. No quiero terminar en un campo de exterminio.

—Pero tengo entendido que usted y su amiga Catalina buscan a alguien en uno de ellos. Alguien a quien Juan Luis no pudo salvar.

—Alguien que estaba con usted el día que acudió a ver cómo mataban a Palmira confundiéndola conmigo —le solté.

—La guerra confunde amigos con enemigos, aliados con contrarios. Es una historia muy vieja. Creo que podríamos matar dos pájaros de un tiro, esa frase que funciona tanto en tiempos de guerra como de paz. O tres, si escucha usted mis instrucciones.

Cerré la caja de El Galgo y salí hacia la calle, no iba a hablar ni una sola palabra con ese pájaro. Avancé por las calles del barrio, apenas iluminadas, siempre pobladas por algún coche u hombres sospechosos. Esa noche había más, con sombreros de mala factura y trajes demasiado anchos. Y coches con las matrículas alteradas para evitar que fueran reconocidas. En menos de un minuto, tres de esos hombres me obstruían el paso y uno de ellos se abría la gabardina para enseñarme un revólver. Lo empujé y los otros dos intentaron tomarme por los brazos, aunque logré zafarme y echar a correr hasta que escuché los disparos y me di la vuelta para ver si los habían abatido. Uno se llevaba la mano al brazo y los otros dos corrían a perderse en la noche. Valentine se acercó al herido y volvió a dispararle hasta dejarle malherido en el suelo. Si algún vecino escuchó algo, prefirió no darse por enterado. Muchas noches en Lisboa contenían ruidos similares.

Serví una taza de té a Valentine apenas estuvimos en casa.

—Pondré seguridad delante de El Galgo todas las noches, Rosalind. A usted la conocen en la Gestapo, la sigue mucha otra gente, y está haciendo mucho dinero en su local. Puede ser atacada por cualquier persona como esta noche. Créame, tiene que aceptar mi misión. Necesito que viaje a España lo más discretamente posible.

—Soy persona non grata para el Gobierno español.

—Pero una vez más, es la única que conoce el idioma. Necesitamos que establezca amistad con un párroco en

Córdoba. Creemos que puede convertirse en uno de los principales suplidores de hierro a los nazis.

—¿Hierro?

—De las campanas de las iglesias. Parece bastante inverosímil, pero los nazis se están quedando sin armas y necesitan bronce, hierro y otros metales para fundirlos y seguir produciéndolas. Las campanas de las iglesias les son muy útiles. Las iglesias, como sabe, se invaden y se despojan de todo, obras de arte, tallas. Y también sus campanas. Ya han fundido todas las campanas de Centroeuropa. Ahora, descienden hacia el sur. En Córdoba y en otras provincias de Andalucía, muchas iglesias fueron destruidas durante la guerra civil, por muchas razones. Sabemos de un grupo de párrocos y parroquianos que digamos disponen de un importante lote de campanas en espera de una buena ocasión para venderlas.

—Qué poco cristiano, Valentine.

—La gente lo pasa muy mal con las guerras, Rosalind. Si una campana puede darte unos dineros, por qué no dejar que la fundan bien lejos de tu casa. El Gobierno español no puede hacer nada, porque no puede asumir una cosa así, pero tampoco negar a Alemania una cierta aunque conflictiva ayuda. Por eso, miran hacia otro lado. Y en ese otro lado, puede aparecer el Vaticano oponiéndose a toda la operación.

—Ojalá, sería lo lógico.

—Los nazis tienen mucho más dinero que el resto de sus enemigos. Y están dispuestos a desembolsar una suma colosal para quedarse con esas campanas, fundirlas y convertirlas en armas.

—¿Y usted quiere que yo hable con esos curas y los convenza de poner las campanas en su sitio?

—Sí. No necesariamente devolverlas a los campanarios, pero si usted desenmascara esta operación, la aborta y salva

la vida, los nazis se quedarán sin sus campanas y la guerra puede llegar a su fin mucho antes.

—No lo creo.

Valentine no se daba por vencido.

—Y también, mucho antes, usted y Juan Luis podrán reunirse. Y Catalina seguramente encontrará esa información que tanto ansía sobre su enamorado. Sin olvidar que Johnny tendrá una buena historia que contar sobre su madre cuando llegue a la universidad.

CAPÍTULO 43

LAS CAMPANAS

No imaginaba que iba a regresar a España, a Córdoba, con el pelo teñido.

Fue una idea de Zahid, que insistió todo lo que pudo en acompañarme, dada la eventual peligrosidad del viaje. Pero Valentine fue tajante: Zahid y yo juntos llamábamos mucho la atención.

No era tanta la distancia a Córdoba desde Portugal, pero de nuevo esa sensación de los cambios en la naturaleza me deslumbró. Portugal era todo verdor, el río Tajo y el océano como inmenso límite. El trayecto hacia Sevilla y después hacia Córdoba no podía ser más árido, bordeado por las montañas, y de repente un valle francamente hermoso y extenso, pero el resto, la mayor parte del tiempo, era una tierra de nadie.

Tan de nadie que ni maleantes acudieron a nuestro paso. Durante el día y medio que nos llevó llegar hasta Agua del Paso, ocasionalmente un campesino cruzaba la estrecha y destrozada carretera siguiendo a sus pocas cabras.

Agua del Paso tampoco era el lugar más agitado de la tierra. La mejor manera de describirlo era como un decorado absolutamente real de una película de vaqueros.

¿Y qué hacía una mujer de veintiséis años y con el pelo teñido de castaño oscuro en ese decorado?

Preguntar por una antigua familiar. Laura Bryant, una vieja institutriz irlandesa muy afecta a las iglesias y que al parecer había decidido quedarse en aquel pueblo remoto para hacer una copia de un fresco de la Anunciación conservado en la iglesia. Yo era, supuestamente, su sobrina nieta, y de hallarla viva tenía el encargo de otorgarle una importante parte de la herencia de mi recién fallecida madre. Se notaba que Valentine era un novelista de éxito.

La primera persona que conocí fue a Felicitas Moreno, una mujer que se quejaba de que la guerra había destruido su huerta y de que a esas alturas del año no había conseguido recuperar nada. Claro que se acordaba de mi tía abuela Laura, era una mujer muy discreta y que hablaba con mucho esfuerzo el español, extrañamente obsesionada con ese fresco de la Anunciación. Felicitas no era muy locuaz, creo que nadie en Agua del Paso lo es, pero a medida que iba enseñándole billetes hablaba más y más, hasta que empezó a confundir fechas, nacionalidades, y su pequeña telaraña de mentiras se deshizo frente a mí.

Pero el tono de la conversación llamó la atención de varios locales, seguramente porque jamás veían a Felicitas, ni a nadie, hablar tanto. Uno de ellos era un hombre joven, aunque la guerra también había dejado su huella en su hermosa cara de ojos grandes, marrones, debajo de cejas muy negras y tupidas.

—Soy feligrés en la iglesia donde su tía abuela quería restaurar la Anunciación —anunció él a su vez.

Su mirada parecía extraterrestre y no podía ocultar que, pese a la simpleza de sus palabras, se escondía un gran peligro en su compañía. La iglesia no quedaba cerca, sino en el límite del siguiente pueblo. Si quería, podía seguirlo a caballo. Él llevaba dos.

Llevaba tanto tiempo sin montar que me sentí recompensada, como había prometido Valentine, apenas me subí a la yegua. Era mansa, era madura, si algo malo sucedía con el feligrés, no me serviría de ninguna ayuda. Iniciamos la marcha. Como hacía viento, me coloqué un pañuelo sobre mi cabello teñido y lo sujeté con un pequeño broche que había comprado a Felicitas con mis billetes.

Cabalgamos unas buenas dos horas retrocediendo el camino andado. La iglesia era lo único construido en ese pueblo vecino. Y los ojos del feligrés destilaban cada vez mayor amenaza. Descendí del caballo y me dirigí hacia la puerta.

—Está cerrada. No habrá misa hasta el fin de semana y hoy es lunes —anunció.

De inmediato supe que estaba en peligro. No había nadie alrededor. O él me mataba y se acababan así mi existencia y mi recompensa —recuperar a Juan Luis, acabar con la guerra, ayudar a Catalina—, o lo mataba yo a él. Solo que no tenía ningún revólver y él ya estaba enseñándome el suyo, además de un cuchillo en su otra mano.

—No es la primera extranjera que viene por nuestra iglesia. Avance hacia la esquina y verá nuestro pequeño cementerio. —Me señaló empuñando el arma. Le obedecí y vi un par de cuerpos a punto de corromperse.

Regresé, tan mansa como la yegua, junto a él.

—Arrodíllese y deme la espalda. No quiero verle la cara al disparar.

—¿No me concede un último deseo?

—No.

—Por favor —supliqué.

Él se quedó callado, esperando a que expresara mi último deseo. Me giré hacia él. Dejé de darle la espalda.

—Quisiera ver la Anunciación. Por lo menos deje que eso sea lo último que vea en vida.

—No hay Anunciación —dijo él—. No hay nada dentro.

De repente, decidí quitarme el pañuelo, y al sentir el broche en mis dedos descubrí que sí tenía un arma, muy pequeña, conmigo. Lo oculté bien con las puntas del pañuelo y, para no levantar sospecha alguna, acaricié mis cabellos, agité un poco la melena castaña oscura y pasé una de mis manos por mi cuello. Y, claro, desabroché mi blusa.

—Quédese quieta y terminemos cuanto antes. No quiero perder más tiempo matando a una mujer joven. Y hermosa.

No podía creerlo. Pensé que seguramente asumía que no hablaba tanto español como para entender lo que decía.

—A mí también —empecé a decir, haciendo como si efectuara un gran esfuerzo para pronunciar mis palabras— me da mucha pena abandonar este mundo sin conocer un hombre de verdad.

El silencio que siguió permitió al desamparado paraje manifestar todos sus ruidos propios. La ráfaga de viento que acariciaba los cardos, los remolinos de pequeñas piedras que se arrastraban con pereza hacia la nada. El golpe de un poste contra un muro sin terminar. La respiración de los caballos. El ruido de la hebilla de su cinturón al desabrocharse.

Vino hacia mí. Me eché hacia atrás, desabotonando aún más mi blusa y dejando al descubierto mi torso. Él apretaba la pistola y el cuchillo mientras un tercer instrumento parecía guiarlo a mi encuentro. Tenía que ser muy rápida. Y pinché el alfiler del broche exactamente en esa arma cargada de sangre.

Se cubrió sus partes con las manos y me apoderé tanto del revólver como del cuchillo. Disparé primero a un hombro y luego a una de las pantorrillas. El grito de dolor y el «¡puta!» que expulsó apenas alteraron a los caballos. La sangre que había perdido pronto le dejó inconsciente.

Rápidamente, revisé en sus bolsillos y encontré una llave. Por su tamaño debía de ser la de la iglesia.

La tomé en mi mano, y abrí y eché a un lado la pesadísima puerta. La iglesia no era más que una fosa oscura con olor a alcanfor, cera derretida y el maullido de unos gatos invisibles que parecían morder una rata.

Oré, sin saber nada de la fe católica, oré por todo lo que hasta entonces había vivido, por todos los que hasta entonces había conocido, por los limoneros de mi jardín de Tánger y por el sueño de volver a reencontrarme con Juan Luis en un mundo en paz. El sol inundó el altar central y el brillo de la corona dorada de la Virgen pasó sobre mi rostro. Era un milagro. Miré toda la nave. Austera, monástica y tan solo decorada por la Virgen y el cuadro de la Anunciación, cuya restauración había quedado inacabada, en la pared derecha. Sí había existido Laura Bryant, porque en una pequeña mesita descansaban sus pinceles con sus iniciales labradas: L. B.

Al fondo había una puerta, cerrada con varios candados muy pesados, oxidados. Disparé dos o tres tiros hasta que la cerradura estalló y empujé.

La luz del día no se atrevía a pasar más allá del marco de la puerta y por eso cogí la Virgen y la desmonté del altar, pidiéndole el debido permiso y agradeciéndole la protección que hasta entonces me había otorgado. Al colocarla en ángulo con la puerta, el sol volvió a acariciar su corona y el brillo iluminó el interior de esa habitación. Era grande, muy grande, con dos niveles. Y cada destello de la corona de la Virgen chocaba contra la superficie brillante del metal de las campanas. Doce, veinticuatro, cuarenta y ocho, setenta y dos, cien, doscientas, trescientas campanas, apiladas, de cualquier tamaño y dimensión.

Y precisamente allí, dudé que todo aquello no fuera sino una trampa de Valentine. Para quitarme de en medio, para

que el feligrés se levantara y sacara otras armas y me descerrajara unos tiros y acabar por fin con la vida de Rosalinda Fox.

Tomé dos campanas pequeñas, hermosas, perfectamente conservadas, seguramente de las empleadas en alguna sacristía para anunciar la comunión o el oremus. Y con ellas salí hacia la nada, el terraplén, la intemperie, sacudiéndolas. El ruido hizo que el feligrés malherido hiciera algo parecido a un movimiento, no lo había matado, pero no podía fiarme. Seguí agitando las campanas, desatando su tañir por todo el camino vacío y desolado. Me dolían las muñecas, las manos, los dedos, las piernas, los ojos, cuando al fin un coche se detuvo ante mí.

Y era un inglés. Ya he escrito que aquel lugar me recordaba al decorado de una película. ¿Qué mejor elemento para incorporar a esa realidad que una maravillosa improbabilidad?

—Valentine me ha enviado —dijo el caballero. Joven, demasiado joven y tembloroso. Al verme, intentó recomponer un poco de hombría en su actitud.

—¿Ha encontrado algo?

—Mi tique de salida de esta estúpida guerra, jovencito —dije a pesar de mis veintiséis años, subiéndome al asiento del lado del conductor para ir a recuperar mi botín.

CAPÍTULO 17

MADISON AVENUE

Al menos un poquito del metal de esas campanas lo podría haber empleado el Gobierno británico en hacerme una medallita. Mr. Higgs me recibió en Lisboa, en la embajada británica, junto a un alto oficial que jamás emitió palabra alguna durante nuestro encuentro. Estaban los dos allí para concederme un reconocimiento en nombre de su majestad el rey Jorge VI, en febrero de 1944, casi tres años después de la hazaña en la recóndita iglesia a las afueras de Agua del Paso.

Era un febrero lleno de cielos azules, y por una vez la naturaleza parecía congeniar con la cotidianidad. En mayo del año anterior, 1943, las fuerzas aliadas habían conquistado el territorio dominado por el Eje en el norte de África, un golpe mortal a la fuerza italiana que veía así cómo perdía una de sus colonias más queridas, Libia. Los países de la Europa central también fueron ocupados por los aliados y Hitler parecía levantarse cada día de ese año para constatar que la guerra avanzaba ahora en su contra, persiguiéndolo.

En España, Serrano Suñer, según me comentaba Mr. Higgs, comprobó que de poco le servía ser cuñado del caudillo. Serrano Suñer no era un hombre fiel y desde 1940 mantenía a una amante, con quien incluso había tenido una

hija dos años después. En ese Madrid hipócrita y peligroso, una información así era mucho más jugosa que mi romance con Juan Luis. Además, desde 1943, el Gobierno de Franco emprendió lo que llamó *la cruzada del bien*, exigiendo a todos los españoles que fueran todo lo píos, todo lo castos y todo lo creyentes que se podía ser en una tierra que seguía reconstruyéndose y enderezándose. Entendí que Serrano Suñer empezaba a beber tazas del mismo veneno que gustaba de aplicar en otros.

A primera vista, aquella mañana de mi reencuentro con Mr. Higgs en Lisboa, había cambiado mucho como persona desde que él apareciera en mi vida haciéndose pasar por un falso mayordomo de un exclusivo club de Londres. Era una mujer que había vencido múltiples obstáculos y que en menos de veinticuatro horas había birlado al Tercer Reich una importante cantidad de material destinado a crear más armamento. Y él también, Mr. Higgs, mi infantil «cuadro» inacabado, era un hombre al que la edad por fin lo había alcanzado. Pero seguía siendo delgado. Incluso atlético, y eso le otorgaba un porte que en el fondo agradecí. Porque no me hubiera gustado que Mr. Higgs hubiera dejado de ser Mr. Higgs.

—Me alegro de que la suerte sea mala para Serrano Suñer. Es un hipócrita, exige a su pueblo que cumpla algo que él no respeta. Ojalá lo separen de su amante, como hicieron con Juan Luis y conmigo —dejé caer.

—Senorita Fox, cuánto ha ganado en carácter.

—Le recuerdo que estuve a punto de acabar con un feligrés que iba a matarme —le recordé, dejando brotar un guiño en mi mirada. Y él, fiel a sí mismo, me respondió con otro.

—¿Puedo preguntarle por Juan Luis? ¿Sigue siendo el amor de su vida?

Respiré hondo. Febrero es un mes tan raro, cruel en ocasiones, sereno en otras, siempre sorprendente. En Lisboa, quizá por estar tan al oeste de Europa, muchos días se alargan y la luz del sol tarda en ocultarse. Y así era ese día en que Mr. Higgs y yo nos reuníamos después de tanto tiempo.

—Sí, sí lo sigo queriendo. Nunca querré a nadie de esa manera, Mr. Higgs. Cada noche pienso horas enteras en los días que estuvimos juntos. Y todas las mañanas una ráfaga de su perfume me despierta como si estuviera pasándome la mano sobre mi nariz. Como si se acercara a besarme y se quedara junto a mí. No nos hemos vuelto a ver desde hace casi cuatro años. Valentine me prometió que, si conseguía descubrir las campanas de los nazis, conseguirían sacarme de aquí y llevarme a los Estados Unidos a verlo. Aquí me encuentra, esperando ese visado.

—Como gran cantidad de personas —terminó Mr. Higgs.

—En la guerra todos nos hemos enamorado de algo. Y todos tememos que cuando termine no sepamos cómo rellenar el vacío que nos dejará haber creído tanto en un amor, en un reencuentro. Todo lo que nos ha hecho sobrevivir nos abandonará completamente desasistidos cuando regrese la paz.

—Usted tendrá sus memorias, señorita Fox —dijo Mr. Higgs—. En nombre de todos los que la hemos conocido desde que era una niña muy audaz e inteligente, me gustaría hacerle llegar el siguiente comentario.

Lo miré sin esconder mi cariño hacia él. Mr. Higgs había sido todas las cosas que esperas de un hombre. Cómplice, amigo, figura paterna y al final padrastro. Me moría por saber cuál sería ese comentario.

—«La guerra hubiera sido algo muy distinto para Gran Bretaña si Rosalind Fox no hubiera existido» —dijo él en ese maravilloso inglés y entonación. Y extendió un sobre.

¡Uf! Suspiré, era una frase realmente laudatoria. Venía escrita en una nota, dentro de ese sobre, de puño y letra de Winston Churchill, que la firmaba.

Me emocioné. Entendí que esa era mi medalla.

—Hay más —continuó Mr. Higgs—. Lamento no haber permitido que nos visitara en sus horas finales, pero era el deseo de su madre marcharse de nuestro mundo sin provocar más dolor.

Me quedé helada. Rápidamente, miles de imágenes de mi madre y de mí, de ella sola, de sus preparativos enloquecidos para mi boda con Pets, pasaron delante de mí. Y poco a poco afloró una sonrisa en mi rostro. Porque Mr. Higgs me miraba esperando mi reacción para continuar la conversación. Y de pronto, comprendí que las cosas —esta manera de enterarme de la muerte de mi madre— fueran así. Inesperadas, pero digeridas. En una guerra, la muerte es tan espantosamente natural, ¿por qué no iba a comprender que mi madre decidiera organizar la suya de esa forma, discreta, discretísima, y dejarle al amor de su vida que me lo dijera cuando lo considerara indicado?

—Su madre dejó un testamento. Mi parte ya me fue entregada mientras vivía. Incluye la propiedad hasta 1989 de la casa donde vivíamos en Londres. Para usted ha dejado también otro sobre.

También me lo tendió y comprendí la presencia de un inglés mudo que todo el tiempo había permanecido entre nosotros. Apenas me vio deslizar mis dedos para abrir el sobre, habló.

—Es mi deber decirle que estoy aquí como testigo de esta lectura, protegiendo hasta el final los deseos de su madre en su testamento. Y el señor Reuben H. Hazelnut así lo ha deseado.

Me encantó. Reuben, ese era su nombre. Y la H en el medio que podía ser cualquier cosa menos, por supuesto,

Higgs. Hasta el propio apellido, Hazelnut, podría ser sospechoso. Él bajó la mirada porque sabía lo que estaba disfrutando. Y cuando volvió a levantarla, la acompañó de una espléndida sonrisa.

Decidí darle el folio que guardaba el sobre al insólito inglés. El señor lo leyó con esa insólita dicción de los hombres de leyes ingleses, todas las letras aspiradas como si fueran globos de oxígeno. Mi madre me dejaba en propiedad la casa de Twickenhamshire y una fortuna de casi trescientas mil libras esterlinas, más acciones en tres corporaciones, Gas y Extracciones Británicas, la Shell y el Museo de Cera de Madame Tussauds.

No podía parar de reír, y mientras más observaba la rigidez del abogado y la enorme sonrisa que se dibujaba en Mr. Higgs, más me contorsionaba de risa. Mamá había cumplido su sueño, morir rica. ¿Cómo lo consiguió? ¿Le habría dejado algún dinero el párroco de Twickenhamshire? ¿Le habría enseñado Mr. Higgs a invertir lo poquísimo que le habría dejado mi padre? ¿Jugaba a la Bolsa mientras nos hacía creer a todos que jugaba al *bridge*? ¿Era todo una nueva operación de Mr. Higgs para hacerme rica?

—Está muy bien que ría, señorita Fox —interrumpió al fin Mr. Higgs—, porque las buenas noticias se acumulan. El señor Fox, su marido, ha sido ingresado en una clínica militar de Malta. Desde luego que no es una buena noticia el malestar de los demás, incluso de un esposo como Pets. Pero su condición mental, a causa de la enfermedad que padece desde hace años, se ha vuelto completamente irreversible. No recuerda nada. Y un tribunal de Londres ha decidido conceder la nulidad de su matrimonio civil en vista de la condición de su esposo.

El corazón se me iba a salir por la boca. ¿Qué? *What?* Sí, lo dije en los dos idiomas. *What?*, repetí. *What?* Era libre. Soltera por nulidad de mi matrimonio, no un divorcio.

Soltera una vez más. Y millonaria. No pude contenerme más y me abracé, sollozando y riendo, a Mr. Higgs. Otra buena noticia aguardaba, Johnny había conseguido entrar en una prestigiosa academia militar en Inglaterra; apenas terminara la guerra, ingresaría allí.

Más calmados y sin la molesta presencia del abogado «parlanchín», Mr. Higgs y yo decidimos dar un paseo al borde del océano. Le conté que muchas veces nadaba hacia el horizonte esperando que la corriente me llevara hacia Juan Luis. O, incluso, me devolviera a Tánger, a esos días de felicidad, tan poca, tan maravillosa. Tan lejana.

—Pero ahora usted es otra mujer, señorita Fox —dijo Mr. Higgs—. Más independiente que nunca, más importante que nunca. Cuando termine la guerra, que será pronto, su parte en ella será tan reconocida que podrá conquistar al hombre que quiera. Jefes de Estado, líderes de nuevas naciones, podrá tener cualquier cosa que desee.

—No. Prefiero tenerlo a él —respondí mirando hacia el océano, hacia América, donde sabía que Juan Luis estaría haciendo lo mismo, mirando hacia el horizonte y esperando encontrar mi mirada—. Y que Catalina encuentre al fin a Francisco. Y que todas esas familias de judíos que acuden noche tras noche a El Galgo reciban su visado norteamericano y puedan viajar hasta allí. E ir yo con ellos.

—¿Y no le da miedo que el Juan Luis que encuentre en Nueva York no sea el mismo héroe viril que la enamoró en Tánger?

Le dije que no. Pero los dos sabíamos que mentía. Zahid me había contado que Juan Luis se había quedado en los Estados Unidos desde aquella visita oficial para explicar a los estadounidenses los propósitos de Franco para enderezar su país. Sabía que si regresaba lo encerrarían en algún oscuro puesto municipal en alguna provincia olvidada. Y que buena parte de ese castigo era por mi heroica labor a favor

de los ingleses para quitarles a los nazis esas campanas con las que pensaban fabricar armas, tanques, escudos, todo lo que la fundición de sus metales podía crear.

—Recuerdo que mi padre me dijo antes de morir que todas las cosas hermosas han sido feas al principio —le dije a Mr. Higgs—. Nunca he olvidado esa frase. La mariposa fue oruga. El vino fue zumo. La cebolla necesita hacerte llorar para que puedas aprovechar todos sus beneficios como alimento. Nunca me imaginé que entendería todo lo que esa frase encerraba, aquí, junto a usted, Mr. Higgs.

—Siempre he defendido su valentía, senorita Fox. Y algo muy especial en usted, de lo que tardará años en darse cuenta. Que su valentía es mucho más hermosa que su propia belleza. Nunca ha retrocedido. Siempre ha ido hacia delante. Por eso he decidido visitarla una última vez. Una verdadera última vez, para pedirle que, antes de que llegue la paz, le dé usted su punto final a la guerra en la que ha luchado dentro de la propia guerra.

—¿Recuperar a Juan Luis? —pregunté. Mr. Higgs asintió cerrando sus ojos en un largo gesto.

—Esa será su última y definitiva aventura en la guerra —pronunció Mr. Higgs.

Catalina y yo nos encontramos con la novedad de que esa noche era el año nuevo chino y que Zahid había decidido decorar El Galgo con motivos orientales y él mismo vestirse con una bata azul intenso con bordados dorados. Fue una magnífica fiesta, el grupo usual de europeos que esperaban su visado y también los llamados *nuevos ricos de la guerra*, portugueses de otras ciudades del interior que habían hecho auténticas fortunas proveyendo de ayuda alimentaria, burocrática, carnal, indecente, a este cada vez más extenso grupo de ciudadanos desesperados por huir del viejo mundo, a pesar de que se anunciara el fin de la guerra prácticamente a diario.

No me gustaban esas personas, porque se aprovechaban de ese terrible, infinito dolor de los demás. Pero esa noche, quizá por haber bebido de más, quizá por la conversación con Mr. Higgs, cedí en mis reticencias y me uní a su ruidosa manera de celebrar y entretenerse. Canté canciones de Marlene Dietrich, bailé un foxtrot, animé a Catalina a seguirme en un charlestón y un *jiggie*, que era la última moda importada por los militares negros que aparecían por docenas en Lisboa. Toda esa alegría, a veces exagerada, siempre ocultando la angustia que era el pan nuestro de cada día, hizo que un hombre al que nunca saludaba se acercara a proponerme la penúltima de mis aventuras.

—Yo puedo conseguirle el visado para viajar a los Estados Unidos. Ese visado que sus amigos ingleses no pudieron obtener.

Era Ramón Andrews, un hombre absurdo, en un cuerpo absurdo, andar absurdo, voz absurda. Absurdo, pero con auténtico poder dentro del puerto. Todo el mundo hacía tratos con él y algunas veces conseguía subir a un judío desesperado en el barco más peligroso y deteriorado del puerto. Otras birlaba sin ningún escrúpulo el dinero de familias enteras y se rumoreaba que en alguna ocasión había dado un chivatazo a la mismísima Gestapo para que apresaran a varios miembros de una familia judía desesperados por escapar del continente.

¿Por qué permitía que un crápula así bebiera en El Galgo? Por miedo, si lo echábamos, tendríamos a la policía de la ciudad encima de nosotras, que ganas no les faltaban de hacerlo tras más de tres años de éxito continuo en la larga noche de la guerra.

—Creo que es hora de que haga algo por usted, precisamente por estas maravillosas noches de alegría en tiempos tan difíciles.

—No estoy dispuesta a viajar en un viejo barco portugués que se parta en dos antes de alcanzar las Azores, Ramón —le dije.

—Lo hará en el Queen Mary si es menester. Solo tengo que pedirle un favor a cambio. Lamentablemente, no es nada tan valiente como su viaje a Córdoba.

Sabía todo de mí. Me lo imaginaba, sabía todo de todos. Hablaba de una manera babosa, crispante, al mismo tiempo que mugrienta, asquerosa, arrastrando no solo las palabras, sino sus labios, sus párpados, su mirada, sus dedos ennegrecidos. ¿Qué iba a pedirme? ¿Mi cuerpo? Después de todo ese tiempo, era lo último que me faltaba por arriesgar. Pero sabía que no le interesábamos las mujeres, cosa que irritaba profundamente a Zahid, que odiaba que su sexualidad se asociara a personas como el deplorable ser humano que era Ramón.

—Es muy poco, de verdad, muy poco. Necesito que me ayude con uno de esos marines negros que beben y bailan en este local.

—De ninguna manera puedo ayudarlo —le dije.

—No tiene que hacer nada. Toda la estrategia previa la he hecho yo antes, el caballero en cuestión solo espera una señal mía para que finiquitemos el asunto.

Le miré bastante desorbitada. Si no era ejercer de meretriz, entonces ¿qué podría ser lo que deseaba de mí?

—Deseo usar una de las habitaciones de su apartamento en la parte superior. No me gustaría que mis enemigos me fotografiaran mientras estoy metiendo un inmenso falo negro por mi culo, senhora Fox.

Me estremecí de la violencia, lo gráfico y soez de la imagen que acababa de soltarme. Y para evitar mirarlo, repasé lo que sucedía en ese instante en El Galgo. Vi en cámara lenta a mis clientes, bailando un nuevo baile y un nuevo ritmo, todos ebrios, manteniendo sonrisas en sus

caras devastadas por la ansiedad y el dolor, la tristeza. Catalina en su rincón, cerca de la caja, haciendo cuentas, aunque solo fuera por esa noche, secándose la frente con un pañuelo con las iniciales de su familia, la belleza y la juventud tan cruelmente arrebatadas de su vida. La recordé esa primera vez que nos conocimos, en su casa divinamente bien vestida, mejor peinada, bellísima e ilusionada con escapar junto a Francisco. Catalina, como si percibiera mi mirada, levantó la cabeza y miró también lo que contenía El Galgo esa noche. Ninguna de esas personas era Francisco. Ninguna de esas personas podía ayudarnos esa noche a conseguir la manera de reunirnos con nuestros amores. No, ninguna no, Ramón Andrews de verdad pedía tan poco, ¿por qué no concederle el beneficio de la última apuesta?

Tomó mis llaves de la misma manera que una hiena se abalanza sobre el tobillo desnudo de un buey y avanzó hacia la puerta enviando una señal casi imperceptible al negro más grande y fuerte de todos los que bebían cerveza en la barra. No lo siguió de inmediato, sino unos cinco, casi diez minutos más tarde. Nunca entendí esa obsesión de los hombres por hacerse esperar.

Diez días después, Catalina tomaba un barco hacia Holanda y de allí un tren hacia la frontera con Polonia. Ramón le había informado de que una familia la ayudaría a adentrarse en el peligroso mundo de los llamados *campos de exterminio*, donde —según le habían notificado— podría encontrar con vida a Francisco. Intenté hacerla desistir, el peligro era máximo. Podía terminar muerta.

—Soy católica. Y blanca. Y mi familia no ha dejado de hacer negocios con Alemania. Mi estrategia es decirles, si me descubren, que estoy escribiendo una novela.

—Error. Eso hará que te fusilen en el acto. No puedes hacerlo, Catalina. No puedo permitir que lo hagas. No se ha encontrado ningún documento ni plano que verifique que

existen esos campos de exterminio. Y si quieren mantenerlos tan bien escondidos es más que probable que, una vez que llegues allí, te hagan desaparecer. Y eso no lo podría soportar.

—Es la única oportunidad que tengo de terminar mi dolor, Rosalinda. ¿No lo entiendes?

No, no lo entendía. Pero la vi subirse a ese barco holandés y volverse ella y la embarcación una misma raya blanca en lo alto de la espuma de las olas.

Mi viaje a América fue mucho más placentero a bordo de un barco de mercancías que me depositó en un portaaviones que regresaba cargado de soldados americanos a Maine. Los días de travesía fueron, obviamente, una prolongación de El Galgo mar adentro. Me di cuenta de que la guerra había generado algo en los jóvenes que marchaban al frente y regresaban: una euforia contagiosa. Un derroche de jovialidad, de liberación en todos los sentidos. Los hombres se besaban entre ellos y bailaban entre ellos, pero tampoco se comportaban como animales delante de una mujer de veintinueve años y con el pelo, al fin, en su tono pelirrojo. No, eran galantes, divertidos, deseosos de escuchar mis historias y comparar las suyas. Todos eran héroes. Todos éramos héroes.

En Maine, Ramón había organizado que un coche me llevaría hasta Princeton, donde me encontraría con Juan Luis. Fue un trayecto lleno de colores, bosques de árboles inmensos, el cielo tan separado de la tierra que su tono se volvía a veces transparente y podías ver que había otra atmósfera encima de la nuestra. Fue maravilloso, la naturaleza parecía tan unida en este caso a la realidad que protegía América. Nunca he vuelto a sentir esa mezcla de asombro y deleite, seguridad y aventura, exploración y comodidad.

Cuando llegué al edificio de Ciencias Políticas, una mujer de mi misma edad, vestida casi con mi misma elegancia, pero algo más relajada, me llevó hacia un cubil en una especie de gran sala de redacción donde me atendería el profesor Beigbeder.

CAPÍTULO 45

EL PROFESOR BEIGBEDER

El cubículo estaba vacío, pero alcancé a ver sobre su escritorio una pequeña foto de los dos, delante del limonero de mi jardín al norte. El corazón dio un vuelco. Era tan pequeña la foto, estaba enmarcada con todas las arrugas de llevarla casi pegada a su cuerpo a lo largo de estos años. Contuve las lágrimas. Yo no había tenido la suerte de quedarme ninguna foto suya, de cuidarla de esa manera.

Pasé la mano por su escritorio. Era una antigüedad, negro, con las puntas cubiertas en plata. Español, sin duda, de los tiempos en que Napoleón deseaba invadir y quedarse con toda Europa. Me emocionó imaginar que Juan Luis había deseado viajar hasta América con ese mueble como única señal de su origen. Era un español lejos de España, pero siempre español. Una chica, muy joven, muy americana y pecosa, vino casi sin habla para informarme que en recepción se habían equivocado y que el profesor Beigbeder estaba terminando su clase sobre el mundo árabe en el edificio contiguo.

La chica me deslizó dentro del aula que era más bien un auditorio. Y estaba bastante llena de jóvenes maravillosos, por lo atentos que parecían, lo inteligentes. Lo preparados. No tenían ningún aire de superioridad, más bien parecían

querer compartir cuanto antes su sabiduría, su preparación. Sigilosamente, encontré un sitio en una de las filas altas y al lado del pasillo, por si algo sucedía. Por si me desmayaba cuando Juan Luis, en el centro del escenario, dándonos la espalda, terminaba de escribir en la pizarra y se giraba, y me descubría entre sus alumnos.

En realidad, sí, se giró, y el hombre que vi seguía siendo el mismo héroe de nuestros días en Tánger. Y eso me emocionó y tranquilizó mucho. De haberse girado un ser envejecido, vencido por las horribles vicisitudes de nuestro tiempo, ¿qué habría hecho? No lo sé, no podía pensarlo, calibrarlo, imaginarlo dentro de la inmensa satisfacción que sentía al verlo pleno, alto, más canoso, quizá más delgado, pero lleno de esa exuberancia, ese perfecto dominio de la situación.

—Hoy el mundo árabe no sabe cómo transmitirnos su inmensa sabiduría —empezó diciendo con esa voz profunda y un inglés apenas matizado por su acento español—. La violencia que los imperios han generado en su interior les ha hecho olvidar que una vez fueron el principio del mundo. Que supieron unir mejor que nadie todos los elementos de los que están hechos la historia y el alma del hombre. El agua y la oración. La meditación y la sabiduría. La matemática y la lectura. La contemplación y la arquitectura. Todas esas cosas nacieron en el mundo árabe. Todas esas cosas son su influencia. Pero la política los ha hecho ser crueles. Actuar desde la venganza. Y no desde el amor.

Miró hacia la audiencia. Y me encontró. Y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero también de su verde que tanto recordaba. Muy levemente, levanté mi mano para saludarlo. Y cerré el puño, como si tuviera dentro una piedra. Y lo volví a abrir ofreciéndole una sonrisa.

—Después de la guerra —retomó con brío en su voz y una inmensa felicidad—, que terminará pronto, el comunismo

encontrará un muro infranqueable en Europa y el mundo libre. Pero dirigirá sus fuerzas hacia el mundo árabe, socavando su espíritu con guerrillas y divisiones. Debemos estar atentos, debemos entender la historia del mundo árabe. Sentirla no lejana, sino nuestra. Como si fuera el principio de todo. De nuestra manera de pensar, de leer. De ejecutar. —Y volvió a mirarme—. Como si fuera nuestro primer y único amor.

La alegría que sentimos al abrazarnos en el patio cubierto de robles de esa prestigiosa universidad no tenía comparación. Tanta alegría que hablábamos uno encima del otro, «estás aún más bella, Rosalinda» y «doy gracias a Dios, a cualquiera de nuestros dioses, por encontrarte bien, sano, guapo, profesor Beigbeder», y probablemente no entendíamos lo que decíamos, pero nos abrazábamos, nos besábamos, nos sentíamos como deseando que nuestros dedos traspasaran la piel y se hundieran en el corazón, en los pulmones, en el esófago, el estómago. La corriente sanguínea.

—Si has hecho todo lo que has hecho para que estemos juntos, entonces estoy seguro de que cumplirás un deseo más para mí, Rosalinda.

—Casarnos —solté, mientras observaba cómo sus alumnos nos hacían gestos celebratorios, parecían encantados de que su profesor Beigbeder tuviera una novia muy joven.

—¿He escuchado bien? ¿Casarnos?

—Pets me ha dado la anulación. Estoy soltera…

—España no es tan complaciente como Inglaterra —dijo él—. Mi esposa no puede complacerme de la misma manera que Pets a ti. Por supuesto, acepto tu oferta. Pero será más fácil que tú cumplas mi deseo. No puedo dejar de recordar Marruecos. Y España. Y la sensación que poseo de que

ambas tierras son en realidad una. Y que yo pertenezco a las dos.

—Yo te devolveré. Te lo prometo. Cuando acabe la guerra, cuando todos estemos enderezando el nuevo mundo que esa guerra nos deje, yo te devolveré a Tánger.

Él tomó mis manos y me abrazó fuertemente.

—Nuestro jardín al norte.

La guerra en Europa, en efecto, terminó una mañana de primavera, el 8 de mayo de 1945, casi un mes después de que cumpliera treinta años. Cuando Zahid entró gritando a El Galgo, sentí una mezcla de júbilo y furia. Júbilo porque había deseado tanto que esos gritos se escucharan, en El Galgo, en Roma, en Ámsterdam, en Nueva York, en Libia. En Tánger y Estambul.

Y furia porque me di cuenta de que mis veinte años habían quedado enterrados en esas trincheras, bajo esas cenizas, al lado de tantos muertos, tanto dolor. Zahid y yo salimos a la calle y la avenida principal estaba llena de gente que corría hacia el puerto agitando banderas. De Portugal, de todos los países de las personas que habían pasado estos horribles años esperando este momento. Vi a las mujeres con sus niños cogidos de la mano delante de las embajadas, arrodillándose y rezando, abrazadas a sus hijos y a sus maridos mientras desde el puerto los barcos americanos hacían sonar sus sirenas. Desde la planta superior de uno de los edificios, una señora empezó a arrojar confeti, cubos y cubos de confeti, llorando y gritando: «Se ha acabado. Se ha acabado…».

Pero en verdad una guerra nunca acaba. Su memoria la mantiene viva y también presente. Pasada la euforia, salieron a la luz verdades atroces. Los temidos campos de exterminio no eran un invento, sino una de las más espantosas realidades del horror impuesto por los nazis. El mal más cínico, perfectamente organizado, perfectamente

distribuido. Muchos de los judíos supervivientes contaron cómo tenían que cavar las tumbas donde arrojaban a sus propios compañeros.

Busqué en vano un trazo, por pequeño que fuera, de Catalina. Viajé hasta Ámsterdam, de allí iría a Polonia, pero antes tenía que seguir una pista dada por Ramón Andrews: según sus informadores, Francisco había llegado a la ciudad holandesa y había conseguido trabajo y refugio con una familia de panaderos portugueses.

Recorrí todas las panaderías de esa ciudad. Una tras otra, hice la misma pregunta, si recordaban haber contratado a Francisco y si recordaban haber visto a una mujer muy joven, con una cara muy pequeña, llamada Catalina, preguntar por él años después. En todas encontré un no por respuesta. Hasta que una dependienta de una mercería se apiadó de mí. Y me explicó que era española, que había escapado de la guerra civil. Y que había viajado junto con Francisco en un convoy lleno de prisioneros. Ella había saltado cuando pasaron cerca de Lyon y él también. No los siguieron porque lo hicieron en lo alto de un despeñadero. Ella continuó hasta Ámsterdam, a pie, en vagones, hasta estar allí narrándome su peripecia.

—¿Y Francisco? —le pregunté.

—Jamás llegó a Ámsterdam —dijo ella sucintamente.

—Vio alguna vez a Catalina..., una mujer... —iba a describirla, pero ella me interrumpió.

—Una pobre niña envejecida por la guerra. Sí, la vi aquí, en esta misma plaza. Sujeta a un papel, una dirección en la parte sur de la ciudad. Alguien se la había dado haciéndole creer que allí estaría Francisco. Era su cita con la muerte.

La mujer empezó a llorar.

—Era su cita con la muerte —repitió entre sollozos—. Se lo dije, se lo advertí, la tomé del brazo para que no fuera

hasta allí. Pero ella se zafó y me gritó que tenía que encontrar a ese Francisco. Pasara lo que pasara.

—¿Cuál era esa dirección? —pregunté.

—La parte sur de la ciudad era el burdel público de los soldados nazis. Arrastraban allí a las niñas judías y las vejaban hasta matarlas. Catalina fue allí engañada. Decía que no era judía. Nunca más volvimos a verla.

Regresé a Lisboa. Vendí El Galgo a Zahid y a un amigo suyo, Dimitri, ruso y atractivo, completamente enamorado de las manías y reglas de mi adorado Zahid. Ellos mantendrían vivo El Galgo, fiel a su personalidad, un sitio abierto a todas las culturas, todas las ideas, todas las posibilidades.

Y regresé a España, a invertir parte de mi herencia materna. Y a Madrid, a mediados de 1946, ya sumando un número a mi nueva década. Madrid seguía igual, señorial; y las personas de las zonas más afectadas por la guerra iban ya un poquito mejor vestidas. Pasé por delante de mi antigua casa y miré el número 3 por un largo rato. Ya no me afectaba. En realidad, me parecía el principio de mi nueva década. Treinta y un años, y un mundo sin guerra.

Juan Luis descendió del vuelo que lo devolvía a su país. Lo observaba desde la zona en la pista habilitada para recibir a las autoridades. Pese a que ya no formaba parte del Gobierno, se le dispensaban esos honores. Apenas nos vimos, delante de esos oficiales que tanta maledicencia habían vertido sobre nosotros, nos abrazamos y besamos profundamente. Algunos intentaron saludarlo, pero Juan Luis y yo teníamos mucha prisa por subir al coche y seguir camino hacia Andalucía.

El camino hacia Guadarranque era largo, extenuante, pero hermoso. Toda España es un cuadro cargado de enormes contrastes. El dorado color del trigo en Castilla, a veces espolvoreado de la luz rosada que atraviesa el azul de

su cielo, da paso al marrón y el verde de la tierra andaluza y la sombra de sus olivos. Y cuando te acercas al sur más sur, el viento te golpea y sientes que no puedes atravesarlo. Pero si lo haces, allí está Guadarranque, que en la Antigüedad, cuando los romanos lo descubrieron, llamaron Carteya. Un valle lo suficientemente profundo para evadirse del azote del viento, protegido por las montañas de la sierra que los pescadores habían bautizado como las montañas de la Luna. Allí había adquirido una finca, nada modesta en extensión —más bien lo contrario, bastante grande—, y allí había construido mi casa, una mezcla feliz de todas las que había conocido y disfrutado en esos diez años de confusión, metralla y dolor.

Juan Luis se quedó con la boca abierta, admirando las fuentes, los jardines, la huerta. El limonero que parecía trasplantado de nuestros jardines al norte. Volvimos a llenar nuestros ojos de lágrimas, pero decidimos mirar al frente. Así, éramos el retrato de la supervivencia. El viento expulsó una de sus bocanadas y partió todas las nubes que cubrían el Estrecho. Y como si fuera el ojo de Dios que decidía guiñarnos un gesto cómplice, vimos el Atlas. Verde, morado, nuestro.

Juan Luis me tomó de la mano y entramos en casa.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Hace un par de diciembres me sucedió una de las peores cosas en la vida de un escritor. La novela en la que trabajaba no iba a ninguna parte. No es fácil para nadie reconocer un fracaso de ese tipo, una crisis dentro de una crisis que no dejaba de galopar hacia mí. Alertada por alguna fuerza desconocida, Ángeles Aguilera, mi editora de entonces, propuso una reunión en el hotel Wellington de Madrid con otras dos compañeras suyas, Raquel Gisbert y Belén López.

Siempre he tenido una enorme confianza, casi fe, en la presencia salvadora de las mujeres en mi existencia. Cuando las vi a las tres ordenando cafés, refrescos y té, me di cuenta de que, fuera lo que fuera lo que propusieran, tenía que decir que sí. Y en efecto, ellas, sobre todo Gisbert y López, querían proponerme que observara con detenimiento a Rosalind Fox, una mujer real con una historia que muchas veces tenía bastante aroma de irrealidad.

Claro que sabía quién era Rosalind Fox. Yo también he sido uno de los innumerables lectores de *El tiempo entre costuras* de María Dueñas, y a mí también me había atrapado ese personaje secundario, pero cargado de una independencia, una juventud y, sobre todo, una curiosa y privilegiada combinación de protagonismo social e histórico. Un tipo de mujer que siempre me ha apetecido conocer. Alguien que puede salpimentar su biografía con un poquito de veracidad y varios poquitos más de imaginación. Y sabía que Dueñas, como tantas otras personas, conocía la

existencia del libro de memorias de Rosalind Powell Fox, *The Grass and the Asphalt*, publicado originalmente en los años sesenta del siglo pasado. Más adelante, en los ochenta, una señora condesa de Calvany publicó un ejemplar titulado *Hitler, Hendaya y yo* que no es más que una traducción literal, palabra por palabra, del texto en inglés de la misma Rosalind. Comenté con Gisbert que tenía que hacerme con esos libros. Gisbert entendió que esa petición era mi primera, tímida, aceptación de que Rosalind Fox iba a ser esta novela, sinceramente el texto que más he disfrutado, saboreado, vivido de todos los que he escrito.

Cuando me encontré enamorado de Rosalind Fox, una mujer que en principio me hacía caer en contradicciones sin cesar, llamé a mi agente, Mercedes Casanovas, y lo primero que me dijo fue que no le contara a nadie que estaba escribiendo una novela sobre Rosalind. Pero de inmediato llamé a Eduardo Mendoza y a su esposa Rosa Novell, y Mendoza me comentó: «Nunca sabes de dónde puede salir una buena novela. Léete muy bien esa biografía, aunque sospeches todo el tiempo que la mitad no sea cierta».

En esa clave, comprendí que *La hierba y el asfalto*, como se traduciría la biografía de Rosalind, eran unas memorias con muchísimas lagunas donde dejar nadar mi imaginación de autor, cada vez más embobado con esa curiosa protagonista. Porque estaba convencido de que, si Rosalind Fox y yo nos conociéramos, mantendríamos una cierta distancia. Ella era una mujer completamente de derechas, sin ningún problema en colocarse del lado de los vencedores de la Guerra Civil española, hasta que estos mismos vencedores fastidiaron su historia de amor con Juan Luis Beigbeder. Son credenciales que casan muy poco con mi formación y mi manera de entender ciertos compromisos ideológicos. Pero me gustaba de ella, y mucho, su desparpajo, su manera de moverse en una sociedad donde

las mujeres no siempre tenían opinión o capacidad de demostrar su influencia. Pero, por encima de todo, me encantaba del libro la manera en que Rosalind, lejos de aclarar ciertos mitos sobre ella, los subrayaba y afianzaba más en la imaginación del lector de sus memorias.

Decidí que allí donde Rosalind flaqueaba en su biografía, iba a hacerme fuerte en mi novela. Por ejemplo, la Calcuta que vive en esta novela es una creación mía. Y de alguna manera también lo son personajes como Mr. Higgs, su madre y, desde luego, el propio Beigbeder, el amor de su vida.

Esta es una historia de amor salpicada de aventuras. El verdadero Beigbeder fue un hombre quizá con más sombras que el mío y esas sombras se las dejo a los historiadores. Juan Luis y Rosalind son en esta novela los protagonistas de una historia de amor en tiempos de guerras, condenada a tener un final feliz. O, en su defecto, lo más feliz posible. El Beigbeder real no fue un hombre feliz, el franquismo lo usó de mala manera, lo redujo. Tampoco debió de ser feliz en su matrimonio porque el verdadero amor de su vida fue Rosalind. En esta novela enfatizo mi derecho a otorgarles una existencia quizá más heroica, porque fueron en la vida real unos enamorados heroicos. Ambos atravesaron dos guerras completamente enamorados. Juntos estuvieron hasta la muerte de él, pese a que Beigbeder jamás se divorció de su esposa. Luchar por su amor fue su propia guerra. Sus enemigos fueron tanto políticos como familiares. El Serrano Suñer que aparece en esta historia es el Serrano Suñer que Rosalind Fox esbozó, con cierta finura e ironía, en sus memorias, solo que no pude evitar incorporarle más elementos dramáticos propios de una década, la de los treinta del siglo pasado, donde muchas cosas de nuestra actualidad empezaron a suceder por primera vez.

Lógicamente, la señora Beigbeder que aparece en este libro es también otra licencia del autor, porque la propia

Rosalinda, siempre señora, evita citarla en su biografía para no levantar más heridas. Ni dar más explicaciones sobre una relación bastante condenada en la sociedad de su época. Lo mismo ocurre con Sanjurjo, cuya participación en el asesinato del personaje de Palmira es pura invención. Rosalind tampoco ofrece fecha para su nacimiento. Una extraordinaria coquetería que sin embargo me ofreció otro ingrediente principal de esta ficción: Rosalind, mi Rosalind, tendría que nacer en un año que garantizara que fuera una mujer de treinta años de edad al final de la Segunda Guerra Mundial.

Lo que más me gusta de esta novela, y espero que así se transmita en su lectura, es que Rosalind Fox es una especie de superhéroe completamente real. Y creo que la propia obra va adquiriendo a lo largo de sus páginas y acontecimientos la velocidad, mirada de rayos X, inspiración, falta de miedos que caracteriza a los superhéroes masculinos, solo que esta vez incorporados a una mujer, incluso a una niña, más que hermosa, capaz de crearse un aura de misterio, tan atractiva como eficaz. Una superheroína muy intensa y pelirroja.

Con esa misma intensidad me gustaría agradecer a Raquel Gisbert su emocionada y entregada labor de editora de esta ficción. Las muchas horas que pasamos en un despacho de la editorial rodeado de magníficas vistas de Madrid, de un invierno a un otoño. A Rocío Verdasco por las revisiones extenuantes y la lucha por llamar a la princesa Royal exactamente así. A Emilio Albi Piquer por las extensas horas de revisión, página a página, bocadillo a bocadillo, de este manuscrito. Me disculpo por haber arrojado el sobre de mayonesa que nunca más volvieron a colocarnos en la bolsa de esos bocadillos. A Gema Pavón, Carmen Ramírez y Ana Gavín por acogernos en la planta noble. A mi marido, Rubén Nogueira, por leerse las primeras páginas y decirme que por

fin escribía algo interesante. Y a nuestras adoradas compañeras de la tertulia y cine fórum de Miraflores 38 por alimentarme y permitirme visionar en su compañía todas las películas vinculadas a una novela de estas dimensiones. A Erasure, por aportar la banda sonora con la que escribí gran parte de la obra. A Carla Bruni, por su versión de *Absolute Beginners* de David Bowie, y a Miguel y su extensa familia por permitir que las grandes Joan y Bette enviaran sms que aliviaron las horas de desesperación cuando no encontrábamos peligros para Rosalind. A mi amigo Nicolás Toth por hacerme reír y disfrutar de Madrid en los momentos bajos por los que atraviesa toda escritura. A Mónica, en el edificio Mirador, y a Alfredo, en el Reebok, por escucharme mientras entrenaba bajo sus ojos. A Margarita Zingg, por ser la primera de esas supermujeres, con el perdón de Titina, Lucía y la amada Isabel.

Y también a mis amigos de Miami, Laura, Rodner, Ernesto, Carlota y Napoleón, Nicolás Primero, Paulo, Isabella y Ángela, Raquel y Alejandro, Gianluca y Simón, Jesús y familia, Ramón, Santi, Eglantina, Alegría y la incomparable señora Rubio por cuidarme, animarme, mimarme y, como diría la gran Paulina, trabajar y disfrutar, que siempre sale bien.

Por último, mi agradecimiento a María Dueñas, por permitirme conocer un poco más a Rosalinda Fox. Y a la propia Rosalinda Fox, con quien algún día espero compartir unas botellas de *champagne*.

BORIS IZAGUIRRE, Caracas, 1965. Su nombre forma parte de la literatura y la televisión en español desde hace más de dos décadas. Escribe la columna «La paradoja y el estilo» en el diario *El País*, es colaborador habitual de *Vanity Fair* (España) y de la revista *Fotogramas*. Ha escrito guiones de telenovelas históricas como «La dama de rosa» (Venezuela, 1986) y ha sido colaborador de programas de televisión como «Crónicas Marcianas» (España, 1997-2005). Presentador de «Channel Nº 4», actualmente colabora con varios programas de Telecinco. También colabora en el programa «La Ventana» (Cadena SER) y «Herrera en la onda» (Onda Cero).

Su novela *Villa Diamante*, finalista del Premio Planeta 2007, logró una enorme acogida por parte de los lectores, que la convirtieron en una novela en permanente reedición. Sus otras novelas son *El vuelo de los avestruces*, *Azul petróleo*, *1965* e *Y de repente fue ayer*. Asimismo, es autor de los ensayos *Morir de glamour*, *Verdades alteradas*, *Fetiche* y *El*

armario secreto de Hitchcock. Está casado desde 2006 con Rubén Nogueira.

Notas

[1] Los diálogos de este encuentro están extraídos literalmente del libro de memorias de Rosalinda Powell Fox, *The Grass and the Asphalt*, Harter and Associates, 1997. <<